

VICENTE MOLINA FOIX

El abrecartas



EL ABRE CARTAS
VICENTE MOLINA FOIX



www.poesias.com

Annotation

Se necesitan muy buenas razones para escribir a estas alturas una novela sobre la guerra civil española. La recurrencia de este periodo, tanto en cine como en literatura, ha generado una suerte de saturación, sobre todo en las nuevas generaciones. El título del último libro de Isaac Rosa (¡Otra maldita novela sobre la guerra civil española!) es elocuente. Y sin embargo, algunas de las novelas más aclamadas de los últimos años —pienso en *Los girasoles ciegos* y en *El abrecartas*, ganadora del premio Salambó— ahondan aún en el tema. Algo indica que sigue siendo necesario hablar del asunto o que, por increíble que parezca, no se ha hecho lo suficiente.

Vicente Molina Foix

El abrecartas

EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas

Ilustración: «Virgilio», © Carmen Calvo, VEGAP, Barcelona, 2006

Primera edición: septiembre 2006 Segunda edición: noviembre 2007

© Vicente Molina Foix, 2006

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2006 Pedro de la Creu, 58 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7139-5

Depósito Legal: B. 49569-2007

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 — Polígono Torrentfondo 08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Javier Montes, fellow traveller

«Nous n'inventons jamais que le vrai.»

[\[1\]](#)

HONORÉ DE BALZAC, Les Secrets de la princesse de Cadignan

| | |
|--------------------------|-----|
| Federico... | 13 |
| Ramiro Fonseca... | 57 |
| Ramón... | 67 |
| Eugénicas... | 89 |
| Manuela... | 97 |
| Vicente... | 121 |
| Ortega y la sombra... | 151 |
| Salvador... | 173 |
| El falso Enrique... | 209 |
| Julián G... | 225 |
| Reich... | 239 |
| Mademoiselle Brumario... | 257 |
| Angélico... | 273 |
| A. J. Maenza... | 315 |
| Nora la traviesa... | 339 |
| La tercera persona... | 373 |
| Diotima Mouchette... | 391 |
| Dos espíritus... | 427 |
| El pelo fantasma... | 437 |

Señorito Federico:

Usted no va a acordarse de mí ahora porque ha pasado el tiempo y es famoso y yo solo soy un chico del pueblo, de su pueblo eso sí. me llamo Rafael, Rafael González Sanahuja, y a lo mejor lo de Sanahuja le trae algo a la cabeza porque a usted ese apellido mío le parecía de cuento de príncipes encantados, «una aguja que está sana, como tú, Rafica, tan sanísimo y tan buen niño», bueno pues aunque no se acuerde de mí por los años que han pasado sin vernos las caras yo a usted sí le recuerdo de Fuente Vaqueros y de después, porque ser un poeta muy grande nos da esa ventaja a los demás, oigo hablar de usted leo cuando le hacen interviús en los periódicos y me he comprado los dos libros que ha hecho, yo sé muchísimo de usted y usted me ignora.

Lo que más me gusta suyo es lo que tiene escrito para la obra de «Impresiones y Paisajes» sobre «Mi Pueblo», que es el mío. una conocida me dio hace mucho la hoja de El Noticiero Granadino, allí cuentan que usted estuvo leyendo trozos del libro en el Centro Artístico de Granada, y sacan ellos entera la parte de «Mi escuela» y «Mis juegos», todo lo que dice de Fuente Vaqueros es como si lo dijera yo, pero usted lo dice con palabras muy bien puestas y yo sólo lo pienso, sin saber ponerlo en ningún sitio más que en mi cabeza, habla usted de la escuela del pueblo y de Don Antonio el maestro y me reí con eso de que «en las mañanas del invierno iba yo con una capita roja con su cuello de piel negra y por eso me envidiaban los demás niños». si fuera la capita roja y nada más. usted Señorito Federico iba cada día más vestido que el anterior, y sólo porque éramos muy chicos no le tomábamos el pelo con chufletas, que a los niños nunca les gusta que otro niño se ponga por encima de ellos en nada, presumido usted ya lo era al poco de echar a andar, pero lo de envidia no.

Tendrá usted la foto del grupo de la escuela de Fuente Vaqueros que yo tengo, mi madre la quiso y persiguió al fotógrafo hasta Pinos Puente para que le vendiera una, su dinero que le costó, lo serios que estamos todos los niños, ni uno sonriendo. yo estoy en la última fila por ser de los mayores de la clase que le saco a usted más de dos años, aunque pobrísima al lado de su familia la mía yo estoy de los más aseados en la foto, no le diré cuál soy. mi madre me pasaba el peine una hora por la mañana y aunque corbata o pañuelo no llevo como otros niños de la foto el cuello cerrado siempre iba blanco y limpio, cosa de mi madre también o de ser yo el hijo único, pero lo principal de la foto, sin poder saber nadie entonces que usted sería el que es, es ese niño Federiquillo sentado en el centro de la fila baja con un vestido y botones de dos colores y el sombrero de paja que parece perdóneme usted como para ir a una boda o de romería, ¿qué tendría usted entonces tres añitos?

Yo siempre le veía salir de su casa porque la mía, sin los tres balcones que tenía la de sus padres, con uno nada más, estaba casi enfrente en la misma calle de la Iglesia, y a mi madre le gustaba ver salir al niño de García Lorca, su hermano Paquito era muy pequeño y no iba a la escuela pero lo sacaba su madre Doña Vicenta al balcón para despedirse los tres, siempre tan bien puestos esos niños decía mi madre, y entonces aún me daba ella más friegas en la cara y más peine en el pelo, que lo he tenido siempre muy duro y levantado, a ver si con esto suyo sobre la escuela que le copio de su «Mi pueblo» se va acordando usted un poquico más de mí. «Mi sitio era en el segundo banco al lado de dos muchachos muy pobres pero muy limpios. Los dos eran grandes amigos míos, y todos los días les llevaba terrones de azúcar o granos de café que les gustaban mucho», qué verdad

Federico, todavía con 25 años soy de dulces y golosina, ellos a cambio, dice usted, «me traían frutas verdes que en casa no me dejaban comer y me hacían tarricos con remolacha y faroles calados de estrellas y cometas con los melones que quitaban en las huertas», bueno lo de las moras verdes y la remolacha claro que me acuerdo, y los melones que yo he cogido del campo para comérmelos yo ¿pero eso de las cometas y los faroles no se lo inventa?

Tampoco voy ahora a criticarle Señorito Federico, no me sale llamarle de Don a alguien que nació enfrente mío y cuatro años fue conmigo a la escuela y me daba dibujos de risa que hacía en las clases.

Suyo, con afecto

Rafael (perdone usted Federico cómo escribo, aunque faltas de ortografía habrá pocas porque eso siempre ha sido un orgullo, fijarme mucho y no hacerlas)

Granada a primero de marzo de 1926

Federico (esta vez lo pongo así a solas, espero no le importe):

He tomado confianza desde mi otra carta, primero porque han pasado casi cinco años y porque sigo acordándome de eso que escribió en «Mi pueblo», que «los niños de mi escuela son hoy trabajadores del campo y cuando me ven casi no se atreven a tocarme con sus manazas sucias y de piedra por el trabajo. ¿Por qué no corréis a estrechar mi mano con fuerza? ¿Creéis que la ciudad me ha cambiado? No. Mi cuerpo creció con los vuestros y mi corazón latió junto con los corazones de vosotros».

Bueno, lo de las manazas de piedra no va tanto conmigo pero sí con Manuel, el otro chico de los dos que usted dice que nos sentábamos a su lado en el segundo banco de la clase, muy pobres y muy limpios, más yo lo segundo que Manuel la verdad. El era un año mayor que usted, y yo dos, pero usted Federico nos daba vueltas en lo del aprender las letras y los números, y para mí que aún iba usted muy adelantado y se hacía el zoquete para no dejarnos de lado con el maestro. Manuel sí está trabajando en el campo, pero yo no. Yo tenía que ser labrador también, otro día o luego le contaré por qué me cambió el destino.

«Yo soy el que debiera estar cohibido ante vuestra grandeza y humildad» dice usted de nosotros. Tampoco es eso Federico. Cómo le gusta a usted exagerar para bien.

A lo que iba: usted se refiere a mí, a Manuel, a Emilio, a Garlitos el de la lechería, al malhablado del Manolo el que no tenía madre, a Pepe y a Josejose, que usted se lo sacó porque el chico era un poco tartaja... ah, y al Morito, tan bueno como dice usted pero tan pegón, que a mí me dejó sus dedos marcados en la cara por una cosa que se me escapó de su madre, que en el pueblo decían rodos que se metía en cama con los gañanes. El Morito iba casi desnudo y descalzo, y usted le quería dar alguna camisa usada o zapatos viejos que tenían por casa. «Morito, ¿no tienes frío?», le decía usted, y él que no: «Ca, si tengo el cuerpo de jierro.» Y no le molestaba hacer de burro en los juegos, dejándose poner por la cabeza el bocado de un caballo de su abuelo de usted, ni de oveja, achachado por el suelo con los demás para formar el rebaño delante suyo, pues usted Federico hacía siempre de amo.

Me gusta mucho que alguien conocido se acuerde de nosotros y hasta nos dé las gracias por nada, pero tiene que saber en esta segunda carta (que ya me atrevo más) lo que usted hizo por mí sin saberlo ni quererlo. Yo he tenido otra vida distinta a la que mi padre quería para mí y en la que me

había hecho un sitio. Otra vida por culpa suya, Federico, una culpa buena.

De esto que le voy a decir seguro que se acuerda, aunque de mí no se acuerde. Usted lo ha escrito hablando de su casa en el pueblo, que como era una de las más grandes allí nos íbamos a jugar unos cuantos de la escuela. «Cuando llegaban me decían: "Vámonos a tus cámaras".» Lo de cámaras creo que lo inventó usted y no nosotros, pero bueno eran unas habitaciones en que guardaban los trastos de la labranza y se ponían a secar las frutas, y nosotros nos poníamos todos morados de comer frutas, hasta que usted Federico decía «¿A qué jugamos?», y uno decía que a esconder, y otro que a ovejicas, y yo que a lobicos, pero es verdad, a lobicos como dice usted era lo más difícil, porque Luisillo, que sólo tenía cinco años y era miedoso decía: «No, a lobicos no, que luego por la noche los ensueño y como yo hablo a veces durmiendo despierto a mi papá y me regaña.»

Entre usted y yo convencíamos a los miedicas, así como lo cuenta usted, Federico:

«un niño que hacía de lobo se escondía entre sacos y arados. De pronto unos cuantos cerraban las ventanas y la oscuridad se hacía completa. El niño que estaba escondido decía con voz cavernosa: "¡Que viene el lobicoo...!", y nosotros nos apretábamos unos contra otros y empujábamos con fuerza en la pared como si quisiéramos penetrar en ella. "¡Que sus como! ¡Que soy el lobicoo!" Todos salíamos corriendo perseguidos del niño y era angustioso sentir detrás el aullido del lobico. Cuando alguno se veía apurado en la persecución del lobico se arrimaba a la pared y decía jadeante y muy de prisa: "Chichinave, que echo mi llave", y ya estaba a salvo de las uñas de la fiera. Las ventanas se abrían de repente y el lobico (y ese era yo, Federico) se moría tumbándose en los sacos y todos respirábamos como si nos hubieran quitado un gran peso de encima». Qué bien contado está, Federico. Vosotros es decir el pelotón de las ovejicas, os dabais abrazos con mucha fuerza para quitar el miedo, y yo, el lobico que os iba a comer, alguna vez me tragaba de mentirijillas a un niño, pero al niño Federico nunca.

El ser yo tantas veces lobico en las cámaras de su casa fue lo que torció mi vida por raro que le suene. Dice también usted que cuando ahora sube a las cámaras de los pisos altos de Fuente Vaqueros «daría todo lo que soy y poseo para poder jugar y sentir el juego de lobicos... Hoy ya los niños juegan a los dineros y a otras cosas y muy pocas veces hacen de lobicos...».

A lo mejor para usted es verdad lo que escribe, pero gracias a aquellas tardes de obricas de teatro y altares que usted levantaba con cuatro cosas en el desván seguí yo siendo lobico y hasta ovejica y santo romano, y eso con la dificultad que tenía de no haber «nacido poeta y artista como el que nace cojo, como el que nace ciego, como el que nace guapo».

Ninguna de esas cosas nació yo. Suyo, con todo afecto,

Rafael

Granada, octubre de 1927

Federico:

Hoy creo que me voy a animar a contarle cosas más personales, que malditas las ganas de saberlas si uno no se acuerda del lobico Rafaé como seguro que no te acuerdas. Tú te fuiste del pueblo en el año en que yo había hecho la primera comunión, metido en esa chaqueta cruzada de solapas que nos ponían a los chicos para recibir la sagrada forma. Lo que yo lloraba a escondidas en mi casa, viendo enfrente la tuya vacía, por no poder volver cada tarde a subir a las cámaras y disfrazarme con las ropas del baúl de tus abuelos y jugar al teatro contigo y con el Morito y los

demás. Así empecé a no poder olvidarme de ti, mientras seguía en la escuela haciéndome un poco menos burro y soñando.

Mi padre, nacido como nosotros en Fuente Vaqueros, era el capataz de los Rubio, y mi destino era serlo yo también y pasarme el día gritando gandules a los campesinos, pero él murió de una angina de pecho cuando yo iba a hacer el primero de bachillerato y ahí empezamos a ser más pobres mi madre y yo y yo más feliz. Nos tuvimos que ir de la casa, que no era nuestra, y de Fuente Vaqueros, pero no a Asquerosa, que es donde yo sabía que tú vivías, en una casa aún mejor, con tu familia, sino de arrecogíos en la casita que una hermana pequeña de mi madre, mi tía Seta, se había buscado en el barrio del Realejo de Granada. Con la casualidad de que pasados tres años tú también llegaste a la capital, en mucha mejor calle, y a una casa de postín, acera del Darro número 66, encimica mismo del río. Pero en Granada ya no íbamos a la misma escuela.

Yo te veía Federico sin que tú lo supieras. Alguna vez aprovechaba uno de los mandados que tenía que hacer en la tienda de telas donde trabajaba para llegarme al colegio del Sagrado Corazón de Jesús, cuando la salida, y verte entre los otros chicos, tú como en el pueblo muy peripuesto y dejándoles embobados, como nos embobabas a nosotros, con tus manos en revoleo por todo el aire. Pero aunque yo era mandadero, el «chico» de la tienda, mi deseo iba a otro lado. Tenía entonces yo 15 años, tú los 13, y ya me había decidido a hacerme actor del teatro. Mi madre lo veía tal disparate, tan raro de estudiar, que no me lo quería ni quitar de la cabeza, pues en ninguna cabeza sana entra eso de querer ser de mayor «actor dramático».

En Granada, como en Fuente Vaqueros, tú de punta en blanco hasta para la escuela. Más que sombreros, que te vi una vez con uno, lo tuyo eran las gorras, de las grandes, no de esas de visera chica que llevaban tus amigos y tu hermano Paquito, que menudo estirón había pegao. Una gorra tuya que te caía por la frente, de color caca, con perdón, la que más recuerdo. Pero quiero que sepas que todo eso de interesarme por ti y verte salir del Sagrado Corazón no era por la fama que ahora tienes, y entonces nada, claro. Yo quería seguir de amigo tuyo antes de saber que serías un gran poeta. En Granada nunca me atreví a decirte quién era yo, y eso que entonces aún te podías acordar del lobico que yo fui.

Tú empezaste en la universidad, yo no, yo tuve que ponerme a trabajar de dependiente fijo en esa misma tienda de la calle Mesones, sin poder estudiar entonces ni el bachillerato, para que mi madre, que hacía la cocina y de fregona en un restaurante y le subían muy malas varices por las dos piernas, trabajase un poco menos y no le pasara lo que a su hermana Seta, que con 44 años se quedó medio lisiada de lo mismo. Seta, dirás tú, qué nombre. Pues a mí ese nombre, luego te lo explico, me llevó a la primera cosa de teatro que puede decirse mía, aunque el principio de verdad fuesen tus tardes de lobicos y ovejicas y de ponerles altarcicos a santos que no han tenido martirio, allí en las cámaras de tu casa de Fuente Vaqueros.

Y es que también yo organizaba teatro en esa casa del barrio del Realejo donde vivíamos en Granada, como tú he leído después que has seguido haciendo de mayor, con música y hasta trajes y teloncillos pintados aposta, para tus amigos famosos y tu familia, en tu casa. Lo mío era muy pobre y sin otro público que mi madre, mi tía y la segunda Seta de la familia, mi prima Setefilla, otra hija única huérfana de padre, y en ese caso no es que el padre hubiera muerto: dejó preñada a mi tía y luego si te he visto no me acuerdo. Así que mi tía Setefilla, la Seta Primera, se vino desde Lora del

Río (que sevillanas, de Lora, son ellas, mi madre, mi tía y toda su familia) a Granada con la Seta Segunda en su vientre para parir aquí sin tener que escuchar las malas lenguas de allí. ¿A que te gusta el nombre de Setefilla, Federico?

Pues no me lo invento yo, como tú que le sacabas punta a mi Sanahuja y al nombre de ese otro niño del pueblo que se llamaba Sansegundo. Hay una Virgen de la Setefilla con su ermita y todo por la parte de Lora del Río y a las niñas las bautizan así. Decía mi tía que lo de Setefilla era porque antes había allí Siete Villas muy grandes y prósperas, aunque a mí me parece que ella sólo se estaba dando pisto, como si el nombre curioso y tan bonito fuese lo único que la desgraciada mujer tuviera de bueno en la vida.

Mi primera pantomima en familia se llamó *Al campo a por setas*, el título no es gran cosa, ya lo sé, pero tú me dirás con 16 años. Claro que tú, Federico, con veinte sólo, ya escribiste una obra de teatro de adultos, con un nombre maravilloso, *El maleficio de la mariposa*. Yo hacía los tres papeles, el hombre que va al campo de paseo y las dos setas que están allí en el suelo, una con el pie más largo que la otra, y le piden al hombre que no las arranque aún, que espere al día siguiente. El hombre, o sea yo, llevando de disfraz un bigote de brasa de cocina y una gorra de mi padre que seguía por casa, decía que sí a las setas (también hacía yo de ellas, con un delantarito puesto), y cuando al día siguiente volvía al prado, bajo los nogales, ya era tarde: un campesino que había pasado antes las había arrancado, y en el lugar de las setas sólo estaba la tierra movida.

Pero no les gustaba un final tan triste, y a la segunda vez que la representé, para el santo de mi madre, tuve que cambiar el desenlace y dejar que la seta pequeña, que esa vez la hacía mi primica, se enamorase del Hombre, o sea yo, y entonces era ella la que pedía ser arrancada, para dejarse comer románticamente.

Seguiré otro día, Federico. Ahora tengo que irme a ensayar con mi grupo teatral de El Candil. Estamos con *La comedia de la felicidad*, una obra de un ruso traducida por Azorín, y yo creo que va a quedar bien, aunque somos más de veinte en el escenario. Sólo es teatro de aficionados.

Con todo el afecto de

Rafael

Granada, 29 de abril de 1929

Querido Federico:

Aunque han pasado seis meses desde mi última carta voy a seguir como si nada hablándote de la Seta Segunda con la que acababa entonces. Ella también te conoce y te admira, fijate, más que de leerte de verte un día en la Universidad de Sevilla, pues Seta, Setefilla, con ese nombre que lleva de virgen campesina, estudió magisterio y sabe más que yo, aunque no más que tú. Es además una chica alta y bastante guapa, de una guapura moderna, sin perejiles, parece un poco alemana. Ahora es maestra y quiere seguir estudiando en Madrid, pero me contó, al enterarse de que tú y yo éramos del mismo pueblo, que estando ella de oposiciones allí en Sevilla, por el año 1927, a finales sería, fue al Ateneo, que dabais un homenaje a Don Luis de Góngora tú y otros poetas de Madrid, pero se quedó sin poder entrar, de la concurrencia que hubo. Lo que pasa es que un día después o dos sí te vio por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, eres tan conocido que te seguían lo menos veinte estudiantes, me dijo Seta, y te oyó decirle una frase que no se le ha olvidado a un chico malagueño que bajaba las escaleras a tu lado: «¡Qué suerte ser de Málaga, con su brisa que tiene vello como los

melocotones.» La de cosas así, que no esperas, que yo te he oído a ti porque ya de chico se te ocurrían.

Seta mi prima tiene diez años casi menos que yo, 23 hará en mayo, pero qué bien los ha aprovechado. Yo aún no soy actor, ni nada, sólo tendero. Por lo menos acabé el bachillerato, mayorcísimo, porque lo empecé, imagina, en el año 24, y leo y me informo todo lo que puedo. Seta me deja libros y me habla de autores que yo no conocía. A cambio yo le cuento cosas de ti que sólo yo sé, y hasta me he atrevido el otro día a cantarle lo de «Este galapaguito no tiene madre, etc.» que te inventaste una tarde en una excursión al campo con Don Antonio el maestro.

Esta carta la escribo una hora después de salir del Teatro Cervantes en Granada de ver tu *Mariana Pineda*, que ha gustado aquí como gustó en Barcelona y Madrid el año pasado. Fui al teatro con Seta, y yo llevaba tus tres libros, pensando que a lo mejor me atrevía a pedirte que me los firmases después del estreno. No ha podido ser. Había allí tanto gentío aplaudiéndote, tanta bulla en el vestíbulo y por los pasillos, que no me atreví. Luego mi prima y yo salimos del Cervantes, le hicimos una reverencia a la estatua de la Mariana Pineda histórica que hay enfrente al teatro y subimos por todo el Paseo de los Tristes recordando la obra, «dichosa la sangre mía si puede calmar tu pena», le decía yo a Seta, y ella a mí lo que le responde Mariana a Fernando, «no, tu sangre aumentaría el grosor de mi cadena». De ahí pasamos a tus versos, recitándole yo de corrido la *Canción tonta* y *El niño mudo* de tu segundo libro *Canciones*, que es mi preferido quitándole la *Canción del Mariquita*. Seta no, sólo ha leído el *Romancero Gitano*, y lo encuentra «pueril» y como si fuera una campa recién regada, por la cantidad de verde que metes en tu *Romance Sonámbulo*, «verde que te quiero verde, verde viento, verdes ramas, verde carne, pelo verde». Ella es más exigente que yo, o no te conoce de tan cerca.

Dejo la carta a mitad; ya seguiré.

¿Sabes que en las semanas después del estreno de *Mariana Pineda* en el Cervantes, cuando te dieron los homenajes aquí en Granada yo me colé en los dos con toda la cara? En el banquete del Alhambra Palace estuviste muy duro contigo, y hasta Margarita Xirgu, sentada al lado de tu padre como una estatua egipcia, se quedó más tiesa aún al oírte eso de que «me ha producido verdadera tristeza ver mi nombre por las esquinas. Parece como si me arrancaran mi vida de niño y me encontrara lleno de responsabilidad en un sitio donde no quiero tenerla nunca y donde sólo anhelo estar en mi casa tranquilo, gozando del reposo y preparando obra nueva. Bastante suena mi nombre en otras partes. Granada ya tiene bastante con darme su luz y sus temas» (lo copio palabra a palabra del periódico, *El Defensor*, que sacó tu discurso en una página entera, no sabes los recortes de ti que tengo guardados).

Yo que dejé de ser niño mucho antes que tú, a la fuerza, me puse triste al oírte decir eso en el Alhambra Palace. Yo sí que querría volverme niño otra vez, hacer las gansadas que no me dio tiempo a hacer por huérfano, dejar de preocuparme de esas venas que cada día se le hinchan más a mi madre en las piernas... Pero tú no Federico. Tú tienes que hablar de adulto y por nosotros, y a lo mejor tiene razón mi prima, dejar un poco de lado las canciones de santos llenos de encajes y gitanillos luneros y escribir lo que nadie más puede.

Por eso me gustó tanto el homenaje que te dieron en nuestro pueblo el día 20, y me puse muy orgulloso de ti, más que los otros del pueblo, que allí nadie te ha leído y sólo te ensalzan y le ponen tu nombre a la calle de la Iglesia porque eres lo más famoso que ha salido y saldrá nunca de Fuente

Vaqueros. Hay que ver lo pesado y mansurrón que estuvo Don José el alcalde, y cuando luego tú, Federico, diste las gracias hablando lo primero de la fuente que hay en la plaza, con toda la monserga del agua fresca y la personalidad del pueblecito, me diste un buen susto. Aún tengo escrita una frase tuya un poco facilona: «Los pueblos que no tienen fuente pública son insociables, tímidos, apocados.» Qué pamplinoso, Federico. Menos mal que luego entraste ya en lo que era el discurso, «alocución» la llamabas tú, y entonces sí que dijiste lo que yo esperaba oírte a ti: «Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan.» Y la maravilla del despertar que uno tiene leyendo: «Muchas veces un pueblo duerme como el agua de un estanque un día sin viento, y un libro o unos libros pueden estremecerlo e inquietarlo y enseñarle nuevos horizontes.»

Un Federico para todo el mundo.

Rafael

Granada, 20 de mayo de 1930

Querido Federico:

He pensado más de una vez que quizá sí me conozcas ya, y no porque te acuerdes del pueblo, sino de verme como una sombra tuya por todas partes. A Madrid no he ido, aunque leo lo que allí dicen sobre ti, las entrevistas, los artículos en los periódicos, aparte tus libros. Pero en Granada te sigo como el perro sigue a su amo, agradecido. También iba de jovencico al Café Alameda cuando hacíais allí la tertulia que llamaban del Rinconcillo, con esa música clásica al fondo y los hombres estafalarios (la palabra es de Seta, que la dice mucho, pero no para criticar) alrededor tuyo. En el Alameda me ponía apartado, para no hacerme notar, y eso que una o dos veces llevé en la mano el ejemplar de tus *Impresiones y paisajes* por si acaso se daba la ocasión. Y una vez que fuiste tú con Don Manuel de Falla buscando músicas del folklore al pueblo de Alfarque, que era el de mi padre, yo llegué al enterarme, pero ya os habíais ido. La mujer a la que le grabasteis la canción de *Las tres hojas*, la señora Antonina, es mi abuela.

Te he seguido como una sombra, un eco, y he temido querer hasta imitarte.

Imaginé un diálogo contigo en el que yo hacía de mí y de ti. Es lo primero que escribo en mi vida, lo primero que he puesto en un papel sin romperlo, sin firmarlo como una carta o un albarán, porque decir yo que escribo poniéndome a tu altura me parece una soberbia. Ni aunque tú me lo pidieras (¿y cómo ibas a hacerlo, si no sabes que soy el Rafica de la escuela, «el lobo más bravo» de Fuente Vaqueros?) te dejaría leer esto que he escrito.

He querido ser tú o como tú. Ahora ya no.

He empezado a ser yo.

A ver dónde me lleva esa voluntad.

Se despide de ti por tanto este otro Rafael que quiero ser.

Madrid, 30 de julio de 1932

Querido Federico:

He venido a Madrid por primera vez, pero ahora no puedo decir que es sólo por culpa tuya. Me enteré de que el gobierno de la República había creado un teatro universitario popular para llevar obras clásicas bien hechas por los pueblos y ya de una vez me decidí a dejar la tienda de telas de

Granada. Mi madre, que ahora trabaja en casa cosiendo, no se lo cree. Sigue pensando que la profesión de actor dramático no existe, y quizá tenga ella razón y no yo. Pero aquí estoy, para enrolarme de lo que sea en La Barraca. Si me dejan, que ya estoy un poco mayor.

El 16 de julio estaba yo en Almazán, el pueblecito de Soria donde representaba La Barraca tres entremeses de Cervantes (te diré de pasada que me he leído toda la obra de Cervantes, el teatro dramático incluido, y cosas contemporáneas que caen en mis manos. Mi último descubrimiento es el simbolismo de Maeterlinck). Me puse como un curioso más entre los del pueblo, viendo la animación que allí había alrededor del camión de los decorados. Tú no estabas. Por eso me animé a meterme entre los voluntarios que ayudaban a montar el tablado en la plaza, a tender los cables eléctricos, a dirigir los focos, a amarrar con cuerdas los telones por si hacía viento de noche. Sobre la una del mediodía llegó la segunda camioneta vuestra, y en ella venían, dijo la gente, «los artistas». Me retiré a la fonda a comer, aunque por la noche, mezclado entre el público, vi la función de los entremeses. Tú ahí no actuabas, y me dio rabia, pues lo que yo creo es que tú, mejor que poeta, lo que eres es un gran comediante.

Eso sí, leíste ante los pueblerinos de Almazán un papel que explicaba algo de las tres obritas y qué era La Barraca, y te metiste a la gente en el bote. Luego empezó la lluvia, pero nadie nos movimos del sitio.

A la mañana siguiente, mientras los de la camioneta segunda aún dormían en la fonda, yo me acerqué a los tramoyistas que estaban preparando el regreso a Madrid a ofrecerme a un señor que era el director, eso me dijeron, vestido con el «mono» que a ti también te he visto en las fotos, el que lleva una cara de la Diosa Comedia bordada en el peto. Pues ese señor muy amable, Hugarte es el nombre creo, con gafitas redondas, me dijo que de momento no era posible enrolarme, teniendo La Barraca todas las plazas cubiertas. Pero anotó mi nombre y mis datos en un papel, porque «en esto del teatro siempre hay abandonos, y un día seguro que te puedes unir a nosotros. La Barraca va a crecer y llegar a todos los pueblos de España, y también llevaremos lo mejor de los clásicos a América», me dijo Hugarte.

Voy a quedarme en Madrid con unos pocos ahorros que tengo y probar fortuna en lo del teatro. Ya te contaré mi suerte.

Un abrazo de este amigo que no sabes quién soy

Rafael

8 de octubre de 1932 (y desde Granada otra vez;

Madrid me cerró sus puertas, o mejor mis bolsillos me las cerraron)

Querido Federico:

Ayer volví a verte, de lejos y de cerca, vestido de paisano y con una túnica de teatro. Tú y yo ya nos conocemos. Ahora ni tú ni yo somos aquellos niños de Fuente Vaqueros. Somos otros.

En la escuela del pueblo yo era más alto que tú y es lógico por los 28 meses que te llevo de edad. Pero han pasado casi treinta años y ahora el tiempo nos ha igualado. Los dos igual de retacos, los dos tirando a gruesos, aunque tú tienes, como ya entonces, la cara más redonda que yo, que la tengo de filo y con menos cráneo. Tú no es que llegues a ser cabezota, pero casi. Me han sorprendido mucho tus lunares. No te estropean la cara, pero entonces ni se anunciaban. El negro de cada lunar

parece que está puesto sólo por destacar ese color oliva que siempre has tenido en la piel. Yo he perdido la mata de pelo, tú no. A ti se te ha achatado más la nariz, a mí me cuelga. Somos igual de feos.

Pero antes de darme de bruces contigo en la salida de artistas del teatro Doña Isabel la Católica te vi en la función de *La vida es sueño* que hacíais ayer los de La Barraca aquí. ¿Has sido tú tan genio por estar en Granada, o lo eres siempre en el papel de La Sombra que abre el auto sacramental? Todo el público estuvo sobrecogido, pero yo más. Se supone que Calderón de la Barca representa la creación del mundo, y tú «la negra sombra del caos», envuelto en una tela en la que habrían cabido tres federicos y medio. Valías por todos ellos. A mi lado una señora le dijo a su marido que esa figura tan estática y altísima no podía ser el famoso García Lorca, «que es bajico y se mueve como una lagartija», pero yo sabía que sí eras tú antes de que dijeras nada, sólo de ver colgando de tus brazos esas mangas negras y cómo poco a poco movías las manos metidas en guantes largos. Pasados los años, tus brazos y tus manos eran como los que allí en el altillo de Fuente Vaqueros tú ibas sacando con mucho misterio de una bata vieja de tu madre que te ponías para hacer de Herodes en la degollación de los inocentes. Luisillo, Jose— jose y yo éramos las cabezas cortadas.

La gente del público comentaba al acabar la función, yo no sé si para bien o criticando, que su paisano decía los versos de Calderón en un castellano sin esos andaluzas. Yo sé que un actor ha de poder borrar su acento andaluz o gallego, y tú eres el gran teatrero del mundo. Me acordé de un ataque que leí en una revista de humor que sacan en Madrid las derechas, *Gracia y Justicia*, donde se metían con La Barraca y contigo:

Calderón en andaluz, gana mucho, mucho sí, y Lope en su boca fresca es Lope a la Federí.

(Los cabrones hacían la burla con bastante gracia, hay que reconocerlo)

No te voy a decir los aplausos y gritos de aclamación al final de *La vida es sueño*, que aún los debes llevar metidos en las orejas. Te quiero recordar nuestro encuentro en el callejón del teatro Reina Católica. Esa mirada de cerca entre los dos hombres feos, uno olvidado del otro.

Yo iba solo, pero no pude estarlo más de un minuto. El minuto que duró nuestra mirada, el medio minuto en que dudaste si esa cara largota y ordinaria que tenías enfrente te decía algo de otra cara infantil más bonita o graciosa. Medio minuto para pensar y medio para negarme. Sin hablarnos. Entonces llegaron otros actores de La Barraca y unos amigos tuyos de Granada, creo que, dos o tres, poetas también, aunque yo no los lea a ellos. Y mientras te llevaban a hombros, como se lleva a un matador que acaba de cortarle rabo y orejas al toro, les hablabas y te volviste a mirarme. Salía entonces tu voz de granadino, pues allí en volandas no tenías que ser actor de verso. Oí al Federico de pequeño. Al mío. Alejándose.

Ponías, por mucha pose torera, unos ojos tristes. La primera mirada triste que yo te he visto a ti. Dicen que con toda la fama y el dinero que ganas no te van bien los amores. Será eso. O algo distinto. Que no tienes vida. Sólo éxito.

¿Volveremos a vernos tan de cerca tú y yo alguna vez más?

Por si acaso, te mando ahora el abrazo fuerte y cargadico de recuerdos que no te pude dar al final de *La vida es sueño*.

Rafael

12 de febrero de 1934

Querido Federico:

Te escribo aún con menos esperanza que otras veces, pues sé por la prensa que estás en Buenos Aires, y ya veremos cuándo vuelves, o si vuelves a este país nuestro que está ahora como un revoltillo de chicharras, todas gritando a la vez. Nunca has contestado ninguna de mis cartas. ¡No te lo puedo reprochar!

En realidad te escribo para despedirme de ti. Definitivamente voy a dejar de ser sombra tuya, tu guardia o seguidor.

Te fijarás en que no he puesto ninguna ciudad al encabezar esta carta. He dejado Granada. Murió mi madre, aún joven para morir, como mi padre, aunque ella sufrió agonía en casa y un calvario en el hospital donde tuvieron que cortarle una pierna. Ni así se salvó. Te escribo desde Aranjuez, es posible que mañana esté en Madrid, pero no para quedarme. La vida del actor ambulante, dirías tú. Pues no. La vida del balaperdida, del que no tiene nada que hacer o vive fuera del mundo de los que aún confían y le piden a la vida que devuelva con intereses el gran capital de sueños que uno ha invertido en ella.

Abandoné ya mis aspiraciones de ser cómico. Casi todos mis deseos y esperanzas los he dejado, menos uno, que no digo. Hasta para ti, a quien llevo tantos años confián— dome, quedará oculto. Voy a viajar y a conocer. Algo que tú también has hecho siempre. Yo lo haré a mi modo, distinto al tuyo.

Hay federicos para todo el mundo. No para mí. Ya no.

Te deseo lo mejor, igual que me lo deseo a mí mismo. Pero yo necesito tener más suerte que tú.

Tu secreto y desaparecido amigo

Rafica

P.D. Creo que el último libro tuyo publicado aquí es *Poema del cante jondo*, con la portada de letras rojas y negras y el sello de la Editorial Ulises abajo. Lo compré también, como los anteriores, y lo leí. Mi opinión de él no importa. Acabo de regalárselo, con todas las demás obras tuyas que tenía, a una maestra, familiar mía, que no tendrá miedo de seguir leyéndote.

Srta. Setefilla Romero Sanahuja

calle de Don Eleuterio Maisonnave, 10

Alicante

84.^a Brigada Mixta. Frente de Teruei, 4 de enero de 1938

Queridísima Seta:

No sé si te llegará esta carta, pues aunque nuestra batalla de Teruel va bien el correo va mal. Pero al menos intento comunicarme contigo y agradecerte el paquete que, después de rodar mucho, me llegó aquí al campamento y nos lo zampamos entre los compañeros y yo enterito la noche de San

Silvestre. Teníamos guardia nocturna, y en vez de las doce uvas nos comimos a cachitos el turrón de almendra, que estaba buenísimo. Hubo hasta vino, que le costó sacar de su taquilla, pero lo sacó, a un sargento muy engurruñió, no mala persona, natural de Ecija.

Hoy se cumple mi sexto mes en el ejército, y sigo tan convencido como el primer día, cuando me fui, sin decírtelo, al gobierno militar de Alicante a enrolarme como voluntario. Esos días que pasé en tu casa, recogíendote en el instituto todas las tardes, paseando por la Explanada junto al mar, hablando de la guerra y de libros y alimentándome ¡encima! tan bien con tus arroces alicantinos de verdura y conejo, cómo los echo de menos aquí, no los olvidaré nunca. Tú tenías miedo por mí, lo comprendo, tampoco soy ya un muchacho, pero me siento muy orgulloso de haberme alistado allí mismo. Hace años quise ser voluntario de otra batalla, sin sangre aquélla, y no me dejaron. Esta vez sí he podido. El cobarde y el tarambana que he sido ya no lo soy.

La guerra me ha sentado bien, y como puedes oír por las noticias yo a ella le he sentado estupendamente. Nosotros entramos en Teruel el día 22, y aunque quedan aún algunos focos de resistencia esta batalla se la vamos a ganar a los fascistas, de eso no hay duda, y yo creo que antes de que acabe este mes. El frío que hace es peor que la artillería facciosa. Dijeron que el 31 la temperatura llegó a los 20 bajo cero. No sabes lo que me cuesta sostener ahora mismo el lápiz en las manos agarrotadas.

Pero no te escribo para darte el parte de guerra, que seguro lo sigues tú mejor por la radio. Aunque yo me despedí de los versos, del teatro y de los poetas hace lo menos tres años, no tengo más remedio que volver a hablarte de ello, y es que aquí en el frente, a pesar de todos los sufrimientos, el frío y la muerte de soldados compañeros tuyos que has conocido y han compartido contigo todo, el dolor y los momentos de alegría, estamos disfrutando, y yo el primero, de oír y ver a más poetas y artistas que en toda mi vida junta. En Nochebuena, cuando ya teníamos ocupada una gran parte de la ciudad, estuvo en Teruel el cantante norteamericano Paul Robeson, un gran artista de color que interpretó canciones «espirituales» de su gente, y yo me colé en el concierto, que lo daba para los voluntarios ingleses y americanos. Pero lo mejor pasó hace unos días cuando conocí a Miguel Hernández. De cerca quiero decir.

Ya se había corrido que el poeta, que ha luchado desde que empezó la guerra en el Quinto Regimiento de Lís— ter y a las órdenes del «Campesino», andaba por aquí, pero el día 17 de diciembre estábamos todos alrededor del fuego, después del rancho, y llega el general Enrique Líster y dice con su vozarrón: «A ver, Miguel, tienes que recitar algo tuyo para la tropa, que les veo muy amariconados aquí a la lumbre.» Y entonces se levantó Miguel, que no es nada alto y con una cara que podría ser la de un andaluz, cara de moro, como la mía, como la de los campesinos de mi pueblo, de nuestros pueblos, y empezó a decir unos versos que a mis camaradas, hombres sin instrucción, analfabetos muchos, les sacó las lágrimas a la cara. Te copio dos estrofas de uno de sus poemas (Miguel se prestó a repetirlas después, hablando más despacito, para unos que queríamos apuntar las poesías):

Que se derrame a chorros el corazón de lana de tantos almacenes y talleres textiles, para cubrir los cuerpos que queman la mañana con la voz, la mirada, los pies y los fusiles.

Ropa para los cuerpos que rechazan callados los ataques más blancos con los huesos más rojos. Porque tienen el hueso solar estos soldados y porque son hogueras con pisadas, con ojos.

Y entonces va Líster y le dice: «Oye, poeta, que estos versos serán muy cojonudos pero mira la

gente, parece que están oyendo un sermón en la iglesia... Di esos poemas que tienes de coños y de curas, aquel de "los cojones bisoños" tan gracioso, cosas que animen, hombre.» Y Miguel Hernández le hizo caso y siguió por esa línea, y al final nos hizo reventar de risa con su poema contra Gil Robles, el que empieza «Al Gil, gili, gilipo, gilipolla, campana sin metal y sin badajo, mando un millón de veces al carajo, pues tanto pus episcopal apoya».

A la noche siguiente me di cuenta de que Miguel ocupaba una colchoneta cerca de la mía en el barracón, y con otro camarada que es tipógrafo (y andaluz, de Puente Ge— nil) nos acercamos a él a darle las gracias por aquellos versos que nos habían hecho llorar y reír. Estaba escribiendo Miguel una carta a su mujer Josefina, embarazada y a punto de parir, pero nos atendió y fumamos, y nos enseñó los tres primeros ejemplares que le han llegado, recién salidos de la imprenta, de su libro *Viento del pueblo*. Yo no le dije del pueblo de donde soy, ni mis teatricos de niño con García Lorca, para no emocionarle más a él, que le trató mucho y ha escrito del asesinato de Federico, ni traerme a mí mismo malos recuerdos. Unas horas después llegó aquí la noticia de que había nacido en Cox, un pueblo de la vega alicantina, el hijo de Miguel, cosa que celebramos todos, y él el primero, poniéndonos en los pies unos trozos de manta cortada para poder bailar sobre la nieve sin quemarnos. Le dieron un permiso, como a un soldado más, para ir a ver a su mujer y al niño, pero nos prometió que volvía a Teruel: «no me voy a perder nuestra victoria sobre esos cochinos». Y desde luego que ha vuelto. Está aquí con los demás soldados leales, cada día un poco más cerca de entrar del todo en Teruel y liberarla.

No sabes lo natural y sencillo que es Miguel. Y la cantidad de palabrotas que no para de decir. A ratos le sale la gracia por arrobas, como cuando se puso a imitar a Hitler y a Mussolini, al primero dando manotazos de forzado de feria pero a la vez haciéndolo afeminado, y al italiano como un bufón de opereta. Hasta se puso a cantar con voz de guasa una canción napolitana. Al final, Miguel hizo de Franco, como una mona bajita y presumida. Le quedaba muy graciosa la imitación de la voz de pito de Franco, y los saltos de mono que iba pegando Miguel por toda la cantina.

Ayer nos reunimos con él unos cuantos a los que nos ha convencido para hacer teatro mañana, que es la Noche de Reyes. Ya sabes que yo abandoné las tablas, por no poder estar a la altura de Don Fernando Díaz de Mendoza y Don Emilio Thuillier, pero a Miguel Hernández no me he negado. Ensayaremos hoy y mañana todo el día una obrita corta muy valiente que él ha escrito, *Los sentados*, y que más que darles moral, que aquí no falta, les hará olvidar a nuestros soldados por una hora el frío que pasan. Yo hago de Sentado 2.º, el primero de los tres Sentados del pueblo que se da cuenta de lo vergonzoso que es que mientras España está en pie de guerra contra los fascistas haya españoles sin hacer nada, sólo mirando cómodamente desde sus casas. Es el mejor papelón de mi «carrera triunfal» sobre el escenario.

En un rato que paramos de ensayar, Miguel sacó a relucir a Federico y a Vicente Aleixandre, que a ti tanto te gusta por su libro de *La destrucción o el amor*. Pues bien, dice Miguel que son los amigos más íntimos y generosos que tiene, así en presente, como si Federico siguiera vivo y Aleixandre estuviese con nosotros en las trincheras. Me impresionó su entusiasmo, su calor al hablar de los dos, enseñándome muy satisfecho el buenísimo reloj de pulsera que Aleixandre le había regalado para su boda con Josefina, que fue el año pasado. Tengo yo que leer a Aleixandre. A él, te digo, le ha dedicado Miguel su *Viento del pueblo*, con una dedicatoria preciosísima: «Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hasta las cumbres más hermosas.» Y luego acaba la dedicatoria diciendo algo que

me ha dejado con mucha duda: «El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendida al pie de cada siglo.»

Aunque Miguel Hernández sea la persona menos afectada del mundo, y nunca va como «artista», yo creo, querida prima, que ésas son palabras de libro, no de la vida. El pueblo lo que espera es comer y no pasar frío, y su alma y su atención la pone al servicio de una justicia que le permita conseguir eso. Y así tiene que ser.

¿Me mandarías aquí tu *Destrucción o el amor*? Y a. sabes los riesgos: estamos cerca y en el mismo bando, pero las cartas y paquetes muchas veces no llegan. Inténtalo, Seta mía. O cópiame el que tú creas mejor poema de Aleixandre en un papel, y así si se pierde la carta no habrás perdido el libro.

Te quiere y te echa de menos tu primo

Rafael

Sr. D. Vicente Aleixandre Merlo Calle de la Whellingtonia, 3 Parque Metropolitano. Madrid

Alicante, 22 de diciembre de 1938 Admirado poeta Aleixandre:

Por las razones que le explico a continuación me atrevo a escribirle sin conocerle más que de sus versos, y en momentos tan difíciles para todos. No sé cómo se verán las cosas desde Madrid, pero aquí la gente está muy angustiada por lo que vaya a pasarnos a los que seguimos del lado de la República y la libertad.

No es mi intención transmitirle mis angustias y presagios, todos tan amargos, sino pedirle algo, confiando en su generoso corazón y sólo porque su gran amigo Miguel Hernández me lo indicó; él me dio estas señas a las que le escribo, advirtiéndome que, por las circunstancias del frente de Madrid, usted vive ahora en casa de unos tíos suyos, no sabía Miguel en qué calle, pero que seguramente le harían llegar al nuevo domicilio las cartas recibidas.

Yo quiero hablarle de una persona desconocida de todos, un escritor que nunca ha publicado nada y al que me une parentesco y amistad. Se trata de Rafael González Sanahuja, soldado voluntario en la 84ª Brigada Mixta del Ejército Popular de la República, mortalmente herido en el último día del sitio de Teruel, dos horas antes de que la bandera tricolor ondease, el 8 de enero del presente año de 1938, en la Torre Inclinada de San Martín de la capital turolense, y fallecido el 20 del mismo mes, cuando le faltaban diez días para cumplir los 42 años y treinta horas antes de que las fuerzas del general Aranda, haciendo una gran matanza, recuperasen la ciudad para los Nacionales. Aunque creo ser su única pariente próxima viva, más de un mes tardó en llegarme la comunicación oficial de la muerte de mi primo hermano Rafael. Sesenta días después de esa horrible noticia, asistí en Alicante, donde ejerzo de maestra en el instituto de enseñanza media del barrio de Benalúa desde el año 1932, al estreno en el teatro Principal de la obra *El refugiado*, un emotivo diálogo entre un Combatiente del pueblo y un anciano Refugiado escrito por Miguel Hernández, íntimo de usted y durante un mes o dos compañero de milicia de mi primo Rafael en el frente de Teruel. Pude acercarme a saludar al gran poeta de Orihuela al acabar la representación, abriéndome paso entre los muchos admiradores y amigos que le rodeaban, festejándole, y al darme a conocer Miguel me dio un abrazo que aún me hace temblar de emoción cuando lo recuerdo. «Tu primo Rafael era un magnífico poeta retraído, y lo sé porque cuando le visité en el hospital de Teruel, malamente herido en la cabeza, sin poder ya ver más que sombras, él mismo me pasó un papel que tenía guardado en la guerrera, una prosa poética el

copón de bonita que a nadie le había leído nunca.» Y entonces Miguel Hernández sacó una hoja arrugada y con manchas de sangre de su cartera y me la entregó. «Guárdala tú, y busca si puedes más papeles suyos donde sea, porque Rafael era un escritor verdadero, un hombre de sensibilidad, y se merece que, como a otros poetas que han muerto por la Libertad de España, le recordemos en su obra.» Y a continuación me habló de usted, o, mejor dicho, hablamos de usted, indicándome él que no habría persona más indicada que el «magno y magnánimo Vicente Aleixandre» para dar a conocer, «si se calman las sangres de este país», una obra inédita tan valiosa.

A finales de agosto de este mismo año recibí, cuando ya no esperaba nada por ese lado, un envío del Ministerio de la Guerra con todas las pertenencias de «Rafael González Sanahuja, soldado raso de la 84ª Brigada Mixta heroicamente fallecido a causa de las heridas recibidas en la defensa de Teruel». Los únicos objetos de valor de su petate militar eran un reloj con cadena de oro heredado de su difunto padre mi tío Antonio, tres libros de Federico García Lorca, el *Llanto a la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*, *Primeras canciones* y *Bodas de sangre*, creo yo que los últimos publicados en vida del gran poeta asesinado, dos camisas de popelín blanco sin estrenar, y una medalla de Nuestra Señora de Setefilla, mi santa patrona del pueblo de Lora del Rio, que le tuve que regalar, no siendo él, ni yo, perso— ñas creyentes, encaprichado mi primo de esa Virgen por su nombre, tan raro, que como usted puede ver es el mío. Pero también había en el envío del ministerio un paquete lleno de papeles. Por un lado, atadas con un cordón de esparto, ocho cartas firmadas y escritas por mi primo a lo largo de trece años a su paisano Federico, con quien fue a la escuela en Fuente Vaqueros y tuvo amistad de niño. Lo que no sé es si esas cartas están mandadas, pues se trata de hojas a mano, para mí que originales, aunque también pudo Rafael hacer él mismo una copia antes de enviarlas, para conservarlas; no creo. Por otro, un manuscrito a lapicero dentro de un sobre grande dirigido por mi primo, de su puño y letra, a mi nombre y a esta dirección de Alicante, en la que vivo desde que me trasladaron aquí en 1932. A él no le dio tiempo a mandármelo.

Tardé más de dos meses en sacar fuerzas para ponerme a leer las 143 páginas contenidas en el sobre de Rafael. Los exámenes de septiembre, el comienzo del curso, el temor a lo que podría allí encontrarme son mis excusas. Al principio tuve que ir desbrozando su caligrafía, pues la letra de Rafael, que siempre fue pequeña y redonda, está en ese manuscrito un poco rota, por el frío seguramente, y con algunas palabras emborronadas por las gotas de agua de la nieve. Lo que tiene el texto es una ortografía perfecta, y se lo dice, Don Vicente, una maestra. Anteanoche llegué al final del manuscrito, y aún sigo maravillada, confundida, asombrada. Soy buena lectora, más de poesía que de novela, pero en mi modesta opinión este *Viajero sin amigo* (así lo titula Rafael, al final en lugar de al comienzo) es una obra de grandísima calidad literaria, original y atrevida, en la que, después de una primera parte muy realista, casi diría yo que naturalista, sobre la guerra, se narra fundamentalmente un viaje, pero no por paisajes ni ciudades sino por lugares de la imaginación. El capítulo de la guerra es estremecedor, y me imagino que está basado en las experiencias de Rafael como soldado en el frente de Teruel. Sucede todo él en BeJchite, mientras los republicanos conquistan el pueblo, y lo esencial es el diálogo de miradas que el narrador sostiene con un soldado enemigo al que no tiene más remedio que matar y dejar en medio de una calle mientras el polvo de los obuses va cubriendo su cadáver. Otro episodio bastante largo pasa en un teatro donde el Autor, que no queda claro si es el mismo Viajero que lo cuenta o Federico García Lorca, citado y descrito minuciosamente, se dirige a los espectadores sentados en las butacas y les afea que sólo vayan a divertirse, diciéndo— les que él no, él les va a hacer una encerrona y conmooverles de verdad, «enseñando las cosas que no queréis

ver», «gritando las verdades que no queréis oír». La última parte del manuscrito es de tipo fantástico, un recorrido por tierras lejanas donde al viajero le persiguen unos hombres con cara humana y cuerpo de animal, pero al final encuentra un jardín encantado y playas de arena virgen en las que el joven viajero se baña desnudo mientras busca entre las olas a alguien que nada por delante de él y siempre se le escapa.

Lo que no sé ni podré saber nunca es si esa segunda parte de *Viajero sin amigo* también tiene datos autobiográficos, pues yo perdí el contacto con mi primo Rafael casi cinco años, entre 1932 y 1936, y cuando nos reencontramos, aquí en Alicante donde él me visitó ya empezada la guerra, hablamos mucho de todo pero no de ese «tiempo atolondrado», como él lo llamó.

No quisiera cansarle con mis historias familiares y opiniones, ni quitarle un minuto más de su tiempo. Es usted el poeta español que más admiro (*Hija de la mar y*

A ti, viva me los sé de memoria), pero si me he atrevido a escribirle esta carta es por el hecho fortuito, yo diría que extraordinario, de que me llegara la obra de mi primo Rafael tan poco tiempo después de que Miguel Hernández pensase en usted como padrino del escritor desconocido. Si usted muestra interés, yo estaría dispuesta a mandarle el manuscrito de *Viajero sin amigo*. Estoy segura de que, caso de encontrar en la obra méritos suficientes, sabría darle salida pública cuando los tiempos lo hagan posible.

Se despide de usted, pidiéndole perdón por este abuso de confianza en su amabilidad y deseándole lo mejor para el año nuevo que se acerca,

Setefilla Romero Sanahuja

Sra. Doña Setefilla Romero Sanahuja Calle de Don Eleuterio Maisonnave, 10 Alicante

Miraflores de la Sierra, 28 de julio de 1940

Estimada amiga (pues por amiga, aún sin rostro, la tengo, viniendo usted de la mano de mi querido Miguel H.):

Lanzo esta botella al mar, casi veinte meses después de la fecha que lleva la carta que usted me envió y se perdió o quedóse entre los cascotes de nuestro pequeño chalet del Parque Metropolitano, puesto por la mala suerte en primera línea del frente de Madrid. El pasado mes de junio, tras el durísimo golpe de la muerte de mi querido padre y con la casa familiar de Velintonia de nuevo habitable, unos vecinos nos dieron un montón de papeles y enseres de milagro recuperados —yo he perdido toda mi biblioteca, aunque esa pérdida es pequeña al lado de otras sufridas en la guerra. Y entre ellos, abierta y manchada, su emocionante misiva. Si sigue en Alicante y en la dirección a la que me remito, sepa que desde finales del mes próximo, acabada nuestra estancia en este pueblecito de la sierra madrileña, yo espero volver a ocupar con mi familia, de modo estable, nuestra antigua casa del Parque Metropolitano —prescinda usted de haches y uves dobles, y escriba la simple y más verdadera dirección de Velintonia 3. Allí recibiría con gusto ese manuscrito inédito de su difunto primo Rafael, para leerlo con mi mejor voluntad de aprecio.

Le saluda cordialmente,

Vicente Aleixandre

P.D. Bonito y para mí no tan raro nombre el suyo, pues lo conocí hace casi diez años por un gran poeta sevillano, hoy trasterrado, que quería introducirlo en alguna obra suya.

Sr. Don Vicente Aleixandre Merlo

Velintonia 3, Parque Metropolitano

Madrid

Alicante, 9 de enero de 1941

Estimado Don Vicente:

Leo con inmensa alegría su inesperada carta, que, no viviendo ya en mi antiguo domicilio, también yo he recibido con mucho retraso, y a la que contesto a vuelta de correo y con toda la discreción del mundo.

Se diría mentira que en el tiempo transcurrido desde mi primera carta a usted tantos acontecimientos se hayan ido sucediendo. Aunque los hombres siguen luchando, más lejos de España, nuestra guerra terminó, aquí en Alicante más tarde y de otro modo. Muchos que, no habiendo estado involucrados en ninguna militancia, quisimos intentar la salida del país, por temor o incertidumbre, no pudimos hacerlo. Llegué a embarcar el 12 de marzo en el carguero *Ronwyn* destinado a Orán, pero estando a punto de zarpar tuvimos unas veinte personas que bajarnos, para dejar sitio a otras con mayor influencia política. Volví a intentarlo quince días después, y pasé casi 60 horas esperando con un maletín y una gabardina para los fríos de Europa en la dársena del puerto, al lado de otras muchas personas en mi misma situación (algunas se tiraron al mar, desesperadas, y allí se ahogaron).

Le diré también que, puesta en el brete de elegir las pocas pertenencias que iba a llevar en ese viaje sin destino ni seguridad ninguna, me limité a documentos académicos y prendas de estricta necesidad, dejando oculto en un cajoncillo de la coqueta del dormitorio de mi piso de la calle Maisonnave el manuscrito del que le hablé a usted en mi primera carta.

Pero el 29 de marzo salió el último barco de refugiados, el *Stanbrook*, y ya al día siguiente, con la entrada en Alicante de los primeros soldados italianos que luchaban del lado del Generalísimo, supimos todos los que estábamos en el puerto que allí nos quedaríamos. Al volver a mi antigua casa, la encontré abierta y saqueada. Alguien (y sospecho de una persona en concreto, del propio vecindario) forzó la cerradura, entró y se llevó lo que quiso; nada de valor guardaba yo, una modesta profesora de lengua y literatura. Tal vez para calentarse o por pura maldad, esa persona intrusa quemó todo el papel que yo había dejado en el piso: los 300 volúmenes de mi pequeña biblioteca (novelas clásicas alemanas y rusas de la Colección Universal, tomos de Rubén Darío, Antonio Machado, Rosalía de Castro y los poetas españoles del Siglo de Oro, entre autores más contemporáneos), los tres únicos libros que heredé de mi primo (poesía lírica del autor muerto que le mencioné), y el manuscrito de su propio *Viajero sin amigo*. Todo hecho ceniza. Como cenizas fueron los dos libros de usted que yo compré y leí en su día: *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor*.

Me duele en el corazón, como usted mejor que nadie entenderá después de haber perdido la suya, infinitamente más valiosa, la pérdida de mi biblioteca y en particular, no se lo digo por halagarle, el ejemplar de su para mí entrañable libro *La destrucción o el amor*, que tenía tan leído y tan subrayado; el poema *Hija de la mar* lo puedo seguir leyendo a diario, pues lo recuerdo del primer al último verso. Pero todos esos libros, incluidos, espero, los suyos, puedo recuperarlos, comprarlos de nuevo algún día o leerlos en alguna biblioteca. Lo que ha desaparecido para siempre es el libro de mi primo Rafael, y con sus páginas quemadas la voz de un escritor puro y escondido,

que para siempre quedará ya inédito, aunque no olvidado por mí.

Le envía un cariñoso saludo su «amiga aún sin rostro»

Setefilla R. S.

P.D. Me hace ilusión lo que usted me dice respecto a mi nombre de pila. En otra ocasión propicia me dará el nombre del poeta en cuestión, que, si no me habita el olvido, imagino quién puede ser.

Sra. Doña Setefilla Romero Sanahuja Calle de San Fernando, 2 Alicante

Miraflores de la Sierra, 13 de agosto de 1941 Estimada amiga:

Vuelvo a escribirle, y con el retraso ajeno a la propia voluntad que ya marca nuestra incipiente correspondencia.

¿Sigue usted ejerciendo de maestra? ¿Nada pudo recuperar del manuscrito de su primo Rafael?

Hoy le voy a pedir yo a usted un favor delicado, y espero no comprometerla con mi petición. El gran poeta Miguel Hernández, cuyos méritos literarios y humanos no tengo que encomendarle, lleva algo más de un mes preso en el Reformatorio de Adultos de Alicante, y por lo que sé en un precario estado de salud. Somos muchos los que, sin entrar a juzgar los motivos políticos que están en causa en su prisión y condena, tratamos de ayudarle y lograr que, por razones humanitarias y familiares, salga en libertad, siquiera provisional (la esposa de Miguel, Josefina, después de haber perdido al primero a los pocos meses de nacer, tiene un niño de dos años, el segundo del matrimonio). El régimen penitenciario hace difícil el acceso a los reclusos, y yo mismo me hallo en unas condiciones físicas que hacen poco recomendable el viaje de Madrid a Alicante. ¿Podría usted, si yo se lo hiciese llegar, llevarle al Pastor Poeta algún paquete de alimentos y medicinas?

Le estaría yo muy reconocido, y la causa de la poesía, a la que usted no es nada ajena, se vería así sostenida.

Reciba el saludo cariñoso de su epistolar pero incondicional amigo

Vicente Aleixandre

Sr. D. Vicente Aleixandre Merlo

«Vistalegre», Miraflores de la Sierra

Madrid

(de estar ausente, remitir a Velintonia, 3,

Parque Metropolitano, Madrid)

Alicante 18 de octubre 1941

Estimado Don Vicente:

Su carta me llegó esta vez sin contratiempo a mi nueva dirección. Vivo realquilada, dando aquí mismo en casa clases particulares de francés y dictado. Las semanas que he tardado en contestarle se deben a que sólo ayer, después de muchas gestiones por medio de un antiguo colega del instituto de Benalúa cuya hermana es religiosa y atiende la enfermería del Reformatorio de Adultos, pude ver y hablar a M. H. en el locutorio de la prisión, entre las «vociferaciones», así las llamó él con guasa, de

los demás reclusos y sus familiares.

No puedo explayarme aquí sobre el estado en que le encontré y las frecuentes visitas que, sin él solicitarlas, recibe del capellán de la cárcel y de dos sacerdotes influyentes. Usted me comprenderá sin duda. Estuve casi una hora con él, y en ese tiempo se mostró por momentos de buen ánimo, hablándome de sus proyectos artísticos, pero NO poéticos, pues me dijo que cuando se recupere quiere dedicarse al teatro o a ese nuevo arte de «sombras clandestinas», el cinematógrafo. También le vi ratos de dolor y angustia, a los que él se sobrepone con sentido del humor, como cuando me contó que esa misma mañana, al despertarse en su jergón, se había sacado de la manga del jersey de lana una rata allí refugiada durante la noche. «¡Otros más elegantes se sacan conejitos blancos de la chistera!»

A usted le quiere muchísimo, y me pregunta por su salud y sus versos; le tiene a usted por el poeta español del futuro, y para mí que es una gran verdad. Para él solo pide frascos de Ceregumil, que le bajan la fiebre, pero las cosas materiales y el dinero prefiere que se los manden a Josefina y al niño Manolico.

En medio de tantos padecimientos físicos me sobrecogió la generosidad de su carácter, pues lloró cuando le conté lo del manuscrito quemado de mi primo Rafael, encareciéndome él también buscarlo yo por si apareciese otra copia, lo que veo imposible dadas las circunstancias. Insistió M. H. en que mientras tanto le enviara a usted el único texto de mi primo que conservo, la prosa corta, muy poética, que Rafael le entregó ya moribundo en el hospital de Teruel y Miguel me dio a mí en guerra.

Cuente usted conmigo, siempre en la medida de lo que me sea posible, para cualquier asunto relacionado con M. H.

Le saluda con amistad, cariño y profundo respeto

Setefilla

Sra. Doña Setefilla Romero Sanahuja Calle de San Fernando, 2 Alicante

Madrid, 12 de diciembre de 1941

Querida Setefilla:

Me hizo usted reír, pese a la emoción del dolor, con la historia de la rata dormilona y la chistera. Algo sabía ya del interés eclesiástico mostrado por el alma del Pastor Poeta. Desde que le conozco él siempre ha sido así: confiado y sin aguardar daño de nadie.

Personas de buena voluntad, algunas relacionadas con el gobierno del generalísimo Franco, están tratando de sacarle de prisión, y yo mismo he recurrido, de momento sin resultados satisfactorios, a dos altos militares compañeros de promoción de mi difunto padre, que fue coronel de Ingenieros y muy simpatizante de Miguel por haberle visto conmigo en esta casa.

Hay que ver de no llegar tarde con nuestro auxilio. Le envío, por paquete certificado aparte, 6 frascos de Ceregu— mil y algún otro medicamento, y mándeme usted, no faltaría más, ese breve texto de su desaparecido pariente; lo leeré complacido, y no sólo por la calurosa recomendación de nuestro común Miguel. Aquí sigo yo mientras, no muy allá de salud, y trasmitiéndole ahora mi más cariñoso saludo.

Vicente

Sr. D. Vicente Aleixandre Merlo Velintonia 3, Parque Metropolitano Madrid

Alicante, 25 de marzo 1942

Querido Vicente:

Le escribo con mucha pena, nada más volver de la prisión. Desde que a principios de enero le llevé, sin poder verle, las medicinas que usted me mandó, me ha sido imposible conseguir nuevos permisos para visitar a Miguel, restringidos a su mujer Josefina, quien una vez por semana le ve sin intimidad en el locutorio, pues al no estar ellos casados por la Iglesia no la dejan pasar a la enfermería. Hoy me dejaron entrar en el edificio, gracias a los buenos servicios de Sor Rosina, la hermana de mi amigo Jesús, pero tampoco pude ver a M. H., después de haber esperado una hora en la antesala. Me dijo la hermanita, una vez que habló con el practicante de guardia, que nuestro Poeta no tenía fuerzas para levantarse de la cama que ocupa en la enfermería.

Ni ella ni el practicante, a quien tuve ocasión de preguntarle, quisieron decirme nada en claro, pero, querido amigo Vicente, me temo que hay que esperar de un momento a otro el desenlace fatal. Sor Rosina me dijo que ella misma había metido en una maleta de cartón las pocas cosas que Miguel tenía en la cárcel, pensando en dársela, cuando él ya no esté, a Josefina. Y sus pertenencias, querido Vicente, eran: un mono de trabajo, dos camisetas, una camisa, un par de calzoncillos, una toalla, una servilleta, una cazuela, un vaso de aluminio, nada más.

Dejo aquí de escribir para no ponerme otra vez a llorar como me puse al oír la lista que me dio la monjita, y para que esto le llegue y trate usted de hacer un último intento antes de que sea tarde.

Un abrazo sentido de su buena amiga

Setefilla

P.D. Aunque estoy muy desanimada, me he acordado de que me pidió usted ese breve texto que conservo de mi primo, y como homenaje a él y a Miguel Hernández, que tanto creyó en el Rafael escritor, se lo incluyo aparte, copiado por mí a máquina del original, que está escrito a lapicero y no lleva título.

POESÍA EN PROSA de Rafael González Sanahuja

«La muerte está en todas partes. Hay un comienzo de muerte en ratos que estamos quietos. Cuando estamos en una reunión, hablando seriamente, mirad a los botines de los presentes. Los veréis quietos, horriblemente quietos. Son piezas sin gestos, mudas y sombrías, que en esos momentos no sirven para nada. No andan, no se hablan la punta del izquierdo con la del derecho, no respiran a través de la piel de sus cueros. Están comenzando a morir. Al ver unos pies quietos, con esa quietud trágica que solamente los pies saben adquirir, uno piensa: diez, veinte, cuarenta años más, y su quietud será absoluta. La muerte está en ellos. Como está instalada, con precio y perno, en todos los estantes y en todos los cartonajes de las zapaterías, esos cementerios al por mayor donde la vida se vende al detall».

Srta. Setefilla Romero Sanahuja

Calle de San Fernando, 2

Alicante

Madrid, 17 de abril de 1942

Querida Setefilla:

Su dolorida carta llegó horas después de la noticia trágica de que nuestro amigo el poeta había muerto en la cárcel de Alicante el pasado día 28. Miguel fue un relámpago en mi vida, y como tal, fugazmente, se desvanece. Pero su amistad, que nunca se irá, me trajo la experiencia de un cariño hermoso, verdadero.

Quiero decirle, amiga Setefilla. que en el momento más desolado de mi vida él supo sostenerme, poniendo su gran corazón como tierra benigna sobre la que yo pudiera llorar. Y qué bien recuerdo sus ojos claros que me miraban, entendiendo, atendiendo, abrigando, casi acariciando como tierra materna. Un amigo, en los momentos de carencia o necesidad, es también, de un modo sigiloso, eso: tierra y madre.

Algún día, que espero no lejano, nos conoceremos usted y yo y podremos entonces hablar sin cortapisas de las cosas profundas y dolientes que, por medio de la correspondencia, hemos compartido a lo largo de estos meses. Mientras tanto, le digo que leí con sumo interés el texto mecanografiado que usted me remitía, llenándome de asombro su lectura. Se trata, amiga mía, de una larga cita de una entrevista a Federico García Lorca que sin duda su primo Rafael tomó del periódico argentino *Crítica*, donde se publicó en 1934, por gustarle el contenido. No es de extrañar. Yo mismo la conservo y la he releído más de una vez, sobre todo a partir de agosto del 36. Federico, que estaba muy satisfecho de cómo había reproducido sus declaraciones el periodista argentino J. R. Luna, me dio un recorte al regresar de su viaje sudamericano, y yo la guardé, a modo de separador, entre las páginas del precioso libro de los *Seis Poemas Galegas* de GL, el único que, entre las pérdidas y desastres de la guerra, conservo de los suyos, dedicado y dibujado en la portadilla.

Pero algo hay enigmático en el texto que usted me enviaba. Las palabras son de Federico, y muy de él: más de una vez nos sobrecogió, en mitad de una velada o un sarao, rompiendo la alegría (¡que tanto le definía y tan bien sabía él infundir a los demás!) con premoniciones de muerte, y entre ellas, yo mismo le oí esa imagen tan turbadora de los botines inmóviles. Sin embargo, no todas las palabras copiadas por su primo Rafael son de Federico.

En mis trashumantes días de la guerra volví a menudo, por recordar vivamente al amigo muerto, a ese recorte argentino de FGL. Y así, al leerlo en su hoja mecanografiada, de inmediato noté algo raro: dos de las frases no se corresponden a la entrevista, estando yo diría que intercaladas entre las respuestas de Federico. Lo sorprendente es que dichos añadidos ajenos a la voz del gran poeta (el par de zapatos que se hablan a través de la piel, el final de las cajas mortuorias de zapatería donde la vida se consume al detall) son intrínsecamente lorquianos y de una deslumbradora belleza. ¿Tiene usted alguna explicación para aclararme tan llamativo misterio?

Excmo. Sr. Comisario General de Investigación y Vigilancia Ministerio de Orden Público
Burgos

LaCoruña, 30.111.1938

Por la presente instancia debidamente cumplimentada en la Delegación Provincial del Gobierno sita en La Coruña, el infrascrito, Trinidad López Douce, varón, soltero, natural de Aiazo de Frades, provincia de La Coruña, de 25 años de edad y con estudios superiores de Historia y Leyes cursados en las universidades de Santiago de Compostela y Madrid, expone lo siguiente:

Que queriendo prestar un servicio a la Patria adecuado a su estado físico, a sus conocimientos y a su buen deseo y voluntad, solicita el ingreso en el Cuerpo de Investigación y Vigilancia que usted tan eficazmente dirige.

Que habiendo el infrascrito vivido mayormente en Madrid durante los últimos seis años, cree poder ofrecer datos fehacientes sobre personas y conductas observadas en dicha capital entre los círculos literarios y cultivados, que pudieran resultar de utilidad, dado el cobarde sometimiento de una mayoría de tales «artistas» e «intelectuales» a los principios de la subversión comunista y las normas emanadas desde Moscú.

Que el glorioso Movimiento Nacional se produjo estando el solicitante en Madrid, de donde se pasó a la Zona Nacional con fecha 15 de septiembre del año de 1937, y que por lo mismo cree conocer sobradamente la actuación de determinados individuos implicados en acciones de favorecimiento y militancia a favor de la causa republicana, así como de criminal intervención tanto civil como militar en contra de las fuerzas patrióticas Nacionales solapadamente operantes en la capital de España con la máxima heroicidad y riesgo de sus vidas.

Que por todo lo expuesto solicita, caso de ser bien considerada su humilde petición de ingreso en el Cuerpo, ser destinado a Madrid, ciudad en la que cree poder prestar servicios de mayor eficacia en la defensa y sostenimiento de la Gloriosa Cruzada de liberación nacional.

Y a tal efecto firma y rubrica esta solicitud que respetuosamente dirige a su excelentísima señoría, firmado: Trinidad López Douce

SR. D. TRINIDAD LÓPEZ DOUCE Calle Real, 14 La Coruña

Burgos, 2 de diciembre de 1938 Tercer Año Triunfal del Alzamiento Nacional

Por la presente carta me es grato comunicarle que esta Comisaría General que me honro en dirigir ha reconsiderado favorablemente su ofrecimiento recogido en la instancia de fecha 30.111.1938, que fue verbalmente rechazado a fecha de 6.V.1938, citándole a usted para que comparezca en las oficinas de esta jefatura el próximo día 9 de diciembre, a la hora que le será anunciada con la debida antelación.

firma: ILEGIBLE

Comisario General de Investigación y Vigilancia Jefatura de Orden Público

INFORME dirigido a la Comisaría General de Investigación y Vigilancia

Ministerio de la Gobernación Jefatura de Orden Público Madrid

Madrid, 8 de junio de 1939 ASUNTO: VIGILANCIA DE FAMILIARES DE PRESOS
ENCARCELADOS EN LA PRISIÓN MADRILEÑA DE TORRIJOS

En relación con la labor encomendada de seguimiento y vigilancia, se constata la presencia de personas en apariencia desconocidas entre sí pero que, a la salida de las visitas carcelarias a prisioneros de guerra, algunos con condena de muerte sumarísima, adquieren consistencia de grupúsculo y como tal se han reunido ya en tres ocasiones, siempre en el mismo café sito en la calle Conde de Peñalver, casi esquina con la calle de Alcalá. De dos de estas personas identificadas como MANUELA RIERA CAÑIZARES y ROSA

SANCHO FRÍAS puedo atestiguar, basándome en un conocimiento personal (distante) establecido en el año 1935 en círculos universitarios madrileños, que se trata de mujeres de edad aún juvenil, simpatizantes y seguramente colaboradoras ocultas de los enemigos del Régimen, siendo la segunda de ellas amiga íntima de la escritora comunista huida de España María Teresa León, con quien ambas mujeres ahora vigiladas colaboraron repetidamente en actividades de agitación teatral pro-Republicana durante la Cruzada de Liberación. En el marco del llamado Teatro de Arte y Propaganda que estuvo desde principios de 1937 asentado en el madrileño Teatro de la Zarzuela bajo la dirección de la citada M.^a Tsa. León, consta que la primera de las vigiladas, Manuela Riera C., ejerció en el mismo labores de actriz, siendo la segunda, Rosa Sancho F., asistente personal de la directora León (esposa amancebada del poeta Rafael Alberti, comunista como ella y también huido).

De esa Rosa Sancho Frías hoy en completa libertad de movimientos (aunque sometida a la vigilancia de que hace objeto este informe) es posible proporcionar datos de su carácter, tendente a lo procaz. Un día de finales de diciembre del 37 se hallaban María Tsa. León, la Sancho y otras personas de ambos sexos en las bambalinas del citado Teatro de la Zarzuela, llenando baúles con viejos trajes que iban a utilizar por la noche en unas representaciones del grupo de las Guerrillas del Teatro ante los soldados del Batallón Alpino, acuartelado en la Sierra de Guadarrama. Las mujeres no paraban de bromear y hasta de blasfemar, y la tal Rosa Sancho se quejó ante su jefa María Teresa de su mala suerte: «Todas mis amigas están bien colocadas desde que empezó la guerra. Una es de la CNT, otras de la UGT, y a mí no me han dejado más que la JO-D-T.» Todos los allí presentes se rieron de esta chocarrería indecente, que la propia María Teresa León se encargó de enardecer añadiendo otras de su caletre. La salida del grupo de las Guerrillas hacia los camiones que deberían conducirles hasta Guadarrama se hizo entonando hombres y mujeres, en un coro comandado personalmente por María Teresa León, la siguiente copla impía:

San José es radical, la Virgen es socialista, y el Niño que va a nacer del Partido Comunista.

Puedo igualmente aportar una información referida a estos León-Alberti y a otro de sus ámbitos de actuación en los primeros meses de la Cruzada. Por razones de afinidad personal con el Arte, y en razón de mis estudios, me fue dado conocer de cerca un atropello de enorme gravedad sucedido en Madrid durante el otoño de 1936. La llamada Alianza de Intelectuales Antifascistas, mangoneada principalmente por dicha pareja de comunistas, había ocupado ilegalmente el señorial palacete de los Marqueses de Here— dia Spínola sito en la calle del Marqués del Duero n.º 7, almacenando allí

una gran cantidad de obras maestras de la pintura española y europea que el gobierno rojo decía querer poner a salvo de los peligros de la guerra, sabiéndose al contrario que era una operación de venta en contrabando a potencias extranjeras y coleccionistas desaprensivos de América del Norte. Destacan entre los expolios perpetrados contra nuestro acervo pictórico el traslado desde la ciudad de Illescas a Madrid de los cinco primorosos lienzos de El Greco que desde tiempo inmemorial dan prez al retablo del Hospital de la Caridad de la industriosa villa toledana, y también poco después, el 21 de octubre del 36, lo que no

dudo en llamar la «rapiña de El Escorial», capitaneada personalmente por ese Alberti y otro escritor aparentemente cristiano de nombre Pepe (José) Bergamín, en la que fueron sacadas del monasterio agustino obras de Velázquez, Tintoretto, Goya, Greco y una del flamenco Derweiden. Tanto esas valiosísimas pinturas, como otras incautadas a iglesias y conventos madrileños bajo el mismo pretexto y con la misma finalidad fraudulenta por iniciativa del Director de Bellas Artes rojo José Renau, se fueron depositando en un principio en el Museo del Prado y después en los sótanos acorazados del Banco de España en La Cibeles, teniendo yo noticia altamente fidedigna de que muchos de los mejores lienzos clásicos «salvados» fueron a parar al palacete de Marqués del Duero n.º 7, engrosando allí la colección privada que los Alberti-León y toda su manada de «intelectuales» querían atesorar en provecho propio.

Así mismo me permito adjuntar en este informe, a modo de documentación adicional, el poema *Oda a Francisco Franco*, alusivo a la figura de nuestro Invicto Caudillo, del que soy autor en mi capacidad de poeta en agraz, y que me fue publicado en febrero del año 1938 dentro de las páginas del diario navarro *Arriba España*, fundado y tenazmente dirigido por el reverendo padre Don Fermín Yzurdiaga. Queda aquí incluido por dos razones. La primera y primordial es el testimonio de mi fidelidad inquebrantable a los principios del Movimiento Nacional y a su inspirador y Caudillo supremo el Generalísimo Franco. La segunda, como aclaración del nombre que aparece al pie de los versos: *Ramiro Fonseca*. Se trata del pseudónimo por mí adoptado en los albores de mi carrera literaria ahora descuidada por razones de fuerza mayor, queriendo yo seguir el ejemplo de otros escritores conocidos en nuestro país: José Martínez Ruiz, autollamado *Azorín*, el ya desaparecido periodista catalán *Gazieí* (de nombre real Agustín Calvet), o el gran polígrafo y paisano mío (orensano él) Felipe Fernández-Armesto, inmortalizado bajo el apelativo ficticio de *Augusto Assía*. Modelándome yo en esos precedentes y a fin de preservar la debida discreción en las labores de vigilancia tan reciente y pundonorosamente iniciadas, propongo al Excmo. Sr. Comisario General la adopción de *Ramiro Fonseca* como nombre o clave identi—ficatoria en estos informes dirigidos a la Comisaría General y en cualquier otra comunicación secreta que me fuera solicitada.

Madrid 8 de junio de 1939

POEMA ADJUNTO

Oda a Francisco Franco

Caudillo, general, anacoreta. Me llega tu palabra cual saeta, tu espíritu da hálito a mi boca, y es tu tesón mayor que el de una roca.

Siete fueron de Hércules las gestas, y siete de este Mundo los prodigios. Te debemos el fin de las protestas, y que en España no haya gorros frigos.

El español detesta cualquier treta, todo albur de impronta materialista, no queriendo de Rusia hacerse esclavo. ¡El español responde a la corneta!

¡Gracias al brío de tu brazo bravo! ¡En tu misión, Francisco, Dios te asista!

RAMIRO FONSECA

COMUNICADO INTERNO DIRIGIDO A «RAMIRO FONSECA»
RECIBIDO INFORME DEL 8/6/1939. PROSIGA LA

INICIATIVA ADOPTADA.

PÍDESE AL FUNCIONARIO ABSTENERSE DE

INTRODUCIR EN LOS INFORMES ALUSIONES

PERSONALES Y CUALQUIER LITERATURA AJENA A LA
INVESTIGACIÓN, QUEDANDO ACEPTADO EL USO DE

«RAMIRO FONSECA» COMO CÓDIGO NOMINAL DE

ENCUBRIMIENTO DEL AGENTE.

Madrid 11 de junio, 1939

firma: ILEGIBLE

Comisario General de Investigación y Vigilancia Jefatura de Orden Público

Sra. Doña Eulalia Taberner de Cornelia Calle Balmes 478, sexto 2.^a Barcelona

Elche, 12 de diciembre de 1944

Mi estimada Lali:

Esta vez sí que me pongo de verdad a escribirte, con toda la mañana por delante. La tata Amparo acaba de salir con los nanos a la Glorieta, y la casa está tan tranquila que hoy no tengo excusas, aunque Tere, la criadita nueva, sacude las alfombras que es un gusto. Tienes toda la razón: este pueblo grande no ofrece ninguna de las distracciones que a mí me podrían agradar, y aun así el tiempo corre sin que una se dé cuenta. Me pones los dientes largos con la *Traviata* del Liceo; aquí hay un teatro, el Gran Teatro, bastante coqueto, muy cerca de donde vivimos, pero ahora sólo hacen cine. El sábado me llevó allí Luis a ver *El clavo*, una histórica con Amparito Rivelles, que sale muy elegante. De conciertos nada, maca, y si nos ponemos a hablar de galerías de arte, la repera, ni una. Ya que no podré venir a verla dile a Narciso que me mande al menos el

catálogo de su exposición en la Sala Parés; a lo mejor convengo a Luis de que le compremos una de esas marinas de Cadaqués que tan bien le han quedado, dices tú. Y ya que hablamos de Bellas Artes, ¿sigues con tus cerámicas? Ya sabes lo que me gustaban. Un día de éstos, nos das la sorpresa a todas y te hacen una exposición.

Lo único con lo que puedo darte celos es con el tiempo que hace. ¿Te querrás creer que el domingo pasamos el día en la playa? Luis se dio un chapuzón, en noviembre fíjate, y dijo que el agua, si nadabas un poco, no estaba fría. Yo sólo me mojé los pies, y a los niños los dejamos la mañana entera jugando en la arena con la tata, Luisín con su bañadorcito, Merceditas, que es más friolera, con la «rebeca» puesta. Al volver por la tarde todos traíamos muy buen color. La playa es la de Guardamar, a unos 25 kilómetros de aquí, y ya te hablé de ella creo, pues el veraneo lo hicimos allí. Tenemos una casita alquilada, en una fila de chalets sencillos todos iguales y alineados frente a la playa. Pero la casa se usa poco: la vida la hacemos entre la terraza, la playa y, por la tarde, en las jaimas, unas tiendas de lona abiertas, muy de los moros, que por estas tierras se estilan para echarse la siesta dentro y tomar la merienda— cena. Los maridos hablan, fuman y dan sus cabezadas, los nanos todo el día con sus palas y sus cubos, llevando la arena de las dunas hasta la orilla y viceversa, y nosotras con un libro, bueno, la única que lee soy yo, porque las señoras de Elche prefieren jugar a la brisca. Llevo por la mitad *Mariona Rebull* de Ignacio Agustí, y me está gustando. ¿La has leído?

Lo bueno de mi aburrida vida ilicitana (así se llaman los naturales del pueblo: ilicitanos; ¿no te hace gracia, como si fuera el nombre de una tribu visigoda?) es que aquí no llega el recuerdo de nuestra guerra. También ellos la sufrieron, supongo, pero a mí no me duelen sus cicatrices. He dejado de tener insomnio y malos sueños.

Cuando Luis me habló de pedir la plaza de secretario del ayuntamiento de Elche, que estaba vacante, la idea de cambiar de ciudad se me hizo una montaña, aunque para su escalafón era bueno,

le evitaba tanto viaje entre Igualada y Barcelona y también su tristísima vida de fonda las noches que se tenía que quedar a dormir en el pueblo. Luego la mudanza no me resultó tan dura como esperaba, y los niños, siendo aún tan pequeños, se han adaptado bien; Luis está cómodo en el trabajo, y piensa que dentro de unos tres años puede aspirar a una capital de provincia, Tarragona por ejemplo.

Aquí, ya te digo, duermo bien, sin tomar nada, ni una valeriana, me olvido día y noche de las pesadillas y el pánico que me entró el día que vi a los tres sacerdotes asesinados delante de las tapias de Pedralbes. Hace dos semanas, sin embargo, casi me da un soponcio al pasar por delante de nuestra alcoba y ver a la criada Tere llorando con una bola de metal en la mano. Te explico.

Tenemos una cama de matrimonio antigua y enorme, heredada por Luis de sus abuelos maternos, que eran unos labradores ricos de un pueblo del interior de Castellón, Jérica. A mí me habría gustado comprar algo más moderno, un dormitorio de estilo francés Art Déco, pero Luis no transigió en eso. La cama, que es altísima, tiene un cabezal con barrotes pintados que acaban en dos grandes bolas doradas. Al ir a limpiar, la pobre Tere se quedó con una de las bolas en la mano, y cuando quiso ponerla en su sitio oyó que dentro de la bola hueca algo se movía, y se asustó. En ese momento pasaba yo y entre las dos conseguimos sacar lo que había en el interior, una cadena de oro con un crucifijo de nácar engastado en piedras preciosas. Tere aún lloraba más, diciendo que era un milagro, y a mí me vino el mal recuerdo y un sudor frío.

En junio del 38, estando toda la familia en Sitges, llegaron unos milicianos de la FAI a la torre, y mamá salió a recibirles muy decidida. Recuerda lo guapa que era, y lo bien plantada hasta el final. Pues bien, mientras mis hermanas y yo tremolábamos como las hojas de un árbol y el jefe del pelotón, que llevaba una boina bordada con tres calaveras, nos preguntaba por mi padre y mi hermano Jorge, ella, mamá, se le encaró con una sonrisa de lo más seductora: «Ah, los hombres de la casa. Eso nos gustaría saber a nosotras. Dónde están. Usted, camarada, que parece un hombre con dotes de mando, ¿no sabría averiguar su paradero? Mi marido es un hombre de despacho, y mi hijo Jordi (dijo el nombre en catalán, fíjate lo lista que estuvo) un romántico. Yo les hago a los dos en el frente del Ebro, pero eso sí, sirviendo a la República.» El anarquista no se debió tragar la trola, pero mientras escuchaba embobado a mamá le daba vueltas sin parar al mapamundi en relieve que teníamos en el salón, el del abuelo Pablo, que desde niña me había maravillado, con su bombillita dentro para iluminar los océanos y las cordilleras. Lo mismo te acuerdas, porque de soltera lo tenía en mi cuarto de Vía Augusta. Fue de las cosas que yo misma saqué de la casa en octubre del 36, después del primer incendio, para llevarlas a nuestra torre de Sitges.

A lo que iba con lo del líder anarquista. Yo noté entonces que mamá, sin dejar de darle cuerda en la conversación, miraba muy inquieta esa bola del mundo a la que el miliciano, que también parecía haberse encaprichado de ella, le seguía dando vueltas sin parar. Al cabo de una hora de registro se fueron sin más consecuencias, y naturalmente sin averiguar que tanto mi padre como mi hermano Jorge estaban escondidos en la alacena tapiada de la cocina. Pero cuando la camioneta de los milicianos se había perdido de vista, mi madre se puso a llorar abrazada al mapamundi. Ni yo ni mi hermana Montse, y mucho menos Ana, tan atabalada siempre, entendíamos lo que pasaba. Hasta que mamá sacó la bola de la peana y se puso a desenroscar las dos mitades del mapamundi: sin decírselo a nadie lo había vaciado, quitando la bombilla y el hilo eléctrico, para meter en el interior, precisamente por temor a un registro, todas las joyas de la familia Amat y los gemelos de oro grabados con las iniciales de papá.

Aún asustada por el recuerdo de aquella escena, conseguí calmar a la criada Tere, convencerla de que se olvidara de la bola de metal y del crucifijo y siguiera limpiando. Más tarde averiguamos que la abuela materna de Luis, que murió el año pasado a los 96 años, se había pasado todo el 14 de abril de 1931, cuando proclamaron la República, escondiendo en distintos rincones de su caserón de Jérica las imágenes y objetos religiosos que tenían, y cuando acabó la guerra ya no se acordaba de alguno de los escondrijos, como el del Crucificado de nácar y brillantes en la cabecera de la cama.

Bueno, querida Eulalia, ahora voy a contarte el motivo principal de esta carta que te debía. Veo que he estado dando rodeos con mil cosas pintorescas, como para evitarlo, pero ya paso a decírtelo. Tú y yo nos sinceramos hace un año, cuando estuve en Barcelona para la Navidad. Nuestros niños. Cada una de nosotras una pareja, niño y niña, aunque los tuyos sean más mayorcitos. Tuvimos ambas la suerte, o la bendición, de que así salieran naturalmente, y cuando tú me dijiste que vuestra decisión firme era no tener ninguno más, te dije que yo también había decidido lo mismo, y que Luis estaba de acuerdo. Pues bien, he cambiado de idea, y hace una semana lo hemos hablado Luis y yo. Vamos a tener un tercer hijo. Desde hace ocho días no tomamos ninguna precaución.

Ya sabes que el parto de Luisín fue difícil y que el Dr. Santacreu opinaba que lo más recomendable era no volver

a tener un embarazo. Con Merceditas y Luisín había prou, y tan contentos. Pero hace quince días fui una tarde a la basílica de Santa María, la iglesia principal de Elche, bastante bonita, y donde en el mes de agosto hacen una especie de *passió* de la Virgen, toda cantada por los del pueblo, que tiene su encanto y la promueve mucho Eugenio Dors, el periodista y filósofo catalán. El verano pasado estuvo él de espectador muy cerca de donde yo estaba sentada, y el hombre se extasiaba y algunas melodías las sabía de memoria y las cantaba al oído de una señora guapa, morena un poco vulgar, que le acompañaba.

Fui a la basílica de Santa María porque empezaba ese día la novena de la Inmaculada y daba la plática un sacerdote de Madrid muy renombrado, el padre Rincón, que nos encandiló a todas (a esos actos litúrgicos de tarde no van los hombres). Después de hablar muy historiadamente de la Purísima madre de Jesucristo y del milagroso nacimiento del Hijo, el padre Rincón nos hizo una pregunta a las señoras del templo: «¿Estáis seguras de haberle dado a Cristo una milésima parte de lo que El os dio: esa educación religiosa que habéis tenido, ese hogar acomodado en el que habéis crecido, esos matrimonios felices que habéis formado, esa paz de la que ahora disfrutamos en nuestro país? ¿Qué le habéis devuelto vosotras a cambio de tanta generosidad? ¿Acaso no tenéis una deuda pendiente con Él?» Nos miramos las unas a las otras en los bancos de Santa María. ¿A qué podría referirse el padre Rincón?

No era una idea suya, sino del Santo Padre. Algo directamente emanado de Roma. Pío XII quiere que las mujeres cristianas le restituyan a la Iglesia sus desvelos, y eso sólo se hace dándole a Cristo soldados. Te confieso que la palabra me sofocó. ¿Otra guerra? No. Lo que el Papa desea y el padre Rincón nos transmitía tiene que ver con el sagrado deber de la paternidad, no con los ejércitos que hacen guerras. El reino de Dios se extiende gracias a la familia, y la natalidad depende de nosotras, Lali.

Luis prefiere que sea una niña, pero a mí me gustaría otro niño, y si sale varón quiero ponerle Ramón. Como tu hijo, sí, aunque no es por copiarte, sino en recuerdo de un Ramón que yo conocí, el hijo de nuestro masovero de Sitges, y fue mi amor imposible. A Luis le doy otra explicación: que es

el nombre de un santo por el que tengo devoción, San Raimundo de Peñafort.

Me despido aquí, temiendo aburrirte con este larguísimo rosario de anécdotas y noticias, que espero, eso sí, me contestes como se merece. Estas próximas navidades no nos veremos, por desgracia, en Barcelona. Vamos a pasarlas en Valencia con los padres y hermanos de Luis, y para fin de año vendrá aquí a Elche papá, que lleva bien, eso dice él, su nuevo estado de viudo.

Un fuerte abrazo de tu amiga

Mercedes

Sra. Doña Mercedes Brú de Bonora Calle Zumalacárregui, 2, 1 Elche (Alicante)

Barcelona 19 de enero de 1945

Mi querida Mercedes:

Ahora soy yo la que está en falta. Discúlpame. Pero el año nuevo empezó regulín. Ramón tuvo paperas, y ahora estamos con la primera comunión de Montserrat. No sabes lo ceremoniosas que son las monjas de Jesús María. Más preparativos y más nervios que una boda. Nuestras Damas

Negras eran en eso menos envaradas, «plus décontractées». Todas las amigas te echamos de menos en el aperitivo navideño del día 26; Cuca se nos casa, o eso dice una vez más, pero Finita tuvo un aborto espontáneo al cuarto mes, y lo de ser padres van a tener que pensárselo ella y Tito.

Con lo que te digo te imaginarás que de cerámica, nada. No tengo tiempo, ni los niños me dejan sitio para hacer mis potingues. Me gustaría buscarme un estudio cerca de las Ramblas, estar independiente y a lo mejor meterme en algo distinto, pequeñas esculturas. Ya se verá.

Muy curioso lo que me contabas de la bola de metal y el atlas luminoso de tu abuelo, claro que me acuerdo de haberlo visto en tu cuarto de soltera. Me alegro de que estés tan bien asentada en Alicante, tan serena. Tu carta me ha hecho pensar, y recordar.

A mí el Alzamiento Nacional me pilló haciendo crawl en la piscina de mis padres en Vallvidrera, y cada vez que llegaba una mala noticia, una amenaza, el día que os incendiaron a vosotros la casa de Vía Augusta, el día que entraron los milicianos en el colegio y raparon y se llevaron «de paseo» a la Mere Supérieure, la antipática Madame Elise, y a esa santa de la Hermana Portera, yo seguía nadando y dejando caer todo lo malo al fondo del agua. Tuve una guerra civil de Esther Williams.

Recuerda que en julio del 36 yo estaba recién casada, y al poco me convertí en una esposa soltera, durante los primeros diez meses Ferrán vino del frente sólo dos veces. También era hija única mimada, y más mimada aún cuando me quedé encinta del nene en el segundo permiso de Ferrán. Hasta el quinto mes de embarazo hacía yo mis veinte largos diarios y me tiraba del trampolín. Luego fui una joven madre de guerra, pero sin dejar nunca de nadar, para entonces en el mar. En Pineda seguía siendo «Montse, la tritona de la clase».

Esas mismas aguas del Mediterráneo le salvaron la vida en febrero del 38 a mi hermano Esteban, que ya sabes que se escapó en barca desde Lloret con otros siete amigos también buscados por los «rojos», los ocho disfrazados de bañistas del «fin-de-siècle» por si les paraba la Vigilancia Costera decir que eran franceses arrastrados por la marea desde Port-Ven— dres mientras celebraban una regata de carnaval. Como no supimos nada de él en dos meses yo lloré mucho. Un

mar de lágrimas. Luego ya dio noticias desde Francia, y el mar me lo devolvió en noviembre del 39 cuando regresaron él y otros refugiados catalanes en la motonave *Ville de Nantes*. Ya sabes lo que yo he querido siempre a Esteban. Con lo ocupado que ahora está siempre mi marido, ocupado en ganar dinero y hacer viajes a Madrid, los hombres de mi vida son Esteban y Ramonet, que está en la edad en que los niños prescindan del padre pero sin la madre no saben dar un paso.

Desde hace dos años no me tiro al agua. Ahora le tengo tirria a la natación. Ferrán dice que es pura coquetería, y la verdad es que con los dos partos he ganado cintura, y las piernas ya no están tan esbeltas. Pero no es eso. Me he hecho aprensiva, y recelo del agua. A la piscina de la torre de Vallvidrera no puedo ni acercarme, y eso que Esteban se ha ido allí a vivir con nuestra madre. Pienso que debajo de sus aguas verdosas están a medio pudrir todas las angustias y los miedos que yo fui dejando atrás, al nadar, en la espuma de mis brazadas.

Hasta los charcos que quedan después de llover en la terraza me dan temor. Por eso este agosto iremos de veraneo a la montaña.

Te deseo que te quedes pronto encinta. Yo ya no lo intento.

Te abraza tu amiga

Lali

Posdata. *Mariona Rebull* sí la leí, estaba bien, pero dicen que es mejor la nueva novela de Agustí que va a salir ahora, con unos capítulos muy fuertes sobre la Semana Trágica. Tienes que conseguirte la que ganó hace un año el Premio Nadal. Se llama *Nada* y es de una chica jovenci—ta de aquí de Barcelona, Carmen Laforet. Hay gente que dice que su tristeza la hace un poco «rojales», pero el libro es muy fino en la psicología y tiene mucha atmósfera.

Sra. Doña Eulalia Taberner de Cornelia Calle Balmes 478, sexto 2.^a Barcelona

Elche, 24 de febrero de 1945

Querida Lali: Las postales que hay de Elche son todas del Parque o los Palmerales, pero yo he encontrado esta de la fachada del Ayuntamiento, un antiguo palacio clásico. En el balcón segundo del primer piso está el despacho de Luis, y nosotros vivimos a cinco minutos. Y ahora la noticia bomba: ¡estoy de dos meses! Besos de tu amiga Mercedes

Sra. Doña Mercedes Brú de Bonora Calle Zumalacárregui 2, 1 Elche (Alicante)

30 de abril de 1945

Querida Mercedes: Te envió el recordatorio de la Primera Comunión de la nena, que la celebramos el domingo. Todo fue bien, aunque sigo creyendo que Montse es demasiado niña, y tendría que haber tomado la comunión el año que viene. Las monjas se empeñaron. El querubín del recordatorio lo dibujé yo. También te incluyo una foto que nos sacaron ese día a los cuatro, para que veas cómo ha crecido y lo guapo que se ha puesto Ramoncito, que va para los ocho años. A ver si le sacas el parecido con el querubín, pues él fue mi modelo. Si tuviera un estudio me gustaría hacer angelotes de barro, y con lo llenito de carnes que está el nene me saldrían divinos.

A mí si puedes no me mires, pues he salido más gorda de lo que estoy en realidad. En vez de Esther Williams parezco Madame Cul-Gros, ¿te acuerdas?, nuestra monjita instructora de costura en el colegio.

Felicidades por el embarazo.

Estamos de mudanza. Nos vamos a un piso más amplio, un primero, muy cerca de aquí, en la calle Muntaner. Este ático quedaba pequeño ahora que los niños quieren dormir cada uno en su cuarto, y desde la terraza se veía el puerto. No me podía asomar, ni tan siquiera salir a regar las plantas. Sigue mi aprensión a todo lo que sea mar y aguas muertas.

Besos,

Lali

Sra. Doña Eulalia Taberner de Cornelia Calle Muntaner 321, primero 2.^a Barcelona

Guardamar del Segura 26 de junio de 1945 Querida Lali:

¡Piérdele el miedo al agua y no seas tonta! ¿Has olvidado el lema de nuestro colegio? «Simple dans ma vertu, forte dans mon devoir.» Tú siempre fuiste fuerte, y no sólo en los deberes.

A mí el agua me calma y hasta me inspira. Ahora mismo estoy a diez metros de la playa, mirando hacia las dunas donde no paran de enredar los nanos, y, yo sí, más gorda que una vaca lechera. Estoy segurísima de que va a ser niño, y grandón. Me pega más patadas que Luisín. Luis me compró hace dos semanas en Madrid la novela de Carmen Laforet que me recomendabas, pero aún no la he empezado. No hago nada y sin embargo no tengo tiempo para nada. Este embarazo tardío me ha atontado de felicidad. Paso las horas muertas mirando las olas.

Hoy por la mañana he estado en el ginecólogo, el Dr. Ribas Galí, barcelonés y una eminencia que tiene consulta en Alicante porque, según dicen, fue republicano y hasta ostentó un cargo en la sanidad del gobierno separatista de Companys, y en 1941 lo desterraron aquí. Es un hombre amable, bastante atractivo, y como médico muy moderno y un poco poeta. Hoy precisamente me ha hablado del agua, porque él dice que los bebés mientras van creciendo dentro de nosotras son como pececitos que nadan en el líquido del útero, y de ahí que a los niños pequeños les atraiga tanto el mar y también les dé pánico. Según él, las criaturas sufren más que las mamás al nacer, por las estrecheces y los tirones de la comadrona, pero sobre todo porque al salir dejan el agua cálida de su madre, a la que, siempre que pueden, les gusta volver, con un poco de miedo por lo mal que lo pasaron y con el buen recuerdo de lo a gusto que allí estaban.

Así que he venido de la consulta directamente a Guar— damar, he llamado a Merceditas y a Luisín, que estaban en el chalet de unos vecinos, me he ido con ellos hasta la orilla y viéndoles a mi lado, tan cerca del vientre hinchado donde su hermanito ya ha cumplido seis meses, me he puesto a llorar, y los pobres no entendían nada. Entonces les he hecho que se acercaran más a mí y pegaran el oído a mi vientre, que ellos no saben por qué está tan grande, aunque Luisín el otro día me llamó «mamá tripita». Me daba reparo, porque para ellos los niños vienen de París y no del cuerpo de su madre, pero así y todo les he dicho: «Escuchad, niños.» Mercedes, que hizo en febrero cinco añitos, se ha puesto colorada, y yo no sé si es que ella ya sabe algo de estas cosas, me extrañaría. «¿No oís nada?» Luego les he cogido las manos a los dos y se las he puesto encima de mi gran tripa, aunque Merceditas ha retirado las suyas enseguida. Luisito no, él ha seguido acariciándome y entonces no he podido evitarlo, sé que está mal pero le he dicho si había notado algo dentro de mí. Una vida. Al oír esa palabra Mercedes ha vuelto la cara, como si le diera vergüenza, y se ha ido a casa; Luisín me ha sonreído y yo creo que sólo por congraciarse conmigo ha dicho que sí, que había oído algo: «las olas», pero enseguida ha salido corriendo hacia las dunas. Entonces me he metido en el agua, hasta

las rodillas, y he pensado en lo que me ha dicho esta mañana el Dr. Ribas, pues aunque ahora sea una mamá de 34 años yo también tuve que flotar en el mar de mi madre, y me he sentido feliz volviendo a mojarme en él.

Luego he salido, me he secado con la toalla, me he quedado tumbada cerca de la orilla y me he dormido, hasta que me ha despertado el ruido de un chorrito de agua; «estoy soñando», y no, no era un sueño, sino una travesura de Lui— sito, que se había acercado a la chita callando con dos de sus amiguitos, los hijos de un juez de Almería, Antonio Salmerón, y su mujer Rosita, con los que hemos hecho amistad. Los tres estaban haciendo pipí en el mar, cosa que yo les tengo prohibida a los míos. Cuando me han visto abrir los ojos han empezado a reírse, y yo, en vez de enfadarme y reñirle, me he puesto también a reír como una niña.

Pierde tus miedos. Te invito a que vengas a visitarnos unos días en agosto, a bañarte con nosotros en el mar y de paso a ver esa pasión medieval de la Virgen de la que te hablé, el Misterio, cantada por los del pueblo. Eugenio Dors, que no para de hacerle propaganda, decía el otro día en la radio que el Misterio es la ópera más antigua del mundo, y anunciaba que va a venir a verlo otra vez este verano, para renovar su voto a Elche, «único pueblo vindicador del Eterno Femenino». Curioso, ¿verdad? Como Dors estará como el año pasado en la tribuna de invitados del Ayuntamiento, donde vamos Luis y yo, nos podríamos acercar a saludarle. Tiene muchísima labia y cultura.

La playa de Guardamar no puede asustar a nadie. Y si el agua te impone, le das la espalda al mar, abres los ojos y verás delante de ti un desierto africano, seco y con matorrales.

En caso de que quisieras venir con Fernando y los nanos aquí hay chalets libres en la misma playa. Y a lo mejor os animabais a imitarnos y romper la parejita. La edad no es excusa, tú sólo eres medio año más «vieja» que yo.

Besos de tu amiga

Mercedes

Sra. Doña Mercedes Brú de Bonora Calle Zumalacárregui 2, 1 Elche (Alicante)

Setcases, 26 de julio de 1945

Querida Mercedes:

Estoy pasando unos días sola en este pueblecito de la parte alta de Gerona, ya cerca de la frontera, después de visitar el martes a Ramoncito, que está de acampada con otros compañeros de su colegio en Camprodón.

No dejo de pensar en ti por lo que te cuento a continuación. En cuestión de semanas, Ramón se ha vuelto muy vergonzoso, y eso que aún no ha cumplido los ocho. A él le gustaba que yo le bañara, ya a una edad en que ningún niño se deja bañar por su madre. Pero desde que me entró ese repelús con el agua y no quise bañarle más, parece que también el chico se ha hecho reservado. Se cierra siempre con llave en el cuarto de aseo, y un día que entré en su habitación cuando se estaba vistiendo no quiso que le viera desnudo y se tapó con una camiseta sport la pilila. He tenido que interrumpir las esculturas de barro que le hacía de ángel desnudito, como los del Renacimiento.

En el campamento estuvo arisco y callado, como si se avergonzara de mí.

Desde estas alturas veo Francia, y no sé por qué eso me ha hecho pensar en aquella bola del mundo tuya que tu madre abrió por la mitad y llenó de joyas. Paseando ayer tarde por la pinada encontré una piedra grande que tenía la forma redonda y me hice la ilusión de que era un mapamundi. Así fui recorriendo Europa y llegué a Asia sin pararme en los océanos, sólo en las cordilleras. De repente me di cuenta de que algo se movía alrededor de la piedra; una culebra. Del susto dejé inmediatamente de viajar.

Desde la montaña te oigo: vas a romper aguas. Ferrán y yo no podemos darle soldados al Papa. Ni siquiera ángeles. Besos,

Lali

Sra. Doña Mercedes Brú de Bonora

Calle Zumalacárregui 2, 1.º

Elche (Alicante)

Agosto

Querida Mercedes:

No sé desde dónde te escribo, ni qué día es. Me he «perdido» en el sur de Francia, y más que turista soy una peregrina sin rumbo Fijo. Llevo muy mal el alejamiento de mi hijo, no que él estuviera en el campamento y yo aquí, sino lo distante que lo noto conmigo. Ramoncito se ha convertido en un extraño para mí.

Volví a su campamento porque era el último día de la acampada y muchas familias subieron hasta allí, algunas para volverse a Barcelona con sus hijos. Llegué sobre las once de la mañana, y me dijeron los instructores que Ramón y tres chicos más habían ido a bañarse al río, bueno un riachuelo que el agua no les llega ni a la rodilla. Le esperaré aquí, le dije yo al instructor más simpático, pero pasó una hora, o más, y no volvían. Entonces me atreví, a pesar de todos mis pesares con el agua, tú ya los conoces, y bajé a la ribera. Los otros tres niños estaban secos y vestidos, preparados para regresar al campamento, a la última comida de confraternidad, que es como la llaman, pero Ramón no. El seguía en el agua, y no se extrañó al verme llegar. Tampoco me dijo nada ni me mandó un beso. Siguió a remojo, y cuando yo le llamaba desde la orilla para que saliese, que sus amigos se habían marchado ya y nos íbamos a perder la comida, él ni me contestaba, y allí seguía dentro del río, como si disfrutara viéndome sufrir. Hasta que yo sentí un mareo muy fuerte y tuve que alejarme de la orilla. Ya no quise quedarme al almuerzo.

Ramón volvió a Barcelona en el autocar, con los otros niños a los que sus padres no se los bajaban en automóvil. Yo cogí el coche de línea y regresé a mi hotelito de Setcases.

¿Tú crees que un niño de siete años es capaz de tener resentimiento hacia su madre? ¿De vengarse porque ya no le baño en la bañera? ¿O son novelorías más sacadas de esos libros que a ti y a mí nos gusta leer?

No estoy lejos ahora de Tarascón, y mañana quiero ir a visitar el castillo medieval que hay allí. He tenido que pedirle a Ferrán que me girase dinero a la Poste.

Doy largos paseos por el campo, me acuerdo de mi hijo y trato de entenderle, de entenderme a mí, pero esto último es lo más difícil. Lo único claro es que tengo que volver a Barcelona antes del 8

de septiembre, porque ese día es el cumpleaños de la nena.

Besos de tu amiga

Lali

Sra. Doña Eulalia Taberner de Cornelia Calle Muntaner 321, primero 2.^a Barcelona

Elche 8.9.45

Estimada Eulalia: te escribo en nombre de Mercedes, que está convaleciente y no puede hacerlo, pero me ha dicho que a unas cuantas amigas íntimas os comunique que ayer a las 13 horas nació en nuestra casa un varón que pesó 3 kilos 600 gramos y está hermosísimo. Mercedes se encuentra feliz y un poco fatigada. El bautizo será pasado mañana domingo a las 11 en la iglesia de El Salvador, y al niño le vamos a llamar Ramón, como quiere la madre.

Te saluda con todo afecto

Luis Bonora

Sra. Doña Mercedes Brú de Bonora Calle Zumalacárregui 2, 1 Elche (Alicante)

Barcelona, 23 de septiembre de 1945 Estimada Mercedes:

Soy Fernando Cornelia, espero que sepas quién soy, el marido de Eulalia. Me corresponde a mí ahora escribirte, como a tu marido hace unos días, pero en mi caso para darte una noticia luctuosa, que nos tiene a todos destrozados y que Lali ha insistido que te comunicara. Nuestro hijo Ramón se ahogó el pasado día 8 mientras se bañaba con otros niños en la playa de Calella, adonde fuimos para pasar el día y celebrar en la torre que allí tienen mis padres el cumpleaños de nuestra hija mayor. Ramón se alejó de la terraza con los hijos de mis hermanos, y, según lo que contaron los niños, debió sufrir un corte de digestión mientras ellos dormían en la arena después del baño. Ninguno de ellos le vio ni le oyó pedir auxilio, y lo más triste de todo es que, pasados quince días, su cuerpo no ha aparecido, aunque la Guardia Civil ya ha abandonado la búsqueda, submarina y costera, y el juez da el caso por cerrado, al haber sido encontrados sus gafas y su bañador en una cala cercana.

Vamos a celebrar un funeral por el descanso de su inocente alma pasado mañana en la iglesia parroquial de Calella. Lali está con un tratamiento para los nervios, y me pide también que te diga en la carta estas palabras exactas: «Escucha siempre el llanto de tu hijo Ramón y no le seques las lágrimas.»

Sin más, y con todo afecto,

Fernando Cornelia

ASUNTO: REUNIONES ARTÍSTICAS DE PRESUMIBLE SUBSTRATO SEPARATISTA.

Con la debida cautela se informa de ciertas reuniones acaecidas en el domicilio privado de Don EUGENIO D'ORS ROVIRA, sito en la madrileña calle del Sacramento. La honorabilidad y fidelidad de Don Eugenio al Movimiento Nacional se halla por encima de toda suspicacia, señalándose, y el informe del acto es rigurosamente «de visu», su marcial consagración como caballero falangista, ataviado el aspirante con camisa azul, boina roja, botas altas y correa del que pendía una espada, acaecida en la iglesia de San Agustín de Pamplona en el Segundo Año Triunfal de nuestra Cruzada.

En dicha solemnidad este informante tuvo el inconmensurable honor de compartir asiento eclesial con los escritores de Falange Don Luis Rosales Camacho, Don Pedro Laín Entralgo y Don Gonzalo Torrente Ballester, a quienes se acercó a saludar el consagrando D'Ors al llegar al templo, estrechándonos la mano a todos los ocupantes

del banco. Le acompañaba su hijo Alvaro, habiéndole dicho Don Eugenio en presencia mía al nombrado Laín la inolvidable frase que a renglón seguido copio: «Me enorgullezco de tener un hijo falangista, Víctor; otro requeté, Juan Pablo; y un tercero, Alvaro, este que me flanquea, falangista oblato.» Al día siguiente, recién alboreada la mañana, quiso D'Ors confirmar lo que él mismo designó «su toma de camisa» con una misa oficiada por el reverendo padre Don Fermín Yzurdiaga en el propio templo y ante el público de amigos presente en la jornada anterior. Revistió especial emoción el momento en que Don Eugenio, una vez consumado el sacrificio de la misa, se hincó de rodillas ante el celebrante Yzurdiaga, que le propinó un estrecho abrazo, sacando de su funda y enarbolando entonces el Nuevo Caballero Falangista su espada, sirviéndose de ella para hacer la partición del pastel con que nos convidaba a los presentes. Con las últimas migas del sabroso bizcocho aún en la boca, salimos todos a tomarnos un chocolate caliente en un café de la vecina Plaza del Castillo.

Pese a lo reseñado anteriormente hay que constatar sin embargo la repetida presencia en ese domicilio de la calle del Sacramento de artistas pictóricos de procedencia y convicción catalana, reunidos junto a varias señoras de distintas provincias que veneran a Don Eugenio. Llama la atención la abrumadora mayoría de pintores barceloneses (tres a uno, respecto a los madrileños) seleccionados por D'Ors para sus exposiciones anuales «de los 11». Igualmente notable es la presencia repetida en dicho domicilio de algunos jóvenes inclinados a la docencia y al pensamiento, siendo de los más asiduos José Luis López Aran— guren, combatiente Nacional en el cuerpo de Artillería pero articulista católico significado por hablar positivamente de Unamuno y el Luteranismo.

Cabe decir que, al menos en las reuniones madrileñas de Sacramento, la única lengua utilizada

es el español, idioma en el que ahora Don Eugenio escribe sus «Glosas» diarias en la página 3 del diario falangista *Arriba*.

El Señor d'Ors, que fue elevado en enero de 1938 a la Jefatura Nacional de Bellas Artes por el primer gobierno constituido en Burgos por nuestro Generalísimo Franco y ostenta, entre otros altos reconocimientos oficiales, el de Secretario Perpetuo del Instituto de España, pasa sus veraneos en el pueblo costero de Villanueva Y La Geltrú, sito en la provincia de Barcelona, donde también reúne en torno suyo, en lo que él llama «Ermita», a pintores y arquitectos de ideas Surrealistas y Constructivistas, a los que, según informaciones recabadas, pretende Don Eugenio presentar a bombo y platillo en la próxima de sus anuales exposiciones llamadas «Salones de los Once», que se celebran en la Galería Biosca de Madrid. Hay constancia de que en esos actos sociales y filosóficos que tienen lugar durante los veranos en el citado pueblo de Villanueva, D'Ors Rovira ha fundado una Academia del Far de San Cristó— fol, que se empeña en tildar así, en catalán, siendo su denominación correcta Academia del Faro de San Cristóbal. En las sesiones de dicha Academia hay, coincidiendo generalmente con las sobremesas, interpretaciones a coro de arias de nuestras más señeras zarzuelas, aunque se habla sin tapujos el catalán y asisten mujeres que se califican de «idólatras eugénicas» (sic) y llevan nombres extranjeros como Yvonne, Valeria y Nucella. La conversación deriva a menudo hacia la «Angelología», que así llaman ellos al conjunto de los espíritus sagrados (Querubes, Serafines, Dominaciones y Potestades) que forman los distintos tronos angelicales. A tenor de lo oído en esas tertulias, se puede dudar de que la Santa Madre Iglesia aceptara tal modo de referirse a los Ángeles; una vez Don Eugenio dijo a los presentes que «sólo a partir de quince grados bajo cero se da la temperatura ideal para el Angel de la Guarda», y en otra ocasión describió a los angelitos que rodean a la Virgen en la Capilla Sixtina como «nenes redomados en trance de urdir una conspiración empírea».

También hay que señalar que este mismo señor ha solido firmar algunos de sus numerosos escritos con el pseudónimo de *Xenius* (repárese en la colocación catalana del acento). Don Eugenio no paró de publicar «Glosses» (sic) en catalán desde su juventud, y fue en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial persona muy ligada al Catalanismo y al Sindicalismo Obrero, si bien después se retractó públicamente de todas esas veleidades.

Se ha podido igualmente averiguar que, estando la casa propiedad del Sr. D'Ors en el pueblo de Villanueva Y La Geltrú adosada a una antigua ermita, el Obispado de Barcelona intervino hace unos meses ordenando tapiar la ventana interior que comunicaba directamente el dormitorio de Don Eugenio con la capilla de la ermita, en prevención de que, hallándose expuesto el Santísimo en el altar, hubiese simultáneamente una ocupación concupiscente del lecho, dado que, aun en su avanzada edad, el escritor mantiene relaciones venéreas con varias de las señoras a él devotas.

En relación con los nombres cosmopolitas de las damas de su entorno, está comprobado por pesquisa de este mismo funcionario que la denominada Yvonne es de apellido Fernández, y la tal «Nucella» o «Nuchela», que acompaña a D'Ors también en sus estancias madrileñas, se llama verdaderamente Pepita y es cordobesa, muy morena de pelo y con moño.

Nombres y ocupaciones de otros catalanes asistentes ocasionales a tertulias y actos promovidos por D'Ors, tanto en Villanueva Y La Geltrú como en Madrid: Federico Marés, escultor de estilo clásico, Ramón Sarro, psiquiatra, Antonio Tapies, Juan Ponz o Pone y Modesto Cuisart (el apellido él lo escribe con x, Cuixárt), estos tres últimos fundadores de un grupo que practica la pintura Informal, o sea cuadros sin pies ni cabeza. También, aunque mucho más joven, Oriol Bohigas,

estudiante de Arquitectura caído en gracia ante Don Eugenio.

1 de febrero de 1948

ASUNTO: ACTIVIDADES PRESUNTAMENTE PAGANAS

EN EL ENTORNO DE EUGENIO D'ORS

Una vez más con cautela, pero con nuevas evidencias acumuladas, se informa del matiz panteísta, por no decir pagano, de las últimas reuniones celebradas en el domicilio madrileño de DON EUGENIO D'ORS, no estando comprobado sin embargo lo que un informe anterior de esta misma División llegó a sugerir: el carácter masónico de ciertos rituales allí tenidos ni la profanación de la liturgia católica con una Misa Negra y bacanales.

Está comprobado que el 25 de mayo de 1945 se hizo en el citado domicilio de la calle del Sacramento una «hie— rofanía» privada con motivo del regalo que unos amigos le hacían al señor D'Ors, consistente en una estatua de madera basta, sin policromía ni distintivos sagrados, pieza original del escultor Federico Marés, un artista muy favorecido en sus artículos por D'Ors.

Según el relato de una sirvienta de la casa, la señora Remedios, segoviana de padre catalán y mujer vivaz aunque analfabeta, el acto tuvo ribetes «muy salados», con lo que sin duda Remedios quiso decir «salaces», pues siendo la imagen encargada por los amigos del señor D'Ors la de un Ángel, las cosas que se dijeron al instalarlo encima de un aparador no eran oraciones ni letanías, sino poemas en griego o provenzal. En ese sentido, ya en la invitación, cursada por correo, se deslizaban conceptos de extrema sensualidad, tales como decir que el Ángel ofrecía «una disposición a la caricia emulsionada». También tiene visos indecorosos que la consagración del Ángel la efectuara, en lugar de un sacerdote, una «Hierofanta» (palabra tan similar a «suripanta», o sea, corista de costumbres ligeras) escasamente vestida y, de acuerdo con lo dicho por la señora Remedios, entregada al final de la ceremonia, una vez ausentados los académicos y las señoras de la nobleza a causa de un prolongado apagón eléctrico en la casa, a una danza frenética ante los invitados restantes, seis hombres y tres mujeres, sentados alrededor de la «Coreuta» (sic) en una sospechosa penumbra.

En el curso de la misma «hierofanía» final los angelitos que siempre acompañan a la Virgen María en el arte cristiano fueron comparados con «cupidillos», y a otra muchacha allí presente se la tildó de angelical Mujer— Hada, pese a estar excluido por la Santa Madre Iglesia el sexo femenino en los ángeles.

Para redundar en la posible blasfemia de estos ritos se incluye, directamente traducida ex profeso para este informe, una Glosa de Don Eugenio de cuando las hacía en catalán: «Todo ángel es terrible».

O esta otra: «Ángel y marioneta: ahora al fin hay espectáculo».

8 de febrero de 1948

Manuela

Sra. Doña María Manuela Riera de Enríquez

Calle Viriato 12

Madrid

Ocaña, 8 de febrero de 1948

Para ti, Manuela

Me dejan escribirte una vez a la semana. Eso me han dicho hoy, mientras espero la sentencia del tribunal militar, que puede tardar, me lo han dicho también. Hay muchos procesos acumulados. Sólo aquí, en Ocaña, en mi galería, que es la 3, estamos seis pendientes de sentencia y otros cuatro a la espera de ser juzgados.

Me dejan contarte mis sueños. Lo que se fantasea de noche es menos peligroso que lo que se piensa de día, dijo esta tarde el director del penal cuando me recibió en su despacho al volver de Madrid, después del juicio. Los sueños pasan censura más fácilmente que las ideas, dijo.

Anoche dormí únicamente dos horas; ya sabes que yo soy de dormir a pierna suelta siempre, en paz y en guerra, en la cama y al raso. Pero anoche me desveló mi compañero de celda, Santiago, un cubano que lleva más de siete años en el penal. Se puso a llorar cuando apagaron las luces, aunque luego dijo que era vergonzoso que un veterano como él llorase, y que le perdonara; no lloraría más nunca. Qué bonito lo de «más nunca», ¿verdad? Santiago vino de Cuba en 1936 a combatir, y siempre me sorprende con algún giro de su español hablado, que es el nuestro pero como si le hubieran dado una mano de pintura fresca. Sonaron las doce y, para cumplir su promesa, Santiago en vez de llorar canturreaba unas melodías muy tristes, hasta que se durmió, tan tranquilo, y me dejó a mí su angustia. Al menos tres horas estuve despierto, aunque también yo acabé durmiéndome. Pero a las 5 de la mañana me despertaron, para el traslado a Madrid.

En esas dos horas soñé que te ponías un vestido largo, blanco con florecitas, parecido al mantel de hilo que nos regaló mi madre para la boda, y en el que aún no hemos comido nunca. Lo sacabas del arcón de la entrada, y al desdoblarlo caían al suelo las seis servilletas; eso nos hacía reír a los dos. «Deja el ramo de flores en las baldosas», decía yo. «Eso, y así mi amiga Amparo puede recogerlas y casarse pronto con su novio», decías tú.

Cuando te lo metías por la cabeza era un mantel, pero cuando caía por tu cuerpo ya era un vestido muy bien cortado, con volantes y una tira bordada en el escote y las mangas. Estabas guapísima, y yo decía lo más fácil: «Estás para comerte.» Entonces sonaron los golpes del carcelero en la puerta. Eran las cinco, y había que levantarse.

Te quiere más que nunca,

Alfonso

Sra. Doña María Manuela Riera de Enríquez

Calle Viriato 12

Madrid

Ocaña, 15 de febrero de 1948

Queridísima Manuela:

El frío me hace dormir abrazado a ti. Tú hablabas en sueños, como me has contado que hacías de niña, y yo te contestaba, sin dejar de dormir. Y de roncar, ya que dices que ronco tanto. Santiago, mi compañero de celda, no se queja de mis ronquidos. Claro que él canta canciones de su tierra, yo creo que hasta dormido. «Soy el Radio de la Cárcel», como él dice, pues en cubano radio es masculino.

Me hablabas de nuestra hija y te revolvías en la cama, que tenía sábanas, no sólo mantas como estos petates donde duermen, junto a nosotros, los señores piojos. Tampoco llegaba a la cama de matrimonio de mi sueño el ruido de las patitas de las ratas que aquí pasan en batallón todas las noches. Claro que tú y yo no tenemos aún ningún hijo ni ninguna hija. Por eso quizá me hablabas de ella.

Entonces yo conseguía un milagro. Sin decirte nada, sin tocarte, sin darte siquiera un beso, te hacía una niña llamada Rosa, que estaba así de repente entre nosotros dos, en mitad de la cama matrimonial. Y era tan pequeña, aunque ya hablaba, que tú la vestías con una de las servilletas de flores de la mantelería de mi madre. Así salíamos de paseo, y del sueño, los tres juntos: yo vestido como voy en el penal, ya sabes cómo, la niña Rosa, de mi mano, con su mantilla de servilleta de flores azules, y tú... bueno, tú no puedo decirte aquí cómo ibas.

Te beso muy fuerte, te quiero mucho, quiero casi tanto como a ti a esa niña nuestra que no hemos podido tener aún, y no te vas nunca, nunca, de mi cabeza. Ni cuando duermo.

Alfonso

Todavía no se sabe nada de la sentencia. Todos esperamos, pero como dice Santiago, el «papelico» tarda. Y ha sido también él el que me ha reñido por no recordar que ayer era San Valentín, santo de los que se aman. Tú y yo nunca lo hemos celebrado, ¿verdad que no? Los cubanos, de todas las ideas, son muy santeros.

Sra. Doña María Manuela Riera de Enríquez

Calle Viriato, 12

Madrid

Ocaña, 22 de febrero de 1948

Queridísima Manuela:

Anoche soñé que estabas aquí, cerca de mí, aunque no en el penal. Venías a verme y te quedabas fuera, porque así, me decías desde la calle, «al irme yo te quedará a ti, Alfonso, una imagen más clara de mí, por haber estado mirándome con tantas ganas desde la celda». La verdad es que tú estabas cerca pero yo no te veía tal como eres, sino según te retrató al carboncillo Díaz-Caneja, que por cierto lleva tres días en la enfermería con mucha fiebre y dolores en el pecho. ¿Te acuerdas de él, cómo te dibujaba sin decir nada? Es un hombre lacónico, pero excelente persona. De esa única visita tuya a la cárcel el 2 de enero recuerdo todos los detalles, todo lo que dijiste palabra por palabra, lo

que yo te dije, lo que llevabas puesto... Creo que fue nuestro beso más largo desde que tú y yo nos besamos por primera vez en Peñafiel, y eso que estaban los otros presos por allí, y la mujer de Caneja, Isabel, se reía de ver cómo Juan Manuel, en vez de hablar con ella, se fijaba en tus rasgos y los iba pintando en la cartulina de las magdalenas. Tengo el dibujo encima del petate y siempre lo estoy mirando. Ahora dejo de escribir y te veo en él. Te lo podría describir de memoria, sin mirarlo. Como tú nunca lo has llegado a ver acabado... Juan Manuel es un perfeccionista, y sólo me lo dio dos días después, cuando a él le pareció que estaba «mínimamente aceptable». El es muy modesto y nunca habla de su pintura, pero me ha dicho un paisano suyo que también está aquí que Caneja es muy bueno, estudió con Vázquez Díaz y se formó en París.

El deseo que tengo de que haya pronto sentencia es más que nada para poder verte. Soy optimista: no creo que vaya a morir. Aunque siga preso, sería posible cambiar de cárcel y de reglamento, y podrías volver a visitarme. Tus ojos, tu cabello negro cayendo con sus ondas por los lados de tu cabeza, tu cuerpo. No los olvido nunca, pero quiero sentirlos.

El dibujo de Caneja sólo es de tu cara, aunque empieza un poco más abajo del cuello, que él suele dejar difuminado. Así son también los retratos que les ha pintado a Santiago el cubano y a su paisano de Palencia.

Tú eres más guapa que cualquiera de ellos.

Me da vergüenza decírtelo, pero te lo digo. Santiago me pidió anteayer que le dejara una hora tu retrato, para «recordar en el catre cómo luce una mujer guapa». No te sabrá mal, ¿verdad? Se lo dejé.

Anoche tu aparición duró poco, como una media hora, y eso mismo fue lo que me despertó, lo poco que duraste en el sueño. Ya no pude volver a dormirme en toda la noche. Aunque así estuviste a mi lado, dentro de mi cabeza consciente, hasta que llegó la hora de levantarse.

Pero te quiero igual, o más. Aunque me des insomnio. Tu querido y (en sueños) agradecido

Alfonso

Manuela Riera

Calle de Viriato, 12, 2.º derecha

Madrid

Toledo 26.11.1948

Manuela: Como verás por esta carta, he aceptado tus condiciones, por mucho que no me guste del todo alguna de ellas. Tú mandas, como mandas ya en mi vida entera.

Creo que siempre has sabido que te quiero, desde aquella primera vez que nos vimos, desde que nos dimos la mano al despedirnos y yo retuve la tuya unos segundos más de lo normal. ¡Todo lo nuestro se sale de lo normal! ¿Cuántas veces te he dicho que te quiero? Empecé a decírtelo por teléfono, y te lo repetí cien veces, o más, la noche que pasamos en el hostel de Cuenca, pero te lo digo ahora por escrito y parece más. Más atrevido. Más maravilloso.

No espero que contestes ni a esta carta ni a mis palabras de amor y deseo. Comprendo la difícilísima situación por la que pasas, sobre todo mientras tu marido siga pendiente de la sentencia. Puedo esperar, el tiempo que haga falta, después de haber callado tanto.

Pero escrita queda en esta primera carta con remite falso mi pasión por ti.

Te besa y te abraza fuerte

Salvador

Manuela Riera

Calle de Viriato 12, 2.º derecha

Madrid

Toledo 1.111.1948

Querida Manuela: No he podido esperar y te escribo cuando lo más probable es que no hayas recibido aún mi carta del día 26.

Me consumo y sufro, malviviendo lejos de ti, aunque el trabajo me gusta y me distrae. Es ya casi seguro que el mes que viene deje la emisora aquí en «Toledo», «la hermosa ciudad del Turia», y me instale en Madrid, para empezar un nuevo trabajo. ¡Tan cerca de ti!

No tengo nada tuyo, físicamente quiero decir, pues todo lo que eres, cómo eres, toda tu figura, tu sonrisa, tus labios, el oleaje negro de tu pelo, están siempre conmigo, en la memoria. Pero ni una foto, ni una prenda tuya, ni un rizo guardado en un relicario, como nuestras madres y abuelas lo llevaban de sus hijos y nietos, nada. Tengo que conformarme recordando tu aroma aquella noche en Cuenca, en la habitación de dos camas, una intacta al día siguiente, y qué previsora tú que por si las moscas te pusiste a deshacerla antes de irnos del hostal.

Tendría que haberte robado algo mientras dormías, aprovechando que yo no pegué ojo en toda la noche. Un mechón de pelo por ejemplo. Pero prefería juntarme a ti y olerte. Gracias a eso ahora me «quedas» un poco en las manos y en la memoria, «en el fondo de un beso dormido, donde las mariposas no se atreven a volar por no mover el aire tan quieto como el amor».

Salvador

Manuela Riera de Enríquez

Calle Viriato 12, 2.º derecha

Madrid

Toledo 15.III.1948

Queridísima Manuela: He hablado contigo hace una hora, y tengo la necesidad de escribirte, y no sólo por lo corta que tuvo que ser la conversación y lo mal que me llegaba tu voz.

Qué terrible lo de Alfonso. Sólo quiero decirte en esta carta que comprendo y respeto tu dolor, sin poder explayarme más (y no por falta de ganas y de motivos) sobre lo que me parece la sentencia de tu marido.

Yo sólo quiero ayudarte ahora en esta situación. Lo nuestro pasa a un segundo plano, aunque mis sentimientos sigan siendo los mismos, ya te lo he dicho al despedirnos. ¿Confías en el abogado? ¿No sería mejor que para el recurso buscaras otro menos apolítico, más profesional... quiero decir, más tradicional? O buscáramos. Yo estoy a tu lado para todo lo que sea preciso, y en Madrid tengo ahora algún buen contacto con personas muy próximas al Régimen.

Mañana voy a ir a Madrid. El viaje no es por ti, ni querría yo inmiscuirme en tu dolor y en las iniciativas que estás tomando con la familia y los amigos de Alfonso. Mi viaje se debe al proyecto de la nueva emisora de radio en la que es posible que me den trabajo. Sólo estaré dos días, y puedes contar conmigo a todas horas. Te llamaré a casa dos veces y colgaré. Si puedes o quieres que hablemos, descuelga el teléfono a la tercera llamada.

Día y noche, queridísima Manuela, estoy para ti.

Y te envío ahora mis besos más amorosos y un

profundo cariño por encima de todos los contratiempos.

Salvador

Sra. Doña María Manuela Riera de Enríquez

Calle de Viriato 12

Madrid

Ocaña, 22 de marzo de 1948

Queridísima Manuela:

Sé que ya te lo han comunicado también, pero esta carta no trata de mi vida sino de ti. Sin ti a mi lado no habría sentido lo mismo al enterarme ayer de la revisión por la que nos conmutaban a mí y a José Rodrigo la pena capital. Los años que me quedan por vivir, descontando los que pasaré aún preso, serán los años que pase contigo, queriéndote más, si cabe, que hasta ahora, viéndote de tanto en cuanto en la cárcel y contando día a día el tiempo que me quede para salir libre y abrazarte y besarte por todo el cuerpo.

Aunque mi alegría tiene un punto amargo, porque a Santiago, mi amigo cubano, condenado a muerte el mismo día que yo, no le han conmutado la pena. El hecho de que sea extranjero parece que ha agravado su caso, y que fuera capitán de las Brigadas Internacionales y al marcharse en 1938 la mayoría de los voluntarios él se quedase en el frente. También han dicho los jueces que él participó en uno de los pelotones responsables de la matanza de presos «nacionales» en Torrejón de Ardoz, pero yo no... Santiago es tan buena persona. El, sin embargo, dice que los cargos que se le imputan son «boberías», y que su inocencia quedará reivindicada en la petición urgente de clemencia que se ha interpuesto ante la propia Jefatura del Gobierno. Ojalá tenga él razón y no yo en mis temores.

Dependerá del sitio donde me lleven ahora el que podamos vernos más fácilmente en las comunicaciones. Y también otras cosas que atañen a mi futuro. Me gustaría, por ejemplo, disponer de una pequeña biblioteca y reanudar mi estudio sobre los frescos de Goya en la Quinta del Sordo, con vistas a un libro, pues me consta que volver a la universidad no me estará permitido cuando cumpla la condena. De momento he preguntado al director de la prisión, que es un hombre correcto y bastante culto, y me ha dicho que ya no tendría por qué haber restricciones, en mi nueva situación penal, para recibir algún libro «de carácter erudito o novelesco» y paquetes de la familia.

Ya sabes lo que te he dicho siempre. A ti no te gusta escribir cartas y a mí me gusta todo lo que tú hagas, incluso si en mi fuero interno me disgusta. Pero querría que, por medio de los envíos

autorizados o cuando me visites, me entregues cada vez algo tuyo. Una foto de cuando eras niña, de las que te sacó tu padre en la ría de Portugalete, esa que me gustaba tanto en la que parece que tú solita estás sosteniendo el puente colgante con tus manos metidas en los guantes. Un trocito de tela color violeta, que es tu favorito y por eso es también mi color. La cerámica del Ponte Vecchio de Florencia que compramos en el viaje de novios. Alguna prenda íntima tuya. Esos objetos tuyos o asociados a ti serán para mí más valiosos que una carta de amor. Serán las muestras de tu amor.

Besos y más besos sin fin de tu

cada día más enamorado

Alfonso

Manuela Riera

Calle Viriato 12, 2.º derecha

Madrid

Madrid 4.IV.1948

Queridísima Manuela: Unas palabras sólo, para que sepas que sigo ahí, a tu lado, pensando en ti, queriéndote como el primer día, y sin atreverme aún a pedirte que nos veamos. Me dio alegría, créeme, mucha alegría, saber que la vida de Alfonso no corre ya peligro, y es seguro que esos veinte años de presidio se quedarán en menos, pudiendo él rehacer su vida mucho antes. El Régimen va a mostrarse clemente en los casos donde no haya delitos de sangre, y tengo mis razones para decírtelo. La persona que está al frente del proyecto de nueva emisora es Ramón Serrano Suñer. Ya sabes lo que fue en el bando Nacional, y los vínculos cercanos a las Altísimas Esferas que sigue teniendo.

Pero tampoco me olvides a mí, por favor. Vivo en Madrid desde hace dos semanas, trabajo a cuatro calles de tu casa de Viriato, y te diré algo más: me he escapado de la oficina un par de veces, por la tarde, cuando sé que es tu hora de volver del teatro, y desde una esquina donde tú no puedes verme yo te veo a ti caminar y entrar en el portal. Eso me calma, casi me hace feliz. ¿Qué día estrenáis? Adoro ver tu nombre y tu apellido escritos en el cartelón que hay en la fachada del Teatro Infanta Isabel, pero las letras de tu nombre son muy pequeñas, demasiado pequeñas. Cuando se estrene la obra voy a sacarme un abono en la fila uno para todas las funciones.

El sábado pasado te fui siguiendo por el Mercado de Olavide, pues recordé que me dijiste un día que te gustaba mucho su edificio de estilo geométrico y hacer allí la compra. No me viste, no me podías ver, pues llevaba yo puesto

algo muy estrafalario, ¡un disfraz casi teatral!, para despistar. Lo que me extraña es que el latido de mi corazón no te llegase a través de los puestos de fruta y hortalizas del mercado. Te quiere esperanzadamente

Salvador

Sra. Doña María Manuela Riera de Enríquez

Calle de Viriato 12

Madrid

Ocaña, 6 de abril de 1948

Queridísima Manuela:

Dos noticias, y perdona la brevedad, la amargura. El Patronato de Redención de Penas ha aceptado mi solicitud y me trasladan mañana a Cuelgamuros. Allí cumpliré la sentencia trabajando con el destacamento penal en la construcción del Valle de los Caídos, lo que podría acortar el tiempo de prisión. Y Cuelgamuros está más cerca de Madrid que Ocaña.

Esta misma mañana han fusilado a Santiago en el patio de armas del penal. Anoche le dejaron darnos un «banquete» a sus cuatro amigos de aquí y repartir su herencia. A Rosendo, un muchacho de Cariñena que estuvo en la batalla de Teruel con 15 años (ahora acaba de cumplir los 26), le regaló un precioso reloj chapado en oro con su leontina, a Pepe Rodrigo una armónica, a Juan Manuel Caneja el sombrero de paja que por lo visto le hizo famoso a Santiago entre los voluntarios de las Brigadas, y a mí un libro, *Versos sencillos* de José Martí, el gran patriota cubano. Y qué ejemplo ha dado de valor y humor hasta el fin. Anoche, cuando ninguno de nosotros cuatro comía las empanadillas de atún y las gachas manchegas, él bromeaba sobre su muerte, como si diez horas antes del fusilamiento no lo creyera posible. «¿Es que me veis a mí, con lo huevón que soy, parado ante un paredón?» (Has de saber que «parado» en cubano quiere decir estar de pie, y «huevón» algo así como dejado o gandul.) Y con esas bromas toda la noche, hasta el amanecer, cuando apareció el párroco del penal y se sorprendió de que un comunista sacase de su petate un rosario de nácar con la imagen de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre y se lo entregara. «Para usted, padre. Y a ver si a otros les protege la Virgen mejor que a mí.»

Te besa y te quiere más que nunca

tu Alfonso

Manuela Riera

Calle Viriato 12, 2.º derecha

Madrid

Madrid 12.IV. 1948

Queridísima Manuela: Ayer ya me di cuenta de que me veías y me reconocías en el Mercado de Olavide, a pesar de la boina que me calé hasta las cejas. No sabes lo feliz que me sentí con tu sonrisa discreta mientras hacías la cola en el puesto de los embutidos y yo me ocultaba entre las señoras del barrio. Estabas guapísima con esa falda estampada y la blusa, que deja ver tu cuerpo ahora que el buen tiempo nos ha quitado a todos de golpe los abrigos. ¿Y qué te parecí yo? No puedo ocultar que tengo 44 años, pero ¿se me nota tanto? Algunos me dicen que aparento menos. Tú eres una niña a mi lado. Mi niña crecida y hermosísima. ¿Te gusto aún?

¿Te gustaría que quedásemos la semana próxima? No quiero molestarte cuando estáis ya a punto de estrenar (he visto la fecha en los carteles del Infanta Isabel), pero tengo tantas ganas de estar contigo. Ya sabes cómo localizarme por teléfono. Lo que no puedes saber es que tengo un pisito bastante coqueto en la calle Fernando el Santo, un piso solamente para mí, y también, eso es lo que yo querría, para ti.

Te besa como te besaba antes, como nos hemos besado sensualmente tú y yo,

Salvador

Sra. Doña María Manuela Riera de Enríquez

Calle de Viriato 12

Madrid

Cuelgamuros, 21 de abril de 1948 Queridísima Manuela:

Acabas de irte y al volver a mi barracón me pongo a escribirte. El día, que estaba tan nublado cuando llegaste, se ha ido arreglando, y ahora mismo puedo ver por el ventanuco que está cerca del techo un trozo de azul, la mitad de una colina cubierta de verde, y, si le echo un poco de imaginación, los pinos más altos.

Si supieras todo lo que me aportas cuando vienes a verme. Tú me salvas, querida Manuela. Tú me sacas, cada vez que te veo, de esta situación que sólo se hace llevadera por la esperanza de que un día de trabajo en las obras del Valle redime dos días de condena. Y tus regalos, tus «prendas», como tú misma dices. Estás cumpliendo con creces lo que yo te había pedido, pero en esta segunda visita me ha emocionado que me trajeses la reproducción del cuadro de la *Venus de Ur— bino* que yo te regalé. En Ocaña no me habrían dejado tenerlo, por el desnudo, aquí el régimen interno es más tolerante. Desde que tú y yo estamos juntos (y lo seguimos estando, ¿verdad?, por encima de todos los muros y valles) has tenido siempre a tu lado esa maravillosa pintura de Tiziano que asocio a ti. La he puesto junto al retrato que te hizo Caneja, y cada vez que levanto los ojos veo tu rostro y tu figura.

También me ha hecho ilusión el programa de mano de la comedia de Ruiz Iriarte, con tu nombre en el reparto. Lo he pegado encima del camastro, cerca pero separado de tus dos imágenes.

Hay algo más. Aunque pueden ser figuraciones mías, propias de un hombre que lleva 38 meses fuera del mundo real, en tus dos visitas desde que me trasladaron a Cuelga— muros te he visto cambiada, más guapa aún que antes, con una belleza más plena, y hasta más elegante. El pelo algo recortado para la función no te queda mal, pero yo ya estoy deseando que termine la obra y te crezca. Hoy llevabas una camisola blanca de talle alto que te sentaba maravillosamente y me ha recordado el retrato de la Condesa de Chinchón de Goya. Lo haces, estoy seguro, por mí, pero ¿cómo consigues una ropa tan *chic*, con nuestros pocos medios y en la difícil situación actual? ¿O es que birlas el vestuario de la función, que por lo que me cuentas debe de ser una alta comedia de mucha «clase»?

Verte así me da ánimos, me lleva al cielo, a ese cielo particular que me hago en el corazón para sublimar las horas en que tú no estás físicamente a mi lado, que son por desgracia todas las del día y de la noche. ¡Las noches! No me puedo dejar llevar ahora por la inquietud de mis noches en solitario. Y las tuyas... El castigo de mi lejanía. La injusticia de tu soledad.

Acabo aquí, pero me quedo disfrutando de la idea de que ese enguapecimiento tuyo es un gesto más de tu generosa entrega a este infeliz marido que muere de pena por no poder vivir junto a ti.

Amorosísimamente,

Alfonso

P.D. En circunstancias normales te enviaría el Sábado de Gloria un telegrama y un ramo de flores al teatro. Como ambas cosas me resultan difíciles desde aquí, me contentaré con mandarte un

beso muy grande y muy largo, tan largo como la carretera que nos separa, a la hora en que estés preparándote para salir a escena. Conque sólo gustes a los del público la mitad de lo que me gustas a mí, tu triunfo está asegurado.

Srta. Manuela Riera

elenco de la compañía de Isabel Garcés

y Arturo Serrano

Teatro Infanta Isabel

Calle Barquillo 24

Madrid

Madrid 24.IV. 1948

TE DESEO CON ESTAS VIOLETAS, TU COLOR DE LA BUENA SUERTE, QUE TENGAS HOY UN TRIUNFO PERSONAL EN EL ESTRENO. YO ESTARÉ EN EL PATIO DE BUTACAS PENDIENTE DE CADA UNA DE TUS INTERVENCIONES, Y AL FINAL ESPERO QUE OIGAS MIS APLAUSOS MÁS FUERTES QUE LOS DEL RESTO DEL PÚBLICO. TE ADMIRA Y TE AMA

SALVADOR

Sra. Doña María Manuela Riera de Enríquez

Calle de Viriato 12

Madrid

Cuelgamuros, 2 de mayo de 1948 Queridísima Manuela:

Tu perfume, tus regalos, y tu tristeza. No sé cómo armar ese rompecabezas. Vienes a verme antes de tus funciones del domingo, te pones guapa, y luego no sabes qué decirme. Yo puedo comprender tu estado, mejor creo de lo que desde el exterior tú sientes el mío. Mi encarcelamiento me da una fuerza de aceptación. Tu libertad mutilada no tiene paliativos, ni el del dolor, pues un dolor en estado libre es más penoso que uno obligatoriamente sufrido.

Ésa debe de ser tu angustia, el motivo de tus silencios. Pero a la vez, Manuela, alma de mi alma, ¿no podrías tal vez confiar en lo que nos espera, borrando lo que nos separa, que no está en ti ni en mi, sino en un trozo de papel firmado por los jueces?

Hay algo que me asusta, por encima de mis penalidades y frustraciones. ¿Te estaré yo alejando de mí no ya por mi prisión, inevitable, sino por la incapacidad de mostrar el pensamiento de mi compañía constante, por mi torpeza en expresar con palabras todo el amor que tú pides? Qué desastroso profesor de Arte soy si no consigo hacerte llegar las imágenes de mi apasionada necesidad y entrega a ti.

Me quieres mucho, soy el hombre fundamental de tu vida. Eso me has dicho, y las frases me he puesto a escribirlas nada más irte tú como un niño castigado en la escuela. «Te quiero mucho, Alfonso.» «Eres el hombre que ha dado fundamento a mi vida.» ¿Sabes cuántas veces las he escrito en ese cuadernito forrado de piel repujada que me trajiste de tu gira por la República Argentina en 1935, cuando sólo llevábamos seis meses de novios? Doscientas veces. Y soy un niño aplicado. Me las he aprendido de memoria. Con ellas en mi cabeza me iré al jergón ahora, y tus palabras serán una melodía dulce, como las que cantaba «por el radio» mi querido y recordado Santiago, para mantenerme despierto y en paz toda la noche.

Con todo mi amor quizá pobre de palabra pero el más rico que un hombre haya nunca sentido por una mujer

Alfonso

Manuela R. 2.º derecha

¿QUIÉN ES SALVADOR?

¿QUÉ ESTÁS HACIENDO, MANUELA? ACUÉRDATE DE ALGUIEN QUE SE SACRIFICA POR TI Y POR LA LIBERTAD DE SU PAÍS.

¿NOS ESTÁS TRAICIONANDO?

(PARA TI, QUIZÁ)

Cuelgamuros, 23 de mayo de 1948

Te dije, Manuela, que «más nunca» sabrías de mí, y ya ves lo indisciplinado que soy contigo, aunque aquí en el penal sea un ejemplo de docilidad y buen cumplimiento de mis deberes.

Te escribo, pero aún no sé si esta carta saldrá de esta celda. El ponerme a escribir es en parte para simular ante mí mismo que no ha pasado nada, que tú no has venido de visita ni has llorado al otro lado de la tela metálica ni me has dicho que te vas a Barcelona y que quieres a otro más que a mí, aunque a mí me sigues queriendo muchísimo.

Nada de todo eso ocurrió hace dos semanas, Manuela, queridísima Manuela. ¿Por qué no poner el superlativo amoroso, si lo siento, si lo sigo sintiendo? Vuelvo a escribir sueños, como en las primeras cartas que me dejaron mandarte. Tuve una pesadilla sobre ti, y ahora, ya despierto, el mal sueño se ha ido, contigo. Todo es como antes entre tú y yo, ¿verdad que sí?

Voy a quedarme despierto siempre. Ya encontraré el medio de no dormirme nunca, aunque aquí el café sea un lujo ni se encuentren pastillas de Simpatina como las que tomaba de estudiante antes de los exámenes finales. De día seguiré picando la piedra, y por la noche velaré. Velar. Velaré despierto mi propio cuerpo inanimado. Para no soñar que me dejas, que te vas con otro hombre, que la cascada de tu pelo negro se dejará acariciar por otras manos.

Siempre despierto, siempre vivo o muerto, siempre atento. A que vuelvas. A que me digas que la que vino el día 9 a verme era otra mujer. La Manuela que tomó ese día, como otras veces, el autobús de línea Madrid-El Escorial y se puso frente a mí en el locutorio vestida de ti, peinada y perfumada como tú, no eras tú. Era una actriz brillante que te imitaba pero con falsedades. Recitaba el papel que le había escrito mi enemigo. ¿Cuánto durará la representación? No mucho, te lo ruego, querida Manuela. Que acabe pronto. Ven a verme de nuevo vestida sólo de ti, sin el perfume de las últimas semanas (¿te lo compró él?), sin la camisola blanca de la Duquesa de Chinchón de Goya (¿un regalo suyo?), sin las palabras postizas que el otro te ha dicho que me digas.

Háblame como lo has hecho siempre. Con el mismo descaro inteligente de aquella primera vez en mi pueblo, cuando tú eras una actriz casi adolescente en el grupo de La Barraca y yo aplaudí tu pequeña intervención en *La tierra de Alvargonzález* y en *El burlador de Sevilla* y el segundo día dejaste caer desde el tablado, a mis pies, una rosa sacada de las cestas de flores de la boda que había en la obra de Tirso. Esa eres tú, la picara y espontánea labradora que al menos para mí triunfó aquella noche de agosto de 1934 en Peñafiel, no la gran dama cruel de hoy.

¿Habrá un desenlace feliz para nosotros dos?

Un beso amargo, aunque cargado de esperanza, del co-protagonista de este drama que ojalá se convierta pronto en el cuento maravilloso de una bella Princesa que libera de sus cadenas al atormentado Caballero.

Alfonso

Sr. D. Alfonso Enríquez Limia Centro Penitenciario de Cuelgamuros San Lorenzo del Escorial (Madrid)

Madrid 30 de junio de 1948

Queridísimo hijo:

Deseo con toda mi alma que estés bien de salud y de espíritu. Tu hermana Soledad te llevará cuando vuelva de Peñafiel el próximo día 15 algunas cosas (alimentos) que hemos podido conseguir. Ya sabes lo mucho que me gustaría ir yo misma a visitarte. Pero sigo sin poder moverme de casa. El médico no se pronuncia. Paciencia, es lo único que dice.

El asunto que sigue es doloroso, por los malos recuerdos que puede avivarte, pero después de haberlo pensado mucho creo justo que lo sepas. Ayer pidió verme una mujer que dijo venir en nombre de Manuela. Cuando Cayetano, el portero, me comunicó de qué se trataba me negué a recibirla, pero la mujer insistió, te nombró a ti, y al final acepté verla unos minutos, sin pasar nunca del vestíbulo del piso. No me quiso decir su nombre ni ningún otro dato personal, pero por el modo de vestir, su habla, muy redicha, y la desenvoltura que mostró, estoy segura de que era una actriz de la compañía donde hasta hace unos días, en que acabó la temporada, actuaba, sólo de partiquina, tu descastada esposa. Así se lo pregunté, pero tampoco quiso confirmarlo.

Según esta desconocida, Manuela se va de Madrid, ha sacado todas sus ropas de vuestro piso de Viriato y en un sobre me devolvía las llaves del mismo. El contrato de alquiler, no sé si te acuerdas, está vigente hasta el año próximo, y yo voy a seguir pagándolo mientras pueda, a la espera de los acontecimientos venideros. Pero junto con el sobre la individua me hizo entrega de una cartera de mano que yo recordaba muy bien, pues es la pieza más pequeña del juego de maletas de cuero que os regalaron para la boda tus colegas de la Universidad Central. Dentro hay «documentos personales» que tu mujer quería hacerme llegar con la intención de que te llegaran a ti en el penal.

¿Qué hago con ello?

Te manda un abrazo para que te conforte y te acompañe

tu Madre

Vicente

EL COLEGIO DE MÉXICO

A la atención del Sr. Don Carlos Bousoño Prieto (Personal)

México D.F. 14 de enero de 1948 Apreciado Profesor Bousoño:

Le envío esta nota que me ha costado mucho escribir y aún más decidirme a depositar en la conserjería de El Colegio de México. Estuve ayer tarde oyendo la conferencia que dio usted allí sobre la poesía de Vicente Aleixandre, que me gustó mucho y me emocionó en algunos momentos. Me pareció entender por una aclaración que hizo sobre dos de los poemas leídos, ¡y tan bien leídos por usted!, que conoce personalmente o ha tenido algún trato con el poeta, y eso es lo que me mueve a escribirle, con la impertinencia que me perdonará. Fui muy amigo de V. A. en Madrid en los años anteriores a la guerra civil, y aun en el primer año de la misma, sirviendo yo de teniente en las fuerzas leales a la República, todavía pudimos vernos brevemente. Luego todo se cortó y se perdió. Pero conservo un libro muy especial de Vicente, y si usted tuviera unos minutos disponibles, me gustaría mostrárselo y tal vez platicar un poco sobre nuestro admirado poeta.

Le dejo mi teléfono: 52341, de «Telmex», por si es usted tan amable de llamarme. Yo podría desplazarme a su residencia o al lugar que le fuera más conveniente.

Un saludo atento de

Andrés Acero

Sr. D. Carlos Bousoño Altavista 88 San Ángel D.F.

México D.F. 16 de enero de 1948 Apreciado amigo Bousoño:

Acabamos de hablar por teléfono, y aún guardo el calor de sus palabras tan simpáticas hacia quien es, al fin y al cabo, un completo desconocido para usted. Me apena que no podamos vernos en los próximos días por su viaje a Veracruz, precisamente el primer lugar de México que yo pisé en junio de 1939. Pero reitero lo que le dije en la conversación telefónica: si al volver tiene un rato libre y el deseo de que nos encontremos, llámeme por favor al mismo número y yo acudiré enseguida a donde usted me indique, no importa la hora que sea. Mientras espero esa llamada suya, le copio en esta tarjeta enviada para que la encuentre al regreso un verso de Vicente que él, además de escribirlo en un poema de *La destrucción o el amor*, decía a menudo y me dijo a mí la última vez que nos vimos, en Miraflores de la Sierra, el 12 de marzo de 1937. «Vivir, vivir, el sol cruje invisible». Pero yo no he vivido desde entonces más que en sombras, y el sol, si es que brilló, fue para mí tan invisible que ni le oí crujir. Con el saludo cariñoso de

Andrés Acero

Sr. D. Carlos Bousoño Altavista 88 San Ángel D.F.

D.F. 26 de enero de 1948

Apreciado Carlos:

Son las 4.30 de la madrugada, y como no consigo dormir me levanto y te escribo. ¡El insomnio es culpa tuya, pero no es un reproche! Me pasaría una y mil noches, como en el cuento, hablando contigo. Eres un maravilloso conversador, y tu generosidad y simpatía me han emocionado. Qué divertidas las anécdotas de tus clases en la universidad americana cerca de Boston, con esos «códigos de conducta» que el profesor ha de cumplir, más obediente que las propias alumnas. Te parecerá una estupidez, pero yo le tengo manía a los Estados Unidos, un país por lo que sé muy mojigato y también, a pesar de su riqueza, con muchísima injusticia social.

He sentido también envidia, una envidia no malsana, recordando todo lo de tu vida familiar aquí en San Ángel, esos meses que pasaste hace más de un año en la lujosa casa de tus tíos. Por lo que contabas, tu tío Carlos, su mujer y tus dos primos deben ser fenomenales, una familia tan adinerada y que se dedica a la música clásica; no había oído nunca hablar de ese compositor ruso Stravinski, que dices que es tan famoso y le saludaste en el concierto privado de tus tíos, pero es que yo soy muy ignorante. Y además de ignorante y desengañado de todo ahora soy un solitario. Puede decirse que he perdido para siempre a mi familia. La poca que tengo está en Madrid, y será difícil que les vuelva a ver.

Quien de verdad me ha quitado el sueño es Vicente, o, mejor dicho, mi recuerdo de Vicente, que desde que salí de España fue apoderándose de mi cabeza día por día. Tus palabras de hoy, trayéndomelo como es él ahora, valeroso, independiente, ignorado por los franquistas, leído con entusiasmo por los jóvenes, han servido para darle todavía más presencia dentro de mí.

Aunque era la primera vez que nos veíamos, ya te siento después de esas horas, ¡seis horas!, «platicando» contigo como un viejo amigo; y te hizo gracia mi «meji— canismo» de platicar, que tú me has aclarado que es palabra española clásica. Agradezco muchísimo la confianza con la que me hablaste de tu intimidad y cómo, siendo tú tan joven, de aspecto más aún que esos 26 años que tienes, hayas establecido tan franca y cordial comunicación con un hombre que ya va para los 40 y muy envejecido por los «malos tragos» que la vida me ha hecho beber.

También pude constatar no sólo lo que quieres a Vicente sino la gran admiración por su obra, que tú entiendes muchísimo mejor que yo y, como se vio en tu conferencia, sabes explicar claramente, revelando cosas que a mí me pasan desapercibidas. Se nota que tú también eres poeta. Yo no soy persona de letras, aunque gracias a Vicente me aficioné un poco a la poesía y leí bastante hasta que empezó la guerra, sobre todo a los clásicos del siglo de oro y a Bécquer y Rubén Darío, pero no sabes lo que me gustaría conseguir ese estudio tuyo sobre la poesía de Vicente que me dijiste que va a publicarse en España el año que viene. ¿Dónde estaré yo el año que viene?

Tan contento estaba de tu acogida cariñosa y tus palabras de ánimo, que al ir a marcharme del Café París pensé hacerte el mejor regalo que yo podría hacer a nadie, el ejemplar de *La destrucción o el amor* que Vicente me regaló en 1935, a los dos años de empezar nuestra profunda amistad. Como te expliqué al mostrártelo, Vicente lo hizo encuadernar especialmente para mí en piel de Rusia, y ese libro sobre el que tantas lágrimas he derramado, no todas amargas, es lo único del Andrés Acero de antes que no perdí. Ni en las trincheras ni en la huida por la frontera de Portbou ni en el campo de refugiados de Saint-Cyprien ni en los demás avatares del exilio. Llegó conmigo, casi como mi único equipaje, a México, y desde junio de 1939 ha sido la mejor compañía que he tenido en esta ciudad donde ni consigo ser de aquí ni vivir, como otros españoles consiguen, creyendo estar allí.

Por eso al final decidí no dártelo. Es lo único valioso que poseo, y no por el precio del ejemplar, ya te figuras, sino por otra cosa. En cada una de sus páginas hay algo de mi propia vida, y cada una de sus palabras yo la siento puesta por Vicente para mí, aun sabiendo que el libro lo acabó antes de conocernos. Sin ese libro mi vida tendría aún menos relieve del que yo le veo ahora. Mientras pueda, seguiré agarrándome a él todos los días, y releiendo sus versos.

Lo que sí quiero que tengas es *Al amor*, sobre todo al haberme dicho tú que es un poema que no ha salido nunca en un libro. Ví cómo te emocionaste al reconocer la letra de Vicente en esa hojita ya un poco amarilla, escrita a mano por él para que yo la tuviera. Con qué nostalgia me he acordado aquí en México de ese mar que él describe «sin sombras, sin vestidos, sin odio, suave como la brisa ligada al mediodía».

Voy a dejarte yo mismo el sobre con esta carta y la poesía de Vicente en el buzón de la casa de los Prieto en Altavista, antes de que te despiertes y salgas. Sé que hoy es un día difícil para ti, por ese encuentro de despedida con tu padre, «más mexicano que asturiano» como dijiste, pero yo estaré en casa, de la que apenas salgo, por si acabas pronto y quieres que vayamos a tomar un trago juntos. Y esta vez prometo callar más y dejarte hablar sólo a ti, que tienes mucha más facilidad de palabra que yo.

Abrazos cordiales, en el momento en que empieza a amanecer, de tu agradecido amigo

Andrés

Sr. D. Carlos Bousoño

(en propia mano)

México D.F. 2 de febrero de 1948

Apreciado Carlos:

¿Te molestará que me haya presentado sin previo aviso en el aeropuerto para entregarte esta carta? Ahora que empiezo a escribirla no lo puedo saber, pero por si es así te pido perdón anticipadamente.

No he podido resistir la necesidad de hacerte partícipe de mi pequeña y desgraciada historia personal, y de nuevo te echo, lo digo en broma, las culpas. Fuiste desde el primer momento tan acogedor, tan comprensivo conmigo, tan natural, que el pago ha sido convertirte a la fuerza en mi confidente, aun habiéndonos visto sólo una vez. Lo que sigue, escrito en la cuarta o quinta noche de insomnio total que sufro desde el día de tu conferencia en El Colegio de México, recoge del modo más sencillo y auténtico del que soy capaz detalles de mi vida que nunca he contado y nadie sabe. Si no has roto la carta por mi impertinencia al endilgártela poco antes de subir al avión, te podrá distraer un rato, o dormirte, en ese larguísimo vuelo de regreso que tienes, hasta Nueva York y Lisboa. Perdóname.

Fui cauto o quizá mentiroso la noche de nuestra «plática» en el Café París al referirme a mi relación con Vicente. No quise cargar las tintas de una confesión que ya había pecado de abuso de confianza contigo. O quizá mi pudor era el resto de un intento de ocultar mi vergonzoso comportamiento con él en los días de la guerra, y sobre todo a partir de enero de 1937. Temor, pudor, vergüenza, egoísmo, faltas mías de entonces que, ligadas a la persona que fue objeto de las mismas, me han mortificado tanto los últimos años, convenciéndome de lo miserable que yo fui y de la

altísima talla humana que no supe estimar o menosprecié en Vicente.

Yo me resistí al principio a que él fuera en mi vida lo que llegó a ser. De hecho, me había negado a acompañar a Federico a la casa de Wellingtonia, donde Vicente estaba en cama, poco antes de su grave operación de riñón de junio del 32. (Te parecerá presuntuoso, amigo Carlos, que hable así tan campante de Federico y no diga García Lor— ca, siendo él ahora una figura reconocida. Pero es que yo le conocí fuera de la literatura, hermanados los dos por el Epentismo, aunque sabía lo buen poeta que era y lo famoso, esto último mucho más que Vicente. De ahí el llamarle Federico a secas.) Sigo. Yo era entonces un muchacho de 19 años bastante frívolo y retozón, y me daba agobio la idea de visitar, como dos monjas de la Caridad, a un enfermo. Pero nadie podía darle un no a Federico, y menos yo, que estaba deslumbrado por él, aunque no me atraía su tipo físico, un poco rechoncho, ni tampoco yo era su «Don Galán», me decía a la cara con toda la guasa del mundo. Así que entré a disgusto en aquella habitación del chalet de los Aleixandre que olía a medicinas, mirando al suelo, pero cuando Federico me presentó y levanté los ojos no vi a ningún enfermo. Vicente estaba incorporado en la cama y vestido de cintura para arriba, que es lo que se veía, como si fuera a salir de paseo: camisa, corbata de seda, chaleco gris marengo. Elegante y muy atractivo, ya te dije que a mí me gustaban de joven los hombres maduros. Ahora que yo lo soy, o por lo menos tengo la edad en que debería serlo, no sé lo que me gusta. No me fijo en nadie, y tampoco nadie se fija en mí.

Luego supe por el propio Vicente que al entrar en la habitación, Federico, que iba delante, le hizo, mientras me presentaba como «Andrés Acero, muchacho de grandes prendas y descollante príncipe del reino Epéntico», un gesto de picardía a su amigo enfermo, insinuándole que yo era un dulce exquisito que le llevaba de regalo. Cuando por fin empezó nuestra relación amorosa, Vicente, para halagarme, decía que en efecto yo lo era: un bombón relleno del más embriagante licor.

Yo había conocido a Federico a principios de 1932 en unas pruebas a las que me presenté para ser actor de La Barraca, el teatro popular que él fundó con Eduardo Ugarte. Los dos tuvieron mucha paciencia conmigo, que recité horriblemente mal el romance castellano de *Don Be— lardos*. Federico me llevó aparte al acabar y me dio a entender, con mucha delicadeza, que la interpretación dramática no era lo mío, pero que, muy convencido de mi devoción por el teatro, me ofrecía un trabajo de secretario de la compañía. Acepté enseguida, y la verdad es que Federico me quitó un peso de encima, porque yo pretendía ser actor odiando el salir a un escenario a hacer creer a la gente cosas que yo mismo sería incapaz de creer. Esa misma noche le acompañé de copas con otros amigos Epénti— cos. algunos de mi edad, como Luisito Arroyo, que sí ha hecho, creo, carrera como actor, uno que estudiaba para ingeniero, Ormaechea, al que Federico llamaba «El rubio más claro» con un poquito de crueldad, porque era en efecto muy rubio pero el pelo le empezaba a clarear tan joven, y otro muy hablador y directo, ya en la treintena, que era granadino como Federico y se llamaba Rafael noseque— más. Aquel día, mientras Luisito, que era el benjamín, coqueteaba con todo el que se pusiera delante de él en un bar cerca de la Puerta del Sol, Federico, engolando aposta la voz como si estuviese dando una lección erudita de historia, me explicó el significado del Epentismo, una palabra inventada para referirse a la homosexualidad y que usaban entre ellos los poetas y algunos amigos de la Residencia de Estudiantes. «Una belleza tan denodadamente griega como la tuya, Andresito, le ha de gustar a mi gran amigo Vicente Aleixandre, que también celebra el culto del dios Epente. Mañana mismo tenéis que conoceros.»

El día de la visita a Wellingtonia Vicente me cayó muy simpático, y creo que yo también a él, pero no nos volvimos a ver. Federico quería hacer de «trae y lleva» entre los dos, pero al poco

Vicente sufrió la operación en la que le quitaron el riñón, luego la convalecencia, y Federico, que era el vínculo entre nosotros dos, estaba siempre fuera de Madrid, de gira con La Barraca, en la que yo ya me había cansado de pasarme el tiempo detrás de una mesa escribiendo cartas y firmando papeles. Un año y pico después, el 3 o el 4 de septiembre de 1933 (siempre tuvimos esa duda, o discusión, sobre la fecha exacta) me encontré por casualidad con Federico y Vicente, ya plenamente restablecido, moreno, guapo, ¡y bastante más alto de lo que me había parecido acostado en su cama!, en el cine-club que había los jueves en el Cine Fígaro, no sé si aún existe, en la calle Doctor Cortezo. Yo fui con dos amigas de la universidad, pues al dejar La Barraca me había matriculado, sin ganas, por darle gusto a mi padre, en Derecho. Al acabar la película, que era una alemana muda, *Fausto*, yo dejé a mis amigas hablando del Expresionismo en el coloquio después de la proyección y me fui con Federico y Vicente al Café Lyon, donde nos encontramos con otro amigo Epén— tico de ellos, el Capitán Iglesias, un militar del cuerpo de Ingenieros que se había hecho famoso por una hazaña aérea, bajito como Federico pero muy apuesto. Esa noche, al despedirse, Vicente me dejó su teléfono y me animó a llamarle. Tardé varios días en hacerlo. Ya te lo he dicho antes, Carlos, me atraían los hombres maduros pero yo era el chico más inmaduro de todo Madrid, y no exagero. Mis padres, conociéndome, me ataban muy en corto en casa, y por eso mismo yo lo que quería era desbocarme y soltarme todo lo que pudiera la melena, aunque llevaba entonces el pelo corto y planchado con brillantina...

Pero le llamé, Vicente me invitó a cenar, estuvimos juntos hasta ver amanecer, y al día siguiente lo mismo, y al siguiente, y todos los días siguientes. Sin darme cuenta, sin querer, sin reconocérmelo a mí mismo, empezó el tiempo más feliz de mi vida, el único tiempo feliz que he vivido: 33 meses y tres semanas de felicidad, no mucha en la vida de un hombre con 37 años cumplidos.

Yo soy un poco caprichoso, y me fijo en los ojos de los hombres. Federico los tenía negros y grandes, como dos portales de un caserón, abiertos siempre e invitando a pasar dentro. Pero el azul limpio de los ojos de Vicente era un color de cielo, y mirándolo podías volar a las alturas. Él decía que se había enamorado de mí el día de la visita al enfermo, y que convencido de antemano de que su amigo

Federico le llevaba algo especial había estrenado corbata y camisa para conquistarme desde la cama. Todo de mí le gustaba, o eso decía, incluso las caderas, que las he tenido desde pequeño demasiado anchas, quizá te fijaste, pues ahora ya son como dos botijos pegados a mi cintura. Su amor era tan constante y tan expresivo, tan lleno de frases encantadoras y de versos inspirados por mí, que mi amor por él, declarado ya y cada día más apasionado, se quedaba pobre. Ahora también te puedo decir, respecto a ese poema *Al amor*, lo que en la carta anterior no me atreví, aunque quizá yo te lo insinuaba o tú te lo podías imaginar.

Cuando te hablé del poema y me dijiste que lo habías leído aunque el libro completo *Mundo a solas* está aún sin publicar, no quise entrar en más explicaciones. Me dio vergüenza que pensaras que quería darme importancia. Pero ahora sí te lo digo. Vicente no sólo lo copió para mí a mano en la hojita, lo escribió para mí, y *Al amor* trata de mí, el que más de todos los poemas que fue escribiendo en el tiempo de nuestra relación. El no pensaba entonces ponerle al libro ese título que tú me dijiste de *Mundo a solas*, sino el de *Humano ardor*, que era como se llamaba otra poesía que me leyó una noche y me gustó, molestándome un poco que el amante a quien se refiere estuviese en femenino, «como modo de discreción y auto-protección de nuestro amor», dijo Vicente. Un mes después de

leerme *Humano ardor me* envió por correo a casa *Al amor*, donde se supone que yo soy el mar, y así podía él poner todos los adjetivos en masculino, sin dejar al descubierto el Epentismo:

Llegaste con espuma, furioso, dulce, tibio,
[heladamente ardiente bajo los duros besos]
de un sol constante sobre la piel quemada.

Las cartas que Vicente me escribió en nuestra relación quedaron en Madrid o se perdieron, pero la hoja a mano con la poesía *Al amor* no, porque yo la metí entre las páginas de lo que nunca se ha apartado de mi lado: el día que cumplí 23 años, el 18 de octubre de 1935, Vicente me regaló el ejemplar tan lujosamente encuadernado de *La destrucción o el amor* que tuviste en las manos en el Café París. Dentro, debajo del título, sólo estaba su firma escrita a tinta, sin más palabras, por discreción otra vez, viviendo yo con mis padres. La dedicatoria que tendría que llevar, me dijo Vicente al entregármelo, es ésta: «Andrés, aún no te puedo ofrecer un libro entero tuyo, escrito sobre ti y para ti, aunque ese libro llegará. Pero con éste, de los míos el que más me gusta, te doy mi amor, que ningún asomo de destrucción podrá acabar.»

Hay partes y versos de ese libro que a mí se me hacían un mundo, no las entendía, pero otras me llegaban al corazón. En diciembre de 1935 yo me puse enfermo, estuve casi tres meses con pulmonía, y le pedí a Vicente que me visitara en casa de mis padres, en la calle Ibiza. Yo diría, para explicar la diferencia de edad y su porte tan distinguido, que era un profesor mío, pero Vicente no se atrevía. «Las madres leen en los ojos de sus hijos, sobre todo cuando están enamorados», dijo él, convencido de que la mía se daría cuenta de lo que éramos en realidad. Y eso que yo no había querido decirle que mi madre estaba muy celosa de todos mis amigos y mis amigas, por ser yo su hijo mimado, como mi hermano lo era de mi padre.

El primer día que salí a la calle después de la pulmonía, una mañana muy soleada de finales de febrero del 36, quedamos cerca de casa, en el merendero que había junto al Palacio de Cristal, en el Retiro, y Vicente me llevó dos regalos que no conservo: unos gemelos de plata con mis iniciales y, copiado por él mismo a mano en una hoja de pergamino, el poema *Se querían*, que sabía que era mi predilecto de *La destrucción o el amor*. Pero la sorpresa se la di yo, porque en los días que pasé en cama me lo había aprendido de memoria, yo que nunca he tenido ninguna memoria para aprenderme las declinaciones del latín y los artículos del Código Civil, y de repente, mientras él hablaba de algo, no me acuerdo de qué, en prosa, claro, yo le contesté en verso, en *sus* versos:

Se querían de amor entre la madrugada,
entre las duras piedras cerradas de la noche,
duras como los cuerpos helados por las horas,
duras como los besos de diente a diente sólo.
Se querían de día, playa que va creciendo...

Y entonces Vicente, al principio muy sorprendido, continuó con toda naturalidad su propio poema: «Se querían de día, sobre el mar, bajo el cielo», sonriendo porque sin darnos cuenta habíamos llegado paseando al Estanque del parque, y las barquitas y los niños jugando en pantalón corto, con la camisa quitada, daban mucha impresión de playa. Yo, que era más atrevido que él, le di un beso rápido en la boca que, así de golpe, le asustó un poco. Pero luego Vicente me fue llevando hasta el gran Monumento a Ramón y Cajal, y después de asegurarse de que ningún guarda ni ninguna niñera nos iba a denunciar por inmoralidad, fue él quien me besó detrás de la estatua de una mujer griega que protege al propio Ramón y Cajal todo de mármol y rodeado de un palmo de agua. Me

sentía tan feliz que me puse a hacer estupideces: eché una moneda al agua, como en la fuente famosa de Roma que te hace volver al sitio, y le dije a Vicente que a pesar de lo apuesto que estaba en la escultura el sabio científico Cajal con su barbita y su bigote y medio pecho al descubierto, como un emperador romano, yo, puestos a elegir entre hombres maduros sin pelo en la cabeza, le prefería a él.

Me habría quedado amartelado toda la mañana entre los patos del Estanque y los árboles altísimos que rodean el monumento si Vicente, más sensato que yo y con su humor de siempre, no me hubiese dicho al oído dos versos de otro poema suyo del libro: «¡Ah maravilla lúcida de estrechar en los brazos un desnudo fragante, ceñido de los bosques.» Luego se colocó a mis espaldas y me ciñó con los brazos el cuerpo, se puso a olerme el pelo y las orejas y el cuello, y me dijo: «Sí que es maravilla. Lo único que falta es tu desnudo.»

Salíamos juntos todas las tardes, y yo, que al principio era el reticente, al cabo de pocos meses de conocernos no podía hacerme a la idea, cuando me levantaba, de no ver a Vicente todas las horas del día entre el desayuno y la despedida de madrugada. El tenía más ocupaciones que yo, más amigos que yo, y, al contrario que yo, cosas importantes que decir, pero jamás se ponía ante mí como un hombre más ocupado, más solicitado ni más inteligente que yo. Estaba siempre a mi altura, tan baja, y allí, a ras de suelo, nos amábamos igual de felices. «Se querían, sabedlo.»

Federico, que al volver de un largo viaje por Argentina nos encontró, como él decía, «coronados de pámpanos como dos Bacos flacos», estaba feliz de que sus labores de Celestina hubiesen terminado tan bien. Algún día salimos con él, al teatro más que de verbenas. «Vicente ha sido más afortunado con los hombres que yo, pero se lo tiene merecido», me dijo una noche Federico mientras Vicente estaba recogiendo su abrigo en el guardarropa del Español. «Él, tan quieto y ceremonioso como parece, es un corredor de fondo del amor, y a mí me pierden las gurrini— cas.» Nunca supe qué quería decir exactamente Federico con esa palabra, pues la soltaba así como así, unas veces refiriéndose a un libro o al carácter de una persona y otras a la cosa del cuerpo masculino que te imaginas.

Algunas tardes, Vicente organizaba reuniones de amigos Epénticos en su chalet de Wellingtonia, que a mí me daban un no sé qué, porque su padre y su hermana Conchita andaban por la casa mientras nosotros, con la puerta del salón cerrada, nos movíamos a nuestras anchas. Federico siempre cantaba algo, y Vicente ponía discos de jazz en la gramola, pero éstos no gustaban tanto. El que traía los mejores discos, de «music hall», era Luis Escobar, con su «cara de infante borbónico», decía Federico, aunque una vez que se enfadó con él le dijo que tenía «cara de Bruja Segunda de Macbeth». Los más atrevidos eran Luisito Arroyo, Vitín Cortezo y el Capitán Iglesias, poniendo cuplés y bailando en parejas o al charlestón. Una tarde de mucho griterío se acercó Don Cirilo, el padre de Vicente, a la puerta del salón y preguntó desde el otro lado de la cristalera si pasaba algo. «No es nada, papá», dijo Vicente, «estamos aquí escuchando unos ritmos populares.»

Conocí también a otros poetas y escritores de su grupo. Emilio Prados, al que he visto una o dos veces aquí de pasada y asistió, ya lo sabes tú, a tu conferencia de El Colegio de México, venía a veces de Málaga y me caía muy bien, no sólo por ser Epéntico. También lo era Luis Cer— nuda, más estirado y antipático; una tarde nos lo encontramos en la cervecería de Correos de la calle Alcalá, y cuando Vicente me lo presentó yo me quedé muy cortado, porque Cernuda iba no sólo muy atildado de ropa sino con maquillaje en las mejillas y sombra de ojos. Vicente, que le quería y le admiraba, me dijo al salir de la cafetería que no era exhibicionismo sino «dadaísmo», es decir, un gesto de rebeldía social frente a la España rancia y cateta.

Yo vivía en el paraíso, despreocupado de todo lo que no fuera Vicente y la sombra maravillosa que me daba y bajo la cual yo me ponía, fuera de mí mismo, a todas horas. Le oía a él, y también a mis padres a la hora de la comida, hablar con pesimismo y angustia de la situación política, pero yo no vivía en ese país soliviantado y rencoroso que era España en los primeros meses de 1936. Yo era el único habitante de un país que me había inventado y llamaba, entre nosotros, «Aleixandría». Llegué a proponerle a Vicente, un día que me sentí más infantil de lo que ya lo era siempre, que en vez de Velintonia, como prefería llamar a su calle de Wellingtonia, él y yo hablásemos siempre de su casa como «Aleixandría, 3, Egipto», la tierra encantada donde yo me refugiaría si las cosas se ponían mal con mis padres o algo terrible pasaba en nuestro país. Empezó la guerra y no quise enterarme. Vicente pensaba irse de veraneo, como siempre hacía su familia, a Miraflores de la Sierra, y yo veía esa ausencia suya de dos meses como algo más dañino, más grave para mí que el cerco de Madrid y las matanzas de los Nacionales en Badajoz que contaban los periódicos.

Mi primera bajada a la tierra desde el paraíso fue por la noticia de la detención de Federico en Granada, que me dio el propio Vicente muy entristecido. Mientras, mi hermano Juan, dos años menor que yo y muy comunista, se había alistado en el ejército republicano, y lo lógico era que yo también fuese a combatir a los fascistas. Pero separarme de Vicente no entraba en mi cabeza, sobre todo ahora que la situación en la sierra de Guadarrama, ocupada por las tropas de Franco, hacía imposible que los Aleixandre se fueran a Miraflores. A primeros de septiembre llegó la confirmación de que Federico había sido asesinado como un perro en las afueras de Granada, no sabiéndose ni siquiera en qué zanja del campo habían echado su cuerpo. Vicente estaba en cama, con dolores y fiebre, y yo fui a visitarle, el 6 de septiembre. Su hermana Conchita, siempre muy dulce conmigo, me dijo que evitase hablar de Federico, pues Vicente estaba destrozado y había llorado, «con lo entero que es él», toda la noche anterior. Estuvimos una hora o más en su dormitorio sin hablar, cogidos de la mano, y al ir a despedirnos me incliné sobre la cama donde Vicente, esta vez sin corbata de seda ni camisa nueva, estaba recostado, y le di un beso. Al salir del chalet fui caminando por las calles—citas muy tranquilas del Parque Metropolitano, subí por Reina Victoria, donde se oían cañonazos, y llegué andando a casa. En esa hora larga de caminata todo cambió. Me sentía desterrado del paraíso, que se había roto de golpe, al menos dentro de mí, y tomé aquella noche la decisión.

Al día siguiente yo ya era un voluntario que hacía la instrucción en el Cuartel de la Montaña, y durante una semana sólo hablé por teléfono, todas las tardes, con Vicente. El 22 de septiembre entré en combate cerca de Talavera, pero el valiente soldado Acero aún volvía por la noche en esos primeros días, mientras estaba de guardia o dormitando en la trinchera, a su reino fantástico de Aleixandría. Le escribí una carta a Vicente en clave, disfrazando mis sentimientos amorosos con palabras sacadas de poemas de *La destrucción o el amor*, y contándole mi experiencia de la guerra con el idioma que más me gustaba usar, el de sus versos:

tigres del tamaño del odio, leones como un corazón hirsuto, sangre como la tristeza aplacada, se baten con la hiena amarilla que toma [la forma del poniente insaciable.

A finales de octubre el frente de guerra se acercó a la Ciudad Universitaria y los Aleixandre tuvieron que abandonar la casa de Velintonia de un día para otro e irse a vivir con el tío Agustín en la calle Españolito. Yo mientras seguía pegando tiros. Movido por una fuerza bruta, desquiciada, que nunca había sentido antes en mi interior, me distinguí en unas operaciones de la batalla de Brúñete, siendo en julio del 37 ascendido al grado de teniente. Con los galones de teniente me dieron también un permiso de dos días, y en cuanto llegué a Madrid fui a verle, sin avisar, al piso de la calle

Españoleto 16. Fue el último día de coquetería de toda mi vida, y las últimas horas en ese país de mi imaginación al que ya nunca he podido regresar. Me corté el pelo, me afeité, me puse colonia, cepillé a conciencia el uniforme, le saqué brillo a las botas y a la gorra, me miré en el espejo del tocador de mi madre, que me estaba viendo acicalar y yo creo que a sabiendas de para quién me acicalaba yo. «Estás guapísimo, hijo mío, vete tranquilo.»

«Estás guapísimo», fueron también las palabras de Vicente, que había interrumpido su reposo por mí, aunque me recibió sentado en un sillón de mimbre en la terracita trasera del piso, junto a la cocina. Estaba demacrado, más delgado que nunca, y a pesar del calor que hacía tenía las piernas tapadas con una manta escocesa. Hablamos poco. Esa mañana aún le quería con locura, pero las palabras de amor no me salían, como si el traje me las quitara de la boca y una voz que no era la mía me estuviera diciendo que cualquier declaración amorosa era impropia de un soldado que al día siguiente estaría de nuevo disparando en el frente. A Vicente no parecía angustiarse, como a mí, ese silencio. Me miraba con mucha dulzura, sonriente. «¿No me dices nada?», le solté yo bruscamente. «Con lo que me ha costado venir, dejando a mis padres, después de tanto tiempo sin verles, en casa... Y no me dices nada.» En ese momento Vicente me puso las dos manos encima de la pierna que yo tenía doblada, mientras fumaba a su lado, y sólo dijo el verso de su libro que tanto le gustaba decir, un verso que era para mí como la contraseña de nuestro amor: «Vivir, vivir, el sol cruje invisible.» Y entonces hice la cosa más pueril del mundo: en vez de abrazarle y besarle en la boca le señalé mis estrellas de teniente. «Guapo y bravo», dijo entonces Vicente con una sonrisa triste. Y me fui.

En el vestíbulo del piso estaba Conchita yo creo que esperándome, aunque no dijo nada, sólo se plantó delante de mí, callada, seria, con sus preciosos ojos claros puestos en los míos. Entonces me di cuenta de que tenía que ir de nuevo a la cocina y disculparme con Vicente, estar a su lado más tiempo, volver a ser el niño feliz de su paraíso. Al llegar a la terraza vi la manta escocesa en el suelo. Vicente estaba de pie, de espaldas a la puerta de cristales, inmóvil, con las manos apoyadas en la barandilla, como si mirara el patio de luces, lleno de sábanas y camisas secándose. Yo dije su nombre, dos veces, mientras me acercaba a él, pero no se volvió. Cuando llegué a su lado y quise besarle giró la cara hacia mí y estaba llorando. Entonces pasó algo que fue como si Vicente y yo hubiéramos dejado de ser nosotros mismos. En lágrimas, los ojos azules de Vicente me parecieron distintos. Ya no podía viajar siguiendo su mirada hasta los lugares del cielo a los que me habían llevado desde que le conocí, sólo ahogarme en el río de lágrimas que le bajaba por la cara. Y me fui de la terraza, del piso de Españoleto 16, de nuestro paraíso, definitivamente.

Te cuento, e intentaré ser más telegráfico, lo que sucedió en los años siguientes, hasta hoy. Cuando en julio de 1938 mi hermano Juan murió con 20 años en Gandesa, combatiendo al mando de Líster en la batalla del Ebro, me apunté al Partido Comunista, como él lo había sido, y seguí luchando de una manera que mis superiores decían que era «heroica» y yo sabía que sólo era desesperada. Todos los días pensaba en Vicente y me acordaba de algún verso del poema suyo que más me gustaba, *Se querían*, pero el ejemplar encuadernado de *La destrucción o el amor*, que en los primeros meses de combate había llevado siempre en el petate, lo dejé guardado en un cajón de mi dormitorio en la calle Ibiza. Lejos, e invisible, cobró para mí otra significación. Ese libro contaba la historia de unos amantes demasiado románticos que vivían su pasión en una tierra falsa, del pasado. La guerra era el único presente, la única verdad. Y yo un hombre que no se parecía ya al que Vicente amaba.

El segundo día de Navidad de 1938 pasé por Madrid unas horas, camino de Cataluña, para

despedirme de mis padres. Marchaba voluntario al mismo Quinto Regimiento de Líster en el que había luchado mi hermano, convencido yo de que la guerra estaba perdida. Después de comer fui a mi cuarto y saqué del cajón el libro, abriéndolo por la página firmada. La letra de Vicente, que era tan elegante, con sus palotes todos muy bien alineados, me emocionó. No me podía marchar sin despedirme de él. Llamé al número de teléfono del piso de Españolito, y no contestaron. Llamé, por si acaso, al de Velintonia, pero la línea había sido cortada. No pude, en el poco tiempo que tenía antes del viaje, localizar a algún amigo suyo que me diera noticias de su paradero, aunque lo intenté con Luisito Arroyo. Su hermana Ana, que yo había conocido en el cine-club del Fígaro y era también actriz, me dijo que Luis estaba en el Norte, y entendí por sus palabras indirectas que luchando en el bando franquista. A finales de febrero del 39, tras el fracaso de la campaña de Cataluña, y habiendo caído ya Barcelona, crucé la frontera de Portbou con cientos de oficiales y soldados leales y muchos civiles que escapaban.

A primeros de mayo de 1939, cuando yo estaba internado en el campo de refugiados de Saint-Cyprien a la espera de poder embarcar hacia América, mi madre, con la que había logrado establecer comunicación por teléfono gracias a una chica francesa que trabajaba en el economato del campo, tomó, sin decírmelo a mí, una iniciativa extraña en ella. No sé de qué modo consiguió enterarse de la dirección del piso de los tíos de Vicente en la calle Españolito, y un día se presentó allí preguntando por él. «Soy la madre de Andrés Acero», dijo a quien yo pienso que era Conchita, pero ésta le contestó que Vicente seguía muy delicado de salud y no podía recibir visitas. Mi madre volvió al día siguiente, y esa vez Vicente la recibió en su cuarto. La escena, que mi madre me explicó bastante después por carta, fue breve. Ella le contó a Vicente mi situación penosa en el campo de refugiados del sur de Francia, mis fallidos intentos de localizarle antes de acabar la guerra, y después le planteó algo que salía de ella pero ella parecía haber leído en mis pensamientos: «Mi hijo me preguntó por usted en la única conversación por teléfono que tuve con él, hace pocas semanas... ¿Si mi marido y yo conseguimos que Andrés, que no tiene delitos pendientes, regrese a España, estaría usted dispuesto a verle, a reanudar su amistad?» Y dijo mi madre en su carta que Vicente, apartando sus ojos «de color celeste», dejó pasar dos o tres minutos antes de contestarle. «No, señora. Ni a él ni a mí nos convendría eso. Yo soy un poeta mal visto por el Régimen, él un combatiente "rojo" derrotado. Juntos seríamos aún menos recomendables, y nos perjudicaríamos el uno al otro. No, señora. Pero mándele, si habla usted con él de nuevo, un abrazo desde las ruinas de la ciudad de Alejandría, el más bello puerto de mar que jamás ha existido. El sabrá lo que quiero decir.»

El 23 de mayo del 39, gracias a la amistad que había hecho en el campo de Saint-Cyprien con un periodista de Jaén, Manuel Andújar, conseguí embarcar en el *Si—naia*, que salió cargado de refugiados españoles desde el puerto de Séte. En el barco, gracias también a Manolo Andújar, me metí en la confección de un boletín diario hecho allí por un grupo de escritores y catedráticos con un ciclostilo, una máquina de copiar textos y dibujos a tinta que yo aprendí a usar, convirtiéndome así en el encargado de elaborar los boletines. Hicimos 18 números, uno por cada día de la travesía, y dos veces o tres yo hasta puse un dibujito mío, de tipo cómico, en las ilustraciones de los artículos y las noticias, recogidas de emisoras sobre todo inglesas con un aparato de radio muy raquítico que tenía el profesor de historia Ramón Iglesia, otro de los responsables de aquel «diario de la primera expedición de republicanos españoles a México». Esa frase Ríe cosa de mi amigo Andújar, y venía escrita debajo del título, *Sinaia*, y del dibujo de la chimenea de un barco echando humo y un cuadrante con su aguja marcando el Norte. Yo me encargué, aunque nunca me he considerado bueno dibujando, de retocar para el segundo número el humo de la chimenea y la nube, que el primer día

quedaron un poco apagadas.

El *Sinaia* llegó al puerto de Veracruz la noche del 12 de junio. Esa misma mañana sacamos el último boletín, donde yo me atreví a poner, al lado de unos dibujos muy bien hechos de Ramón Gaya y de Bardasano, tres caricaturas y una orla mía rodeando el mensaje de despedida, redactado por el poeta Juan Rejano con mucha emoción y palabras de agradecimiento hacia el país que nos acogía. A partir de entonces no me he movido del D.F. Con la ayuda otra vez de Manolo Andújar, que ahora por cierto está despuntando como novelista, encontré trabajo en una imprenta, y desde 1946 tengo un pequeño sueldo con el que a duras penas sobrevivo ayudándole en la revista *Las España—ñas*, que en México, no sé si has tenido ocasión de comprobarlo, se lee y se discute incluso fuera del círculo de los exiliados españoles.

De mi vida personal aquí algo sabes por nuestra conversación, no hay mucho más que contar. Soy el hombre roto que conserva como único resto de la persona que fue y del país imaginario que habitó las páginas de un libro.

Puedes romper esta larga carta al llegar a Madrid, para que no te comprometa ni haya riesgo alguno. Y si ves a Vicente no le hables de mí, y si le hablas no le digas cómo estoy ni el que ahora soy. Puedes sólo decirle que aquellos maravillosos poemas suyos que él hizo encuadernar para quien no los merecía, han mantenido vivo, entre tanto olvido y tanta destrucción, el amor. Y que sepa que yo le quería. Que le quiero.

Gracias sinceras, Carlos, por tu amabilísima atención, tus horas de charla la noche del Café París y tu conferencia, que aparte de enseñarme muchas cosas interesantes abrió durante unos días una puerta que ahora, me temo, volverá a cerrarse, y para siempre.

Un abrazo de tu amigo

Andrés Acero

Señor Licenciado

Don Juan Manuel Acero Rodríguez

Calle de Ibiza número 37,

segundo piso centro derecha

Madrid. España

Ciudad de México, a 15 de junio de 1950

Estimado Licenciado Acero:

Es mi triste deber como Capitán-Jefe de la Policía Judicial Federal dependiente de la Procuraduría General de la república informarle sobre el deceso de su hijo, Andrés Acero Sanz, ocurrido en su domicilio de República del Brasil 37 Bis, Altos 9, en el Distrito Federal. Según las investigaciones iniciadas por el Juez Ricardo Larraín Ponce, adscrito al Juzgado Número 2 de lo Penal en esta demarcación, no hay sospecha de intervención criminal externa en la muerte, pareciendo, por los indicios recabados por el Cuerpo policial que me honra comandar, que el interfecto se privó a sí mismo de la vida.

Disculpará usted, al no existir en la actualidad oficina consular española en el Distrito Federal,

la demora y el procedimiento fuera de lo oficial en el envío a su domicilio familiar en Madrid de las pertenencias de carácter personal halladas en el domicilio de su difunto hijo, las cuales paso a detallarle:

UNA MALETA DE CARTÓN DURO VACÍA.

DOS SACOS Y TRES PARES DE PANTALONES, DE CONFECCIÓN NACIONAL.

CINCO CAMISAS.

UNA GABARDINA DE TELA IMPERMEABLE.

DOS PARES DE ZAPATOS Y UNAS PANTUFLAS DE PAÑO.

UNA PLUMA ESTILOGRAFICA CON SU TAPA DORADA.

UN RELOJ DESPERTADOR FABRICADO EN ESPAÑA.

LA PASTA ENCUADERNADA EN PIEL DE UN CUADERNO O LIBRO DESHOJADO, EXCEPTO EN UNA PÁGINA INICIAL EN BLANCO Y OTRA FIRMADA A TINTA CON EL NOMBRE «VICENTE», SIN MÁS.

TAMBIÉN SE ENCONTRARON EN LA VIVIENDA DEL INTERFECTO DOS FRASCOS VACÍOS Y UN TERCERO A MEDIO CONSUMIR DEL SOMNÍFERO «NEMBUTAL», QUE, CON OTROS PRODUCTOS FARMACÉUTICOS Y DE ASEO Y UNA CARPETA DE HOJAS IMPRESAS MEDIO QUEMADAS, ALGUNAS LEGIBLES Y EN VERSO, RESCATADAS DE UNAS CENIZAS HALLADAS EN LA COCINA DEL DEPARTAMENTO, QUEDAN POR EL MOMENTO A DISPOSICIÓN DEL JUEZ A EFECTOS DE AYUDAR AL ESCLARECIMIENTO DEL CASO.

ASIMISMO QUEDA RETENIDA JUDICIALMENTE UNA PISTOLA DE MARCA «LUGER» CON UNA INCRUSTACIÓN EN SU CACHA DE LA BANDERA REPUBLICANA ESPAÑOLA Y QUE, SEGÚN LAS INDAGACIONES POR MÍ PERSONALMENTE REALIZADAS, HABRÍA SIDO PROPIEDAD REGLAMENTARIA DEL EX-BRIGADISTA MEXICANO DON LUIS CARDOZO GALLY, VALIENTE LUCHADOR INTERNACIONAL EN LA GUERRA CIVIL DE ESPAÑA Y REGALADA CON POSTERIORIDAD EN NUESTRO PAÍS AL SEÑOR ACERO. LA ANTEDICHA ARMA DE FUEGO FUE HALLADA BAJO LA ALMOHADA DE LA CAMA DE DON ANDRÉS CON DOS BALAS EN LA RECÁMARA, PERO, DESPUÉS DE EFECTUAR LOS PERTINENTES ANÁLISIS, CONSTA QUE EL DECESO VOLUNTARIO DE SU SEÑOR HIJO NO FUE PROVOCADO POR LA PISTOLA SINO POR LA INGESTIÓN DE LAS PASTILLAS ANTES NOMBRADAS.

Le adjunto en esta comunicación, por tratarse de una carta personal dirigida a usted y a su señora esposa, el sobre y la hoja de papel escrita que encontramos junto al cuerpo inerte de su hijo.

Espero que sepa disculpar que el referido sobre fuese abierto por mandato del Juez a los efectos de servir a las diligencias del caso.

Queda de usted con un saludo

Carlos García Toro Capitán-Jefe de la Policía Judicial Federal

PARA HACER LLEGAR DESPUÉS DE MI MUERTE A LOS SEÑORES JOSÉ MANUEL ACERO RODRÍGUEZ Y MILAGROS SANZ LOZANO. CALLE IBIZA 37, SEGUNDO PISO CENTRO DERECHA. MADRID. ESPAÑA

D.F. 17 de abril de 1950

Queridísimos padres: Morir es lo mejor cuando vivir no tiene una meta o un propósito ni esperanza alguna de felicidad. Me habría gustado que mi muerte fuese tan limpia como la de Juan, superior a mí en todo. No pudo ser. El hijo cobarde sobrevivió al valiente, pero quizá con este gesto mío de hoy la balanza de la dignidad nos hermane por fin a Juan y a mí. Siento el dolor que os pueda causar, pero tenéis que pensar que esta solución es la única que nos dará paz a mí y, al cabo de un tiempo de pena, a vosotros.

Guardad de mí, si algo queréis conservar de este hijo vuestro tan malogrado, estas palabras escritas por alguien que en el breve tiempo de unos años felices sacó de mí lo mejor de mí mismo.

Muero porque me arrojó, porque quiero morir, porque quiero vivir en el fuego, porque este aire [de fuera

no es mío, sino el caliente aliento que si me acerco quema y dora mis labios desde [un fondo.

Un beso de vuestro hijo

Andrés

ASUNTO: GRUPOS ACTIVOS DE COMUNISTAS E INSTI-

TUCIONISTAS EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

A) GRUPO COMUNISTA

El grupo más provocador es el que está organizando ahora el Partido Comunista en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras.

Capitoste

El cerebro es *Enrique Mújica Hertzog*, de origen hebreo; su familia tiene una peletería **muy** buena en San Sebastián. Apareció en la Facultad de Derecho de Madrid en el curso 1953-54, procedente de Francia. Decía abiertamente **[oído en dos oca3Íonc3 de 3us propios labios por este informante en la Cafetería de la Facultad]** que era comunista, pero que hacía falta acuerdo, armonía y comprensión entre todas las tendencias ideológicas.

Aprovechando el citado Mújica la campaña del Sindicato Español Universitario (SEU) **para** hacer ver que dentro de él cabían todos, logró infiltrarse en la Sección Cultural del SEU de Derecho, al principio como subalterno del Jefe de la misma, Rodolfo Garay, falangista intelectual que, al parecer, no practica religión ninguna.

Desde tal posición organizó Mújica con positivo éxito un «Encuentro entre la Poesía y la Universidad», en el curso del cual pasaron por las aulas poetas españoles de adscripción variopinta: republicanos emboscados como el académico de la Lengua Vicente Aleixandre, Victoriano Crémer, antiguo anarco-sindicalista que ahora va algunos domingos a misa en León, católicos dubitativos como Vi— vanco, despechados del Movimiento Nacional como Rosales y también filo-comunistas como José Hierro y el vasco «Celaya» o, su apellido real, Mújica, sin parentesco aparente con el citado estudiante judaico.

Este éxito prestigió a Mújica Hertzog ante la jerarquía del SEU a la vez que lo relacionó con personas de la mayor relevancia, a pesar de ser él sólo un alumno y hablar el español con un molesto gangueo afrancesado.

Inmediatamente después del «Encuentro», el joven Mújica se hizo, con gran audacia, muy amigo del Rector Magnífico Laín Entralgo y de Dionisio Ridruejo (cuya presente adscripción de refractario

al Régimen es, y **por eso evito reseñarla más ampliamente**, conocida), comenzando a asistir con regularidad a las tertulias políticas en casa del primero de estos señores. Disponiendo de esa incomprensible Protección Rectoral, Mújica se ha permitido disgustarse con su superior en el Sindicato Rodolfo Garay y enfrentarse sin reparos a la rama falangista-intelectual de que se había venido sirviendo para sus fines.

Adláteres

Destacan asimismo como colaboradores de Mújica dentro de la Facultad de Derecho *Marina Sánchez Barber*, muy guapa y de rica familia naviera por la que ahora siente rechazo, *Rafael Santesmases* —hijo de un ginecólogo prestigioso; buena cabeza, gran capacidad de trabajo, materialista convencido—, y un tal *Pacheco* en la de Filosofía y Letras. También dispone Mújica de adictos en otras facultades.

Se informa igualmente de que a principios del curso 1954-55, al margen del SEU y con la protección de Laín, Mújica Herzog y sus secuaces empezaron a organizar un llamado «Congreso de Escritores Jóvenes», empeño en el que este grupo Comunista suma esfuerzos con los Institucionistas, unidos todos por el propósito negativo de acabar con la situación actual de nuestra sociedad.

Tras la separación y ruptura con el SEU, Mújica Herzog trata de resucitar la nefasta FUE republicana de credo marxista, bajo el nombre de «Juventud Universitaria». En ese cometido le secundan, por ejemplo, *Javier Pradera* (nieto de Don Víctor), inteligente, ateo práctico, comunista, pero más bien aislado en su grupo de amigos teorizantes. Sin pertenecer al grupo Comunista —se sirve de él porque es un exaltado y buen conductor de masas— figura *Julio Rubín*, verdadero mal sujeto hasta el punto de que los Institucionistas lo desprecian. Un poeta metido de lleno en el «Congreso» es *Claudio Rodríguez*, estudiante de 3.º o 4.º de Románicas, ateo sin deliberación, y que no sabe aún si se acerca a los Comunistas o a los Institucionistas. Es un muchacho de valer y pocas palabras, con el mérito de haber ganado a los 19 años, en 1953, el premio de poesía *Adonais* con un libro, **Don de la ebriedad**, de pulso firme pero oscuro en las imágenes. Más unido y próximo a Mújica es *Fernando Sánchez Dragó*, antiguo alumno del Pilar, ateo rabioso y blasfemador recalcitrante, aunque con una especie de buena intención subjetiva muy peculiar. Sánchez Dragó es un chico muy joven, 18 años como máximo, que tendría un gran placer publicando el consabido libelo subversivo lleno de poemas más o menos pornográficos; se jacta ya, a tan corta edad, de practicar el amor libre, habiéndolo hecho en cierta ocasión, siempre según sus propias declaraciones, con dos muchachas italianas a la vez, en una pensión de la calle de Valverde de Madrid. Dice también haber sufrido de blenorragia (vulgo: purgaciones) de resultas de otra relación sexual con una casada, y de habérselas sanado él mismo con un preparado farmacéutico de su propia composición. Esa desordenada bohemia lasciva le ha producido a Sánchez Dragó choques por un lado con Mújica Herzog, persona seria y atormentada; se dice que el padre de Mújica, de profesión violinista, fue fusilado en San Sebastián por el Ejército Nacional, y que del lado materno, sus familiares, por ser judíos, perecieron gaseados en tiempos del nacional-socialismo alemán. A su nombre, acendradamente semítico, de Herzog tiene la madre la peletería de lujo en la Plaza Guipúzcoa de la Bella Easo.

La tumultuosa vida airada del referido Sánchez Dragó también lo separa del núcleo de los Institucionistas, personas formadas en un criterio de seriedad germánica y recato moral, de quienes se da a continuación información pormenorizada.

B) GRUPO INSTITUCIONISTA

Está menos extendido en la Universidad de Madrid, siendo sus elementos más jóvenes gente de bastante categoría, en contacto con personas mayores de muchos estudios pero peligrosas, como una serie de profesores formados antes de la Cruzada en la hoy desmantelada Institución Libre de Enseñanza, cuyo ideario era librepensador y naturista.

Hubo en la Residencia de Estudiantes adscrita a la Institución un nido de jóvenes francófilos (francofilia de Francia, no, por desgracia, de Franco) salidos de familias pudientes, casi todos afeminados, algunos de los cuales, dejando al margen al fallecido Federico García Lorca, han alcanzado cierta notoriedad por sus extravagancias: Salvador Dalí (pero éste se está ahora acercando al Régimen y a la Santa Madre Iglesia) y un aragonés robusto y de mal genio, totalmente impío, llamado Luis Buñuel, que hace películas con mariachis y proletarios en Méjico.

El foco de formación Institucionista es ahora el Colegio Estudio, sito en Madrid y regido por Jimena Menén— de Pidal, la hija del erudito, que ha reunido a una serie de personas procedentes de la Institución Libre de Enseñanza. Se trata de mentalidades krausistas, es decir, pro— kantianas y dotadas de una fe ciega en el Positivismo, aunque poco propensas a Cari Marx, lo cual no impidió a varios de ellos mostrar antes de la Cruzada simpatía por la Unión Soviética. Al frente del Colegio está también Ángeles Gasset, la prima de Don José Ortega, y en su profesorado se da cobijo a represaliados del bando rojo.

Más que a un Estado Comunista, este grupo aspira a la República Igualitaria y Flumanista, razón por la cual colabora y ha compartido locales en la calle Miguel Ángel 8 con el llamado Instituto Internacional, fundado en España por un matrimonio de protestantes norteamericanos. Despunta en el grupo Institucionista *Jesús Albiñana*, buen estudiante con rasgos faciales y gesticulación de invertido.

C) GRUPO ANARQUISTA

Más que puramente «grupo» se trata de algunas individualidades separadas pero de gran poder persuasivo a la hora de reclutar a estudiantes confusos y muchachas de Filosofía y Letras. Entre éstos destaca *Antonio López Campillo*, que si se le define como Comunista responde enfurecido, para proclamar que él es «Un Libérrimo» (sic). Se le podría tildar de filósofo demoliberal, y por esta circunstancia y por el hecho de ser persona amargada a causa de nuestro Régimen (al ser Protestante, fue expulsado de la Milicia Universitaria, y por la intromisión del Opus Dei no pudo hacer su tesis doctoral en la Universidad de Madrid, rama de Ciencias Químicas), se ha fugado a Francia, donde cuenta con un novia de aquel país, la Señorita Evelyne, hija de un catedrático de La Sorbona. Más joven que aquél pero con el seso plenamente sorbido por el ideario del Campillo está *Faustino Orduña*, estudiante de primero de Derecho y oriundo de Jaén, lo que se nota mucho en su pronunciación del castellano. Ambos individuos, Campillo y Orduña, querrían adscribirse al llamado FELIPE (Frente de Liberación Popular), sin haber conseguido hasta la fecha ni siquiera ser recibidos

por los responsables de tal frente, que se mueve entre la Inopia y la Extravagancia.

Estando en 1 de Derecho, comenzó el grupo del amanerado *Albiñana* a publicar una revista poética titulada «Al—debarán» como recuerdo de Unamuno, revista que salió. Ya van publicados *cuatro números sin permiso de Aparicio*. Por lo pronto lo llevan cinco muchachos poetas y no creyentes. De ellos, el más moderado es *Santiago Ribera*, que el año pasado era aún católico practicante. Ribera ha pasado el verano en Portugal en casa de un profesor comunista de allí, habiendo regresado sólo creyente. Es el más recuperable de todos y excelente persona. Hay también una muchacha de pelo castaño claro y estatura pequeña que aparece en las reuniones, *Blanca*, pero no se sabe si acude por interés poético o por estar con su novio, un tal *Miguel Rubio*, elemento más bien desconocido y alumno de la Escuela de Estudios Cinematográficos. Otro de nombre *Leandro Torres* está, sin ser él de la cáscara amarga, muy sometido al criterio del invertido *Albiñana*, habiendo permitido la inserción en el número II de la revista de un poema de García Lorca sin gustarle. El poema en cuestión se titula «Norma y Paraíso de los Negros» y es muy posible que en el tropel de sus imágenes sin ton ni son se esconda un canto al cuerpo masculino de color y una defensa del vicio sodomítico.

La nota discordante es una vez más *Fernando Sánchez Dragó*, de quien antes se habló, y que se opone a que en «Aldebarán» figure, ni por casualidad, la palabra «Dios». Los restantes lo acusan de exaltado y de juvenil, pero no es probable que rompan con él, porque inspira mucha simpatía y una cierta envidia en virtud de los relatos —verídicos o falsos, que eso aún no he podido 'esclarecerle— de sus conquistas femeninas. En conjunto, los de «Aldebarán» son gente desorientada pero con buena intención.

Acaban de decidir cambiar el pequeño formato de antes para poner ahora uno del tipo de «Revista», «Insula» o «índice», a las que pretenden emular en la difusión de ideas venidas de Francia y en la tipografía. Lo poético va a ser cada vez más una pequeña parte de los temas a tratar, ya que el primer número de la nueva época será de *homenaje a Filósofos españoles en el exilio sudamericano*, en contra de las órdenes emanadas de Don Juan Aparicio en la Dirección General de Prensa, con la que estos chicos de «Aldebarán» no tienen relaciones legales.

Se advierte, para evitar confusiones o suspicacias, que en el número 3 de «Aldebarán» con fecha de mayo de este año aparece publicado un poema bajo el título «La Vida Desolada» y la firma del también firmante de este informe, *Ramiro Fonseca*. Debe entenderse que con el ánimo de ganar la confianza de quienes hacen la revista, *Ramiro Fonseca* haya debido no sólo introducirse entre los componentes del consejo directivo sino fingir un estro poético existencialista totalmente opuesto al suyo propio, de tipo Neo-Clásico y Jubiloso, y del que por cierto pronto habrá una muestra impresa en forma de libro publicado por la Editorial Rialp. Este libro aparecerá firmado con mi nombre auténtico de A. L. Douce, al que vuelvo por prudencia, habiéndome casi olvidado de él en estos fructíferos años de trabajo dentro de la D.I.S., para evitar colisiones indeseadas o conjeturas de personas ajenas a esta División.

A continuación incluyo, a efectos de que se vea la voz lírica impostada de *Ramiro Fonseca*, el citado poema salido en la revista «Aldebarán»:

NOTA INFORMATIVA NÚMERO 103/1955 ASUNTO: LA MUERTE DEL FILÓSOFO ORTEGA

1. HOMENAJES

a) Por escrito

El cabecilla de los Institucionistas, *Albiñana*, está en continuo contacto con ciertos profesores del colegio Estudio, y gracias al de Filosofía, *Rodríguez Huéscar*, de la promoción universitaria de Gaos, se han comunicado con *algunos exilados*, de quienes esperan, incluso, colaboración para «Aldebarán». Julián Marías les ha prometido un artículo a propósito de la muerte de Ortega, maestro y preceptor suyo.

b) Homenaje laico

Fue de la siguiente manera:

El grupo de poetas institucionistas y comunistas, seis días después de la muerte de Ortega, acaecida como se sabe el pasado 18 de octubre, imprimió una esquela sin cruz, cuya copia se acompaña, invitando a un acto de homenaje el miércoles 2 de noviembre, de carácter totalmente laico. Dada la simpatía que por Ortega tenían los estudiantes en general, aumentada en muchos por las noticias sobre su conversión en el lecho de muerte, el acto reunió a unos mil doscientos alumnos en el patio posterior del edificio universitario de la calle San Bernardo.

c) En la Universidad

Figuraban gentes de todos los matices, y había abundantes chicas de Filosofía con flores. Una vez reunido el gentío, sin saber nadie qué iba a pasar, salió a la palestra *Rubín* acompañado de un nuevo elemento, *Julián Marcos*

Martínez, y del tal *Pacheco*, ambos probadamente comunistas, y se pusieron a leer trozos fotocopiados de las obras de Ortega y Gasset que hiciesen resaltar el contraste con la situación actual. Los alumnos novatos de Derecho, que no seguían consignas políticas ni han leído en su vida una línea de Ortega, comenzaron a gastar bromas en voz alta desde diferentes extremos del patio, comentando con guasa las frases fúnebres de los oradores, alguno de los cuales intentaba dar a su voz un timbre conmovido. Desde el principio se personó en el patio el Decano de la Facultad señor Torres López, quien no podía permanecer ajeno a un acto tan multitudinario en centro de su jurisdicción, pero tampoco podía dar su asentimiento total a aquello, ni oponerse, que hubiera resultado impopular. Así que se mantuvo en pie y en silencio sobre los escalones que servían de tribuna improvisada, con evidentes gestos de impaciencia, esforzándose en leer por detrás del hombro de los oradores los trozos escogidos, e instando a que todo fuese breve. De vez en cuando, y con el rostro visiblemente inflamado de ira, el Decano gritaba a los primeros aplausos: «¡No se aplaude, no se aplaude!», lo que producía un efecto contradictorio, pues unos, los más neófitos, seguían su recomendación, mientras que otros, los peces gordos de la protesta, arreciaban el aplauso. Los comentarios jocosos de los pipiolos de Derecho (claramente buscando la algazara y el gamberrismo) y la velocidad de Torres López en despachar a los oradores antes de que tuvieran tiempo de explayarse, precipitaron los acontecimientos. Aun así, los orteguianos sinceros no llegaron a advertir que el acto estaba siendo deslucido.

Lo más inconveniente que se leyó fue un trozo escrito en su día por el mismo difunto en el que

Ortega dice que se coge la Religión como sustituto de salvación cuando no se tienen ideas para moverse en la vida.

Llegado el momento en que los directivos estudiantiles y cabecillas orteguianos invitaron a Torres López, por una rara cortesía de tipo tradicional, a dirigir la palabra a los reunidos, el señor Decano se limitó a decir: ¡Descanse en paz!, terminando el acto con la desaparición de Torres López del patio.

d) En la calle

Ante el desconcierto de la masa estudiantil reunida en los locales del edificio universitario de la calle San Bernardo, el dúo de *Julián Marcos Martínez* y el tal *Pacheco*, instigados por *Rubín* en la sombra, comenzaron a gritar «¡Al cementerio, al cementerio!», con lo que unos *seiscientos chicos*, incluyendo una buena porción de los indiferentes que habían protagonizado la algazara burlesca del patio, pero también un grupúsculo apreciable de activistas llegado entre tanto, con saña y determinación, de otras facultades de la Ciudad Universitaria, se fueron detrás de la cabecera de esta improvisada manifestación, que subió por la Gran Vía hasta Callao, bajando por Preciados a la Puerta del Sol. Allí, con redomada astucia, *Rubín* impuso a los manifestantes un orden longitudinal para dar impresión de mayor número.

Desde Sol, y a través de las pintorescas calles del Viejo Madrid y el Rastro, llegó la comitiva juvenil al cementerio de San Isidro, donde desde el pasado día 18, discretamente vigilados por efectivos del cuerpo de policía nacional, yacen sepultos los restos mortales del filósofo. Ante la tumba recién sellada volvieron a repetirse las lecturas de los trozos selectos del difunto, repitiéndose igualmente los gestos melodramáticos del principal orador de San Bernardo, el tantas veces citado *Rubín*, que acabó diciendo, con un puñado de tierra en las manos, que aquello era Castilla y que Castilla había muerto. A continuación, el ruin *Rubín* (st-se permite el chascarrillo) dio por terminado el acto, lo que

motivó murmullos de desorientación de muchos que opinaban que lo más oportuno era rezar un padrenuestro por el alma de Don José. *Rubín*, muy apoyado ahora por los dos elementos anarquistas *López Campillo* y su factótum *Orduña*, el de Jaén, no cejó en su negativa, aunque sin poder impedir que todas las chicas presentes se reunieran alrededor de la tumba y comenzaran a rezar por su cuenta un Rosario. Entre la dulce melodía de las preces femeninas, que resonaban por todo el camposanto, y el empeño brutal de los responsables de que no se rezaran más oraciones, se disolvió la concurrencia, volviendo cada cual con sus amigos hasta la ciudad y en un ambiente de molestia general y desconsuelo.

NOTA 103bis/1955

Para hoy jueves día 10, a la una de la tarde, se ha anunciado con un pasquín muy visible colocado en la escalera por donde se sube desde el bar a la primera planta, una lectura en la Facultad de poemas escritos por Rafael Alber— ti y Pablo Neruda. Como es sabido, Alberti y Neruda son los máximos chantres del comunismo en lengua española.

La semana pasada, en el mismo rellano de la escalera y con cartel parecido, se anunció una rifa de las obras completas de Ortega y Gasset.

Madrid, 10 de noviembre de 1955

Apéndice 1. °

Se añade al informe anterior la impresión personal sacada de que sólo con que uno de los asistentes al homenaje a Ortega en el cementerio hubiese iniciado con audacia una oración tras el último discurso, todos hubieran contestado como un solo hombre. Asimismo reproduzco las palabras, directamente oídas por este comunicante a *Rubín*, quien, ante una interpelación del hebreo *Mújica* recriminándole haber acabado el acto sin ninguna muestra piadosa, soltó airadamente lo siguiente: «Por fin el Viejo ha servido para algo.»

Apéndice 2.°

Siendo consciente de lo que tiene de apreciación personal, en principio indebida, le parece sin embargo al comunicante digno de ser valorado por los Superiores, con finalidad comparativa que arroja luz sobre el pulso intelectual de nuestro país, el muy distinto marco necrológico que caracterizó las muertes de dos personalidades tan insignes, aun de signo opuesto, acaecidas con doce meses de diferencia: la del filósofo Ortega y la del polígrafo D'Ors. De la primera, por reciente y muy bien informada en esta División de Investigación Social, no hay más que añadir.

Algo muy diferente fue todo lo que rodeó el fallecimiento de Don Eugenio D'Ors Rovira, personalidad de quien a lo largo de los últimos ocho años se han suministrado a la División numerosas informaciones derivadas del seguimiento y pesquisas realizadas en su entorno.

Las primeras señales de la muerte se manifestaron a finales de agosto de 1954 en el curso de una comida celebrada en su casa de Villanueva durante la que Don Eugenio estuvo comunicativo y llegó a cantar ante la concurrencia, «dedicado a las dos jóvenes amigas que hoy se han sumado al Trono de mis Potestades», el cuplé *Nena*, sintiéndose mal al llegar a la parte del estribillo que dice «Deja que ponga con embeleso/junto a tus labios/la llama divina de un beso», cayendo a continuación desplomado, con todo el peso de su obesa humanidad. Le sentaron entre los amigos y señoras habituales de su círculo en el suelo del comedor, donde al cabo de cinco minutos Don Eugenio recuperó la palabra y el apetito sensual, pues incluso allí, sofocado y con las piernas paralizadas sobre los baldosines, pellizcó a la mejor parecida de las dos jóvenes invitadas, una joven licenciada en Filología que hacía su tesis sobre la obra señera del escritor, *La Bien Plantada*, diciéndole D'Ors a la muchacha: «Bien plantada eres tú, niña, y te lo dice un hombre muy bien sentado.»

Ya no se levantó del suelo por su propio pie. Entre la madre del joven arquitecto Oriol Bohigas (éste había ido a buscar al médico) y otros comensales le llevaron a su cama, de la que no volvería a salir, muriendo en la paz del Señor y confesado el 25 de septiembre, cuatro semanas después de la escena relatada. Durante el tiempo de su enfermedad mortal, que soportó sin quejas y repitiendo de vez en cuando un pensamiento de Blas Pascal, «Sería injusto que nosotros, los mortales, no sufriéramos el dolor, como los ángeles», Don Eugenio dijo otras muchas tonterías de cuño filosófico, mezclándolas a veces, para hacer reír a su corte, con chacotas y ripios vulgares, como éste:

¡Guay del Ochocientos y de la Anarquía, que cultive el «yo» su señora tía!

Cumplió hasta el último día con sus encargos periodísticos en el *Arriba* y en el diario barcelonés *La Vanguardia*, que sacaría, estando ya Don Eugenio de cuerpo presente, su postrer artículo, y tuvo miradas lánguidas y palabras de tono más que afectuoso para las mujeres que en todo

momento le rodearon en su dormitorio, turnándose junto al lecho del moribundo. En la tarde del día 24 rehusó, siendo tan glotón, un exquisito «soufflé» que una de sus seguidoras le había cocinado, diciendo que «el pan de la vida no se debe dar a los muertos».

Por la noche del mismo día 24, horas antes de producirse el óbito, en una habitación ya enrarecida por el humo de los cirios consagrados por un canónigo y por la falta de ventilación, entró la acompañante femenina favorita de Don Eugenio, la consabida Nuchela, precedida del aroma o mejor tufillo a fruta rancia que siempre despedía. Al verla, Don Eugenio se emocionó, y hasta quiso incorporar el cuerpo en la cama, sin conseguirlo, aunque sí le habló: «*La mia Nuzzella, il mió angelo.*» La señorita Nuchela, como ya se informó en su día, no es italiana sino de Córdoba.

El entierro se celebró el día 27, por voluntad del finado, en el cercano cementerio de Villafranca del Panadés, presidido por el Señor Obispo de la diócesis y con nutrida presencia de personalidades de la política, la cultura y la milicia (había hasta dos generales de cinco estrellas), señalándose que en algunos momentos de la ceremonia no concordaron bien los altos dignatarios eclesiásticos y civiles con la caterva de señoras enlutadas de la cabeza a los pies y lloriqueantes que seguían el féretro, unos y otras observados con curiosidad por los naturales del pueblo, atraídos al cementerio no tanto por la significación del filósofo como por el trasiego de los coches oficiales con el banderín de España. Ante el nicho provisional se pronunciaron discursos cortos y protoco-

larios, ninguno abiertamente encomiástico, como si la figura del difunto, envuelta (como en estos informes se ha venido estableciendo) en luces y sombras, causara entre los distinguidos asistentes, al morir, una mezcla de engorro y alivio. Sí se produjeron, al contrario, escenas de griterío ensordecedor y lamento de algunas de las damas de negro, si bien se obtuvo la impresión generalizada de que la antes predilecta Nucella quedaba, desde el mismo momento en que la primera tierra cubrió el féretro de Don Eugenio, orillada.

El contraste entre los acompañamientos fúnebres de Ortega y Gasset y D'Ors es tan obvio que apenas hay que subrayarlo. La paradoja está en que el primero, librepensador, extranjerizante y tenido como santón por los escritores y estudiantes comunistas, al verse morir se confesara cristianamente con el Padre Félix García, que lo ha contado a sus íntimos, suscitando asimismo actos que, al margen de su carácter ilegal, constituyeron un ejemplo de disciplina intelectual y sentido calor humano. Mientras que el ilustre falangista católico y hombre afecto al Régimen viose envuelto en un pandemónium exento de auténtica solemnidad y a ratos cercano a la opereta.

Fonseca insiste en un protagonismo gratuito en estos apéndices.

CURSAR APERCIBIMIENTO.

Firmado: Rivero Menoyo, Inspector Jefe

Manuela Riera Teatro Odeón Buenos Aires Rep. Argentina

Madrid, 29 de marzo de 1955

Manuela:

Esta carta te sorprenderá, si acaso te llega, pues la mando sin dirección precisa al teatro donde tampoco sé si sigues en cartel. Si la lees te sorprenderá casi tanto como a mí el escribirla, un deseo que empecé a tener hace casi un año, cuando estaba por cumplirse el sexto aniversario de nuestra separación. Al cabo de tres meses de dudas y ganas que iban en aumento te escribí otra carta completamente distinta a ésta, y después de tenerla dos días encima de mi escritorio la rompí. Pero el deseo no se acabó de ir con ese gesto. Al final del verano quise escribirte otra, de la que sólo completé un párrafo. Ahora voy a llegar más lejos, y creo que ésta sí te la enviaré.

Primero unos cuantos hechos, que tal vez ya conozcas. Salí del penal de Cuelgamuros muchísimo antes de los treinta años que tenía que cumplir en vez de la pena de muerte. Mi pobre madre, que falleció pronto hará dos años, se movió todo lo que pudo en mi favor, y también los Amigos pensaron en soluciones más drásticas y aventuradas para acortar mi prisión, pero ni ella ni ellos ni tampoco los «descuentos» en la condena gracias a mis días de trabajo me sacaron tan pronto de Cuelgamuros. Parece ser que fue un influyente desconocido (y esto sigue siendo un misterio que nunca he podido aclarar) quien se interesó por mi humilde persona y consiguió un indulto total en julio de 1951, al celebrarse la conmemoración de los quince años del Alzamiento. Desde entonces estoy en libertad, al principio creo que vigilada, y desde 1953 en una situación profesional más o menos estable; he perdido la ilusión de volver a la universidad, pero al menos recuperé mis clases de arte en el colegio Estudio. También pude publicar el año pasado un artículo de tipo erudito sobre Goya y Bayeu en la revista *Archivo Español de Arte*.

Pero esta carta no quiere limitarse a ser un boletín informativo de mis andanzas recientes, tanto desdichadas como felices. Te la escribo con dos finalidades. La primera es pedir disculpa por algo que yo no hice pero de lo que soy culpable indirecto. Tu decisión del 9 de mayo de 1948, una fecha que recuerdo con perfiles más nítidos que la del 29 de junio de 1936, la de nuestra boda (¿te acuerdas tú de ella, de ambas?), tuvo en mí unas consecuencias que no voy aquí a recriminar ni siquiera a desmenuzar. Viví tres años de picapedrero en Cuelgamuros tratando de superar con el odio acumulado sobre ti el amor que aún sentía por ti. Y punto.

Después salí, y comenzó mi Segunda Vida, que también podría llamarse mi paulatina resurrección. Pero solamente hace unos meses me enteré de ciertos hechos sucedidos mientras yo seguía encarcelado y aun después, estando ya en libertad. El círculo de mis amigos y, en especial, mis combativos camaradas, por no hablar de mi madre y mi hermana Solé, te odiaban creo más que yo mismo, todavía a ratos, como te digo, víctima de unos sentimientos nostálgicos respecto a ti. En cualquier caso, saber que fuera de mi corazón se había extendido un sentimiento tan compartido de odio hacia la Esposa Traidora no disipaba del todo mi nostalgia de ti pero suavizaba mi dolor.

Quiero que sepas que en ningún momento estuve informado, y mucho menos fui instigador de ciertas iniciativas que los Compañeros tomaron. Las represalias. Tu salto del cartel de una función

de Buero Vallejo que iba a estrenarse en Barcelona en 1951 contigo en la cabecera del reparto, y sobre todo el que los productores de Uninci, dos de ellos antiguos amigos míos de la guerra, te quitaran el papel protagonista que ibas a tener en la película de Juan Antonio Bardem *Cómicos*. Los camaradas se excedieron actuando justicieramente en mi nombre. Yo, sin embargo, nunca he querido obtener justicia respecto a lo que nos pasó. Me gustaría, a lo sumo, llegar a saber dónde está el límite de un amor tan ilimitado como era el nuestro, ¿o no lo era? La idea de que fue solamente la separación física, la cárcel, tu soledad, lo que causó tu decisión de dejarme me resulta demasiado banal, conociéndote.

Aunque parece que ese pequeño pero intolerable hostigamiento que sufriste te llevó a emigrar a Uruguay, donde, también lo supe tarde, te has convertido en *la Riera*, una gran dama de las tablas. Incluso guardo un recorte bien o malintencionado que alguien me mandó el año pasado sobre tu triunfo interpretando a la Adela de *La casa de Bernarda Alba*, meses y meses llenando el Solís de Montevideo y una larga temporada en el Teatro Cervantes de Buenos Aires.

La segunda razón de esta carta es estrictamente personal; algo exclusivo entre tú y yo. No te he olvidado, ni en los momentos de odio atroz ni en los de sufrimiento desesperado, que llegaron a rozar la tentación de la muerte voluntaria. De ella me salvó vivir en Cuelgamuros una forma de muerte forzada casi peor. Pero tranquilízate. No quiero verte, ni te estoy pidiendo ningún tipo de reanudación o examen de reproches retrospectivos. Quería sólo decirte que el saber por fin (y esto también constituyó un misterio al principio, pese a las tradicionalmente hábiles dotes investigadoras de mis camaradas) la identidad de mi rival amoroso no añadió resentimiento ni quitó dolor a la tragedia. Sólo le puso más incertidumbre. Pero tampoco de tu Salvador quiero hablar.

En realidad no quería hablarte de nada preciso. Sólo escribirte. Demostrarme a mí mismo que podía hacerlo. Aquí está el resultado, y voy a meterlo en un sobre y mandártelo a estas señas inciertas.

Sin más.

Alfonso

Sr. D. Alfonso Enríquez Limia Calle de Viriato 12, 2.º derecha Madrid

Punta del Este, 15.V.1955

Estimado Alfonso: Su carta no tuvo la oportunidad de sorprender a Manuela, pues cuando llegó (con poco retraso, para tan largo viaje por mar y dos reenvíos postales), Manuela ya no estaba en esa dirección. Pero le sorprenderá saber que yo, en un inexcusable acto por el que ni siquiera le pido perdón, abrí la carta a ella dirigida, la leí y ahora me atrevo a contestarla.

Deduzco de su contenido que usted... ¿o tú? El uso del vos, al que tanto Manuela y yo ya habíamos empezado a habituarnos, complica el tratamiento español, por lo que sí, me decido a seguir con el tú. Pues bien, tu carta me da a pensar que sabes quién soy, o al menos cómo soy, agradeciéndote de paso el que no saques conclusiones despreciativas de ello. No fue así en España, ni siquiera en Barcelona, adonde nos trasladamos en el verano de 1948 pensando que allí habría más tolerancia.

Te escribo, violando, insisto, todas las normas de la discreción, sólo por culpa de Manuela. Hace hoy exactamente seis semanas, el 3 de abril, Manuela acabó la función del domingo de *Casa de muñecas*, se cambió en su camerino y salió precipitadamente y sola, eso me dijeron los porteros, del

teatro. La costumbre, desde siempre, es que yo fuera todos los días al acabar las representaciones, viese el final de cada obra entre las bambalinas, esperase allí los saludos, las aclamaciones y vítores que en Argentina y Uruguay no ha parado en ningún momento de cosechar, acompañándola al camerino para, después de darle un beso, ayudarla a cambiarse y salir con ella del teatro hacia casa. Ese domingo, Manuela me pidió que no fuera a recogerla, pues había una celebración íntima, en el mismo escenario del Odeón, al cumplir cincuenta años en los escenarios la veterana (y sensacional) actriz de cine y teatro Elsa O'Connor, que interpretaba a la Señora Linde en la obra de Ibsen. Sólo iban a asistir el elenco de la compañía, el equipo de dirección y los productores, y el acto tal vez durase bastante, pues uno de los regalos que se le hacían por sorpresa a la O'Connor era el recitado de algunas escenas de las obras en las que ella había triunfado desde su debut.

Cuando a las 3 de la madrugada del domingo, no habiendo aún vuelto Manuela, llamé al Odeón, el guardián nocturno sólo acertó a decirme que allí no había habido ninguna fiesta, y, para asegurarme, el hombre fue a ver la tablilla del teatro, donde, junto a la convocatoria para las funciones del martes, aún seguía la correspondiente a la del domingo, sin mención alguna a la fiesta. Pensé en el secreto de la celebración, pero tampoco eso me calmó, sobre todo cuando a las ocho de la mañana Manuela seguía sin volver.

No volvió a nuestro departamento alquilado de Buenos Aires ni al teatro, habiéndose tenido que suspender las funciones de *Casa de muñecas* en medio de un escándalo de dimensiones nacionales, dada su fama y el modo de su desaparición. Tampoco dejó ninguna nota para el director ni para mí; tú, me parece, sabes mejor que nadie que Manuela odia escribir cartas; yo no guardo ninguna suya. Nos había abandonado a todos sin decir nada.

El miércoles 6 recibí una llamada telefónica que se cortó dos veces antes de que pudiera oír yo voz alguna. A la tercera llamada, Manuela empezó a hablar de corrido, como si estuviera recitando el papel de una nueva comedia. No iba a darme razones ni a justificarse, y sólo me pedía dos favores: comunicar a la empresa del teatro y a la policía que estaba bien, sin haber sufrido violencia ni secuestro, según cierto periódico había sugerido, y, respecto a mí, que no hiciese nada por buscarla. En cuanto pudiera, ella misma me llamaría dándome explicaciones. Cortó la comunicación cuando yo noté que Manuela había empezado a llorar.

Pasé dos semanas de sufrimiento insoportable, sin saber qué hacer ni qué decir, rehusando a los periodistas y teniendo que declarar más de una vez ante la policía. Finalmente, hace cuatro días, pude escaparme de ese cerco infernal y venir a Punta del Este, donde Manuela y yo

compramos hace un año un pequeño chalet junto a la playa. Aquí estoy recluida, abandonada, desconcertada y dolida, y aquí me fue mandada tu carta. Te saluda cariñosa y angustiadamente el falso «Salvador», también llamada Elisa Córdón

(Por si quisieras contestarme, te doy esta dirección: Apartado de Correos 1344, Punta del Este, República del Uruguay)

Apartado de Correos 1344 Punta del Este Uruguay

Madrid, 21 de junio de 1955

Desconocida Señora:

Le contesto a vuelta de correo, sin que esto signifique aprecio ni celo por mi parte. Perdono la violación de la correspondencia y alguna otra deuda del pasado que usted tiene conmigo. Mi única

intención es aclarar dos o tres puntos. Ya que usted ha leído lo que no le estaba dirigido, no quiero que piense que soy un santo ni un tonto. Mis sentimientos ambiguos, no exentos de una cierta auto-mortifica— ción, hacia mi ex-mujer, no se extienden a usted. Muy al contrario. Siento un gusto reconfortante sabiéndola dolorida y abandonada, confundida, incomunicada, angustiada. Al mismo tiempo, le deseo con creces, si eso fuera posible, los sufrimientos, el desvelo, la humillación y la agonía que yo sufrí en situación parecida aunque, debe usted reconocerlo, más incómoda que la suya en las playas de Punta del Este.

Yo le escribía a Manuela desde mi corazón. Lo que el suyo padezca o deje de padecer por ella no me afecta.

Alfonso Enríquez

Sr. D. Alfonso Enríquez Limia Calle de Viriato 12, 2.º derecha Madrid

Barcelona 12.IX.1955

Estimado Alfonso: Más sorpresas, si es que llegas a abrir este sobre en lugar de romperlo, y me lees. Contesto a tu indignada e hiriente misiva, persisto en el tuteo y te propongo la paz. Como ves, estoy de nuevo en España. Sola. Manuela sigue desaparecida. Para ti y para mí.

No te reprocho el tono de tu carta que era, pese a su odio reconcentrado, elegante. Se me ocurren contra mí misma insultos peores, entre los que he oído habitualmen— te, que tú evitabas. Sabía por Manuela que no eras un hombre vulgar. Ahora lo compruebo.

Yo, al contrario, sí soy una mujer del montón, a la que sólo su peculiar manera de amar la distingue. Tampoco soy una mujer hermosa, ni lo fui de joven, mientras que tú, en las tres fotos tuyas que Manuela guardaba y una vez, al cumplirse un aniversario, el decimoquinto creo, de vuestra boda, sacó de una cajita de metal y me enseñó, eres un hombre guapo, alto y muy bien vestido siempre. Tampoco puedo compararme contigo en inteligencia y cultura, aunque hice Magisterio y di clases de literatura, en otro tiempo. Nuestra guerra civil cortó mis aspiraciones, como las de tantos miles de españoles, pero yo tuve suerte, muchísima más que tú desde luego. En el año 1944 recalé en Madrid, donde un antiguo compañero de estudios me quiso ayudar y el único modo en que pudo hacerlo fue recomendándome como telefonista en la sede central de la Sociedad Española de Radiodifusión. Así empecé, como si dijéramos, mi trabajo en los medios radiofónicos, hasta que, llevando yo dos meses con los auriculares puestos y la mano en las clavijas todo el día, sucedió algo que cambiaría, de chiripa, mi vida. Tenía yo entonces 38 años, el pelo negro, los rasgos, si no es muy presuntuoso por mi parte, agradables, y era delgada, mucho más que ahora, que tengo 49 y desde que me abandonó Manuela aún me he abandonado yo más a mí misma. La Jefa de Programas Dramáticos de la emisora, Mercedes Martín Montero, una mujer algo mayor que yo, alta y bastante voluminosa (por eso se la llamaba en la radio la Triple M), empezó a mirarme de un modo especial y a mostrarme atenciones que mi otra compañera telefonista, una chica lista y fea como ella sola, no recibía. ¿Qué quería decir eso?

Otra sorpresa que te brindo, estimado Alfonso. Manuela fue la primera mujer que yo quise, amé y deseé en toda mi vida. Para ser más explícitos: la primera a la que besé y tuve entre mis brazos. Por extraño que te parezca, nunca antes de conocerla me había yo atrevido a buscar a otras mujeres, por mucho que desde los veinte años me hubiese dado cuenta de que a mí me atraían ellas y no ellos.

Las circunstancias familiares y el medio en que me movía no me ayudaron a encarar y mucho menos a practicar mi homosexualidad, y luego... luego vino la guerra.

Así que ahí me tienes como una telefonista virgen de 36 años siendo solicitada por primera vez en su vida por otra mujer, esa Mercedes de la que te hablaba. Te ahorro los detalles, que tampoco sería prudente especificar. Hubo algo entre nosotras que no llegó a nada, pero tuvo dos efectos trascendentales. Por un lado, Mercedes descubrió en mí no la amante que ella buscaba pero sí una voz llena, dijo, de posibilidades radiofónicas. Por otro, el despertar de mi sensualidad sáfica, usando el término clásico. A comienzos de 1946 ya no era yo telefonista sino «actriz», y me había atrevido a ir a una fiesta dada por la Triple M en su casa y en la que, mezcladas entre figurones de Falange Española, dos jefas de la Sección Femenina, un militar de alta graduación y dos sacerdotes, había, pásmate, seis mujeres más que compartían los gustos amatorios de Mercedes y de mí. Siguió alguna aventura, menos afortunada que mi carrera en las ondas, que tomó nuevos derroteros. La Triple M dejó a finales de 1947 la S.E.R., preocupándose antes de colocarme en la sede valenciana de la emisora, y empezó los preparativos de una nueva radio que quería fundar su amigo Don Ramón Serrano Suñer, persona sobradamente conocida por su carrera política y su parentesco con Franco, y cuyo nombre ni tú ni yo deberíamos nunca olvidar.

¿Te sorprende una vez más?

Utilizaré el truco de los seriales radiofónicos que ahora causan furor, al modo sudamericano, en las radios españolas. Si quieres saber más, tendrás que esperar a un próximo capítulo por escrito. Siempre, claro está, que antes me contestes a esta carta.

Te saluda cordialmente

Elisa Cordón

Madrid, 30 de septiembre de 1955

«Elisa»:

Es usted hábil en el manejo de la intriga, aunque yo lo ignore todo de esos dramones radiofónicos ahora tan seguidos por las mujeres españolas.

Seré bruscamente sincero. No tengo mucho deseo de establecer una correspondencia con usted, pero sí me gustaría saber dos cosas. La primera es obvia, pues usted misma la pone como anzuelo en su carta. La persona de R. Serrano Suñer y su significación respecto a mí.

La otra me interesa más, aunque sólo sea por curiosidad malsana. ¿Cómo y cuándo conoció usted a Manuela, en qué circunstancias, y rodeada, si ése fue el caso, de quiénes? Y hay un detalle, en relación a esta última pregunta, que, algo avergonzado de mí mismo, le pido: ¿sabe usted si Manuela ya había tenido, antes de conocerla a usted, otras relaciones del mismo tipo?

La saluda atentamente

Alfonso Enríquez

P.D. Dos preguntas más. ¿Tuvo usted algún nuevo contacto, siquiera verbal, con Manuela antes de volver de Sudamérica? ¿Por qué utiliza ese nombre falso ahora, cuando ya no hay motivos para ocultarse?

Barcelona, 29.X.1955

Estimado Alfonso: Lamento la brevedad de tu carta. Aun así, yo seré más generosa en mi respuesta, y paso a contestar tus preguntas.

Don Ramón Serrano Suñer, ministro de la Gobernación en el primer gobierno del Generalísimo, el hombre que se entrevistó con Hitler en Hendaya, persona de confianza de Franco aparte de cuñado suyo, sí, todas esas cosas y más, incluido su posterior alejamiento del Régimen, fue la persona a la que debes tu indulto. Prefiero no entrar en detalles, pero sí aclarar que en una cadena humana que iba desde lo más humilde hasta lo más elevado, fue en último término la propia mujer del Caudillo, Carmen Polo de Franco, la responsable del perdón. Voy a ser melodramática y ordinaria, como en el serial de la S.E.R. *El derecho de nacer*. Yo te robé la mujer pero te di la libertad.

Más me cuesta revelarte cómo conocí a Manuela, y no por mí, que ya ves que, por alguna razón que a mí misma me costaría explicar, te abro tan fácilmente mi intimidad, sino por ella. Manuela no te lo quiso decir (su famoso orgullo de artista entonces sin descubrir), pero en tu segundo cautiverio, cuando no tenía trabajo en las tablas o le daban papeles de doncella con cofia o Amiga 2.^a de la protagonista, trabajó, precisamente, en el primer serial lacrimógeno que nuestra emisora produjo en España (casi todos se «importaban» de Cuba), *La única ley del corazón*.

Seleccionada por mí misma en junio de 1947, tras una prueba entre otras actrices aspirantes, deseada y perseguida por la arrolladora Triple M, que aún gobernaba los programas dramáticos, indiferente Manuela a todos esos avances, fui yo, un día, quien, por casualidad, supe obtener su confianza, después quizá su admiración, y de ahí, por un lento camino lleno de dudas y parones, llegué a conquistar su corazón. Todo gracias a un libro.

Mañana continuará (tal vez).

Te saluda con cariño

Elisa Cordón

que es el nombre que yo misma empecé a usar como intérprete y guionista en la radio, no sólo por prudencia, sino por lo estrafalario que es el mío de pila, Setefilla, que más parece un mote que un nombre.

Respecto a la última pregunta de tu carta, sí, en efecto, Manuela volvió a llamarme por teléfono a Punta del Este un mes después de su desaparición. Estaba menos tensa, incluso humorística, hasta el punto de que al preguntarle yo desde dónde llamaba, por la cantidad de ruidos e interferencias que había en la línea, me contestó: «Pues, desde dónde va a ser. De las Cataratas del Iguazú. ¿No las estás oyendo?» A Iguazú habíamos ido ella y yo en algo muy parecido a un viaje de novias en junio de 1954, para celebrar el sexto aniversario de nuestra relación. Luego la línea telefónica mejoró, y su humor empeoró. «Me he ido como la Nora de *Casa de muñecas*, dando un portazo. No te reprocho a ti lo que Nora reprocha en el drama de Ibsen a su marido, pero el resultado será el mismo: Nora no vuelve a casa de Torvald, y Manuela no volverá nunca a sentir las emociones de los demás.» Después de esa frase enigmática, a la que aún sigo dándole vueltas, colgó. Hasta hoy.

24 de noviembre de 1955

Estimada Setefilla:

Volvamos al juego de las sorpresas. Yo sabía desde el año 1952 que el nombre real de quien se fue con mi mujer era Setefilla, y, en efecto, pensé entonces en un pseudónimo, aunque los apellidos, Romero Sanahuja, parecían verosímiles.

También supe que eras o al menos habías sido una persona de izquierdas, y escribo esto no sin cierto temor. Hay compañeros que me llaman confiado, pero la verdad es que yo ya no soy peligroso, y mucho menos subversivo. Ya no milito ni sigo dispuesto al sacrificio, aunque tenga mis principios. La política o, mejor dicho, las ideas, las mías y las de los otros, enfrentadas, enconadas, injustamente vengativas las segundas, se llevaron, entre guerra y posguerra, diez años de mi vida y a la persona que más quería, aunque te aseguro, Setefilla, que no habrías sido rival para mí en «igualdad de condiciones», es decir, estando yo en libertad. Ahora pretendo vivir como me dejan y trabajar en lo que me gusta. La pintura cortesana de Goya y su mundo privado son mis afanes esenciales, aunque tal vez el hecho de estar pensando en un libro que se llamaría *Goya y las figuras de la libertad* puede ser otra fuente de disgustos en la España de hoy.

Volvamos a nuestro único punto de unión: Manuela. ¿De verdad que no sabes nada de ella? ¿No hay modo de encontrarla, de averiguar su paradero? Un personaje tan conocido en todo el Cono Sur americano como la Riera no desaparece así como así, a no ser que se haya hecho monja en alguna misión de indios, si los Jesuitas dejaron alguna al marcharse, o miembro de una tribu antropófaga del Amazonas. (Lo de la antropofagia va sin segunda intención.)

¿Y si intentamos tú y yo buscarla cada uno por nuestro lado, pero juntando nuestros esfuerzos?

Te manda un saludo afectuoso

Alfonso

Alfonso Enríquez Limia

Calle de Viriato 12, 2.º derecha

Madrid

Barcelona 17.XII.1955

Querido Alfonso: Perdona el retraso en contestar a tu carta, que agradezco de veras. En primer lugar, el correo es muy lento, no sé si en algunas correspondencias más que en otras. No la había recibido todavía el 3 de diciembre, cuando, aprovechando la fiesta nacional de la Inmaculada Concepción, nueva para mí, me fui a pasar una semana invitada, con otros amigos, en «Mas Castell», la preciosa masía a la italiana que Alberto Puig Palau, un coleccionista de pintura y hombre refinadísimo, tiene por la Costa Brava. El huésped de honor era el escritor francés Jean Cocteau, un hombre ingenioso y volcado al teatro (también en la vida diaria), acompañado de «Doudou», chico guapo un poco enervante. Al volver a Barcelona encontré la carta, pero tuve unos días de mucho ajeteo por motivos laborales que te explico.

Contesto a tu proposición, aunque antes paso a hacerte yo otra: ¿te gustaría que nos conociésemos? Yo he de ir a Madrid el 10 de enero, pues me ofrece allí mi antigua amiga la Triple M un trabajo muy tentador en Radio Intercontinental, la emisora que por fin crearon ella y Serrano Suñer y lleva cinco años emitiendo. Me quedaré dos días en el Hotel Velázquez, con tiempo más que sobrado para tomar un aperitivo contigo o cenar en el Buffet Italiano de la Carrera de San Jerónimo, si es que sigue abierto. Como señuelo, pues no estoy dispuesta a renunciar del todo a mi inclinación

radiofónica más populachera y melodramática, te llevaría a ese encuentro algo que perteneció a Manuela, un pequeño tesoro vuestro, de vosotros dos quiero decir, guardado por ella celosamente a lo largo de todos nuestros viajes y peripecias. Nunca quiso decirme el significado que tenía, aunque más de una vez lo sacaba y lo miraba, absorta en él. Al deshacer el departamento de Punta del Este, no sé por qué, lo puse entre mis cosas, y ahora he decidido que debe volver a ti.

A partir de ese pequeño regalo podemos discutir la pesquisa que quieres llevar a cabo. Te adelanto, sin embargo, que yo ya me movilicé al máximo antes de venir a España, llegando inclusive a contratar a unos detectives privados, los mejores de Buenos Aires. A lo más que llegaron fue a averiguar su paso en el mes de junio por dos pequeñas ciudades fronterizas con Bolivia y una estadía más larga a finales de julio en un pueblo de la remota zona del Chaco llamado Villa Ángela, donde recuperaron (yo lo pagué) un hermoso abrigo de piel de zorro provincia, una de las más cotizadas de la peletería argentina, que Manuela había empeñado en el Monte de Piedad después de levantar un pequeño escándalo en el lugar, pues, en pleno invierno austral, salió una noche del hotelucho donde se hospedaba llevando sólo el abrigo sobre el cuerpo desnudo. Allí, sin embargo, no habían reconocido a la Riera, y el nombre por el que se la recordaba era «La Piantada del Zorro».

Por cierto, ya que nos hemos franqueado, tengo una curiosidad. ¿Qué contenía el pequeño portafolios de piel de ternera repujada? (¿o acaso no te dijeron también los «detectives» de tu propia Organización que la misteriosa mujer que en junio de 1948 fue a ver a tu madre de parte de Manuela, llevándolo, era yo?), jamás quiso revelarme, en más de seis años de relación, su contenido.

Quedo a la espera de tu respuesta, y ansiosa de saber si aceptas nuestro encuentro en Madrid.

Cariñosamente,

Setefilla

Sra. Doña Elisa Cordón

Calle Caspe 4, principal 2.^a

Barcelona

Madrid 29 de diciembre de 1955

Estimada Setefilla:

Acepto encantado lo que me propones, y como he averiguado que el Buffet Italiano sigue abierto podemos cenar juntos el día 11, que al ser jueves a mí me resulta más cómodo, pues al día siguiente no tengo clases por la mañana y no he de madrugar tanto.

Ardo en deseos de saber qué es ese regalo de Manuela que me traes. Y hablando de arder. Cuando salí de Cuelgamuros y mi madre me entregó, con las llaves del piso de Viriato, el portafolios de Manuela, mi primer impulso fue quemarlo sin saber qué contenía; de hecho quise hacerlo el primer día, y en la propia casa familiar. Pero mi madre, que era una mujer inteligente y muy astuta, como buena gallega del interior, me disuadió. «Guárdalo, y siempre habrá tiempo de deshacerse de él.

Más adelante, podrías cambiar de opinión, y entonces te arrepentirías de no poder ver lo que ella te quería hacer llegar».

El portafolios sigue guardado en el cuarto trastero del piso de Viriato, así no lo veo nunca;

intacto pero sin abrir. No sé por tanto su contenido, y creo que nunca lo sabré.

Si te parece bien, puedo pasar a recogerte al hotel Ve— lázquez el día 11 a las nueve de la noche, para ir juntos desde allí al restaurante. Mi teléfono, caso de que surgiera algún problema o quisieras cambiar la cita es el 22146, y el jueves me encontrarás en casa a partir de las 5 de la tarde.

Lo reconozco: tengo ganas de conocerte, y hacerme perdonar la grosería de mi primera carta a ti.

Saludos muy afectuosos de

Alfonso

Sr. D. Alfonso Enríquez Limia Calle de Viriato 12, 2.º derecha Madrid

CENTRAL DE CORREOS. PZA. CIBELES. MADRID. 12.1.1956. 13 HORAS 54'.

VELADA INOLVIDABLE STOP GRACIAS SINCERAS POR TODO STOP ACEPTÉ TRABAJO RADIO STOP ME MUDO A MADRID FEBRERO STOP GANAS DE VOLVER A VERTE STOP SALUDOS «ELISA»

ESTAFETA DE CORREOS DE CHAMBERÍ. MADRID. 13.1.1956. 10 HORAS 05'.

TE ME ADELANTASTE STOP SE NOTA MUJER DE MUNDO STOP LLEGARÁ CARTA MÍA LENTA EXPRESIVA ANTERIOR A LOS TELEGRAMAS STOP GRACIAS SALUDOS STOP ALFONSO

Sra. Doña Elisa Cordón

Calle de Caspe 4, principal 2.^a

Barcelona

Madrid, 12 de enero de 1956

Querida Setefilla:

No han pasado ni ocho horas desde que nos despedimos anoche en la puerta de tu hotel, y me pongo a escribirte esta carta, después de «saborear» un largo café con sabor a achicoria y aplazando un rato el repaso a la materia de mis clases de esta tarde.

La velada se me pasó en un soplo, y ni siquiera me di cuenta de la caminata que dimos, desde la Carrera de San Jerónimo hasta la calle Velázquez, paseando antes por todo el Madrid de los Austrias que querías comprobar si seguía tan hermoso al cabo de tus años de ausencia. Sólo al llegar a casa y caer en la cama, roto, reparé en el cansancio. Disfruté mucho de tu compañía, de tu conversación, y no es un cumplido.

No eres como te imaginaba. Físicamente no me había forjado ninguna imagen precisa, aunque tal vez, llevado por el tópico malicioso, pensaba que serías una mujer caballuna y con un asomo de bigote. Verte tan maquillada de ojos y con tanto color en la cara me dejó perplejo; quizá lo notaste en el saludo delante de la recepción del hotel. También pude aspirar en el taxi camino del Buffet Italiano el aroma de tu perfume (francés, supongo, aunque mi experiencia en cosmética es escasa; ya sabes que Manuela no se ponía nada, o al menos así era cuando vivíamos juntos). La mayor sorpresa, con

todo, fue tu voz, y eso que se supone que un profesor de arte debería apreciar más los rasgos físicos de una persona que las cualidades vocales. Sin embargo, y desde niño, en todas las personas me llama la atención principalmente su modo de hablar, y de hecho el flechazo que tuve con Manuela se produjo en cuanto la oí hablar en la plaza mayor de Peñafiel, el pueblo donde nací, haciendo en el verano de 1934, con apenas 20 años, un papelito en el Coro de Campesinas de *La tierra de Alvargonzález*, el poema de Machado que García Lorca había adaptado para su grupo teatral de La Barraca. Ahí empezó Manuela su carrera de actriz. Sólo decía dos versos, que aún recuerdo: «Tierras pobres, tierras tristes, tan tristes que tienen alma», pero los decía con un tono áspero y bajo, casi ronco, aunque muy nítido, que a mí me pareció maravillosamente musical. Al día siguiente La Barraca daba otra función, *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, y allí que volví yo, aunque me costó encontrar a Manuela, que en esa obra hacía de una invitada a la boda y no hablaba. Pero ella se dio cuenta de que, sentado en la primera fila, había alguien que no dejaba de mirarla, y, como en un descuido, me tiró una flor del escenario a los pies. Al acabar la función, mi hermana Solé y yo nos acercamos a hablar con los actores de La Barraca, y yo, con la flor en la mano, me dirigí directamente a Manuela y le dije que me gustaba mucho su voz, lo cual le hizo reír. «¿Y cuándo me la has oído?» «Ayer y ahora», y le repetí los versos de Machado. Nos despedimos de madrugada con un beso, y yo volví a casa y como no podía dormir recordándola me fui al diccionario y busqué adjetivos para su voz, hasta que encontré «rauca». Voz de viento.

Así empezó nuestro amor, cuando yo le dije, la primera tarde que quedamos para salir en Madrid, que su voz era rauca. La palabra la entusiasmó enseguida, y me decía de broma que si alguna vez empezaba a trabajar en el teatro profesional se pondría de nombre artístico Manuela Rauca.

Tú, Setefilla, no la tienes rauca, sino lo contrario. Aguda pero suave, hasta aterciopelada, y muy sugestiva. No me extraña que la Triple M, los jerifaltes de antaño y todo el Régimen Bendito se enamorasen de tu voz. Y Manuela, claro. Yo tendré, tal vez, alguna otra virtud, pero mi voz es sorda y monótona, inexpresiva. Voz de locomotora.

Y fumáis igual. ¿O fumas tú como ella después de conocerla, por imitación? Lo digo sin segundas intenciones. Yo imité tantas cosas de Manuela: ideas tuyas muy peculiares sobre las cosas de la vida pero también manías, como llevar siempre zapatos por casa, y nunca zapatillas de paño, el odio a los pijamas en la cama o beber cerveza con limonada, que te pone piripi tanto o más que el vino. Mi gran amor hacia ella era quizá menor que mi admiración por ella.

A lo mejor fui grosero en algún momento de la cena, mirándote, en vez de a la cara, los dedos de tu mano, que sostenían horizontal y no verticalmente el cigarrillo en paralelo a los labios, muy cerca de la boca, exactamente igual que hacía ella.

No quiero explayarme demasiado, amiga Setefilla. Aparte de tu voz, tu *rouge* brillante y el cigarrillo como una continuación de tu boca, me gustó mucho tu sinceridad, tu delicadeza, y seguí como si fuera una novela la historia de tu vida, en su primera parte, el trágico episodio de tu primo en la guerra civil, la amistad con los grandes poetas, la historia del manuscrito perdido y ese misterio del poema en prosa de los botines, idéntico y distinto a uno de García Lorca.

Aunque soy consciente de que nuestra amistad podría no pasar de ser la de dos «viudos» de Manuela, te hablaré una vez más con total sinceridad: deseo que obtengas ese trabajo en Madrid y podamos volver a vernos alguna vez más.

Te envía un abrazo lleno de buenos deseos

tu amigo Alfonso

P.D. He puesto la servilleta de flores azules en mi mesa, al lado de la única foto de Manuela que no rompí, y te pido perdón por las lágrimas descontroladas que me afloraron cuando la sacaste del bolso para entregármela. Era lo que menos esperaba recibir, y ahora te digo algo de su significado, que anoche estaba demasiado conmovido para explicar: esa pequeña servilleta estampada tendría que haber sido la mantilla de nuestro primer hijo.

Aún ahora me vuelve a emocionar el tocarla y saber que ella la conservó tantos años.

¿Tienes alguna foto vuestra, de las dos juntas? Me gustaría tener yo una copia, si es posible.

Barcelona 19.1.1956

Querido Alfonso: ¡Qué hermosa carta me has escrito! Aún no sé si me van a dar el trabajo en Radio Intercontinental, pero lo cierto es que una de las razones de mi deseo de volver a vivir en Madrid tiene que ver contigo. Con tu amistad, que me gustaría también a mí seguir y desarrollar. Creo que guardo en algún lugar los negativos de las fotografías de un viaje al glaciar Perito Moreno donde estamos juntas Manuela y yo, envueltas en pieles hasta las orejas. Las tengo que buscar y te sacaré una copia de la mejor de todas.

Leyendo tu carta he recapacitado, y creo que la male— ducada fui yo, pues me pasé toda la cena hablando de mí, sin dejarte a ti abrir la boca. No te lo vas a creer, pero yo llevaba en el bolso un papelito con preguntas escritas que te quería hacer. Ni lo saqué ni me acordé de él, tan enfrascada como estaba. No era un interrogatorio, descuida, sino simplemente cosas de ti que me habría gustado saber. Espero que tengamos tiempo para volver a ellas. Lo que me pareció, por una alusión que hiciste al ir a despedirnos y un comentario en tu carta del 24 de noviembre, es que te has apartado completamente de la «vida pública», y si es así te comprendería muy bien. Manuela hablaba de repente, un día, a ratos muy largos, de ti y de vosotros dos, pero nunca de tus dos encarcelamientos, aunque por ciertos indicios creo que para ti, al contrario que para mí, lo peor no fue el 39 sino más tarde.

De las preguntas de mi papelito sólo te hago una ahora, quizá la menos importante. ¿Fuiste el pasado octubre al entierro de Ortega y Gasset? Yo seguí la noticia de su muerte y de lo que vino a continuación en medio de un grupo de gente de aquí de Cataluña que mantuvo contactos con Don José desde su regreso a España, y dos de ellos se desplazaron a Madrid el mismo día 18 para acompañar su cadáver al cementerio de San Isidro. Al volver a Barcelona me contaron detalles y «secretos», tanto del dolor sincero de mucha gente como de la farsa. La confesión (o no) del filósofo minutos antes de agonizar, mientras el padre Félix García le juntaba las manos al agonizante y le bendecía (o no); el telegrama del Pardo; el arranque acelerado del coche fúnebre para evitar que se formase una comitiva de vehículos; el gentío de jóvenes que acudió a su domicilio de la calle de Monte Esquinza. A mí también me habría gustado estar allí.

Y una última cosa. Tú tampoco respondes a la idea que yo tenía de ti a través de las fotos. Y es curioso lo que dices de la voz y el aspecto externo. A mí me pasa lo mismo que a ti, pero a la inversa. Pese a haber trabajado en la radio, yo me fijo más en los rasgos físicos que en la voz de las personas, aunque la tuya no me resultó, como tú decías en tu carta, inexpresiva (¡en los pocos momentos en que yo dejaba de darte la matraca y pudiste meter baza en la conversación!). Por eso te

digo que aparentas menos edad de la que tienes. Las canas te dan un aire de galán interesante, a lo Clark Gable. Tan sólo dos gestos tuyos muy repetidos no me cuadraron en la imagen: en mitad del diálogo dejas de mirar a tu interlocutor y elevas la cabeza, como si imploraras al cielo, y luego te rascas mucho la sien, como el pensador de Rodin. ¿Te parezco una impertinente por decirte esto?

Permíteme que te mande un beso cariñoso.

Setefilla

Ah, me olvidaba. Yo también he puesto en un sitio de honor, mi mesilla de noche, la postal de la *Venus de Urbi*— no de Tiziano que me diste al despedirnos en el hotel. Un hermoso regalo. Manuela nunca me habló de ella, aunque tú dices que era el cuadro que más le gustaba. Quizá fuera su pintura preferida para ti solo.

Sra. Doña Elisa Cordón

Calle de Caspe 4, principal 2.^a

Barcelona

Madrid, 29 de enero de 1956

Querida Setefilla:

Te contesto por orden, divertido y no irritado por tus «impertinencias».

No fui al entierro del Gran Pensador, aunque sentí su muerte, como la de cualquier otro español que, habiendo sobrevivido a la guerra, siguiera afectado por ella. Pero Ortega y Gasset volvió y reanudó su corte de admiradoras y discípulos. Otros no menos valiosos que él ni podrán volver ni tienen a nadie que les atienda o les lea. Cuando era yo estudiante en la Central fui a unas conferencias que el Metafísico Ortega daba sobre Velázquez, y me gustaron mucho sus corbatas de pajarita y su alemán. Sus elucubraciones pictóricas me dejaron menos impresionado y me dio un poco de grima su calva disimulada con unos pelo— jos cruzados. Te reconozco también que una cierta antipatía por él la pude «heredar» de María Teresa León y Rafael Alberti, con los que tuve contacto en guerra. Ellos le tenían tirria.

Mis dos gestos faciales oscilan entre la tragedia y la comedia. Soy a medias consciente de ese levantamiento reiterado de cabeza, pero no es una plegaria a Dios, sino algo más material. En el último año de Cuelgamuros se me hizo una hernia vertebral, y el gesto es un modo reflejo de buscar alivio a las terribles punzadas que siento en la espalda al menos una vez en cada hora del día y de la noche.

Los dedos en la sien... De esta manía o costumbre no era consciente, por lo que te agradezco (de veras) la advertencia. Se me ocurre una explicación pintoresca. Desde que fui transferido a la prisión de Cuelgamuros, donde era posible redimir la pena con los trabajos de picapedrero en el monumento del Valle de los Caídos, yo soñaba con la posibilidad de que Manuela estuviese cerca de mí, ya que a las familias de los presos se les permitía instalarse en el poblado y verles en las horas de descanso y los domingos todo el día. Nunca me atreví a pedirle a Manuela que lo hiciese, primero porque yo sabía lo importante que era para ella seguir trabajando en el teatro (el profesional, en el que entró poco a poco en 1945, aunque al fin no se cambiase el nombre de Riera a Rauca), y segundo por el miedo, que te parecerá chusco, a pegarle los piojos. Esos insectos asquerosos se instalaron en mi cabeza por etapas sucesivas y siempre en momentos trascendentales de mi vida. Un primer brote lo

tuve en enero de 1938, cuando dejé de hacer servicios meramente intelectuales y fui destinado al frente. Con esa avanzadilla de las chinches acabó mi madre en un permiso, usando una loción con la que me inundó la cabeza, incluidas las cejas y el bigote. Creo que volví a tenerlas de huéspedes en el último año de guerra, pero las obligaciones militares no me dejaron tiempo para buscarlas y atenderlas como se merecían, y debieron irse de mi pelo por su propio pie. En los siete meses que estuve detenido al acabar la guerra en la prisión de Torrijos, de la que sabrás algo por la estancia allí de tu querido Miguel Hernández, no tengo constancia de que me invadieran. De esa cárcel salí muy pronto, una vez declarado inocente; tal vez conozcas por Manuela el episodio de mis apellidos cambiados, tan providencial. Pero cuando en 1946 me detuvieron de nuevo bajo una acusación personal falseada, nunca supe por quién, y por unos delitos que nada tenían que ver conmigo, recuerdo sobre todo una imagen: la llegada al penal de Ocaña y la sesión obligatoria de desinfección, muy humillante, pues nos embadurnaban todo el cuerpo, incluso los genitales, con *Zotal*, que escocía más que cualquier piojo. Era como el aviso de la plaga que nos esperaba en aquellas celdas infectas y malolientes.

Un día vino Manuela de visita y mientras un buen compañero de prisión, Juan Manuel Caneja, el pintor, la dibujaba a lápiz en la tapadera de una caja de magdalenas, me entró un gran picor; me aparté para que ella no me viera rascándome la cabeza como un poseso, pero creo que desde entonces he sentido *intrínsecamente* la amenaza de las chinches y los piojos. El miedo a pegárselos si teníamos un poco de vida en común allí en Cuelgamuros no se me fue nunca de la cabeza, y perdona el chascarrillo. La idea de una Manuela, con su hermoso pelo negro, pelado al rape por mi culpa, por culpa de mis piojos... No quería ni pensarlo.

Ahora mismo, mientras te escribo, me he llevado los dedos a la frente una vez más. ¿Me seguirán rondando los muy cochinos?

Por último. Tuve una juventud («mis universidades», que decía Gorki) muy combativa dialécticamente, en la guerra serví primero a la Buena Causa del arte y después peleé de veras, a finales del año 40 pude volver a dar clases, pero no universitarias sino de enseñanza secundaria, y continué investigando la pintura del genial sordo de Fuende— todos, quien por cierto también sabía mucho de picores fuera y dentro de su cabeza. El brutal cambio de vida del 47 no sólo me quitó por unos cuantos años a Goya, y a Manuela para siempre, sino que marcó, creo, el porvenir de mis desilusiones.

Mientras te escribo esto se me ocurre que quizá me he apartado por completo de toda «observancia» política, de todas las actividades extra-académicas, para no tener que sufrir más el ataque de los piojos franquistas.

¿Le puedo yo rogar a Serrano Suñer, ya que dices que tanto me une a él, para que te contraten en su Radio Intercontinental? Quiero que vengas a Madrid y vayamos un día juntos al teatro, otro al Museo del Prado, y una tarde a merendar en Las Vistillas, desde donde se ve, ahora sin tiros ni obuses, la vista más hermosa del campo que allí empieza y no acaba hasta la sierra.

Se despide de ti con un abrazo amplio y caluroso

Alfonso

Sr. D. Alfonso Enríquez Limia Calle de Viriato 12, 2.º derecha Madrid

Barcelona 25.11.1956

Querido Alfonso: Te escribo un poco preocupada, y tampoco me consta que esta carta vayas a leerla. La anterior, una simple nota acompañando copia de la fotografía que me pedías, me fue devuelta a Barcelona el pasado día 18 con el sello de AUSENTE estampillado por el cartero. Te telefoneé entonces varias veces a casa, sin obtener ninguna contestación. Ayer me permití llamar, espero que no fuese una osadía demasiado grave, al colegio Estudio, haciéndome pasar por una pariente tuya que necesitaba hablar contigo por un asunto familiar urgente, y, después de esperar bastante, la persona que se puso, una amable mujer que no quiso decirme quién era, me confirmó tu «alejamiento temporal» del colegio, sin entrar en más detalles.

A lo mejor no debería mandar siquiera esta carta, pero lo hago. Por si acaso de alguna forma te llega, allí donde estés, espero que en perfecto estado de salud.

Con los besos cariñosos de tu amiga

Setefilla

P.D. Lo que no te reenvío ahora es la foto: Manuela y yo ante las cataratas del Iguazú, con un subido color AGFA de la cámara que yo le acababa de regalar. Más favorecidas que nosotras dos salen las mariposas exóticas que allí abundan y nos seguían a todas horas, «como las damas de compañía de las reinas», dijo Manuela. Aunque conservo, desde luego, el negativo, no me gustaría que la foto se perdiese. Te la guardo a buen recaudo.

Sr. D. Alfonso Enríquez Limia Calle del Pozo Nuevo n.º 6 Montijo (Badajoz)

Madrid 30.111.1956

Querido Alfonso: Te mando este tarjetón a las señas que he podido conseguir. Espero que llegue a tus manos. Supe de tu situación ya aquí en Madrid, donde empiezo

mi trabajo en la radio, como tú deseabas, el próximo lunes. Supongo que en el pueblo no tendrás fácil acceso a los periódicos, que han sido de todas formas muy parcos en dar otras noticias que no fueran las del estado del joven falangista herido de bala en Argüelles y la declaración inmediata del Estado de Excepción en todo el país el mismo 10 de febrero. Aunque sé que tú estás ahora apartado de toda militancia política y, por tanto, nada habrás tenido que ver con el abortado Congreso Universitario de Escritores, origen del grave conflicto según los medios oficiales, enseguida me imaginé lo que podía haber pasado, sólo teniendo en cuenta tu pasado «historial». Y así pude encontrar en uno de los boletines restringidos de la Agencia EFE tu nombre dentro de la lista de las personas que, «en virtud de la suspensión del artículo 14 del Fuero de los Españoles relativo a la libre residencia en territorio nacional», han sido desterradas en prevención de «posibles violaciones graves del orden público y otras actividades de carácter subversivo».

De momento no hago nada por ti, ya me comprendes. Tal vez ahora, aunque quisiera, ya no podría hacerlo, pues las personas cambian y su influencia varía o se empequeñece. Seguiré de cerca los acontecimientos y si me fuera posible iría de muy buen grado a verte a tu retiro de Montijo, ¿No es casualidad que te hayan confinado a un pueblo tan cercano a Mérida? En el Teatro Romano de Mérida actuó por última vez en España, el verano de 1951, la actriz que tú y yo más admiramos.

Un abrazo cariñoso,

Setefilla Romero

P.D. Te copio, para darte ánimos y un instante al menos de buena lectura, estos cuatro versos puramente líricos del libro de Vicente Aleixandre *La destrucción o el amor*:

Se querían de noche, cuando los perros hondos laten bajo la tierra y los valles se estiran como lomos arcaicos que se sienten repasados: caricia, seda, mano, luna qué llega y toca.

Tengo que decirte que es el libro al que le debo la entrada de M. en mi vida, pues un día lejano de 1947 también le copié en un papel, al acabar una grabación en la emisora, el poema entero al que pertenecen los cuatro versos, titulado *Se querían*, y M. me llamó unas horas más tarde, a las 12 de la noche, con mucha emoción, para darme las gracias. Hablamos un buen rato por teléfono y al día siguiente... bueno, al día siguiente nos vimos las caras de otra forma.

Sra. Doña Setefilla Romero

Calle Lope de Rueda, 15, 3.º derecha

Madrid

Montijo, 9 de abril de 1956

Querida Setefilla:

El correo funciona incluso para un desterrado, y espero que no sólo en el sentido entrante. Me dio una gran alegría recibir tu carta y también la nota anterior, reexpedida por mi hermana Solé, que ha estado cuidando un poco del piso de la calle Viriato. Como no sé lo que puede decir sobre su estado de ánimo un hombre sujeto a un estado de excepción, paso a contarte algo que no tendrá problemas en pasar la censura postal, si la hubiere. Mis sueños. De momento has salido en dos, pero es muy probable que vuelvas a aparecer pronto: en Montijo, *faute de mieux*, duermo diez horas al día, más la obligatoria siesta española. He engordado algo.

Una noche soñé, más que contigo, con tu voz. Hablabas por la radio, aunque a mí me quedaba claro que tu emisión era exclusivamente para mí; ningún otro radioescucha podía entenderla, como si los versos que recitabas estuviesen en una lengua extranjera que sólo yo era capaz de descifrar. No se trataba de los hermosos versos de Aleixandre, que me he llegado a aprender de memoria para que me acompañen también en mis paseos por el campo extremeño, sino del texto de uno de esos seriales radiofónicos que hacen llorar a la gente. Pero tú hacías todos los papeles con tu voz, y en lugar de una historia de hijos abandonados y madres engañadas por ricos sin escrúpulos me contabas una cautivadora historia de amor, acaecida en un paisaje donde había mucha nieve y las mujeres únicamente llevaban gruesas pieles de zorro y castor sobre sus cuerpos. Lo más curioso era que, mientras te escuchaba encantado, yo iba subiendo y bajando el volumen y tocando muchos botones y mandos de la radio, como si fuera el técnico de la emisora.

Anoche volviste a mi inconsciente cabeza, esta vez acompañada. Yo estaba en alta mar, no sé si como un nadador arrastrado por la marea o como el náufrago de un barco hundido. Había niebla y petróleo en el agua, y yo sentía que me iba a ahogar. Entonces aparecías tú en una barca de remos. Tanto tú como el remero ibais de negro riguroso, muy sonrientes los dos. Al llegar a mi altura echabais una pequeña ancla, y mientras tú te inclinabas hacia el mar y me levantabas en vilo hasta el interior de la barca, yo veía que el remero no era tal, sino una hermosa mujer desnuda, llena de manchas de grasa y hollín y recostada en la madera con la misma pose de la Venus de Urbino. Entonces yo, tiritando sobre el suelo de tablas, le daba la espalda a la Venus manchada y te decía, poniendo la lógica por encima del agradecimiento: «Cómo se nota que eres Salvador.»

Si esta carta te llega, contéstame, y yo te seguiré contando por escrito mis sueños. En caso de no tener respuesta, entenderé lo que pasa y me reservaré las historias de fantasmas para la próxima vez que podamos vernos.

Abrazos y besos,

Alfonso

El falso Enrique

NOTA INFORMATIVA NÚMERO 63/1956

En relación con la actual situación estudiantil derivada de los graves sucesos de febrero, persona conocedora de sus entresijos informa que la agitación ha prendido en sectores universitarios que por su diversidad no se pueden encasillar en un solo color o partido político, naciendo de una sincera y real insatisfacción de la juventud ante el fracaso de los ideales del 18 de Julio. No existe duda de que, al amparo de esta honesta aspiración, se está fraguando el mayor complot en contra del Régimen desde su necesario albor en julio del 36. Un complot que, con la colaboración de todas las fuerzas exiladas, lo centra el Comunismo, aunque en él colaboran los masones, los liberales, los monárquicos y ciertos falangistas desafectos.

Por circunscribirnos a la actual agitación, hemos averiguado que existe un Estado Mayor de la misma radicado en París que dirige toda la maniobra, siendo su delegado universitario *Sánchez Albornoz*, hijo del célebre profesor de igual nombre, escapado (el hijo) hace unos años del Campo de Trabajo de Cuelgamuros en donde, como miembro del Comité clandestino de la FUE, sufría condena por probados actos de rebelión. Albornoz hijo se halla actualmente instalado en Hendaya, y desde esa ciudad capitanea la acción política en el interior de España, teniendo como enlaces en Madrid al muchas veces citado San—tesmases y a otro joven revoltoso, a la sazón delegado de facultad en Ciencias, *Javier Solana Madariaga* (aún está por aclarar su posible parentesco con el republicano y anglofilo Don Salvador de Madariaga). En Francia se halla ahora huido, hospedado en casa de su novia Evelyne, nativa francesa e hija de familia respetable, otro elemento sobradamente conocido por esta División de Investigación Social, *Antonio López Campillo*, antiguo estudiante de Ciencias Químicas y cabecilla Bakuninista que se distingue en el Barrio Latino por sus sombreros bohemios y su manera de atraer adeptos con una risotada cavernosa. No carece de labia.

Entrando y saliendo de ese grupo se mueven también restos de una intelectualidad Republicana que ha permanecido tolerada en España tras perder la guerra y no está suficientemente vigilada. Se señala como componente significado de la misma al profesor *Alfonso Enríquez Limia*, a quien se identifica a continuación. Conocemos a *Alfonso Enríquez Limia* desde los tiempos estudiantiles en la Universidad Central de Madrid, él a punto ya de sacar la licenciatura y desempeñando labores ocasionales de ayudante en la cátedra de Historia del Arte de Don Elias Tormo. Dio algunas clases y llegó a examinar oralmente en junio de 1936, teniendo fama, pese a su escasa formación docente, de «hueso» universitario. Es persona maquiavélica y retorcida. En la Facultad de Letras anterior a la guerra se distinguía por un activismo disimulado pero mortífero, militando entonces en las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), dentro de las cuales se encuadraría militarmente al iniciarse el Alzamiento, aunque pocos meses antes de esa histórica fecha le perdemos la pista directa. Desde 1935 frecuentaba a una muchacha de unos 20 años, *María Manuela Riera Cañizares*, alta y de sin par belleza, a la que él lucía de manera ostentosa en cafés-con—cert y teatros de la capital. Hombre frívolo y bebedor, sin apego profundo a los estudios que pretendía seguir de H.^a de la Pintura Clásica, puede decirse que era entonces más un «rojales» y un «vivaes» que una cabeza

pensante de la revolución, habiéndose acrecentado su marxismo-leninismo— mo durante la Cruzada.

Acabada la misma con la Victoria de todos celebrada, y dentro de una misión de pesquisa en el interior de la cárcel madrileña de Torrijos, fuimos a dar en el verano del 39, siguiendo a la antigua conocida *María Manuela Riera Cañizares*, con el citado *Enríquez Limia*, marido ahora de la misma y detenido allí provisionalmente tras haber sido hecho prisionero en Almansa como oficial de complemento del ejército enemigo en desbandada, y con un sumario abierto en el que se le pedía la pena de muerte por responsabilidades directas en las matanzas de Paracuellos del Ja— rama y Torrejón de Ardoz (provincia de Madrid) perpetradas en noviembre del 36. Trascorridos únicamente siete meses de internamiento, un fortuito error de papeleo puso en libertad a *Enríquez Limia* del modo que se relata a continuación tras una minuciosa compulsión de datos documentales.

Habiendo sido ordenado un traslado de presos con previsibles condenas de muerte aún pendientes, desde la prisión de Torrijos hasta el penal de Ocaña, y con la lógica confusión reinante en esos primeros meses posteriores a la Victoria, se envió una lista de los reclusos que debían formar parte del convoy penitenciario, entre los cuales figuraba el nombre de Enríquez. Pero quiso la mala fortuna, o la endiablada buena suerte del preso, que el escribiente encargado de redactar la lista en el Ministerio, al ir a transcribir las filiaciones de cada uno leyó, en lugar del patronímico «Enríquez», «Enrique», creyéndolo un nombre de pila compuesto, Alfonso-Enrique. De ese modo, en la lista enviada figuraba un recluso «Limia», tras las iniciales A.E., y a la hora de pasar lista nadie de tal apellido compareció, procediéndose al agrupamiento y conducción de los presos listados con la prisa y confusión propia de estas circunstancias post-bélicas, quedando en el casillero correspondiente al tal Limia el sello de NO PRESENTE. Dos días después de ese suceso, los responsables de la cárcel de Torrijos, al hacer el recuento de los que allí seguían detenidos, comprobaron que el a todos los efectos llamado Alfonso Enríquez no estaba pendiente de ningún traslado ni sometido según sus datos a una causa abierta, quedando así pues en libertad sin cargos.

Corriendo el año de 1946, tuvimos ocasión de topar callejeando en las cercanías del Teatro Infanta Beatriz de Madrid con *María Manuela Riera Cañizares*. La mujer, pese a los años trascorridos, seguía teniendo una figura de «nácar, gelatina y sal», usando las palabras del eximio poeta el Conde de Foxá, pues aún la piel de su rostro conservaba, enmarcada por el corvino lustre de sus cabellos, una irisación aguamarina; sus carnes, la suave y mórbida curva de la primera sazón femenina; su silueta, el garbo pinturero connatural a la mujer española. Procediendo al establecimiento de un somero dispositivo de vigilancia de la susodicha (por entonces actriz de poca relevancia bajo el nombre artístico de *Manuela Riera* en una comedia de enredo puesta en el Teatro Beatriz), salió quien esto escribe de la total ignorancia en que se hallaba hasta ese momento respecto a la libertad inmerecida disfrutada por *Enríquez Limia* en virtud del error antes detallado (y sólo en ese momento esclarecido, no sin dificultades, por él mismo, es decir, por mí). Libre, pues, de todo cargo, pese a su subversivo historial, Enríquez había recuperado sus tendencias artísticas y conseguido un puesto de Profesor en el colegio Estudio de Madrid (Institucionista-krausista; véase en Archivo el informe detallado sobre esta agrupación ideológica: NOTA INFORMATIVA 97/1955, Epígrafe B).

Al cabo de más de un año de investigación escrupulosa, pudo el firmante de esta Nota redactar y hacer llegar un informe incriminatorio sobre Alfonso Enríquez Limia al Juzgado Especial de Madrid habilitado para Denuncias Urgentes, del que dirigió copia a esta propia Primera Brigada de la División de Investigación Social. En dicho informe se hacían constar fundadas sospechas de que el

citado individuo, amparándose en la antigua raigambre de su vallisoletana familia y en la aparente estabilidad alcanzada tras su matrimonio con una beldad de la farándula, había iniciado en Madrid, nada más salir de la cárcel de Torrijos, una red de resistencia comunista contra el Régimen, conchabado con algunas figuras del estamento artístico y dos diplomáticos de la Embajada de Chile favorables a la extinta causa de la república. El Juez Especial designado por el Tribunal Supremo tuvo a bien refrendar la denuncia informativa (mía), siendo a efectos de la misma, dada la abrumadora cantidad de indicios inculpatorios por mí mismo recabados contra el acusado, detenido de nuevo en febrero de 1947 en su domicilio de la calle Viriato 12 de Madrid el citado *Enriquez Limia*, aclarándose entonces ante las instancias oficiales el motivo de su excarcelación indebida del 39 y reanudándose la causa pendiente, en la que, lo recuerdo, se le pedía la pena capital.

Juzgado y condenado a muerte el 14 de marzo de 1948, y revisada su condena una semana después, Enríquez pasó poco después a cumplir la pena impuesta de 30 años de reclusión mayor en el Penal de Cuelgamuros, donde no fue el único de los penados de cierta solera intelectual allí recluidos que participaron como peones en la construcción de la Basílica-Panteón a los Caídos del glorioso Movimiento Nacional. Por razones que no ha sido posible esclarecer, pese a la tenacidad de las indagaciones, Alfonso Enríquez Limia obtuvo un indulto total en el mes de julio de 1951, saliendo en libertad de Cuelgamuros. Sabedor inmediato el presente informador de su nueva (y en este caso no errónea) libertad, en ningún momento dejó de seguir sus pasos y los de quienes le favorecían.

Gracias a tales pesquisas pudimos extraer la evidencia de que Enríquez fue abandonado mientras cumplía su pena por la tal Manuela, que resultó marimacho (vulgo: tortillera) y escapó al Cono Sur con otra más mayor de su misma especie, así como que él no ha cejado en su empeño de socavar los cimientos del Nuevo Orden establecido por nuestro Caudillo, ahora con unos estudios sobre Goya que pretenden demostrar la soterrada pertenencia del genial Sordo de Fuendetodos a una corriente del arte «pro— to-revolucionario y anti-autocrático» (sic). En libertad entabló contacto con su antiguo compañero de cárcel el pintor J. M. Caneja, comunista como él.

Sentimos algo que podría calificarse de (legítimo) orgullo profesional al comunicar, rogando la indulgencia del Ilustrísimo Sr. Comisario Principal Jefe de esta Sección de la Primera Brigada por el insoslayable acento personal de este informe, los últimos avatares relacionados con el asunto, que nos atrevemos a llamar «el caso Enríquez». A raíz de los graves acontecimientos estudiantiles del pasado mes

de febrero, debidamente seguidos e informados en esta División, y habiendo suspendido el gobierno el artículo 35 del Fuero de los Españoles, con lo que quedaba declarado el Estado de Excepción en todo el territorio nacional, cabe la satisfacción de poner en su conocimiento que, debido a una nueva denuncia efectuada por nosotros al juez en relación con la persistente actitud de insumisión ideológica de *Enriquez Limia*, éste ha quedado incurso en la lista de condenados al destierro dictada a 12 de febrero por el Ministerio de la Gobernación, fijándosele a él como lugar de residencia obligatorio durante los tres meses de vigencia de dicho Estado de Excepción la localidad de Montijo, en la provincia de Badajoz, donde sería conveniente que se le siguiera vigilando

NOTA INFORMATIVA 67/1956

En esta ocasión, y dado que el registro domiciliario, siguiendo órdenes expresas del Sr. Comisario Jefe, se efectuó por el inspector y su adjunto, el subinspector Marsal Garnelo, la escritura del atestado estuvo a cargo del subinspector, lo que se significa para que quede constancia de las palmarias diferencias de redacción y equívocos en la ortografía extranjera.

En Madrid, siendo las veintitrés horas treinta minutos del día seis de marzo de mil novecientos cincuenta y seis, en cumplimiento de las órdenes recibidas y con el debido mandamiento del Sr. Juez, los Inspectores del Cuerpo General de Policía afectos a dicha Dependencia, Don Trinidad López Douce y don Pedro Marsal Garnelo, habilitado este último como Secretario para la práctica de la presente

diligencia, se personaron en la calle de Viriato doce, segundo piso, puerta derecha, domicilio habitual, hasta la fecha de su destierro a la provincia de Badajoz sufrido en virtud del vigente Estado de Excepción, de ALFONSO ENRÍQUEZ LIMIA, de 47 años de edad, licenciado en filosofía y letras, de profesión actual profesor de enseñanza secundaria, a todos los efectos legales casado, hijo de Alfonso y María Cel—sa (fallecidos), natural de Peñafiel (Valladolid) y vecino que lo era de esta Capital, por tenerse la sospecha de que en el mismo pudiera haber propaganda comunista u otras pertenencias ilícitas. Una vez en el domicilio, y dado a conocer el objeto de la visita así como la condición de Agentes de la Autoridad de los dos Inspectores al único familiar presente, la señorita Soledad, hermana del desterrado, la señorita da, tras un disgusto inicial, facilidades para el desempeño del registro, realizado en presencia del amable portero del inmueble, Cayetano, muy colaborador, y de la referida señorita Soledad. El registro da por resultado el encontrar en el dormitorio-despacho de A. E. L. los siguientes efectos de carácter posiblemente ilegal:

DOS LIBROS DEL AUTOR EXTRANJERO ARTHUR KOSHLERT, TITULADOS «UN TESTAMEN ESPAGNOL» (ESTÁ COMO SE PUEDE VER EN FRANCÉS) Y OTRO DEL MISMO KOESHTLERT EN IDIOMA INGLÉS: THE GOT THAT FAILET, QUE EXAMINADO SOMERAMENTE, Y PESE A LAS DIFICULTADES QUE PRESENTA LA LENGUA, RESULTA CONTENER MUCHÍSIMAS ALUSIONES A LOS TÉRMINOS «COMMUNISM» Y «MARX1ST».

UN LIBRO DE POESÍAS DE RAFAEL ALBERT1, TITULADO «ERA MARÍTIMA», PUBLICADO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA.

UN LIBRO DE AUTOR ALEMÁN SOBRE EL PINTOR GOYA, ESCRITO ASÍMISMO EN ALEMÁN, Y CON PROFU-

SIÓN DE ILUSTRACIONES NO DE RETRATOS DE LOS REYES SINO DE PEQUEÑOS DIBUJOS CON TEMÁTICA DE BRUJAS Y FIGURAS INDECOROSAS.

UN FOLIO CON MEMBRETE DEL «CONGRESO DE ESCRITORES UNIVERSITARIOS», ESCRITO A MANO, QUE EMPIEZA, «HERMANOS...» Y TERMINA «PARÍS AGOSTO 1954».

UNA CARTA ADJUNTA A LO ANTERIOR FIRMADA POR JULIÁN MARCOS MARTÍNEZ, DIRIGIDA A ALFONSO ENRÍQUEZ LIMIA SOLICITÁNDOLE SU CONCURSO PARA

PARTICIPAR EN UN ACTO CULTURAL DEL CITADO CONGRESO, CON UNA CHARLA QUE HABRÍA DE VERSAR SOBRE «LA PINTURA EN LA POESÍA DE ALBERTI».

Procedido a completar el registro en el resto de la casa de A. E. L. en presencia de la hermana del mismo y el servicial Cayetano, y habiéndose encontrado en la mesilla de noche del dormitorio de ENRIQUE LIMIA una llave desconocida para la hermana que el portero dice ser la del trastero de la vivienda sito en los bajos del edificio, mientras el subinspector permanece en el piso terminando el inventario de libros encontrados se desplaza hasta los sótanos el inspector Douce, siempre con el susodicho Cayetano, comunicando al regreso que nada han encontrado en el trastero, salvo un tresillo con la tapicería reventada y mucho polvo.

Madrid, 7 de marzo de 1956

NOTA INFORMATIVA NÚMERO 70/1956

A raíz del anterior registro, y en razón de las misivas encontradas en el buró de A. ENRIQUE, se procede dos días después a efectuar un registro en el domicilio de JU-

LIÁN MARCOS MARTÍNEZ, estudiante metido en negocios de cine, que está en su casa al llegar los efectivos policiales y es detenido, recogiendo los funcionarios que intervienen el siguiente «material»:

DIVERSAS OBRAS DE NOVELA Y ENSAYO, DESTACANDO POR ESTAR MUY MANOSEADOS Y FORRADAS LAS TAPAS CON PAPEL DE ESTRAZA LOS TITULADOS «LESPOIR» DE ANDRÉ MALRAUX, EN FRANCÉS, «EL OFICIO DE VIVIR» DE CESAR PAVESE, PUBLICADO FUERA DE ESPAÑA, Y «LAS CARTAS BOCA ARRIBA» DE GABRIEL CELAYA, ÉSTE EN VERSO (LOS TRES, MARXISTAS-LENINISTAS).

EL MISMO LIBRO DE ARTURO KOSTHER ENCONTRADO EN CASA DE ENRIQUE LIMIA, «UN TESTAMEN ESPAG— NOL», PERO EN OTRO EJEMPLAR DISTINTO SUBRAYADO EN LOS LADOS DE MUCHAS PÁGINAS CON SIGNOS DE ADMIRACIÓN Y COMENTARIOS INSULTANTES DEL TIPO DE «ESO LO DICEN TAMBIÉN LOS PUTOS FASCISTAS», «TROLA PODRIDA», «Y UN COJÓN, KOSLER».

UN FOLIO SUELTO CONTENIENDO LA POESÍA «LA ENVIDIA» DE PABLO NERUDA (OTRO COMUNISTA MÁS).

UN NÚMERO DEL PERIÓDICO NO DIARIO «ALDEBA— RÁN».

CINCO CUARTILLAS ESCRITAS A MANO POR EL PROPIO JULIÁN MARCOS MARTÍNEZ QUE COMIENZAN «YO SOY COMUNISTA...» Y TERMINAN: «CUANDO UN HOMBRE COMO FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE MUERA, SE DIRA QUE ESPAÑA DA UN SUSPIRO DE ALIVIO.»

UNA COPIA FOTOGRAFICA DE UN LLAMAMIENTO A LA GENTE DEL CINE, DONDE SE DICE «EL CINE ESPAÑOL SIGUE SIENDO UN CINE DE MUÑECAS PINTADAS... Y EL PROBLEMA DEL CINE ESPAÑOL ES QUE NO TIENE PROBLEMAS», FECHADO EN SALAMANCA Y CON EL NOMBRE DEBAJO DE B. M. PATINO.

UN BORRADOR A BOLÍGRAFO EN UNA HOJA DE PAPEL ESTAMPADO DEL HOTEL MONTERREY DE SALAMANCA, EN F.L QUE, CON TACHADURAS Y PALABRAS ILEGIBLES, SE COPIAN LAS CONCLUSIONES PROVISIONALES DE IAS «PRIMERAS CONVERSACIONES CINEMATOGRAFICAS ESPAÑOLAS»: «EL CINE ESPAÑOL ACTUAL ES: 1.º POLÍTICAMENTE INEFICAZ. 2.º SOCIALMENTE FALSO (AQUÍ SÍ SE LEE TACHADA ARRIBA LA PALABRA "MENTIROSO"). 3.º IN— TELECTUALMENTE ÍNFIMO. 4.º ESTÉTICAMENTE NULO. 5.º INDUSTRIALMENTE RAQUÍTICO.» DEBAJO DE LAS CONCLUSIONES HAY UNAS ANOTACIONES A MANO QUE ES FÁCIL COMPROBAR SON DE LA MISMA LETRA DE MARCOS MARTÍNEZ, DICIENDO «ESTO LO ESCRIBEN ENTRE BAR — DEM, BASILIO PATINO Y LUCIANO EGIDO; LO LEE EL PRIMERO DESDE LA CÁTEDRA DE FRAY LUIS DE LEÓN CAUSANDO REVUELO PESE AL TONO POSIBILISTA Y

EXCESIVAMENTE MODERADO DE LAS MISMAS.» (SE INDICAN AQUÍ LAS NUMEROSAS NOTAS INFORMATIVAS QUE ESTE SERVICIO, PRESENTE EN SALAMANCA CON DOS SUB-INSPECTO— RES INFILTRADOS ENTRE LOS REUNIDOS, REMITIÓ EL AÑO PASADO, RECORDÁNDOSE QUE EN LAS CONVERSACIONES HUBO MESCOLANZA DE GENTE INTACHABLE COMO SÁENZ DE HEREDIA, FERNANDO VIZCAÍNO CASAS Y EL CATÓLICO GARCÍA ESCUDERO CON MARXISTAS MUY TOZUDOS COMO DUCAY, MUÑOS SUAY Y EL PROPIO JUAN A. BARDEM. LOS DOS ÚLTIMOS REGENTAN LA REVISTA CINEMATOGRAFICA «OBJETIVO», QUE SÓLO CONCIVE EL CINE COMO UNA LUCHA DE CLASES MÁS.)

UNA FOTOGRAFÍA DE GRUPO DE LOS ASISTENTES A DICHAS CONVERSACIONES SALMANTINAS, TOMADA EN LAS ESCALERAS DE LA CATEDRAL. JULIÁN MARCOS MARTÍNEZ, QUE SE HA PUESTO UNA EKIS PARA SEÑALAR SU PRESENCIA EN LA ÚLTIMA FILA, HA DIBUJADO TAMBIÉN

CUERNOS Y MOTES A ALGUNOS DE LOS PRESENTES. AL COMUNISTA VALENCIANO MUÑOS GUAY, CONDENADO Y ENCARCELADO DESPUÉS DE LA VICTORIA DEL 39, LE ESCRIBE ENCIMA DE LA CALVA «DIVINO CALVO», A OTRO LE PONE «MEAPILAS», A OTRO «SO-FALANGISTA».

UNA COPIA A MÁQUINA DEL GUIÓN CINEMATOGRAFICO ESCRITO POR JUAN ANTONIO BARDEM DE UNA OBRA TITULADA «LOS SEGADORES», QUE SE SEPA AÚN NO RODADA NI MUCHO MENOS ESTRENADA. LA COPIA DE ESTE GUIÓN ESTABA DENTRO DE UN SOBRE DIRIGIDO A LUIS GARCÍA BERLANGA, CON UNA HOJITA METIDA ENTRE SUS PÁGINAS QUE DICE «LA CENSURA ME SUGIERE QUITARLE A MI HISTORIA TREINTA AÑOS Y CAMBIAR EL TÍTULO. YA VERÉ QUÉ HAGO. PÁSASELO CUANDO LO LEAS A J». HAY QUE SEÑALAR QUE GARCÍA BERLANGA Y BARDEM EMPEZARON EN EL CINE JUNTOS, ESCRIBIENDO Y DIRIGIENDO AL ALIMÓN. LUEGO EL PRIMERO DE ELLOS HIZO «BIENVENIDO MR. MARSH AL», UNA SÁTIRA CONTRA LOS NORTEAMERICANOS NO DESPROVISTA DE GRACEJO ANDALUZ, MIENTRAS QUE LAS DOS ÚLTIMAS DE BARDEM EN SOLITARIO TIENEN UN FONDO DISOLVENTE INDUDABLE. AMBOS DIRECTORES SON LOS ÚNICOS DEL CINE ESPAÑOL ELOGIADOS POR LOS CRÍTICOS DE LA PRENSA COMUNISTA FRANCESA.

La calidad del «material» intervenido es suficientemente significativa, teniéndose que decir que en el momento de la entrada de los dos inspectores en el domicilio de MARCOS MARTÍNEZ, la novia de él o similar, ALMUDE— NA MÍGUEZ RONCERO, también llevada a la D.G.S., rompió en pequeños pedazos un folio escrito a mano, algunos de cuyos fragmentos trató de comerse, sin conseguirlo, y de cuya reconstrucción casi completa, que realizó el inspector Douce, se derivan indicios de constituir la base de un artículo exaltando la figura de unos escritores de la U.R.S.S. También MARCOS MARTÍNEZ quiso deshacerse en su retrete de unas hojas a ciclostil del Partido Comunista de España, llegándose a tiempo para sacarlas del agua, secarlas y presentarlas como documentación adjunta a este informe.

Madrid, 8 de marzo de 1956

COMUNICADO INTERNO

DE RESULTAS DEL REITERADO PERSONALISMO DEL FUNCIONARIO DON TRINIDAD JOSÉ LÓPEZ DOUCE (HASTA AHORA ASIGNADO A ESTA BRIGADA CON EL SOBRENOMBRE DE RAMIRO FON— SECA) Y LA POSIBLE IRREGULARIDAD GRAVE INCURRIDA EN EL ASUNTO DE LAS DILIGENCIAS POR ÉL UNILATERALMENTE INICIADAS EN TORNO A LA PERSONA DE ALFONSO ENRIQUE LIMA, SE PROCEDE A INCOAR DILIGENCIA INFORMATIVA PREVIA A LA APERTURA DE UN EXPEDIENTE DISCIPLINARIO.

Madrid, 11 de mayo de 1956

Comisario Jefe de la Primera Brigada Regional

firma:

ILEGIBLE

Julián G.

Paqui Aguilar «La Devesa» Carretera de Teulada Jávea Alicante

Valencia, 2 de julio de 1964

Querida Paqui:

Mientras tú te asas al sol como una gamba, yo aquí metida a fondo en el cursillo intensivo de valenciano y leyendo todos los libros que tenía amontonados en mi mesa. Voldria escriure't en valencia, pero encara no puc fer-ho bé, ni tu mateixa m'hauries de comprendre.

Los amigos de la facul, bueno, los que quedan por aquí, están saliendo casi todas las noches a los Viveros, pero a mí las verbenas no me van. Sólo ayer quedé por la tarde con Moncho, que además de ser el más mono de la clase tiene coche y me trajo a casa después. Fuimos al Capítol a ver una polaca, *Eva quiere dormir*, que me pareció un torro, aunque parece que le han dado varios premios en (estivales y eso. En verano el cine aún está peor que en invierno, ya lo sabes. Sigue en la puerta del Lys el cartel de *El silencio* de Ingrid Bergman, pero ya seguro que hasta el invierno no la hacen. Dicen que es chulísima.

Empecé las lecturas por el más largo de los que me había dejado como «tarea de verano», *El cuarteto de Alejandría* de Durrell, que me ha parecido un novelón, como a ti, que fuiste además la primera en recomendármelo, antes que Moncho. Luego seguiré con *Fortunata y Jacinta* de Galdós, y a ver si me da tiempo de leer antes del viaje un estudio sobre la pintura surrealista de un catalán, Cirlot, que me ha pasado Migue Soler. El 27 salgo en el autobús a París: 20 horas seguidas, con dos paradas sólo. Me apetece mucho pasarme allí esas cinco semanas, aunque también me jode no poder seguir con lo del valenciano que allí en París, con tanto francés y tantos españoles como creo que hay, se me va a olvidar. Moncho, siendo su madre catalana y su padre de aquí, fijate que tampoco lo habla. Le dije que se apuntara conmigo al cursillo, pero no quiso, prefiere aprender el alemán, que le es más útil. Yo no lo veo como utilidad, sino como algo que está bien, y es justo. El valenciano es mi lengua, nuestra lengua, y lo peor es que mis padres y sus padres y todos mis tíos y primos del pueblo lo hablan, pero a mi hermano y a mí, desde que llegamos siendo nanos a Valencia, los muy tranquilos de mis padres nunca se molestaron en enseñárnoslo, y en casa yo creo que lo hablaban entre ellos a escondidas.

Lo que pasa es que me hago un lío. El profesor que nos da clase, un hombre simpaticote aunque es socio de Lo Rat-Penat, que son todos unos carcas, lo llama valenciano, pero mi amigo Juli, que está de ayudante de Filología Hispánica en la facul, dice, y debe tener razón, que el valenciano es como el catalán, con pequeñas variantes. Juli me va a pasar un libro que salió hace un año o así, *Nosal— tres els valencians*, de un escritor progresista de Sueca muy sabio y muy a su aire, Joan Fuster. ¿Te suena?

¿Cómo pasas tú el tiempo? ¿Sigues saliendo con el chaval ese de Jávea? Dime si has leído algo

que valga la pena. Me fio de ti.

Besets i abra^ades de

Begoña

Begoña Peiró Cholbi

Calle Guillen de Castro, 77

Valencia

Jávea, 7 de julio, 1964

Querida Bego:

Aquí estoy vaguísima, y sólo he leído desde que llegamos un libro, el *Diario de un cazador* de Delibes. Decían que estaba tan bien y a mí me ha aburrido, quizá porque no me gusta cazar. Ahora tendría que ponerme a leer, peor dicho, a estudiar el tomo de la *Historia de Roma* de Mommsen, a ver si con eso y los apuntes me saco en septiembre H.^a Antigua que me quedó en junio. Pero me da una pereza, son 1000 páginas de letra pequeña. Ahora estoy dudando lo de meterme en 3.º en la rama de Historia, lo mismo hago una filología moderna. ¿Tú sigues decidida a hacer Románicas? Los Comunes son un coñazo.

El «chaval ese», como tú dices, se llama Chimo y me gusta a rabiar. Nunca te lo voy a presentar, por si me lo birlas. Aparte de que está cañón, habla perfectamente el valenciano, que aquí en Jávea es lo normal. Así que haríais muy buenas migas. Yo la verdad en eso de los idiomas pienso como Moncho, aunque lo mío ahora es más el inglés que el francés. Tendríamos que habernos cambiado los veraneos, tú aquí, dándole a la lengua vernácula con un nativo de pura cepa y yo en París haciendo pinitos en la lengua de los franchutes.

Ayer fuimos Chimo y yo al cine del pueblo, pero en Jávea todo llega muy tarde y nada de polacas ni mucho menos de Bergman (y el director, nena, se llama Ingmar; Ingrid es la actriz, la que hizo *Anastasia*). Vimos *El mundo de Suzie Wong*, sobre un arquitecto y pintor, William Holden, que se enamora en Hong Kong de una putilla guapísima oriental y se lían. Todo lo sentimental que quieras, pero a mí me pareció que el director, un tal Richard Quine, que no lo conocía, sabe entrar en la historia con mucha sutileza y sacarle un partido al melodrama que yo, por ejemplo, no vi por ninguna parte en *La chica con la maleta*, sobre la que tanto discutimos. Las dos tienen algo en común por el argumento, pero, claro, a ti la de Zurlini, como era Neorrealismo italiano y no de Hollywood... Prefiero *El mundo de Suzie Wong* de aquí a Lima.

Lo de París me da mucha envidia, ahora en serio. Podrás ver todo el cine que aquí no llega, y los Impresionistas. Empápate bien y luego me cuentas, pero no en dialecto. Cada vez que lo pienso. Lo de tu cursillo de valenciano me parece un snobismo. Allí por lo menos te apuntarás a clases de francés, ¿no? Tampoco tú lo llevas mejor que yo...

Besitos con sabor a mar, aunque a la playa bajo poco. Aquí en la casita se está muy bien haciendo el vago y jugando a las cartas con los primos de Bilbao; el pequeño, Melchor, que tiene 14, es un as haciendo teatro con un teatrillo de cartón precioso y muy real que le regalaron sus padres, mis tíos Elena y Aurelio, al aprobar la reválida de 4.º. Melchor nos distrae a todas: mis hermanas, sus hermanas y la chacha Amparo. Un público de mujeres.

Paqui

Paqui Aguilar «La Devesa» Carretera de Teulada Jávea (Alicante) Espagne

París, 6 de agosto de 1964

Querida Paqui:

¿Te pongo los dientes largos o me callo? En diez días que llevo aquí he visto 12 películas, y tres de Buñuel, de un ciclo que están poniendo en una salita pequeña del Barrio Latino, todas de su etapa «mexicaine». *Subida al cielo* tiene bastante gracia, y *El ángel exterminador* es surrealismo puro, pero la que es una maravilla es *La vida criminal de Archibaldo de la Cruz*, sobre un pirado muy beato que quiere matar a las mujeres. *Viridiana*, que me muero de ganas, la veré la semana que viene. Y todo un descubrimiento, tres que he visto del Free Cinema, la nueva ola inglesa, para mí mucho mejores que las de Godard y Truffaut y toda su «Nouvel Vague».

También he ido, dos veces ya, a la Cinemateca, que tiene una sala estupenda cerca de la Torre Eiffel, y allí hacen cinco películas diarias. Ayer vi *La huelga* de Eisenstein y a la salida medio ligué con un chico italiano, Tullio, que me invitó a una porquería muy de aquí, un «croque mon— sieur», literalmente un masca-señores, y que es como una tostada de jamón de York untada de queso derretido; estaba rico, y Tullio, que estudia Económicas en Bolonia y lleva gafitas, pero bastante mono, quería que luego fuéramos a su habitación cerca de Saint-Michel. Yo estaba demasiado llena, de las imágenes montadas «por atracciones» de Eisenstein, muy impresionantes, y del «croque mon— sieur», pero lo mismo le digo que sí la próxima vez.

A la Cinemateca había ido ayer sola, aunque a los cines suelo ir con Pilar, una madrileña mayor que yo, un poco seca y mandona pero que le chifla el cine aún más que a mí y nos hemos hecho amigas. Nos conocemos de la Academia. Sí, no sufras, Paqui, que estoy estudiando dos horas diarias de francés, aunque, chínchate, por la noche repaso antes de irme a la cama mi cuaderno de gramática catalana. ¡Nada de snobismo! Quiero poder hablar la lengua de mi tierra, y te subrayo lo de lengua, no dialecto como tú lo llamas con desprecio.

Espanoles hay por todas partes, sobre todo de Madrid. Pilar y yo nos hemos reunido dos veces con un grupo muy interesante que se están moviendo para crear sindicatos democráticos en sus universidades. Los «manda» uno más mayor, Faustino, que vive, medio clandestinamente, entre Francia y España y al que llaman «El Juez». Ya te contaré.

La otra maravilla son los libros. Cuando entro en una librería no sé dónde mirar. Hay una que se llama «La joie de lire», ya sabes, «La alegría de leer», llena de obras de sociología y política, y otra, también en el Barrio Latino, la Librería Española, donde se encuentran libros en castellano de los prohibidos en España. Pero están muy caros para mi bolsillo. Lo mismo me pongo a trabajar de limpiadora un par de semanas, al final, para sacarme unas perras y comprar libros.

Te dejo, Paqui, que me voy a ver *La sal de la tierra*, la película americana sobre los mineros en huelga y la lucha de sus mujeres, la que rodaron los de la Lista Negra de la Caza de Brujas.

Besos,

Begoña

Mademoiselle Begoña Peiró Cholbi 6, rué Mezières Paris 6ème FRANCIA

Jávea, 19 de agosto, 1964

Querida Bego:

Sólo de escribir tu dirección me pongo celosa. Si no fuera por mis dos novios de aquí, Chimo, y el primito Melchor, me abriría las venas de envidia.

Prepárate para lo que te espera al volver, tardes enteras en mi casa contándome una a una las películas que hayas visto, sin perdonar ninguna, y enseñándome todo lo que traigas de París. ¿Dan allí también programas de las películas al entrar al cine? Si los dan tráetelos todos, para que los vea y me consuele un poco. Y los libros, claro, que espero me irás prestando. ¿Está en esa Librería Española uno de Juan Goytisolo que se llama *La Chanca*, sobre un barrio marginal de Almería? No dejes de comprarlo, y si te falta el dinero yo te lo pagaré cuando vuelvas.

Aparte de mi lectura aburrida de Mommsen, yo de mí sólo te puedo contar dramones sentimentales. Chimo. Estoy hecha un lío. Le conocí el mismo año que empezamos a veranear aquí, cuando teníamos los dos once años (es de 1945 como yo, aunque él nació ocho meses antes, en enero), y de novios llevamos cuatro, primero de «noviets» como dice mi madre, y desde este año en serio. O eso — creía yo. Chimo me gusta a rabiar. Mide uno ochenta, está fuerte y siempre moreno, no sé cómo se las arregla, pues no es que se pase el día en la playa ni trabaje en el campo. De momento le ayuda a su padre en una agencia inmobiliaria que tienen, para vender terrenos y alquilar chalets y apartamentos a los de Madrid... Estudia para agente comercial, pero a él realmente lo que le gustaría es poner una «granja modelo» que tuviera también invernaderos y plantas y frutales exóticos, para vender y criar animales y hacer experimentos biológicos. Para eso está siguiendo por correspondencia unos cursos de Agricultura Intensiva y dos veces por semana se hace el tío los 200 kilómetros entre Jávea y Valencia, ida y vuelta, para tomar clases de Botánica. Contándome esas cosas de los abonos orgánicos, las semillas autóctonas y las cosechas biológicas se le cae la baba, pero a mí se me cae el alma a los pies. No me veo de granjera, la verdad, ni siquiera de granjera modelo.

Por cierto, siempre me acuerdo de ti oyéndole hablar con sus amigos del pueblo cuando nos los encontramos en la plaza o en el cine de verano; ayer me tuve que tragar una americanada, *Esta tierra es mía*, con Rock Hudson, que está para comérselo, Chimo la quería ver porque el tema es una familia de cultivadores de uva y toda esa pesca del campo. Hablan entre ellos un valenciano muy cerrado, que debe ser muy auténtico y te encantaría. Y Chimo, que es Joaquín, claro, él lo escribe Ximo, con equis, a la catalana.

Mon-Cho y Xi-Mo, nuestros novios japoneses.

La semana pasada nos acostamos en la parte de atrás del despacho de la inmobiliaria, donde él se ha montado un pequeño refugio, «mi huerta secreta», lo llama. No llegamos hasta el final, pero yo me lo pasé bien. ¿Tú has estado ya con Moncho?

A Chimo le quiero mucho y me aburre mucho, y como con él estoy en «proceso de reflexión», mejor te hablo de mi primito Melchor, que es todo lo contrario: parece más niño de lo que es, tiene un aire repipi, gafas grandes como dos pantallas de televisor, y en conjunto bastante feito. Pero no sabes lo bien que lo paso oyéndole contar historias que se inventa y aún más cuando monta sus funciones en el teatrillo infantil.

Bueno, chica, te dejo. No tengas miedo de seguir «martirizándome» con tus películas y tus libros

de París. Me encanta sufrir.

Un beso de tu amiga

Paqui

Paqui Aguilar

«La Devesa»

Carretera de Teulada

Jávea (Alicante)

Espagne

París 2 de septiembre de 1964

Querida Paqui:

Te escribo aunque dentro de dos semanas ya me tendrás en Valencia, y con mil cosas que contarte. Pero como son tantas las que cada día me pasan, tanto lo que veo y escucho y aprendo, me apetece adelantarte algo.

Acostada por acostada. Por fin me fui a la cama anteayer con Tullio, pero no en su «chambre de bonne». Aquí todos vivimos en esas habitaciones de chacha, unos cuartos asquerosos que las familias tienen en las buhardillas de los edificios y que antiguamente eran los cuchitriles del servicio; ahora que ya no hay criadas o si las hay no son de las de dormir en casa, los parisinos alquilan esos cuartuchos sin water ni lavabo a los estudiantes como nosotros. La mía es muy céntrica, está al lado de la academia donde estudio francés y de los cines del Barrio Latino que son a los que más voy. Pago poco, y hago ejercicio subiendo todos los días los seis pisos sin ascensor.

Lo que te decía. Como a Tullio su portera no le deja subir con gente y en mi chambre no era plan, nos dejó su cama, en un cuarto más grande que los de «bonne», Faustino el Juez, así se le llama porque prepara desde hace tiempo y yo creo que no muy en serio oposiciones a judicatura. Tendrá más de treinta años y es muy amable y muy culto y muy politizado. Pero mi acostada te la quiero contar cuando nos veamos, me da no sé qué por carta. Sí te digo que ni fu ni fa, quizá porque era la primera vez que lo hacía «con premeditación», como diría el Juez. Con Moncho no, no he estado nunca en ese plan, aunque dos o tres veces nos metimos mano en su coche y él se corrió una noche, no sabes el apuro que le entró, porque me hizo una mancha en la falda.

Cuando acabamos Tullio y yo (él se vuelve mañana a Italia, y yo creo que nunca más nos veremos), le tenía que devolver las llaves de su cuarto al Juez, y nos encontramos en un café del bulevar Saint-Michel. Faustino estaba con dos chicos de Madrid, más jóvenes que él, y uno muy mayor, que era un exiliado español de la Guerra Civil. También se unieron después al grupo del café uno de unos 50 años, Ramiro, que había sospechas de que fuera un confidente de la policía española, aunque a mí me cayó bien, hablando con él al salir del bar sobre literatura, en la que está empollado, y otro muy simpático y hablador, más bien «trosko», Antonio López Campillo, casado con una francesa rubia, Evelyne, que también vino y hablaba poco. Estuvimos charlando dos horas todos los del café, y esa conversación y lo que vino después me ha hecho pensar mucho y me ha abierto algunas puertas en mi cabecita ignorante. Paqui, ¿te suena el nombre de Julián Grimau? Seguro que no, como a mí. Grimau era un dirigente comunista importante, un pez gordo de su partido, que fue

detenido, dicen que por un «soplo», en Madrid, donde vivía haciendo trabajo político clandestino. En uno de los interrogatorios en la Dirección General de Seguridad los de la Social le tiraron por una ventana, después de «haber pasado por sus manos», aunque la policía dijo que Grimau se había tirado él mismo, para suicidarse. Tuvo fractura de cráneo y heridas graves en las muñecas, pero en cuanto se curó le juzgaron en Consejo de Guerra, acusándole de delitos de tortura que habría cometido durante la Guerra Civil. Fue condenado a muerte y fusilado el 20 de abril del año pasado, y eso que medio mundo se movilizó en contra y hasta el Papa le escribió a Franco una carta pidiéndole que conmutara la pena. Le dieron veintisiete balazos, y como la Guardia Civil no quiso formar el pelotón, tuvieron que disparar soldados jóvenes de los que están en la mili. Una carnicería. La prensa española, que está toda controlada por el gobierno y censurada, no dijo nada, y por eso nadie en España se enteró del caso, que en toda Europa fue sonadísimo. Ahora además se ha sabido que el Fiscal que le acusó ante el tribunal militar, un tipo que pedía siempre penas de muerte en todos los juicios, ni siquiera tenía los estudios de Derecho, y parece que le han metido en la cárcel por falsificar sus títulos. Pasado mañana, aprovechando que el Ministro de Información y Turismo Fraga Iribarne pasa por París dentro de la campaña del gobierno para hacer propaganda en Europa de nuestros «25 Años de Paz» (sin comentarios), hay una manifestación de protesta ante la embajada española, pidiendo la revisión del caso de Julián G. y una condena de la ONU por los abusos legales de ese tribunal que le condenó sin pruebas. Ya te diré de palabra todo lo que vea y escuche.

Ahora me despido, con muchos besitos y ganas de verte

Begoña

¡Te llevo regalos! Algo para ponerte, unos pantalones muy anchos de cintura y ceñidos de rodilla para abajo, son árabes, se los vi en la Cinemateca a una francesa que los llevaba, y yo también me he comprado unos de otro color. Si en Jávea, con eso que me contabas que no te has movido apenas de la casa, has engordado, no te preocupes, que estos pantalones moros son ideales para tapar los kilos de más. A Moncho y a mi hermano les llevo unas camisetas de flores que aquí están muy de moda para los chicos. A ver si Moncho se atreve a ponérsela en la facultad... Lo compré todo en el Mercado de las Pulgas (la ropa que allí venden está limpia, no te asustes), que es el mercadillo popular de París, sobre todo los sábados. Un espectáculo, por las cosas que vende y la cantidad de gente que va, tan variada y tan colorista como las mercancías de las paraetas. Una macedonia humana para ver y no para comer.

La otra cosa que te llevo no es para ponerse, sino para colocarse. También de eso he comprado dos, para ti y para mí.

Begoña Peiró Cholbi Calle Guillén de Castro, 77 Valencia Spain

Londres, 26 junio, 1965

Querida Bego:

Ya ha pasado lo peor, por eso te escribo. Me acabo de comer dos yogures y un caldo de lo más asquerosito, y es lo primero que tomo desde que entré en la clínica. La intervención ya está, la hicieron ayer por la mañana, y tuvo que ser con anestesia, por lo «avanzado» de mi estado. Cuando desperté de la anestesia no notaba nada, sólo una flojera, pero sabía que ya me lo habían hecho por las caras de la enfermera Maggie y de las otras dos chicas que estaban conmigo en la habitación, ellas ya «limpias». Eran dos italianas, y hoy se han vuelto a Turín. En la clínica somos en total seis españolas. Apenas hemos cruzado palabra entre nosotras. ¿De qué íbamos a hablar, del tiempo que hace en Londres? No para de llover. Con las miradas sobra para entenderse. Aunque una de Sevilla, Marta, que no parece afectada por esto, habla mucho, y está empeñada en enseñarle español a la enfermera Maggie, que sólo sabe decir «¿estás buena hoy?» y «kuirófano», que en inglés se dice, agárrate, «operating theatre».

Para Marta es el segundo aborto, y le dijo a una de Madrid que comparte cuarto con ella y está en segundo de Clásicas que abortar a tiempo es «un trámite administrativo», una «obligación moral para las tías que no quieren caer en la trampa del matrimonio burgués». Una chica valiente.

He estado llorando toda la tarde, pero no por la intervención, que sólo me daba mucha tristeza. He llorado por algo que pasó este mediodía. De repente entra Maggie en el cuarto con una sonrisa y me dice que tengo una visita. «And a very nice young man too.» Yo le dije que sería un error, que yo en Londres no conocía a nadie, y nadie sabía que estaba aquí. Pero ella dale que dale me guiña un ojo y hace entrar a mi visita, un chico bien guapo, era verdad, pero desconocido por completo, con una flor larga envuelta en papel celofán y cortadísimo, más que yo. «Es para ti», me dijo en español. «De Joaquín.» «¿De Joaquín?», le pregunté yo asombradísima, como tú seguro cuando leas esto. «Chimo», dijo entonces el chico sonriendo, como, si más que un apodo, «Chimo» fuese la palabra mágica de Alí Babá.

El caso es que Chimo, aparte de darme el dinero para el viaje y la operación, se las arregló para que un español que trabaja de guía en una agencia de viajes de Londres con la que su padre tiene relación porque le mandan ingleses que quieren alquilar casas en Jávea, Chimo se las arregló, como te digo, para que el chaval me comprara la flor, cogiera un taxi y viniera a verme con ese recado de su parte, todo pagado por Chimo, claro. Al final acabamos los cuatro llorando y riendo, Maggie, el chico español, yo y una francesa que ha entrado hoy en la clínica para pasar «el trámite administrativo».

Lo peor, y eso te lo cuento a ti sólo, es que cuando el chico se ha ido yo me he quedado llorando esta vez sin ninguna risa, porque desde el mes pasado, cuando supe lo del embarazo, ya he tomado la decisión de cortar con Chimo. Es un cielo, le quiero mucho, y hoy más que nunca, pero no me quiero casar con él y pasarme la vida a su lado sembrando semillas autóctonas.

¿Me escribirás? Ya sabes que me quedo aquí cinco semanas más. La excusa del viaje en casa era que me venía a un «crash course» de un mes para ir más segura al examen del «Oxford Certificate» en octubre. Estaré en esta dirección: 362 Fulham Road, Fiat 9, SW 10 hasta el 1 de agosto, y me haría ilusión saber alguna cosita de tu misterioso veraneo de este año.

Un beso con sabor triste de

Paqui

Paquita Aguilar 362 Fulham Road, Fiat 9 London SW 10 Inglaterra

Valencia, 6 de julio 1965

Querida Paqui:

Ya ves que te he puesto Paquita en el sobre, Paqui me sonaba muy de aquí, y Francisca demasiado serio. Pero lo importante, Paqui: ¿cómo estás? Seguro que bien, guapísima y tranquila, con el mal trago ya tragado y disfrutando de Londres. ¿Te lo puedes creer? El verano pasado yo te daba a ti envidia desde París a Jávea y ahora soy yo la cate— ta que se queda aquí y te envidia.

Creo que puedo entender lo que has pasado, aunque yo no tenga esa mala experiencia. ¡Y Ximo es un pedazo de tío! ¿Por qué no te lías con él en serio? Lo de la flor envuelta en celofán me ha puesto los ojos colorados como dos tomates. A mí Moncho nunca me hará un bombo, y no sólo porque yo llevo mis cuentas internas mejor que tú. No me acabé de creer eso de que sólo habíais echado un polvo en Semana Santa, en la oficina-picadero de Jávea, y que esos días estabas fuera de peligro. Con lo largas que son las vacaciones de Pascua y San Vicente...

Con Moncho no hay peligro que valga. A él el sexo le importa poco, va a lo suyo, que me parece muy bien, y entre los estudios y la actividad de base no tiene mucho tiempo para mí. Eso nos hace discutir a veces, porque yo también estoy metida en lo mismo que él, he sacado todo 2.º en junio, con el Latín I que me quedaba de primero, y, ahora que ya estoy más segura en el valenciano, sigo tomando clases particulares de francés «avec Monsieur François Ripoll», el cultísimo «pied noir» mariquita del Cabañal. Pero siempre encuentro tiempo para estar con Moncho, y me gusta mucho quedarme fumando a su lado después de hacer el amor y cha— rrando por los codos. El se duerme, pero yo sigo hablando.

Es el tercer tío con el que me he acostado, y de los tres, Pepito el vecino fue como un incesto, porque le conozco desde que hizo la primera comunión con mi hermano y nos vemos a diario en la escalera, por eso él no quería desvirgar— me, con la explicación de que «luego, Bego, vamos a cruzarnos tú y yo todos los días y cada vez me voy a acordar de que he sido yo el que te ha quitado el tapón». Tullio, el italiano, fue visto y no visto, el polvo, no el pito, que lo tenía grandioso, «como la columna de Trajano», decía el muy fardón, aunque yo ni me enteré. Moncho, más que tenerlo, ES un pijo. Creo que estoy encoñada con él.

Aunque me haya quedado aquí no he parado de moverme. Ya te iré contando cuando vuelvas. Por cierto que quiero que quedemos tú y yo en plan serio, a ver si me entiendes. Primero saldremos un día para contárnoslo todo, tú a mí más que yo a ti, lo de la clínica, Londres, las películas y demás, y después, otra tarde, quiero sentarme tranquilamente contigo en tu casa, si puedes, mejor que la mía, y contarte yo otra película en la que me gustaría que tú entrases de actriz. Estoy segura de que no me fallarás.

Besos de

Bego

Begoña Peiró Cholbi Calle Guillén de Castro, 77 Valencia Spain

Londres, 17 de julio, 1965

Querida Bego:

Aquí tienes a tu Paquita, Francisca o Paqui, este nombre aquí no lo uso porque es lo mismo que «pakhi» y me tomarían por una pakistana, lo cual en la academia de idiomas me bajaría de nivel social. No sabes lo racistas que son los ingleses. Me he acostumbrado a que me llamen Fráncis, más bonito y algo ambiguo, ¿qué te parece?

No entiendo muy bien esa propuesta tuya tan misteriosa de un encuentro en la cumbre, pero aceptado desde ya, y en mi casa, que estará vacía. Mis padres y mi hermana siguen en la casita de Jávea, y yo al menos me quedaré un par de días en Valencia antes de decidir si voy también a Jávea o me busco otro viaje por ahí. Chimo. Todos los días me acuerdo de él, pero ganas de verle y estar con él no tengo ninguna. Te pareceré una cabrona, ya lo sé, pero así es.

Lo estoy pasando bien aquí, y todo lo que me he movido, la gente que he conocido, las películas que he visto, han hecho más fácil olvidar la clínica, el «kuirófano» de Maggie, las españolas, francesas e italianas que allí se van turnando para lo mismo, y un sueño que tuve varias veces al salir, en el que mi cuerpo era un árbol blando, doblado, como los relojes de los cuadros de Dalí que he visto en la Tate Ga—llery, y la gente se me acercaba para tocarme y las manos se les quedaban pegadas a mi barriga, porque yo era de chicle.

Como se me está acabando el dinero y no me da la gana recurrir a mis padres y mucho menos pedirle a Chimo (le quiero como a un hermano, pero no quiero que sea un *primo*), la última semana dejaré este carísimo fiat, una sola habitación minúscula con el lavabo y la mini-cocina eléctrica disimulados con mucha coquetería en un rincón, y me voy a mudar, con una gente que he conocido, a un *squat*. Seguro que no sabes lo que es, ¿verdad? Ya me *ocuparé* de explicártelo. No tienen ni un duro, pero en su casa no faltan nunca cosas de fumar y buenos libros para leer. Ahora estoy con uno que me han pasado en inglés, *The Discovery of the Orgone*, de psicoanálisis, que me está costando leer, no sólo por el idioma. Y los miércoles y viernes vamos todos (en el grupo hay ingleses, escoceses, una danesa y dos españoles, yo y un marica muy simpático de Murcia, Jua—nín, que trabaja de acomodador en el teatro de la ópera) al Electric, que es un cine-club cerca de Portobello Road. Portobello te encantaría, es el Mercado de las Pulgas de aquí, con mucha gente del Caribe que viven por el barrio. Anteayer vimos en el Electric un programa de cine de vanguardia de Nueva York, cosas muy interesantes, pero la que pusieron el miércoles, de Warhol, el pintor, que se llamaba *Sleepy* era de un tío rubio durmiendo seis horas seguidas en una cama, sin nada más, me pareció un tostón, y yo también me dormí como el tiazó de la película.

Uno de los escoceses del *squat*, Robin, me ha tirado los tejos, pero yo ahora no quiero ningún lío. Mira qué caro me salió hacer algo «malo» una vez. Robin es de un pueblo de al lado de Glasgow y habla un inglés tan cerrado que no le entiendo ni jota, así que yo me hago la tonta y le dije «dont understand», «dont understand». Es el más hippie de todos, pero un sentimental, sólo le gusta Joan Baez y un cantante de 18 años que acaba de salir aquí, Donovan, también de Glasgow y primo

segundo suyo; el primer single de este Donovan, *Catch the Wind* («Coge el viento», por si no lo coges en inglés, ja ja), no está mal, tipo balada, y él es monín. A mí me chifla un grupo nuevo de Nueva York, The Velvet Underground. Todavía no han sacado disco, pero Joshua, un americano «amigo de la casa», trajo el otro día una cinta, y no paro de ponerla. Hacen un rock-and—roll tranquilo pero con unas letras fortísimas. A Robin le parecen «lousy», o sea una birria, pero a mí me van mucho, y el cantante, Lou Reed, está como un tren en las fotos que trajo Joshua. Parece que el grupo va a actuar aquí en Londres en noviembre, qué putada que ya no estaré. He decidido que Lou Reed, y no Rock Hudson, que ahora me parece un blandengue, es mi ideal de hombre, y si no encuentro ninguno que se parezca a Lou me meto monja.

Escribe enseguida, sin tanto misterio, y así te contesto antes de irme de aquí.

Besos,

Paqui

Begoña Peiró Cholbi Calle Guillen de Castro, 77 Valencia Spain

Londres, 26 de julio, 1965

Querida Bego:

Qué ilusión me hizo hablar contigo, y perdona por el atraco, aunque la cuenta la pagará tu padre, espero. Es que me apetecía mucho oír la vocecita de mi mejor amiga y ando muy pelada de dinero. Aquí, como todos los demás aparatos, las cabinas de teléfono no sabes cómo se tragan los «coins». Yo ni sabía que se podía llamar «a cobro revertido», éstos lo llaman «collect cali», me lo enseñó Juanín, el murciano, que lo hace casi todos los días para hablar con un novio veinte años mayor que él que tiene en Brighton, al sur de Londres, y está forrao.

Me tomaré en serio lo que tengas que decirme, aunque ahora no me dices nada. Algo me imagino.

Te escribo, aunque la carta llegará casi al mismo tiempo que yo, porque hoy me siento muy floja, ya sabes, son «mis días», y esta vez, la primera que me baja la regla después de «mi trámite», estoy teniendo dolores fuertes por ahí abajo y se me ha hinchado mucho el cuerpo. Así que me he quedado en la casa, yo sola, con la danesa, que no cuenta, pues ésa está todo el día emporrada, mientras los demás se han ido al Electric: hoy daban un programa de cine inglés documental de los años 40, pero tampoco creas que me interesaba mucho. De Free Cinema británico, que tú me recomendaste me acuerdo desde París, he visto aquí una, *La soledad del corredor de larga distancia* de Richardson, y me gustó poquito. Se parecía algo, por el realismo y lo que tiene de intención simbólica social, a *La caza* de Saura.

Ahora que ya sabes lo que es un *squat*, te cuento cómo vivo. La casa que hemos ocupado, bueno, ellos primero, que ya llevan viviendo aquí seis meses, está entre Kilburn, un barrio con mucha gente negra, y Maida Vale, la típica zona «clase media» con casitas todas en fila de dos pisos y jardincito detrás. La nuestra, en Chichester Road, es de cuatro plantas y antigua, una Terrace House, aunque de terraza para tomar el sol, nada. Techos altos con moldes de yeso elegantísimos, un poco «mellados», chimeneas que no funcionan, escaleras estrechas y empinadas... aquí el ascensor no se estila, lo mismo que no se conoce lo de la calefacción central. Mis amigos entraron en febrero, y el frío era terrible, porque el gas está cortado y las estufas sólo van con eso, y con monedas, los dichosos «coins». La casa no tenía gas y ellos no tenían dinero.

En verano la cosa está mucho mejor. Tenemos electricidad, porque Mathew, un manitas, hizo un empalme de la red principal, el «main», y así nos las arreglamos para cocinar con unos hornillos eléctricos. Mucha gente joven «squatea» en Londres, los alquileres son imposibles, y hay casas vacías por todo el centro.

Aparte del dolor de ovarios y mi jaqueca, me he quedado en el cuartito que comparto con Rosemarie, una actriz sin trabajo que me cae regular, por darle una buena metida al libro de que te hablé en otra carta. ¿Conoces al autor, Wilhelm Reich? En España seguro que no está publicado, pero parece que sí hay algo suyo en castellano, *La función del orgasmo*, en una editorial de Argentina. Voy a ver si lo consigo al volver en la librería Estudio de la calle Comedias, que ya sabes que reciben muchos libros de fuera. Reich me tiene obsesionada, aunque en inglés me cuesta entenderlo. Tiene un pensamiento muy denso, pero yo me voy abriendo paso en la jungla, con el diccionario siempre al lado. Para alguien como yo, con lo que he pasado y la desgana que tengo, está siendo una revolución leer a un autor que defiende la «potencia orgásmica» como «la capacidad de dejarse llevar por el fluido de la energía "or— gónica" o biológica sin inhibiciones, descargando gracias a la excitación sexual todas las pulsiones estancadas en el cuerpo» (más o menos, porque no sé si lo traduzco bien). El «Orgón», supongo que se dirá así en español, es como una fuerza interior que se encuentra no sólo en las personas sino en el firmamento o en la actividad política. Ya me conformaría con encontrar pronto dentro de mí un poco de Orgón y llenarme de «energía primordial cósmica».

Lo que me gusta de Reich es que no sólo reclama la libertad sexual de la gente, sino que la pone en un plano político frente a la burguesía dominante. «La moral sexual actual está sostenida por la burguesía tradicional y el sistema capitalista», y luego va denunciando uno por uno los engaños de esa moral burguesa, de clase, que defiende en interés propio el ascetismo pre-matrimonial y extra-conyugal, y, por las mismas razones de represión psico-económica, ataca, como si fuera la Inquisición, las «desviaciones», los «vicios» sexuales, la masturbación en el niño y el adulto, etc.

Jeremy, que es el chico que me pasó el libro, sabe mucho de psicoanálisis. Estudiaba PPE en Oxford (son las iniciales en inglés de Políticas, Filosofía y Económicas) pero lo dejó en 2.º, el año pasado, y estuvo seis meses viajando por Marruecos, Argelia y el desierto del Sáhara. Su madre es psicoanalista de la vieja escuela, y trabajó con el propio Sig— mund Freud, que, ¿tú lo sabías?, resulta que pasó los últimos años de su vida aquí, en Londres, a cuatro paradas de bus de nuestro *squat*. Pero Jeremy, como odia a su madre, odia a Freud de paso, y sólo lee libros de los «herejes» del psicoanálisis «heterodoxo». Nombres que a mí no me sonaban de nada, Ferenczi, Rank, Hillman, y sobre todo Wil— helm Reich. Para Jeremy, su importancia es que frente al planteamiento de Freud, «Civilización o Sensualidad», Reich proclama la «Civilización en la Sensualidad».

Te dejo, nena. Ya te daré más la monserga con Reich cuando llegue.

Muchos besos,

Paqui

Francis Aguilar

Calle Ciscar 13, 4.º derecha

Valencia

18 de agosto, 65

Querida Paqui:

Cambio de planes a última hora, siento no haber estado cuando llegaste. Ando por el Norte, montañas, aire puro, aromas campestres, y el olor a chamusquina que llega de la Otra España. Te dije por teléfono que estaba en Toledo pero no era verdad.

Faustino el Juez de París, que no es el Juez Supremo, nos dio refugio a Moncho y a mí, y luego nos fuimos de «gira». Pero escribe al apartado de correos que te pongo en el remite. Tu carta seguro que me llegará más tarde o más temprano, aunque no hace falta que pongas mi nombre en el sobre. Mejor, no lo pongas. Dentro, di lo que quieras.

B.

Apartado de Correos 359

Madrid

27 de agosto 1965

Querida B.:

Sigo tus instrucciones, por fuera y por dentro. Me jode que no hayas estado al llegar. Casi todo lo que tengo que contar sólo tú sabrías oírlo. Así que ahí va mi rollazo.

Mientras no vuelvas no podré darte el regalo. Ya te anuncio que no es tan bueno como el tuyo del verano pasado, y me refiero al segundo, no a los pantalones anchos, que eran chulísimos pero menos originales y prácticos. ¿Te acuerdas lo que me reí cuando me lo diste? La verdad es que tú tuviste mucha culpa, por tanto misterio como le ponías y tanto envoltorio. Cuando lo saqué y vi lo que era pensé en los artículos de broma, esos que venden en la tiendecita de la calle Moratín. Y me he acordado tantas veces de tu frase por carta, «no es algo para ponerse sino para colocarse». Estaba convencida de que me traías una china de hachís, y resultó lo que resultó.

Ya que estás desaparecida y no podemos intercambiar secretitos «face to face», aquí va uno mío. Una noche, hará de esto unos tres meses, porque fue en los días que yo estaba asustadísima con lo de que no me venía la regla, temiendo lo que luego resultó ser... allá por mayo. Pues lo que te digo, en medio de todo el follón que tenía en la cabeza, y con el pobre Chimo llamando preocupadísimo a todas horas para saber si estaba o no embarazada, una noche de mucho asquito y soledad, lo saqué de la cajita con tapa transparente y me lo coloqué. Bueno, en realidad, antes lo estuve mirando sus buenos quince minutos, luego quité la tapa, lo saqué del hueco en el que estaba encajado, lo acaricié un poco, los bultitos sobre todo, y de repente, sin ton ni son, empezó a moverse él solo. Qué cerda tú: no me habías dicho que el regalo ya venía preparado, con sus pilas dentro. Estaba sola en mi cuarto y a pesar de eso me puse colorada como un pimiento. Y luego, como yo no sabía qué había hecho así sin darme cuenta para darle, como si dijéramos, la cuerda, tampoco sabía cómo pararlo. Se me tuvo que caer al suelo, por los nervios, para dejar de moverse, también él solito. Pasado el susto, me puse a examinarlo como un médico, hasta que me di cuenta de que había un tapón rojo al final y que moviéndolo la cosa se movía, y que si lo desenroscas ves que dentro están las pilas.

Entendido el mecanismo y pasado el susto me entró la tentación. ¿Qué sensación dará? Esa noche me metí el vibrador, y ya no te cuento más, porque seguro que lo que sentí ya lo sabes por ti misma.

Me he acordado de esto por culpa de Wilhelm Reich. He encontrado en la librería Estudio el libro argentino de *La función del orgasmo*, y sigo leyéndole. Hay una frase suya que no se me va de la cabeza: «Un agujero siempre es un agujero».

Yo estoy ahora buscándome los míos por ambos lados, y tengo ayuda exterior que no necesita pilas.

Fráncis

Me quedo en Valencia de momento, pero nunca cojo el teléfono si suena, y suena mucho. Chimo. Seguro que es él. No sé qué decirle.

Francis Aguilar

Calle Ciscar 13, 4.º derecha

Valencia

AGUJAS DE CATEDRALES, PUENTES KAFKIANOS, Y ALGO EN FORMA CILINDRICA QUE TAMBIÉN SIRVE PARA METER. AHORA ME PREOCUPA MAS ESTE CILINDRO QUE EL OTRO.

Apartado de Correos 359 Madrid

Valencia, 4 de septiembre 1965 Orgón de Wilhelm a tutiplén.

F.

Francis Aguilar

Calle Ciscar 13, 4.º dcha.

Valencia

AMO A TODOS LOS PUEBLOS DEL UNIVERSO. EL MAPAMUNDI ENTERO.

Apartado de Correos 359 Madrid

Valencia, 30 de septiembre 1965

Yo, más humilde, me conformo con amar a un par de seres humanos en toda su extensión. La energía primordial cósmica funciona de perlas. Y no me hace falta leer más libros de Reich. Ya soy una Orgona.

F.

Mademoiselle Brumario

ÍNDICE DE INFORMACIÓN

1. °. Diligencias instruidas contra el funcionario del Cuerpo General de Policía Don Trinidad López Douce, circunstancialmente conocido en el servicio bajo el nombre supuesto de «Ramiro Fonseca» hasta su destitución temporal a raíz de un expediente anterior (resuelto con una amonestación severa en enero de 1957), por encontrarse en relación presuntamente ilegal con un grupo de estudiantes y otros individuos no-matriculados en carrera alguna que desarrollaban tanto en los Distritos Universitarios de Madrid, Valencia y Santiago de Compostela, así como en París, actividades subversivas. Se acompañan tres cartas de contenido aparentemente amoroso dirigidas por el propio López Douce a una de las encartadas, Begoña Peiró Cholbi.

2. °. Copias de la comunicación del Juez Especial de Orden Público, y del Auto de Procesamiento dictado contra el ya mentado funcionario de Policía Trinidad, como encubridor del delito de propaganda ilegal, delito por el que se instruye Sumario separado contra Faustino Orduña

Nolla, Miguel Pardo Soto, Jorge-Manuel Giner Arregui— Letamendi, Begoña Peiró Cholbi y Antonio López Campillo, estos dos últimos en rebeldía.

Madrid, 17 de septiembre de 1968

INSTRUCCIÓN

En Madrid, siendo las diecisiete treinta horas del día veintinueve de agosto de mil novecientos sesenta y ocho, en los locales de la Primera Brigada de la División de Investigación Social, el Comisario Jefe de la Primera Sección de la misma, don Manuel Rivero Menoyo, como Instructor, y el Inspector Jefe— don Saturnino Yagüe González, como Secretario habilitado, proceden a dar cumplimiento a la diligencia ordenada por el limo, señor Comisario Principal, Jefe de la citada Brigada, don Isidro Galinsoga Reneses, en la que se requiere e invita al Inspector del Cuerpo General de Policía don Trinidad López Douce, con destino en dicha dependencia, para que aclare y explique cuantos hechos conozca en relación con las actividades de **FAUSTINO ORDUÑA NOLIA, ANTONIO LÓPEZ CAMPILLO, MIGUEL PARDO SOTO, JORGE MANUEL GINER ARREGUI-LETAMENDI Y BEGOÑA PEIRÓ CHOLBI**, así como de cuantas incidencias en relación con ellos haya transmitido a sus Jefes respectivos o hubiere dejado de transmitir.

Realizado el requerimiento aludido se inicia la instrucción del sumario, en la que el funcionario señor **LÓPEZ DOUCE** manifiesta:

QUE hallándose destinado en la Brigada Central de la División dedujo que en los medios intelectuales jóvenes había una cada vez más persistente y quizá fundamentada actitud contraria al Régimen, digna de ser investigada por la trascendencia que podría alcanzar en un futuro próximo de nuestro País y considerada ecuanímente en sus pros y sus contras. **QUE** dada la naturaleza cogitativa (= muy rumiada) de dichas actitudes juveniles, el declarante transmitió sus impresiones al Secretario Técnico de la División señor **COLOMA SARRIÓ**, por su relevante puesto dentro de ella y, aún más señaladamente, por su personalidad de periodista y escritor con sobrados timbres de gloria en las páginas del semanario **EL ESPAÑOL** y el diario **ARRIBA**, imaginando **DOUCE** que el mismo **COLOMA** podría valorar mejor las apreciaciones de carácter literario que, siempre justificadas por el curso de las labores policiales, le hiciera el funcionario declarante.

QUE como primera consecuencia de esa entrevista con su superior **COLOMA SARRIÓ**, se convino que el Inspector **DOUCE** se infiltraría en medios literarios y cinematográficos reticentes al Régimen, aprovechando la circunstancia de tener amistades en ellos y al mismo tiempo utilizar como justificativo la circunstancia de que un hermano suyo, **TIMOTEO LÓPEZ DOUCE**, fuere en su día un activista de izquierdas y se halle actualmente residiendo en Méjico como exiliado, tras haber estado en un campo de refugiados de Francia y viajar en un buque lleno de gente de letras republicanas hacia América. Llegado el caso en que, por algún desliz o imprevisto, el Inspector fuese sospechado de pertenecer a la Policía, tal probado vínculo familiar-fraternal contrarrestaría la sospecha. Y **QUE** el señor **COLOMA SARRIÓ** juzgó muy astuta dicha sugerencia, calibrando positivamente el hecho de que el Inspector **LÓPEZ DOUCE** se introdujese en esos medios en tanto que persona culta y madura (tiene en la actualidad 55 años), pues consideraba que es mejor de dicho modo que como sucedió en un intento anterior de su propia División, en la que seis funcionarios jóvenes, recién ingresados en el cuerpo de Policía y formando una Unidad Especial, se infiltraron en células universitarias de las agrupaciones ilegales **FELIPE** y **FUDE**, siendo inmediatamente descubiertos por su falta de cultura, su baja extracción socio-económica y su castellano elemental, afirmando **LÓPEZ DOUCE** (ante las protestas del Comisario Jefe **RIVERO MENOYO**, que considera el dato de nulo valor) que él escribe y habla el Francés y el Portugués, teniendo nociones suficientes de Inglés, Latín Clásico y Filosofía Escolástica.

QUE el señor Secretario Técnico **COLOMA SARRIÓ** aceptó asimismo que **LÓPEZ DOUCE**, a fin de hacer convincente su personalidad alternativa, pudiera encarnar o al menos aparentar una idiosincrasia desligada de las normales actividades policiales, aun reconociendo **COLOMA** que esta encarnación de una exenta vida propia por parte de **DOUCE** iba contra las costumbres y modos de la organización administrativa policial. También el mismo **COLOMA** recabó a tal efecto de la Superioridad que el funcionario **DOUCE** pudiese desplazarse con la frecuencia precisa a París, a Bia—rritz, a Ibiza y a Málaga, petición que fue desestimada.

PREGUNTADO el Declarante si, pese a tal desestimación, y aprovechando los permisos naturales en su trabajo, viajó por cuenta propia en más de una ocasión a la provincia de Jaén, al Sur de Francia y a Málaga, relacionándose allí con una sombrerera que alternaba en su tienda con turistas extranjeros de sexualidad desviada y con algunos toreros a quienes no les importaría el advenimiento del Comunismo en España, **MANIFIESTA** que estuvo por primera vez en Marbella en mayo de 1961, donde hizo buenas migas con **DOÑA ANA DE POMBO**, anticuaría con título nobiliario y una

«boutique» de Alta Costura donde se confeccionaban tocados de boda y había clases particulares de castañuelas artísticas, conociendo tangencialmente en la misma al pintor francés, en efecto amanerado, **JEAN COCTEAU**, que estaba allí realizando por encargo de **POM—BO** unos paneles decorativos españolísimos para la «boutique», con motivos pictóricos de la Fiesta Nacional, el flamenco y el Mediterráneo. **QUE** efectuó un viaje a Jaén en la Navidad de 1965 por averiguar los preparativos de un homenaje multitudinario a **ANTONIO MACHADO**, homenaje efectivamente realizado en febrero de 1966 en el pue—blecito de Baeza y debidamente controlado (y reprimido) por las fuerzas combinadas de la Guardia Civil y la Policía Armada, que sacó numerosas fotografías de los intelectuales e intérpretes de la **CANCIÓN PROTESTA** allí presentes. Y **QUE** el año pasado, coincidiendo con la celebración del Festival de Cine de San Sebastián, estuvo con el apoderado taurino comunista **DOMINGO DOMINGUÍN** y unos amigos de él del mundillo del cine en Biarritz, donde jugaron todos en el Casino a la Ruleta y compró **DOUCE** libros prohibidos del Existencialismo, pero que el haberlo hecho respondía a una voluntad de disimular y ganarse la confianza de dichos elementos, animado por el deseo de recabar datos sobre los preparativos de una película con la que **LUIS BUÑUEL** volvería a rodar en suelo español un argumento de **PÉREZ GALDÓS**, temiéndose que esa anunciada película, **TRISTANA**, pudiera causar el mismo escándalo que en 1961 tuvo a escala europea su blasfema **VIRIDIANA**.

En un raptó de sinceridad acompañado de lágrimas, **MANIFIESTA** a continuación **LÓPEZ DOUCE** que aun siendo su única y primordial finalidad servir a la causa de nuestro Régimen y a los designios de esta su Brigada, sufrió a finales del pasado año de 1967, cuando ya estaba

casi cuatro años infiltrado en los ambientes marxistas, una crisis de conciencia que le llevó a carecer del conocimiento suficiente para determinar su verdadera personalidad en el sentido ideológico, si bien en todo momento actuó con lealtad hacia la División de I. S., sin que el hecho de no haber enviado Notas Informativas en el orden cronológico i requerido o haberlo hecho sobre asuntos accesorios indique dejación o mala idea, sino que era Imposible. **MANIFIESTA** a continuación **DOUCE** que está él ahora preparando un informe global de sus más recientes actuaciones, que hará llegar a la División a su debido tiempo, y éste sí repleto de datos cargados de significación.

PREGUNTADO si ha conocido a fondo a **ORDUÑA NO—LLA, PARDO SOTO Y GINER ARREGUI** y si es cierto que en cierta fecha sin determinar del año 1966, jugando todos al bacarrat en el Casino de París después de haber asistido a un espectáculo de cabaret can-can en el **MULIN ROUGE**, **DOUCE** les confesó a los otros supuestas aventuras «versallescas y rijosas» relacionadas con su empleo de Policía (que por esa baladronada reveló), tales como:

Una, haber participado en una vigilancia especial al Príncipe Don Juan Carlos de Borbón y Borbón en Estoril. *Dos*, asistir a un baile de disfraces en casa del filósofo de Falange Eugenio Dors en el que los invitados portaban falditas griegas cortas y ellas el seno descubierto, algunas con alas de pluma de oca pegadas a la espalda con engrudo. Y *Tres*, jugar al póquer en una timba ilegal con autoridades locales en Cartagena.

MANIFIESTA que no rotundamente a las dos primeras y respecto a la última que no fue así, sino que visto el ambiente de rivalidad encarnizada y el altísimo monto de los envites, se ausentó del improvisado salón de juego, unas dependencias de la Congregación Mariana cartagenera, logrando, en la confusión de las partidas de naipes, el alcohol generosamente regado y el humo de los puros,

acostarse él con la querida del Presidente de la Diputación de Murcia.

INSISTIENDO los interrogadores en la pregunta de si, hubiese por medio o no cabaret de can-can y partidas de póquer, **LÓPEZ DOUCE** reveló su condición de Policía a los encausados **FAUSTINO ORDUÑA** y demás, **MANIFIESTA** ser cierto «con reservas», ya que, extendida a principios del año 67 la sospecha de que pudiera él tratarse de un confidente de la policía española, sospecha debida principalmente al **LÓPEZ CAMPILLO** a raíz de una trampa que éste le tendió, consistente en preguntarle a bocajarro por la «Sagrada Familia», a lo que **DOUCE** no supo qué decir, insistiendo **CAMPILLO** en hablar del nombre de pila del «Santo Padre», a lo que **DOUCE**, por el temor de meter la pata, tampoco dijo nada y prefirió adelantar acontecimientos y presentarse ante ellos en efecto como un agente de «la Social» que había perdido completamente la Fe en su «trabajo represivo» y estaba dispuesto a traicionar a los suyos (=esta **División**) poniéndose del lado de los opositores al Régimen como ellos, proporcionando a tal efecto las informaciones y ayudas que le solicitaran y les fuese de utilidad para escapar al acoso policial (lo que, **MANIFIESTA**, de ningún modo estaba él, **LÓPEZ DOUCE**, dispuesto a hacer). **ACLARANDO** de paso, para información de esta D.I.S., que «Sagrada Familia» es el mote que entre sí dan los Comunistas a su partido, y «Santo Padre» el Secretario General del mismo, a todos los efectos **SANTIAGO CARRILLO**.

PREGUNTADO a continuación por qué no comunicó esa supuesta estratagema a sus superiores, **MANIFIESTA** que por considerarlo un truco de poca monta dentro de su plan general, pero que ya tenía escrito un «memorándun» en clave dirigido a su enlace **COLOMA SARRIÓ** comunicándoselo, «memorándun que no tuvo tiempo de cursar.

PREGUNTADO si por mediación de **ANTONIO LÓPEZ CAMPILLO** y de la novia de éste, señorita Evelyne, se entrevistó en Madrid con el periodista francés de religión Calvinista **MARCEL NIEDERKAN**, del diario anti-español **LE. MONDE**, y por qué tuvo otros contactos con el auto-calificado corresponsal en Madrid del mismo periódico, el subdito portugués **JOSÉ ANTONIO NOVAIS**, **MANIFIESTA** que a fin de fortalecer su postura de policía (falsamente) dispuesto a colaborar con los círculos anti-franquistas, no habiendo en ningún caso revelado datos de verdadera substancia a esos periodistas.

PREGUNTADO si es cierto que el declarante, dentro de su reconocido plan de «camuflaje», señaló a algún universitario madrileño que pudiera estar vigilado por funcionarios de esta Brigada, **RESPONDE** que en pura realidad no es cierto que haya en ningún momento realizado lo preguntado con carácter concreto.

PREGUNTADO concretamente si a finales de marzo de 1968 dio aviso a la joven estudiante comunista **BEGOÑA PEIRÓ CHOLBI** de que se iba a proceder a su detención inmediata al regreso de un viaje a las Fallas de Valencia adonde había llevado abundante material de propaganda ilegal para repartir en dicha ciudad a su enlace local del Partido, **RAMÓN BONORA BRÚ**, hijo del Secretario General del Ayuntamiento de Valencia, pudiendo por el aviso escapar a la vigilancia establecida la tal **BEGOÑA**, actualmente huida de la justicia, **RESPONDE** con un largo silencio de varios minutos, sin que la insistencia del Comisario y el Inspector encargados del interrogatorio le haga recuperar el habla.

PREGUNTADO entonces, para ver si se le refrescaba la memoria y rebajar la tensión visible en su rostro, que en dónde conoció a la **BEGOÑA**, sigue sin hablar, baja los ojos al suelo, y

al fin **RESPONDE** que fue hace casi cuatro años en París en un café de nombre Bull Micht que estaba en la esquina de un bulevar y la plaza de Saint-Michel, junto al río Sena, formando ella parte de un grupo de españoles anti-franquistas en los que el declarante, con grave riesgo de su vida, se había infiltrado.

PREGUNTADO, al verse que había recobrado el uso de la palabra, si era cierto que dos días después de esa reunión en la Cafetería parisina Le Bull Micht el declarante, con motivo de la visita oficial a Francia del Excmo. Sr. Ministro de Información y Turismo Don Manuel Fraga Iribarne, acompañó a la citada **BEGOÑA** a una manifestación ante la Embajada de España en París en protesta, muy reducida en número de participantes, por la supuesta muerte provocada del sanguinario cabecilla comunista **JULIÁN GRIMAU (que es sabido se suicidó él mismo en las dependencias de la D.G.S. en la Puerta del Sol)**, habiendo el declarante unido su voz a la de ella para gritar «Fraga Iribarne asesino», «¡Abajo la dictadura de Franco!», «Vuestra única paz está en los cementerios», «25 años de crímenes fascistas», entre otras consignas anti-españolas, **RESPONDE** que sí, pero que le extrañaba la pregunta, como si los interrogadores, policías avezados, ignorasen «el Catón» (sic) de las infiltraciones policiales, en las que el infiltrado ha de seguir la corriente de los elementos a los que vigila y aun excederse en ella para hacer verosímil la falsa personalidad adoptada.

PREGUNTADO entonces si era cierto que, al margen de las labores de infiltración y demás, la comunista **BEGOÑA** despertó en él un interés de índole amorosa, correspondido por la chica, y que una vez intentó llevársela al picadero parisino del muy conocido en esta División **ANTONIO LÓPEZ CAMPILLO**, vuelve a incurrir, más brevemente, en el mutismo, **MANIFESTANDO** al fin que sus sentimientos personales sólo a él le conciernen, pero que en ningún momento esos deseos, de haberlos tenido, pusieron en peligro la seguridad de esta División y la buena marcha de su Misión, siendo el declarante en todo momento sabedor, **AÑADIÓ**, de la profunda brecha ideológica que le separaba de **BEGOÑA**, de la que se deshizo en elogios sobre su inteligencia, cultura y «coraje equivocado», y de la diferencia de edad de más de treinta años entre él mismo y la muchacha en cuestión.

Se le **MUESTRA** entonces al declarante la primera de las cartas adjuntas al sumario:

Mlle. Begoña Peiró Cholbi

6, rué de Mezières. Paris VI

Paris 10.9.1964

Cher Mademoiselle Brumario:

Mañana, si has terminado de leer a Marx, podíamos ir al cine, tñ eliges la película y yo pago las entradas. No hace falta que se enteren Campillo, Orduña y los otros. Luego te invito si quieres a cenar. Espero que este correo «pneumatique» sea tan rápido como dicen en la Poste. Mi teléfono ya lo tienes, y estaré toda la tarde en el hotel.

Ramiro

Begoña Peiró Cholbi Apartado de Correos 359. Madrid

Madrid, 7 de enero de 1966

Chère Mademoiselle:

¿Por dónde paras? Te propongo quedar algún día del Brumario o Fructidorio que tú digas. Mientras, te mando este poema que te he escrito:

Alba de un largo día sin crepúsculo
Manantial de las aguas de mi vida
Sol reflectante en arcos del deseo.
Noche sin ti no es noche, es agonía.
Pájaros del oeste, llevad mi amor herido a otro cielo más hondo donde sueñan los mirlos.
Sólo así habitarla la verdad de lo vivo.

Ramiro

B.

Si tu piel es de nácar y gelatina tus dedos, no hay más remedio que completar la cita de un poeta hoy olvidado y concluir que tu esencia es:

S-A-L D-E E-S-P-A-Ñ-A

LEÍDO lo anterior y **PREGUNTADO** si la última frase de la última carta a B. (desgraciadamente encontrada en un registro domiciliario posterior a su huida) no era un soplo para que la procesada **PEIRÓ CHOLBI** huyera del país antes de ser detenida, **MANIFIESTA** el declarante haber efectivamente enviado «cavilaciones poéticas» a la **BEGOÑA**, más con ánimo de juego literario que otra cosa, no conteniendo la última ninguna delación o advertencia sino sólo una «butad» de tipo «ultraísta» utilizando versos de un Gran Falangista, el **CONDE DE FOXÁ**.

PREGUNTADO por último si conoce o ha conocido en algún momento el paradero de la citada **BEGOÑA PEIRÓ CHOLBI** en los más de cinco meses transcurridos desde su huida en marzo de 1968, los ojos se le vuelven a poner rojos, vuelve a irse por los Cerros de Ubeda, reacciona con cara de asco a sus interrogadores, intenta marcharse del despacho, teniendo que ser sujetado por los mismos, y sólo **MANIFESTANDO** al salir arrastrado fuera de la habitación lo siguiente: «**YA ESTOY HARTO DE TRAICIONAR A MI MÁS PROFUNDO SER.**»

Dándose por terminada esta exposición de hechos, que una vez leída por sí mismo, la firma de conformidad, con el Instructor, de lo que como Secretario, doy certificación.

Madrid a 29 del mes de agosto de 1968

EXCMO. SR. DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD MADRID.

ESCRITO REMITIDO A LA DIRECCIÓN GENERAL POR EL JUZGADO ESPECIAL DE MADRID

AUTO.- Madrid 3 de octubre de mil novecientos sesenta y ocho, **VISTO: y,**

RESULTANDO: Que el Inspector del Cuerpo General de Policía **DON TRINIDAD LOPEZ DOUCE**, que en los últimos años estuvo adscrito a la División de Investigación Social de la Dirección General de Seguridad, hizo amistad de un carácter demostrablemente temerario o íntimo con una serie de individuos también encausados, haciendo dejación de sus labores de policía, anteponiendo sentimientos personales a su sagrado juramento, y revelando datos de carácter nocivo para su propio Cuerpo.

CONSIDERANDO: Que los hechos relatados a través y como consecuencia del juicio valorativo provisional que ha efectuado el Instructor, Comisario Jefe Don Manuel Rivero Menoyo, se ofrecen como constitutivos de delito de propaganda ilegal de los artículos 251 y 253 del Código

Penal, apreciándose indicios racionales de criminalidad, en concepto de autores, contra **FAUSTINO ORDUÑA NOLLA, MIGUEL PARDO SOTO, JORGE MANUEL GINER ARREGUI-LETAMENDI, ANTONIO LÓPEZ CAMPILLO** y **BEGOÑA PEIRÓ CHOLBI**, estos dos últimos en paradero desconocido, y en concepto de encubridor, apartado 1.º del número 3.º del artículo 17 del Código mencionado, contra **TRINIDAD LÓPEZ DOUCE**; por lo que, como secuela obligada de lo preceptuado en el artículo 384 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, debe declarárseles procesados.

CONSIDERANDO: Que en atención a la trascendencia pública y alarma social de los hechos sumariales y a la condición de Inspector de la División Social de la D.G.S. del encubridor señor **LÓPEZ DOUCE**, no obstante corresponder a éste, según el artículo 54 de aquel Código Penal, la pena inferior en dos grados, debe decretarse su prisión provisional hasta que preste la fianza que luego se dirá.

Vistos los artículos citados y demás aplicables de la Ley Procesal Penal.

SU SEÑORÍA dijo: Se decreta la prisión provisional e incondicional de **BEGOÑA PEIRÓ CHOLBI** y **ANTONIO LÓPEZ CAMPILLO**, y para que se lleve a cabo, puesto que están en paradero desconocido, llámeseles por requisitorias, que se publicarán en los Boletines Oficiales del Estado y de la provincia, fijando un ejemplar de la misma en el tablón correspondiente de este Juzgado, e interesándose su busca y captura a la Policía. Con este particular búsquese ramo separado.

Se decreta asimismo la prisión provisional del procesado **TRINIDAD LÓPEZ DOUCE**, de la que podrá librarse si presta fianza metálica de once mil quinientas pesetas; y para que se lleve a efecto si no prestara esa fianza, o hasta tanto que la preste, líbrese mandamiento al Señor Director de la Prisión Provincial de esta capital. Fórmese otro ramo separado con este particular

Lo acordó así y firma el señor Don Acisclo Carriedo de la Gándara, Magistrado, Juez especial designado por el Tribunal Supremo para la instrucción del presente sumario. Doy fe.

Autógrafo: **ES COPIA LITERAL.**

El Secretario:

Firmado y rubricado: **ILEGIBLE.**

Señor Don Ramón Bonora Brú Calle Conde Altea, 12, 3.º A Valencia Spanien

Basilea 18.10.1968

Estimado Señor:

Tengo el placer de comunicarle por medio de esta carta oficial que la Facultad de Humanidades, departamento de Historia del Arte, de la Universidad de Basilea ha tenido a bien aceptar su solicitud. También le comunico que, de manera excepcional y en atención a sus circunstancias especiales, la beca concedida es válida a partir del próximo 1 de enero de 1969 y no, como resulta habitual, desde principios del presente curso académico 68/69. Su vigencia es de dos años prorrogables a partir de la fecha arriba señalada.

Como usted ya conoce por comunicaciones anteriores, el disfrute de la beca de alumno postgraduado también implica su participación activa en las labores docentes (seminarios, cursos extraordinarios), con un máximo de cinco horas lectivas semanales. En los próximos días recibirá usted otra carta con especificaciones referentes a su viaje, alojamiento y contactos académicos en Basilea.

Le saluda atentamente

Roberto Calzada Weiner (Profesor asociado de Historia del Arte)

Querido Moncho: disculpa el estilo solemne. Aunque el castellano es mío, la formulación es germánica. La cosa ha sido dura de sacar, ya te explicaré, pero lo conseguimos. Ahora bien: te advierto que se te acabó la «edad dorada» de la vida de estudiante. Aquí te haré trabajar de lo lindo, aunque sólo sea para demostrar a mis colegas suizos que mi alumno predilecto está a la altura de su antiguo profesor. ¿Cómo va lo del pasaporte? ¿No habrá «interferencias» de última hora? Un fuerte abrazo, Roberto

Miguel Soler Miravet 63, Tooting Bec Road London SW 16 Englánd

Basilea, 1 de febrero de 1969

Querido Migue:

Perdona que haya tardado casi un mes en escribirte, pero el lío de instalarse en el piso, los primeros papeleos en la facultad y, encima, el frío, me han tenido un poco acogotado. Lo del frío es tremendo para un chico mediterráneo como yo; ayer hizo 8 bajo cero, y a mis compañeros del departamento les parecía que, como el sol salió un rato, el tiempo era bueno. Fui andando a la universidad, que está cerca de casa, y al llegar me había olvidado de que tengo orejas. Sólo cuando el bedel de la entrada me dijo algo y no le oí, empecé a darme cuenta de que aquellos dos témpanos pegados a la cabeza se me podían caer a pedazos de un momento a otro.

Pero ya te iré contando más cosas de mí, de Roberto, que se porta de maravilla como tutor y amigo, y de esta ciudad, que se vislumbra preciosa bajo su casquete polar. Ahora te quería comentar mi viaje en tren el día 2 de enero, una odisea en todos los sentidos. Al llegar a Portbou tenía bastante canguelo, y eso que se supone que mi pasaporte está en regla y el teniente-coronel amigo de mi padre

que trabaja en el Gobierno Militar me había dicho que, de surgir problemas policiales, podía recurrir a él. El paso de la aduana fue pesadote y larguísimo, pero la cara de buen chico afeitado, el traje, la corbata, dieron el pego, y mi «ficha» no salió a relucir. No así otro viajero del mismo tren, un señor de unos 50 años con muy buena pinta, como de inglés bohemio aunque era catalán, que había subido en Barcelona; a él le retuvo la policía, y al final vi desde la cantina de la estación que se lo llevaba la Guardia Civil.

Pasadas las doce de la noche salimos por fin en el expreso de Cerbére a Ginebra, y el cambio a la democracia se notó enseguida. El revisor parecía un soldado colonial con su gorra de visera y sus botones plateados, el vagón— restaurante estaba abierto y dos señoras estupendas bebían solas champán, y los trenes franceses, aunque no han abolido del todo la lucha de clases, lo más bajo que tienen es 2.^a. Un campesino de un pueblecito al lado de Mérida, Lobón, con el que estuve hablando en el andén mientras esperábamos el expreso me contó que llevaba 22 horas viajando en tercera clase desde que salió de Badajoz. Yo tenía litera, pero como a mí me resulta imposible dormir en un tren me di un paseo y acabé metiéndome en un compartimiento de asientos corridos donde había luz y voces españolas. Allí volví a encontrarme al hombre de Badajoz, y a su lado un tipo bastante siniestro que dijo ser zaragozano y viajante de relojería; para mí, y ya sé que me vas a llamar «maníaco persecutorio», que era uno de la brigada políti— co-social en misión de espionaje a los emigrantes. Pero yo del que te quiero hablar es del cuarto compañero de vagón, que fue toda la noche sentado frente a mí.

El mismo nos pidió que le llamáramos Angélico, y no es ningún niño. Tiene 26 años, nació en Vélez-Blanco, un pueblo de Almería muy cercano a la provincia de Murcia, está casado desde hace tres con Mari Lola, su novia «desde chiquiticos», se le cae la baba con su niña de 18 meses, que se llama igual que la madre, y casi lo primero que me dijo (el extremeño y el policía secreta se durmieron pronto) fue esto: «Yo he sido un hombre muy *desgraciao* siempre, pero ya me he cansado de serlo. Por eso voy en este tren» (sus palabras te las traduzco un poco, porque su andaluz «amurcielagado», como él dice, cuesta a veces entenderlo). Entre Cerbére y Lyon le dio tiempo a contarme también que es analfabeto y huérfano de madre, que tiene una hermana mayor casada en Bilbao y un padre «que para verlo hay que saber dónde está la taberna con el vino más barato del pueblo», y que él empezó a hacer «chapuci— llas» a los 13 años pero nunca ha tenido un trabajo con sueldo más de tres meses seguidos. Por su zona la tierra «está más seca que la garganta de estos dos que van ahí roncando». Salió por primera vez del pueblo para hacer la mili en Almería, y así vio el mar. El mar, después de sus dos Lolis, es lo que más le ha gustado hasta ahora del mundo. Por eso al acabar el servicio militar se buscó un trabajo de pinche de cocina en un chiringuito que dos maricones ingleses muy simpáticos ponían todos los veranos en el rincón más bonito de la playa de Aguadulce («lo que tengo de cocinillas se me pegó de ver a mi madre haciendo virguerías con unas pocas patatas y una raspa de boquerón»). Con el dinero ahorrado en esos tres meses le «dio una valentonada» y se casó. Pero cuando el verano siguiente, con la niña recién nacida, se presentó en Aguadulce para volver a trabajar en los fogones del chiringuito, resulta que el maricón mayor se había muerto ese invierno de un «estroque» al corazón («nada que ver con los toros», me aclaró Angélico muy serio), su socio había cerrado el negocio, y en el rinconcito de la playa estaban construyendo un hotel. Volvieron él y sus Lolis a Vélez-Blanco, él probó suerte como jardinero en el Parador de Mojácar, pero le echaron porque «no distinguía una mimosa de una raposa», y entonces se acordó de su primo, el hijo de un hermano de su madre, que había emigrado seis años antes a Suiza y le iba bien. «Estar ya sólo dos noches sin ver a mis Lolis me rompe el alma, pero peor era verlas

delante de mí en aquella porquera donde malvivimos y sin poder darles de comer.» Después de Lyon se quedó dormido.

Llegamos a la estación de Ginebra a las siete de la mañana. El de Badajoz tenía que coger un enlace a Lucerna, donde trabajará nueve meses de portero en un hospital., el maño nos regaló antes de bajarse un reloj suizo de muestra a cada uno, lo que aumentó mis sospechas de que era un *secreta*, y yo invité a Angélico a desayunar. Nuestro tren a Basilea salía una hora después. Lo curioso es que, sin haberle yo dicho apenas nada de mí en toda la noche, no me dejaba abrir la boca, Angélico lo adivinó todo: «Yo me voy de España porque no tenía ni para un huevo frito, y tú te largas para que no te frían los cojones esos que yo me sé.»

Al llegar a Basilea se produjo una situación humillante. A mí me estaba esperando Roberto al pie del tren, pero a un grupo numeroso de inmigrantes obreros, Angélico entre ellos, les esperaban unos señores de uniforme, oficiales del servicio cantonal de sanidad, según me dijo Roberto. Las autoridades suizas quieren estar seguras de que la mano de obra que importan no está en mal estado. Allí mismo en el andén nos despedimos con un abrazo, después de dejarle yo mi dirección escrita en un papel.

Acabo aquí esta carta, pero el personaje de Angélico continuará. Ya nos hemos reunido un par de veces desde la llegada, y con él me divierto de lo lindo. Recibe ahora un abrazo cálido desde el Polo Norte de

Moncho

Miguel Soler Miravet 63, Tooting Bec Road London SW16 Englañd

Basilea 23 de febrero de 1969

Querido Migue:

Me dan envidia las cosas que cuentas de Londres, ese *Hamlet* en el teatro de Stratford, las películas de Godard y Kurosawa en el cine de Hampstead... aunque tú digas que trabajar todas las noches lavando platos en el restaurante te deja poco tiempo para salir. ¿Sabías, por cierto, que Godard es suizo? Yo le hacía parisino, a lo mejor porque lo único que he visto de él es *À bout de souffle*. Basilea, ahora que poco a poco voy conociéndola, está muy bien en cosas de arte: espléndido el Kunstmuseum, con mucha pintura cubista que a ti, más que a mí, te entusiasmaría. Para ir al cine o al teatro mi alemán está aún demasiado verde. A ver si puedo hacerte una visita en Londres antes de que te canses del «washing up» y te vuelvas a Valencia. La verdad es que yo ahora, después de lo que me tocó vivir, no echo nunca de menos nuestra ciudad. Ha pasado casi un año y aún tengo pesadillas con la mano del comisario Diago acercándose a la cara su puro encendido. Tú te libraste de todo aquello, pero ya te lo contaré cuando nos veamos, pues en una carta se perderían los detalles más horribles.

He seguido viendo a mi *compañero de viaje* Angélico. El sábado pasamos la mitad del día juntos, un paseo por la ciudad antigua, con visita a la catedral incluida. Es un bonito edificio gótico de piedra arenisca rojiza y cubiertas de ladrillo policromo, que desde el otro lado de Rhin aún luce más airoso. Angélico enseguida le sacó punta: «¿Tú te crees que esta Catedral Roja sería posible en nuestra España? Ya la habrían pintado de amarillo.» Aunque él no quería, al final se dejó invitar a comer. Está tan delgado. «Para ser un palico tengo mucho palique, ¿verdad?» No sabes la gracia que tiene este hombre al hablar, por mucho esfuerzo que yo haga en repetirte fielmente sus frases. Me

descojono cada vez que abre la boca, y cuando se va me quedo triste, porque detrás de su bulla andaluza le veo algo trágico. No se adapta al frío de aquí, ni al alemán, ¡muchísimo menos que yo, que puedo hacerme entender en el tranvía!, ni a la falta de sus «lolis». Ni al trabajo. Angélico trabaja de momento de albañil, aunque su primo, que se ha casado con una suiza y está, según él, «forrao en astracán», le ha prometido emplearle el año que viene en un negocio que está montando; «a ver si pillo un trabajo de esos que se hacen con el culo pegado al asiento, y no gastando las patas». Lo del año que viene es por la ley que sólo permite a los emigrantes del grupo A como Angélico estar nueve meses de cada año en Suiza. Cuando se acaba ese permiso de temporero tienen que volver a su país de origen, aunque luego pueden, si consiguen trabajo, regresar aquí. Yo soy un privilegiado. Tengo un permiso especial, del tipo B, que dura doce meses y se renueva anualmente si la universidad me sigue pagando la beca.

Después de comer quise acompañarle a su casa, pero se negó, de una manera un poco brusca, extraña. Así que nos despedimos y yo me fui a trabajar un poco al despachito, vacío en sábado, que comparto con otros dos becarios canadienses. Y es que este departamento que me ha acogido es no sólo de alto nivel intelectual sino muy cosmopolita. Hay otro profesor español, por cierto, un tipo mayor que me he cruzado dos o tres veces en la facultad pero sólo te saluda, si tienes suerte, con la cabeza y no habla. Roberto le respeta y admira mucho y dice que es una autoridad mundial en los estudios sobre Goya, aunque reconoce que el personaje es un poco raro. Parece que fue un represaliado de la Guerra Civil y pasó más tiempo en la cárcel que enseñando, hasta que se hartó y se fue de España a finales de los 50. Estuvo primero en París, donde hizo el doctorado con Francastel en la Sorbona y le publicaron en los primeros años 60 los de Ruedo ibérico un libro importante, que ha tenido repercusión internacional, sobre *Goya y las figuras de la libertad*; gracias a eso y otras publicaciones que tiene obtuvo aquí un puesto de investigador hecho un poco a su medida. Como es tan excéntrico y nunca habla ni contesta, aquí le han sacado el *Doctor Caprichos*, y su despacho, que está muy cerca del de los becarios, lo llaman «La Quinta del Sordo».

Yo, aunque sí hablo y hago vida social, también debo de parecerles a mis compañeros de departamento un marciano, o peor, un pelota «filo-suizo», por trabajar sobre la obra de Jacob Burckhardt. Pero haber elegido para mi tesina ese tema de historiografía decimonónica que tú encontrabas plúmbeo, en vez de algo moderno como el Dadaísmo o el Pop Art, me ha salvado la vida. Y en el fondo creo que a mis superiores, y en especial a Roberto (no olvides que es de madre suiza y fue quien me metió la idea en el cuerpo, haciéndome leer en 1.º de Comunes *La cultura del renacimiento en Italia* de Burckhardt), les halaga que un joven licenciado de la inculta y cerrada España de Franco se interese por un erudito suizo que, encima, para mayor suerte mía, era de Basilea y dio clases en esta misma universidad.

Abrazos de tu amigo

Moncho

Miguel Soler M.

63 Tooting Bec Rd. London SW 16

Englánd

Basilea, 4 de marzo 1969

Aún no te habrá dado tiempo a contestar mi última carta, Migue. Esta postal no es el mejor

Picasso del Kunstmuseum, pero sí el cuadro favorito de Angélico, con el que hoy lo he visitado. Según mi amigo almeriense estos *Dos hermanos* de la época azul somos nosotros dos, yo llevándole a él a caballo porque aunque él sólo tiene veinte meses más que yo, a mí, dice Angélico, todo lo que sé me hace grande, y la ignorancia, a él, «un enanico». Al salir del museo compré *Los dos hermanos* por triplicado. Una postal se la regalé a Angélico, la segunda es para ti, mi Otro Hermano, y la tercera la guardaré yo.

Abrazos,

Moncho

Miguel Soler Miravet 63, Tooting Bec Road London SW 16 Englañd

Basilea, 5 de abril de 1969

Querido Miguel:

Me acabo de enterar por una llamada de mi padre de que Bego fue detenida la semana pasada y está en la cárcel de mujeres de Madrid. Ya sé que tú y ella nunca os llevasteis bien, pero déjame que me desahogue contigo, y te cuento de paso, sin temor a que ningún facha meta sus narices en la correspondencia, todo lo que pasó mientras tú estabas haciendo yoga y fumando canutos en Goa.

Ya sabes que yo me metí en el PC por ella y con ella, aunque menos convencido que ella. No me arrepiento. A nivel universitario en Valencia se pudo hacer algo, no mucho, ni siquiera a ti te convencí, pero en los dos veranos, el del 65 y el del 66, que estuvimos clandestinamente en Praga y Bucarest, aprendiendo y organizando, y también obedeciendo mucho, yo me sentí útil. O me sentí, a ti te lo digo, *importante*. La única sombra era Faustino Orduña, el Juez que no sabía nada de Derecho, el Extraordinario Novelista que no había escrito ni una línea, el Gran Cerebro Marxista que tenía mucho más desarrollada la polla que la teoría. En el primer verano yo creo que Bego sólo admiraba su discurso teórico, pero en el 66, en una visita de Faustino a Valencia durante el curso, el día de la primera gran mani contra la Guerra de Vietnam —a ésa sí viniste— y después, cuando Bego y yo volvimos a cruzar el «Telón de Acero», ya tuve claro que la *praxis* la practicaban ella y él en la cama. Rompimos del todo en febrero del 67, un mes más tarde de que tú también rompieras con la facultad para irte a la India. Entonces no te entendí, ya lo sabes, y creo que te hice pagar aquella noche que estuvimos hablando horas, andando sin rumbo, hasta llegar a la Malvarrosa, el mal humor y la frustración que yo tenía por lo de Bego. Te acusé de escapista, de mal amigo, de traidor y no sé de cuántas cosas más. Ya sé que me perdonaste, y no sabes qué alegría me dio recibir tu primera carta de Londres en marzo del año pasado. Leer tus aventuras por el sur de la India y ese mes haciendo de Robin— son Crusoe en las Islas Andamán me divirtió y hasta me calmó, porque precisamente en esos meses, de marzo hasta junio, yo viví el infierno de la detención y el expediente académico. Por eso no te contesté. Y por prudencia, para proteger tu buena reputación de hippy que no se mete en política, toda una garantía para no ser molestado por el Comisario Diago y sus esbirros *sociales*.

Como tú, Begoña colgó Románicas y siguió su otra carrera política, pero se había hecho tan importante en el Partido que yo ya ni siquiera tenía contactos con ella. Pero en marzo del 68, aprovechando el desmadre de los días de Fallas, apareció por Valencia, me llamó y quedamos citados, por indicación suya, dentro de la Lonja, como si fuéramos dos turistas interesados en el gótico valenciano. Traía, por decirlo así, órdenes de fuera, de Lo Más Alto, y un manifiesto del

Comité Central, más antiimperialista que anti-franquista (por aquellos días se supo lo de la matanza de My Lai en Vietnam), que había que imprimir en ciclostil para repartirlo por todas las facultades el primer día después de las vacaciones de San José. Me hizo gracia, y ella, que estaba muy seria, también sonrió, que los papeles del comunicado estuvieran dentro de un tubo de aluminio, como los de los puros habanos. Así habíamos traído y llevado ella y yo, cuando hacíamos juntos la revolución, muchos documentos, y Bego solía entonces bromear con la forma fálica de los tubos. Una vez, volviendo como dos señorones en coche-cama desde Alemania, Bego sacó el cilindro, que estaba sellado, y me propuso un juego erótico. El tonto fui yo, que me escandalicé y todo, aunque al final acabamos follando en la cama de arriba, que era la suya, sin necesidad de tubos metálicos.

Aquel 17 de marzo me llevé a casa el manifiesto entubado, mientras Bego volvía a desaparecer, haciéndome responsable a mí de toda la campaña. El mismo día de San José había yo organizado con dos compañeros, a la hora de la *mascletà* de la Plaza del Caudillo, ir al piso que tenía el Partido camuflado en la calle San Francisco de Borja para hacer las copias a ciclostil. Pero esa madrugada, antes de las 7, se presentó en mi casa el mismísimo comisario Diago con dos tipejos y una orden de registro. Menos mal que estaba yo solo en casa; papá odia las Fallas y aprovechaba para pasar esos días con su padre, mi abuelo, que acaba de cumplir 91 años, en Jérica, y la criada Tere también se había ido «de permiso» a su pueblo. Claro que cuando al día siguiente llegaron, cada uno por su lado, papá y Tere, no pude ocultar lo que había pasado, porque la casa estaba toda revuelta por el registro, mi cuarto en particular como si por él hubiera pasado un huracán. Pero el cabrón de Diago no me pudo detener (ese día), porque no encontró nada comprometedor ni, mucho menos, lo que buscaba. Lo que *había*.

Yo me acordé, cuando llegué a casa con el tubo de Bego, de una historia, no sé si real o legendaria, que mi pobre madre solía contarnos desde que éramos muy pequeños. La historia del mapamundi del abuelo Brú, que ella había tenido de niña y conservó siempre, y en el que, decía, su madre había escondido las joyas de la familia en la Guerra Civil, salvándolas de una manada de anarquistas que llegaron un día a la torre de los abuelos en Sitges. Lo curioso es que a Begoña, que había visto el mapamundi en mi cuarto, también le fascinaba, y muchas veces se sentaba delante del buró, encendía su lucecita interior e imaginaba viajes conmigo por Ceilán o Alaska. El mapamundi, decía mamá cuando ya, poco antes de morir, tenía la cabeza ida, «es para esconderse, no para viajar. Mi amiga Lali también se metió dentro de él un día y aún no ha aparecido».

Pues bien, el escondite funcionó, no sé si en el 37, pero desde luego el día de San José del año pasado. Mi buró quedó hecho una mierda, los libros por el suelo, los cajones todos abiertos, la ropa revuelta, la cama deshecha, pero ni siquiera al demonio de Diago se le ocurrió que el antiguo mapamundi de mi abuelo tuviera dentro un manifiesto del Partido Comunista de España.

Claro que ese día me enfiló, y cuando en mayo organizamos un acto informativo en la facultad sobre los sucesos de París, que acabó en manifestación, Diago me esperó, y a la misma cabeza de la mani, en la calle de la Nave, nos trincó a mí y a Manuel Cháfer. Al salir de las 48 horas en comisaría me enteré de que Begoña había criticado en Madrid, en una asamblea de la Facultad de Derecho, lo que estaba pasando en París, diciendo que era un episodio «de aventurerismo pequeño-burgués» y «trotskismo esteticista». En verano me contó Paqui Agui—lar, que ha seguido en contacto con ella, que los tanques soviéticos entraron en Praga el mismo día en que Bego salía de la ciudad. Eso fue lo último que supe del gran amor de mi vida, ¡hasta ahora! Yo acabé 5.º en septiembre, el expediente académico, con un poco de mano de mi padre, se desestimó, me devolvieron el pasaporte, y

Roberto, en plan Ángel de la Guarda, consiguió esta beca de postgraduado aquí. Te confieso que, más que olvidar los dos días en comisaría, los insultos y amenazas de Diago, las bofetadas en mi caso dentro de un orden (a dos camaradas de Derecho les rompieron a uno la nariz y al otro tres dientes), el hecho de salir precipitadamente en cuanto pude para Basilea fue para mí una manera de poner tierra por medio entre yo y Begoña, con la que seguía ¿o sigo? encoñado.

Pero ahora que está en la cárcel y nada puedo hacer por ella, me ha entrado esta nostalgia o angustia que tú has pagado.

Esta noche me emborracharé con el bueno de Angélico, él recordando a sus Lolis y yo olvidando a Bego.

Perdona a este llorón y recibe un fuerte abrazo de

Moncho

Miguel Soler Miravet 63, Tooting Bec Road London SW 16 Englánd

Basilea, 12 de abril, 1969

Querido Migue:

Te agradezco de verdad, mucho, que me llamasas ayer, para darme ánimo y eso. ¿Cuántas monedas tuviste que meter? Yo he llamado unas cuantas veces por teléfono a su amiga Paqui Aguilar, bueno, ahora se llama Francis, pero ella tampoco sabe nada de Bego. Parece que su hermano Guillermo iba a ir a visitarla en la Cárcel de Yeserías a finales de esta semana, y él podría contar algo. A lo mejor le llamo a él, ya me lo pensaré.

En medio de todo esto, que me ha dejado tocadísimo, ayer tuve aquí un sofocón, una palabra muy usada por mi madre, que aún me dura. Aprovechando que Roberto está de viaje, dando unas conferencias en Canadá, me llamó a su despacho el jefe supremo de la sub-facultad, el Dr. Ma—yer, un hombre ceremonioso pero amable para hablarme «con la cara descubierta». Está muy contento de tenerme en el departamento, la recomendación del profesor Calzada es para él una garantía, y en el trimestre que llevo aquí «he demostrado valioso conocimiento de una obra tan densa como la de nuestro gran predecesor Jacob Burckhardt». Pero... No sé si me doy cuenta, dijo, de que mi estatuto de becario fue desde el principio un poco excepcional, y eso requiere por mi parte una cierta «correspondencia». «Las ideas políticas de mis colaboradores no me incumben» —siguió diciendo Mayer, y te reproduzco, creo que fielmente, su discursito en perfecto francés— «pero iría en bien de todos nosotros, de la facultad y de usted mismo como miembro de ella el que, superados sus problemas con la policía española, no los tuviera con la suiza. Este país, incluso antes de adoptar en 1848 la Constitución Federal que lo mantiene unido hasta hoy, tiene una tradición honrosa de dar refugio: desde los hugonotes franceses que a finales del siglo XVII huían de la Francia que había revocado el Edicto de Nantes, hasta los anarquistas rusos como Bakunin o Kro—potkin. Muchos artistas e intelectuales rebeldes y valerosos como usted se vieron forzados por las circunstancias autoritarias de sus propios países a establecerse en los distintos —y democráticos— cantones de Suiza, no siempre respetando las leyes de la hospitalidad. No lo olvide, Herr Bonora, Suiza se enorgullece de su derecho de asilo, pero también de su neutralidad. Aprenda en eso de nuestros ilustres colegas españoles los profesores Enríquez Limia y Calzada Wainer, que también, como usted sabe, llegaron a este país hace unos años después de sufrir persecución política, en el caso del Dr. Enríquez, y habiendo sido expulsado de la universidad española por su militancia anti-franquista su

amigo el Dr. Calzada. Esta universidad, que exalta tanto la excelencia académica como la libertad de pensamiento, les acogió en su seno sin dudarle, y desde entonces ambos se dedican, con brillantez y yo diría que en exclusivo, a la investigación y la docencia. Aquí en Basilea hay mucha actividad sindical de inspiración soviética en los círculos de la inmigración proletaria. No se meta en asuntos turbios, "dans des affaires troubles".»

¿Qué te parece la filípica?

Después de ese *repaso* necesitaba dar un paseo y enfriar las ideas, así que, sin darme cuenta, fui caminando hasta el barrio de Riehen, donde Angélico me había dicho que vivía en un «hotel de obreros». No era desde luego la Basilea con «clase» (naturalmente burguesa) que yo conozco, pero tampoco resultaba un barrio deprimente o sucio. De repente oí hablar en gallego. Tres hombres de unos cuarenta años que tenían todo el aspecto de venir de trabajar de alguna obra en construcción. Me acerqué y les pregunté si conocían una residencia de trabajadores españoles que había en el barrio. Los tres se rieron de mí. «¿Residencia? Venga con nosotros, joven.» Los gallegos me llevaron a unos barracones de madera estos sí pobríssimos y angostos, situados en una especie de descampado fuera casi del barrio: ventanucos de cárcel, mucha humedad, instalaciones sanitarias con un nivel de higiene peor que el del meadero más sucio que te puedas encontrar en una estación ferroviaria de pueblo. Y ése era el dormitorio de

270 trabajadores temporeros. No quise buscar a Angélico allí, y me volví al centro. Abrazos,
Moncho

Miguel Soler Miravet 63, Tooting Bec Road London SW 16 Englánd

Basilea, 3 de mayo de 1969

Querido Migue:

Sí, sí, tienes razón, como visionario del socialismo y la lucha de clases debo ser un ingenuo. Dices que los gallegos y andaluces de Londres que no tienen como tú, como nosotros dos, el colchón de una familia burguesa que, de irnos mal las cosas, vendría en nuestra ayuda, viven igual de mal, si no peor, que mi Angélico. Tú trabajas de frega— platos en Chelsea porque te cansaste de ser «hijo de papá», pero nada te obliga a ello; en el peor de los casos podrías sacar en dos o tres convocatorias lo que te queda de 4.º y 5.º, preparar unas oposiciones y acabar de profesor de instituto en Alcira o Cheste. Mi salida de España no fue tan voluntaria como la tuya. Ya te conté en otra carta que Diago y sus esbirros me pegaron, pero no *mucho*, y sólo pasé dos días putísimos en comisaría. El nombre de papá y su cargo en el ayuntamiento pesaron más que mis «actividades subversivas» como delegado del Sindicato en la facultad. Y también gracias a sus contactos con la gentuza del régimen evité ir a la cárcel y perder el pasaporte. Totalmente de acuerdo.

Pero permíteme al menos un grito de indignación contra las sociedades avanzadas de la Europa democrática que están construyendo su prosperidad a base de gente como mi Angélico y los demás emigrantes del Sur pobre. Les pagan unos sueldos que para los emigrantes son un sueño, pero les tratan con menos deferencia que a sus vacas. Las rollizas vacas suizas tienen un establo permanente, no de nueve meses, y pueden vivir rodeadas de sus machos y sus terneros. Los temporeros, no. (Perdona el mitin; recuerda que anteayer fue el 1 de Mayo.)

Angélico reapareció, en cualquier caso. No le dije nada de mi excursión a los barracones, pero yo creo que lo leyó en mis ojos. Ayer quedamos a última hora de la tarde para tomar una cerveza en

un cafecito que hay frente a la Catedral Comunista, como ya llama siempre al rojizo Münster gótico de Basilea. Y estuvimos bebiendo en la terraza del bar, pues de repente esta ciudad gélida ha tenido su *deshielo*, y más que de primavera disfrutamos de unos días de verano, que aquí vuelven loca a la gente: los estudiantes de la facultad, por ejemplo, aprovechan cualquier rato entre clase y clase para tomar el sol casi desnudos en los jardines, quizá porque saben que la semana que viene tendrán que sacar otra vez la gabardina. Angélico, sin embargo, estaba melancólico, poco hablador. Al final le pude sacar el porqué. Me enseñó un papel timbrado donde venía su nombre, una dirección y unos horarios, que él, que no sabe leer, sabía perfectamente lo que querían decir. Tenía que pasar hoy una revisión médica obligatoria, y estaba muerto de miedo. Fres meses después del examen sanitario en la estación, la gente a la que se le detecta algún problema de salud tiene que someterse a unas pruebas con especialistas. «¿Qué coño hago yo si me encuentran algo malo y me hacen volver a Almería?

Anteayer le mandé a Loli el segundo giro postal en francos desde que estoy aquí. Para pagar deudas. No sabes, Hermano, lo *entrampao* que yo estaba allá en el pueblo.» No supe qué decirle.

Esta mañana me he presentado por sorpresa en el consultorio donde Angélico tenía la revisión. Me vio de lejos, desde la fila de trabajadores que guardaban una cola larguísima, y me sonrió. Yo no podía hacer nada por él, ni aliviarle la espera, ni convencer al médico, ni curarle la tos. Pero me quedé allí todo el tiempo, de pie como los demás, igual de nervioso que Angélico. Tres horas de miradas cómplices y algún guiño callado entre nosotros, mientras se oía un griterío en gallego, en italiano, en portugués y en muchos acentos del español andaluz y extremeño.

Cuando le tocó entrar al dispensario me fui a casa.

[Continúo la carta por la noche]

Hace tres horas ha llegado Angélico sonriente y con un documento en la mano. «La semana que viene cumplo 27 años, y éste es el regalo que me hacen los suizos.» La doctora que le ha examinado («en mi pueblo los médicos son todos tíos y no huelen a perfume de rosas») lo encontró sano. No tiene tuberculosis. Seguirá poniendo ladrillos y durmiendo en el barracón. «Y ahora tú, Hermano Mayor (me llama siempre así desde lo del cuadro de Picasso del Kunstmuseum), te vienes conmigo a que te invite a un par de rons con coca cola. Para que veas que el bacilo ese de Koch no puede con un vacilón como yo.»

Te escribo al volver del bar, y los «rons» han sido más de dos. Así que ahora acabo esta carta que empezó tan seria y reivindicativa con peor letra y más optimismo.

Abrazos,

Moncho

Miguel Soler Miravet

4, Petersham House, Harrington Road,

South Kensington

London SW7. Englánd

Basilea, 23 de junio de 1969

Querido Migue:

Esta vez me he retrasado en contestarte, pero ya te imaginas: el Final del curso, la presentación de los trabajos de investigación, la asistencia a Roberto en algunas de las tareas (corregirle los exámenes, que es lo que él querría, aún no puedo, por mi alemán insuficiente). Hubo también el sábado una recepción de fin de curso para profesores y alumnos del departamento, en casa del *unheimlich* Dr. Mayer. La fiesta me sirvió para ampliar considerablemente mi círculo de amistades femeninas, y también hablé un buen rato, la primera vez desde que llegué, con el esquivo Dr. Enríquez, que a mitad de la conversación sonreía incluso y me dijo que le llamara Alfonso. Es todo un personaje. Se tomó, mientras yo estaba a su lado, antes no sé, cuatro copas de un asqueroso ponche de frutas con alcohol que servían, pero a él le hizo efecto, pues se le soltó la lengua, dejó de ser el inquilino mudo de «La Quinta del Sordo» y hasta me contó el plan de su nuevo libro, que es algo que ni Roberto ni el Dr. Mayer conocían. Lo primero que me dijo es el título, *Tiranas, una historia teatral del retrato femenino*, y la verdad es que me pareció originalísi—mo. Enríquez parte de sus estudios de Goya, y fijándose en la galería de mujeres pintadas por éste ha llegado a la conclusión de que los grandes pintores occidentales (masculinos todos, claro) han preferido retratar a las mujeres, no sólo a las actrices y cantantes que el propio Goya, Mengs o los ingleses como Reynolds y Gainsborough solían pintar, como divas, quimeras, deidades, o representando roles apoteósicos, incapaz el artista, incluso los mejores, de captar la «indescifrable humanidad» de cada una de ellas. Le escuché casi una hora fascinado, y al final, al contarle yo mi plan de vacaciones, tuvo una reacción rarísima; se quedó silencioso, como él es de costumbre, repitió los nombres de las ciudades que yo le había dicho que pensaba visitar en Italia, y me cogió la mano. Y así, sin soltármela, me dijo: «Ramón, ten cuidado con la *Venus de Urbino* de Tiziano. Es el mejor cuadro de Florencia, pero su carne tiene un peligro mortal.» Y salió corriendo de la fiesta.

Te mando (a la dirección de tu nuevo fiat compartido, que al menos por el nombre parece más lujoso que el anterior) el plan completo del verano, después de unos últimos retoques. Me voy este lunes con una gente del departamento a recorrer el noreste del país: Lucerna, Zürich, Saint Gallen, para acabar la semana en el Lago Constanza, donde los padres de un compañero de piso, Ernest, con el que he hecho amistad, tienen un chalet; Ernest promete que nos podremos bañar como en una playa del Mediterráneo... Ya te lo confirmaré. Luego yo tomo un tren a Venecia, donde me reuniré con Hildegard, la estudiante de Química con la que estoy saliendo desde hace un mes, aunque de momento sólo estoy con ella por el Físico. La idea es patearse Italia desde el Véneto hasta Nápoles por lo menos, y no todo será «pizza, amor y fantasía». Me llevo los tres tomos de la vieja edición de Obras Maestras de *El Cicerone* de Burckhardt, Roberto asegura que sigue siendo una excelente guía artística para el viajero culto que hace las *italias*. Ya veremos si una científica como Hilde no se harta al cabo de una semana de tanta *pala* de altar y tanto museo. Desde Milán, con lo que nos quede del kilométrico, rumbo norte, haciendo primero una paradita en París, donde nos va conseguir una habitación barata para dos noches Francis, ex-Paqui. (Bego sigue en la cárcel.) Francis va a estudiar dirección de cine en París, y se ha liado con un cineasta muy experimental de Castellón de la Plana... ya ves cómo cambian las cosas en el reino de Valencia.

Como me dijiste que no nos confiáramos en esos días que todo el mundo viaja a Inglaterra, tenemos ya unos billetes de tren-ferry reservados para cruzar el Canal de la Mancha y llegar el 3 de agosto a la mítica Estación Victoria, donde tú estarás esperándonos con una puntualidad británica. Yo estoy libre de obligaciones académicas hasta el 30 de septiembre, así que el resto del verano me dejo guiar por Hilde y por ti, que sois mis dos faros en la vida, aunque para perderme la prefiero a

ella...

Anoche tuvimos Angélico y yo nuestra despedida antes del verano. Se empeñó en invitarme él a cenar, pero «comida auténtica de Almería cocinada por estas manos». Como ya te imaginas que las posibilidades de hacer alta cocina regional en los barracones donde vive son escasas, quedamos en mi casa; sólo estamos ahora Ernest y yo, y Ernest se pasa el día —y las noches— con una novia que vive a veinte kilómetros de aquí, al otro lado de la frontera con Alemania. Eso sí, Angélico lo compró todo, incluso el vino (de Rioja). Un banquetazo. De primero hizo «moraga de sardinas en escabeche con almejas», de segundo, «aguasal de cordero», y para postre quería sorprenderme con una típica «torta de chicharrones», pero no encontró en ningún mercado de Basilea el «material», así que *sólo* me pudo ofrecer unas rosquillas de anís. Seis horas se pasó en la cocinita del piso, sin dejarme a mí meter ni la nariz. Todo estaba riquísimo y abundantísimo. Menos mal que yo tenía en casa un aguardiente suizo de ciruelas prunas de 45 grados, y así, copita a copita, fuimos bajando un poco la cena mientras fumábamos, pues Angélico, que era antes un fumador empedernido y lo dejó del todo con lo de la tos y las revisiones médicas, ahora ha vuelto al tabaco. Está muy bien de aspecto, ha engordado, la tos se le ha ido, y parece más contento que nunca. Excepto cuando le salen las «lolis» en danza por la cabeza.

Angélico nunca pide nada, pero anoche, por primera vez desde que nos conocemos, me pidió algo, y le daba vergüenza decírmelo. Al final se lo saqué. Quería que yo le escribiera una carta, dictada por él, a su mujer Loli. «Será la primera carta de amor que le escribo en mi vida.» Le pregunté si en los seis meses que llevaba en Suiza no había tenido ninguna comunicación con ella, y me dijo: «Claro que sí, hombre. Yo no sé escribir, pero soy cojo— nudo pintando monos. Nada le tengo que envidiar al Picasso ese... Una vez por semana le mando una postal de aquí, de sitios de Basilea y de toda Suiza, con dibujos míos por detrás para que los vea ella y se los enseñe a la pequeñaja, que así por lo menos puede jugar con los monigotes de su padre. Y alguna vez le pongo un aviso de conferencia a la tienda de la María del Mar, una vecina que tiene instalado el teléfono, y hablamos unos minuti— cos. Esta vez quiero escribirle de verdad. ¿Lo puedes hacer por mí? Con una condición, que a lo mejor no quieres. Al final le voy a poner que la carta la he escrito yo, porque aquí, aparte de ganar dinero, me han enseñado a leer y a escribir. ¿Te parece un engaño muy puto? La pobreti— ca ni se dará cuenta de la mentira, porque como ella también es analfabeta y tiene que ir a que se la lea Don Matías, el de la farmacia, no podrá comparar con otras la letra de señorito que tú tienes.»

Ya te imaginas mi respuesta. Y ahora voy a hacer algo que espero no sea una violación de la intimidad de nadie. Te reproduzco «mi carta de Angélico», sólo para que tengas más datos de lo maravilloso que es este hombre. La letra del borrador que fui tomando mientras él «dictaba» es mía, pero las palabras son todas tuyas.

Sra. Doña María Dolores Luján

Cuesta de San José nº 6, bajo

Barriada José Antonio.

Vélez-Blanco. Almería. Spanien

Basilea, 28 de junio de 1969

Loli, mi amor:

Me acuerdo de ti, pero de ti como eras la primera vez. En aquel campo detrás del cementerio, que tuvimos que arrancar unas ortigas para echarnos juntos en la tierra, y el primer día de Aguadulce, cuando tenías el bombo de la Loli— iia y yo te tapé los ojos por todo el camino hasta la playa, y así el mar te cogió de sorpresa. Me gustó mucho que en vez de quedarte a mi lado mirando las olas como una tonta, que es lo que hice yo la primera vez que lo vi en Almería, tú me soltaras la mano y te fueses corriendo a la orilla a tirarte al agua, sin saber nadar. Aquí no pienso en otras, y eso que las suizas tienen las piernas largas y son aún más rubias que aquellas extranjeras que te regalaron un bikini en el chiringuito de Aguadulce. Cuando voy por la calle y veo a una que está muy buena yo cierro los ojos, y así paso a su lado tan tranquilo, haciéndome el «dormío».

Te quiero tanto, Loli, tantísimo, que esta carta es de mi puño y letra. Por ti y por la niña aprendo yo en este mundo lo que sea, hasta a escribir en chino.

Un beso muy fuerte que llegue ai fondo de tu boca y en toda la carica de la Lolilla, De vuestro
Angélico

Miguel Soler Miravet

Calle Canónigo Tárrega 29, 3.º A

Valencia

Spanien

Basilea 25/10/1969

Querido Migue:

Me quedan tres horas hasta la cita con Hilde, y hoy tengo ganas de escribir. Me parece que esto va a ser algo más que una carta.

No te imagino en Valencia, después de haberte visto tan suelto, tan bien aclimatado, en Londres. ¿Y qué pasará con Lucy, tu bella pelirroja irlandesa? ¿Te la vas a traer a Valencia? Si la traes, ten cuidado, porque la chica es explosiva. Con Hilde la cosa va regular; ya viste tú mismo en Londres las tensiones que había, seguramente por culpa mía, pero... Yo creo que no estoy enamorado de ella, pero al volver aquí y volver a vernos en otro plan más relajado, sin compartirlo todo las 24 horas del día, como durante el verano, mejoró nuestra relación. También te digo que Hilde sigue follando como Dios.

Me preguntas por Angélico, y no te puedo decir nada de él. Yo volví aquí, como sabes, a primeros de octubre, y me encontré un sobre con mi nombre escrito a lápiz, malamente pero en letra clara, y dentro un dibujo suyo imitando el cuadro de *Los dos hermanos* de Picasso del Kunst—museum. Al chico mayor, o sea yo, le había tapado el pito con un bañador, y debajo ponía la palabra «Angélico», con acento en la e; el niño en la espalda, él mismo, tenía un go— rrito de colegial como los que llevan los niños bien de Basilea, y su nombre, «Yo, Angélico». Y por la parte de atrás del dibujo, estas palabras literales: «Adiós Hermano Mallor esto lo escribo yo de verdad de la buena E ido a la escuela en verano Abrazos Angélico». Fui a los barracones de Rie— hen, su «hotel de obreros», y después de mucho preguntar un inmigrante cordobés que había coincidido con él en el último trimestre me dijo que Ángel Santos León (no sabes la coña que él hacía con su nombre y sus apellidos) estaba en España. ¡Qué tonto fui! No me acordaba del límite de los nueve meses del temporero. Le escribí una carta a la dirección de Vélez-Blanco, me acordaba de la calle y el barrio,

del número no, pero me la devolvieron al cabo de un mes con el sello de «ausente». No sé cómo encontrarle.

A quien sí veo ahora mucho es a Alfonso Enríquez, que sigue siendo a ratos un *Doctor Caprichos* pero disfruto hablando con él, escuchándole más bien. Alfonso se ha convertido casi en un amigo, y a su modo está siendo para mí el «relevo» de Angélico. Este trimestre da un seminario de postgrado sobre el tema de su futuro libro, *Tiranas*, y estoy asistiendo, en total somos cuatro en el aula, contándole a él. Pero nuestras mejores conversaciones trascurren fuera de clase. La semana pasada me invitó a tomar vino del Rhin en su apartamento, y esto ha sido un acontecimiento universitario: nadie de la facultad lo había pisado, y de hecho ni siquiera Roberto sabía dónde estaba (muy céntrico, en un último piso con una vista muy hermosa del río y la «Catedral Roja», es pequeñísimo y está abarrotado de libros, que a veces hay que pisar para moverte). Alfonso nunca habla de su vida privada, y dudo que la tenga. Siempre he pensado que es el típico erudito que sólo vive para investigar y escribir unos tratados muy sesudos. Lo contrario que Roberto, que sigue haciendo en Ba—silea honor a su apellido Calzada, pues tiene aquí, como ya la tenía en Valencia, una corte de estudiantes y tesinan—das girando a su alrededor como abejas, y para mí que cada semana elige a una reina entre ellas para hacerle la corte. Vamos, para *calzársela*.

Alfonso no habla de sí mismo pero me pregunta y se interesa por mis amoríos, y siempre lo hace como si quisiera saber, más que mis sentimientos, cómo son las chicas a las que he conocido aquí. De qué están hechas. A Hilde le ha cogido, sin haberla visto nunca, mucha simpatía, «por científica», dice él, aunque si la viera también le gustaría, creo «por física». Él está enamorado de un retrato, o eso parece. Detrás de un sillón orejero muy gastado que tiene cerca de la cama (el apartamento es una habitación en realidad, con el retrete y la ducha empotrados detrás de una mampara, y una cocinita mínima con todo el aspecto de no haberse usado nunca) hay en la pared una reproducción grande, tamaño póster, de la *Venus de Urbino* de Tiziano, pero alrededor de ella ha ido clavando con chinchetas y pegando con papel cello otras postales o fotos recortadas del mismo cuadro, haciendo como una especie de obra Pop Art que me recordó los collages de dianas y cifras pegadas de tu admirado Jasper Johns. Esa presencia icónica tan fuerte en un cuarto que sólo tiene libros, ficheros, papeles y ningún adorno, cerámica, figurita ni siquiera cortinas, resulta chocante, pero la noche del vino del Rhin, cuando le pregunté por su Venus de Urbino Pop, Alfonso escurrió el bulto, y sólo dijo, como si ése fuese mi interés, que la postal del cuadro que yo le había enviado, en efecto, desde Florencia este verano recordando su frase atropellada en la fiesta de la facultad, estaba allí. «Tu postal forma parte del cuadro, Ramón, si eso es lo que quieres saber. Pero ya no caben más Venus. El retablo está acabado.»

A Alfonso le gusta beber, aunque en la universidad tenga fama de monje. Yo diría que le gusta tanto que lo teme. Conmigo, de una manera o de otra, siempre encuentra la ocasión de beber, y el alcohol, como a todo el mundo, le hace hablador. Nos tomamos dos botellas y media de un blanco buenísimo entre él y yo, pero ni siquiera el vino le hizo entrar en confidencias amorosas; a mí sí, y Begoña, no tan enterrada en mi pasado como yo querría, volvió a salir a la superficie. A eso de la una de la mañana, que en Basilea es como si fueran las 6 de la madrugada española, me contó una historia extraordinaria de la guerra civil. Aquí se sabía, sin entrar en detalles como es propio del recato suizo, del pasado antifranquista, muy agitado, de Alfonso, pero lo que me contó esa noche en su piso no era un cuento político.

En agosto de 1936, Alfonso, que tenía entonces 26 años, se hizo, «por alguien que estaba muy

cerca de mí», de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, que tenía las oficinas en un bonito palacio isabelino de los marqueses de Spínola, en pleno centro de Madrid. Alfonso no se creía intelectual, aunque ya había dado algunas clases como ayudante en la Universidad Complutense, donde estudió con Tormo y Gómez Moreno, de los que siempre habla bien aunque fuesen tan franquistas. Pero al poco de entrar en la Alianza tuvo ocasión de hacer algo que, según sus propias palabras, «enderezó mi vida». La escritora María Teresa León (yo no la conocía, pero es la esposa de Alberti y, según Alfonso, muy buena escritora) pidió un día a los chicos y chicas que trabajaban con ella en la Alianza voluntarios para ir, la noche de la Virgen de Agosto, a Illescas, en la provincia de Toledo, a hacerse cargo de cinco *grecos* del Hospital de la Caridad de ese pueblo, que corrían peligro, como una gran parte del patrimonio artístico, de ser quemados en alguno de los asaltos a las iglesias y conventos o arder en un bombardeo de los Nacionales. Alfonso fue uno de los seis chicos, más una chica, que llegaron ya de madrugada al Hospital, entraron en la iglesia, de la que los curas se habían llevado todos los objetos del culto, para protegerlos se supone, y desmontaron las telas del retablo que habían estado allí, sujetas a los marcos de madera con unas alcayatas roídas por la humedad de los siglos, desde el 20 de agosto de 1603, cuando El Greco las entregó y cobró el precio fijado con los responsables del Cabildo: mil doscientos reales. Era una noche nublada, de un verano ya fresco, y la larga operación se hizo a la luz de las velas de sebo y la única linterna de campaña que María Teresa León había conseguido. «Todo muy Teotocópulos», fue la frase de Alfonso.

Esas pinturas, y otras que la Alianza se encargó de ir recogiendo y guardando provisionalmente dentro de unas cajas en los sótanos del Banco de España, pasaron todas por las manos de Alfonso, más de una vez. En el mes de septiembre, la Junta de Conservación del Tesoro Artístico llegó a la conclusión de que en aquellas cajas acorazadas las pinturas podrían «dejar de respirar» y deteriorarse, por lo que se decidió su traslado al Museo del Prado, y para entonces Alfonso, como *segundo* de María Teresa León, se había convertido en el encargado de manejar las valiosísimas obras maestras. Se trasladaron primero los *grecos* de Illescas, directamente a las salas de restauración del Prado; a las pinturas les faltaría el aire, pero sobre todo era preciso limpiar la capa de mugre vegetal, «los parásitos», algunos «de edad renacentista», que el tiempo y el descuido habían hecho crecer en la superficie. Los otros voluntarios

de la Alianza se fueron del museo una vez transportada la carga, pero María Teresa León y Alfonso quisieron quedarse a ver cómo Lola, la anciana restauradora-jefa, y Al— mudena, su ayudante, empezaban inmediatamente, «con una delicadeza maternal», la limpieza de las telas. Y se produjo un milagro, contaba Alfonso. La Virgen de la Caridad de Illescas, el cuadro central del retablo, apareció viva a los primeros frotos del aceite, y su manto se abrió de repente como una cabaña «para dar cobijo a unos ángeles con golillas que parecen caballeros, y a caballeros muy pálidos que parecen ángeles», la frase que dijo María Teresa León y Alfonso aún recordaba. Al lado de la Virgen de la Caridad, también el San Ildefonso cambió de color, ganando los dorados de la mesa de escribanía ante la que el santo se sienta un resplandor tan fuerte como el rojo carmesí del mantel.

Fueron tres meses, de septiembre a noviembre, dedicados a salvar, guardar, tocar y mirar muy de cerca a los viejos maestros que Alfonso había estudiado en su carrera y había visto reproducidos en blanco y negro o colgados en museos y capillas mal iluminadas. Durante unas horas, hasta que desaparecían en su escondite, los cuadros eran tan suyos como del artista, seguramente más, pues él sabía el destino, la fama, el juicio y los desperfectos que Doménico el Cretense o Velázquez ignoraban al acabar de pintarlos.

En la tercera semana de octubre, el cerco de las tropas de Franco se estrechó sobre Madrid, y cayeron en manos de los Nacionales Móstoles, Villaviciosa y Brúñete, quedando El Escorial en peligro. Directamente mandada por el presidente del gobierno republicano, Largo Caballero, María Teresa León tuvo que organizar urgentemente la retirada y traslado de las mejores obras del monasterio de San Lorenzo, cuyas techumbres estaban entonces muy mal protegidas contra el riesgo del fuego. Alfonso se acordaba perfectamente de la fecha, el 21 de octubre de 1936; del viaje en una camioneta y un pequeño Sedán negro de la Alianza, protegidos los dos vehículos por la escolta de guardias municipales mandados por el alcalde socialista de El Escorial; de los miembros de la expedición, María Teresa, el joven erudito Antonio Rodríguez Moñino, un técnico especializado y veterano, Don Marcelino Macarrón, y él mismo, que fue quien, una vez en las Salas Capitulares del monasterio, ayudó a Macarrón a descolgar primero el cuadro más difícil de mover, *San Mauricio y la legión tebana* de El Greco. Colocado en el suelo, tuvieron los cuatro, María Teresa, Moñino, el señor Macarrón y Alfonso, un momento de pánico: era tan grande que sería imposible trasladarlo sin hacerle daño. Alfonso aprovechó entonces las dudas surgidas y la conversación entre María Teresa y el especialista para agacharse, con su lámpara de keroseno en la mano, y observar como nunca nadie había podido las extraordinarias figuras de desnudo del segundo plano. No pudo examinarlas todas. Dejando a María Teresa aún dudosa, el señor Macarrón se puso a enrollar el lienzo con gran destreza, y en diez minutos San Mauricio, sus compañeros legionarios, los mártires ya degollados en el suelo, los soldados desnudos, los ángeles volantes, estaban dentro del cilindro metálico en el que viajarían desde El Escorial hasta Madrid.

A media tarde, ya casi acabando la tarea, oyeron por encima de sus cabezas el paso de unos aviones que el señor Macarrón, por lo visto entendido también en motores, identificó como Junkers de las fuerzas Nacionales. Guardaban en ese momento Moñino y María Teresa León unos códices árabes muy antiguos, mientras Macarrón y Alfonso envolvían, en lo único que había a mano, unos manteos negros traídos desde la Sacristía, dos pequeños cuadros de Goya que solían estar expuestos en la Casita del Príncipe. Al cabo de un minuto de silencio, inmóviles los cuatro, cayeron bombas, tres al menos, lejos, y, cuando el ruido de los Junkers alemanes desapareció, volvieron a su tarea. Sobre las siete y media se movieron por el fondo de la sala unas luces y unas sombras, pero María Teresa, que había reconocido las voces, hizo un gesto de tranquilidad. Con unos grandes cirios de la iglesia del monasterio aparecieron Rafael Alberti y dos escritores más acompañándole, José Bergamín y Arturo Serrano Plaja, que formarían también, con un tercer automóvil oficial, el convoy de regreso a Madrid. «Así viajamos, siete *intelectuales antifascistas*, unos más intelectuales que otros, repartidos en los dos automóviles, y siete pinturas, casi todas igual de magistrales, enrolladas y encerradas en la parte trasera de la camioneta: el *San Mauricio* y un Greco más, *El sueño de Felipe II*, los dos *goyas* de la Casita del Príncipe, el *Descendimiento* de Van der Weyden, el *Lavatorio* de Tintoretto y *La túnica de José* de Velázquez— quez», dijo Alfonso tratando de sonreír, pero con unos ojos tan ausentes del pisito de Basilea donde estábamos bebiendo que me dejó cortado, igual de nostálgico yo, que no había nacido aún aquella noche del otoño del 36, que él.

Quizá notó mi tristeza, porque entonces Alfonso añadió que durante el trayecto, compartiendo él el asiento corrido de atrás del primer coche con María Teresa León, quien, como siempre, olía a un suave perfume de violetas, ésta propuso un juego que Don Marcelino, sentado delante, no se molestó en secundar. El sí. «Ya que somos siete los custodios y siete las pinturas, ¿cuál de ellas querrías tú ser, Alfonso? Y digo *ser*, no colgar en tu casa o poseer. Yo ya sé cuál soy, pero te toca a ti decirlo primero.» El juego era tan difícil y tan entretenido que al llegar a la Ciudad Universitaria Alfonso

aún no había tomado la decisión, porque cada vez que empezaba a decidirse por una de las siete, María Teresa le recordaba los méritos de otra con tanta vehemencia, que él no tenía más remedio que volver a dudar. Poco antes de llegar a la esquina de Alcalá con Cibeles, Alfonso dio un saltito en el asiento y habló: «Seré el *Lavatorio*, un cuadro en el que puedes andar y perderte sin dejar de respirar su "aire ambiente", y la frase es de Velázquez, que se lo compró a los hijos de Tintoretto en Venecia. En estos momentos, la libertad de movimientos es un regalo, ¿no te parece, María Teresa?»

Los cuadros del Escorial fueron guardados también en el Prado, pero la noche del 16 de noviembre del 36 cayeron nueve bombas incendiarias en el techo del Museo, tres en los jardines, varias más en el césped que lo rodeaba, y tras una reunión de urgencia con Renau, que era el Director General de Bellas Artes de la República, Pérez de Aya— la, entonces al frente del Museo, y el subdirector del mismo, Sánchez Cantón, se decidió evacuar a Valencia la mayor parte posible de la colección del Museo. Y Alfonso, que se había bebido el último resto de la tercera botella del vino del Rhin, acabó así su relato:

«Una noche, mi último día de voluntario en esa misión de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, tuve durante sesenta minutos en mis manos *Las Meninas*. Fue el cuadro principal de la expedición que salió del patio del palacio de los Spínola, junto al gran retrato de cuerpo entero de Carlos V pintado por Tiziano, escoltados desde Madrid a Valencia por unos motoristas del Quinto Regimiento. Pero antes de meter *Las Meninas* en su estuche de madera protegida, antes de que María Teresa me diera un beso de despedida, un beso con aroma de violetas, antes de que ella y Rafael Alberti despidiesen a los conductores de las camionetas y a los soldados que las custodiaban, tuve una conversación muda con Velázquez, a quien le enfocaba todo el rato que duró con la linterna de minero que me habían dejado esa noche sin luna. Con el pincel en la mano y su ostentosa cruz de Malta en el pecho, mirándome fijamente a los ojos, Velázquez parecía estar riéndose por lo bajo de la Historia del Arte, que era lo que yo, con mi curiosidad, con mi respeto sagrado, pagado de importancia por la magnitud de esas operaciones de salvamento, aportaba esa noche. Tu erudición, muchacho, me decía Velázquez, tus libros y, si me aspas, hasta tu amor a la Pintura son poca cosa al lado de la Historia. Yo pinté *Las Meninas*, que por lo que me dices sale en todos los libros de arte, pero tú, tonto, esta noche estás haciendo la verdadera historia. Sigue en ella, y déjame a mí viajar departiendo con el viejo Tiziano, instalado tan ricamente entre los cardos y cuencos de los zurbaranes y el "aire ambiente" del Tintoretto, y tú vuelve a la realidad. No esa que se trasluce detrás de la puerta abierta al fondo de *Las Meninas*, sino la otra. La que está delante del cuadro y a la que yo mismo y mis infantas miramos con tanta curiosidad.»

Eran ya casi las tres de la mañana cuando Alfonso me echó prácticamente de su piso, porque yo habría seguido allí escuchándole hasta la salida del sol, que ese día, cosa rara en el último mes que llevamos de lluvias, salió. Delante de la puerta me comporté como un niño que no quiere que su padre le deje solo en la camita y apague la luz. No me has contado, le dije yo, lo que dijeron Alberti y León en el patio, antes de despedir al convoy. «Qué iban a decir. María Teresa hizo alusión a esa burda propaganda de los Nacionales, que aseguraban que estábamos requisando los cuadros de los museos y las iglesias para venderlos en el extranjero, y no para protegerlos de la guerra. Alberti estuvo un poco más demagogo, pero muy brillante, subrayando que el convoy que iba a transportar los cuadros del Prado a Valencia lo formaba gente humilde y sin estudios. "Vosotros", dijo Alberti, "sois los auténticos salvadores de la cultura española, no esos que dicen querer protegerla con la

espada del Cid y la bendición sediciosa de los obispos."» «Vosotros», seguía hablando Alberti por la boca de Alfonso, «hacéis verdad lo que os ha dicho Don Antonio Machado: no habláis tanto de patria, pero la defendéis con vuestra sangre.»

Y me empujaba, Alfonso, acabado el discurso de Alberti, hacia el rellano de la escalera, pero yo no quería irme aún. «¿Y qué hiciste al acabar tu misión de rescate de las pinturas con la Alianza?» «Ya te lo contaré otro día. Pero lo que te adelanto es que le hice caso a Velázquez. Una semana después de aquella parrafada que eché con él estaba yo pegando tiros en el frente.»

No sé si este relato es sólo de Alfonso o yo mismo, al contártelo con tanto detalle, me he querido involucrar en él. Espero que no te resulte demasiado pestiño.

Abrazos.

Moncho

Miguel Soler Miravet

Calle Canónigo Tárrega 29, tercero A

Valencia

Spanien

Basilea 30/11/69

Querido Migue:

Hoy no voy a extenderme mucho, para compensar un poco mi última carta, que más que carta era una disertación epistolar, y sobre todo porque finalmente sí que voy a pasar en Valencia las navidades. Mi padre hizo unas averiguaciones en el Gobierno Civil, y parece que las aguas están tranquilas. Allí tendremos tiempo de hablar. El 24 y el 25 serán días en familia, con papá y mis hermanos, que también acudirán a Valencia desde Albacete y Barcelona con marido y niños al completo (Luis se ha separado de su mujer), y el 2 de enero iremos todos al cementerio, pues es el aniversario de la muerte de mi madre. El resto de las vacaciones estaré muy libre, aunque tú a lo mejor, si va por fin tu bella pelirroja irlandesa a verte, serás el ocupado. Me ronda la mente ir a Madrid, pero lo más seguro es que no me dejarían visitar a Bego en la cárcel. ¿Querría ella verme? Esa es otra.

Te escribo en el despacho de la facultad, no en casa, como suelo hacerlo. Y tengo delante de mi mesa de trabajo dos «obras de arte», muy distintas las dos y cada una de ellas tratando de llevarme a su terreno. Una es más radiante y bonachona, la otra tenebrosa y quizá hasta demoníaca. De la primera ya me has oído hablar mucho: el cuadro de *Los dos hermanos* dibujados en una hojita de papel y dedicado al hermano mayor «Angélico» por el pequeño, Angélico. En el primer año de mi «destierro» basiliense me sentí, y a ti te lo he ido contando, unido por la imagen de los hermanos de Picasso a ese entrañable hermano que Angélico fue para mí. Su alegría y su gracia las tengo un poco olvidadas, aunque no es culpa mía, pero el dibujo (mi propia postal del cuadro la he perdido) le sigue manteniendo a mi lado. El Ángel Obrero de la Bondad.

De la otra «obra de arte» también sabes algo, pero menos. La sorpresa es que esté mientras te escribo colgada en la pared, encima de mi cabeza, como la reliquia de un turbio Ángel Caído. Es el collage Pop a lo Jasper Johns de la *Venus de Urbino* que presidía el apartamento de mi querido

Alfonso Enríquez. Y es que ha sucedido algo sensacional desde mi última y kilométrica carta, que por cierto ésa ni me la contestaste con la escueta postal de costumbre. No importa, soy yo el que prefiere cerrar más que abrir cartas.

El día 19 estaba leyendo en la biblioteca de la facultad y vino Alfonso a hacerme una señal de que saliera; él no quería entrar. Salí y fui con él hasta su despacho, sin cruzar palabra. Una vez dentro, y a pesar de que se le veía muy nervioso, Alfonso se sentó en su butaca giratoria, me hizo sentar enfrente, como a un estudiante que viniese a hacerle una consulta académica, y cuando iba a abrir la boca se paró. «No. Déjame que no te dé razones, ¿me dejas?» Razones de qué, le dije yo sin entender nada. Entonces se levantó rapidísimo de su butaca y acercó desde una esquina del cuarto dos bultos: una caja de cartón y una bolsa de plástico de los Almacenes Jelmoli, los más conocidos de Zurich, que envolvía algo muy bien embalado con papel de estraza. «Me voy, Ramón, me largo. Ya lo sabe el Dr. Mayer y mi casera, y quería que tú fueses la tercera persona en enterarse, porque además a ti te quiero pedir algo, a ellos nada. ¿Aceptas estos dos regalos sin valor del Doctor Caprichos? Son préstamos de larga duración, como los de los Grandes Museos a las pequeñas instituciones locales o ministerios, aunque no me quiero comparar con el Prado Disperso ni a ti con la Delegación de Hacienda de tu Valencia natal. Si me dices que sí, no hay nada más que hablar. Y si no quieres, tampoco.»

Alfonso se ha ido de Basilea sin más explicación, y yo le dije que sí. La bolsa de los Almacenes Jelmoli tenía dentro el collage de la *Venus de Urbino*. La caja, los seis archivadores con seis mil fichas de su libro *Tiranas*. Mi cotización académica ha subido mucho al saberse que yo era el depositario de los efectos personales del Dr. Enríquez, pero su desaparición tan brusca y su «legado» me han producido un dilema angustioso. No sé a qué Ángel quedarme. La figura de Begoña (ahí sigue) en una celda de Yeserías me recuerda que yo mismo no estoy ahora en la cárcel por pura chamba, gracias a un mapamundi y a los enchufes de mi padre. Begoña encajada entre la historia y la conciencia de clase. Para mí, sin embargo, el Ángel de la Historia lo representa mejor el querido Angélico, un símbolo espontáneo de la injusticia social. Frente a ellos dos, el Ángel melancólico y cenizo de Alfonso Enríquez, que, muy parecido al del grabado de Durero, observa toda la sabiduría del mundo cansinamente, como si las hermosas alas de su espalda no le sirvieran para ascender al cielo ni para huir de la tierra.

La duda tiene además ahora una manera práctica de manifestarse. Me acaban de ofrecer una beca de un semestre, a partir de enero, como investigador «in residencia» en I Tatti, otro gran chollo conseguido gracias a Roberto y, especialmente, a los buenos informes del ambiguo Dr. Mayer, con todos los museos, colecciones privadas y bibliotecas de Florencia a mi disposición, y otra belleza renacentista cerca, Christiane. Aún no te había hablado de ella porque antes quería estar seguro de haber acabado definitivamente con Hilde. Ahora lo estoy. Christiane es una ex-alumna de Roberto, ya graduada, que está haciendo una tesis sobre los prototipos femeninos de Botticelli a partir de las lecturas de Pater y otros Decadentistas ingleses. Estoy seguro de que Roberto tuvo un lío con ella y luego me la ha querido pasar, como si eso formara parte de las obligaciones de un becario. No me importa comer segundos platos recalentados cuando están tan buenos como éste.

¿Acepto la beca florentina, endulzada por las curvas botticellianas, o vuelvo a nuestro país a amargarme la vida? ¿Qué hago: Historia, o historia del arte? Me gustaría tener unas palabras con Don Diego de Velázquez, pero a falta de él confío en tu buen criterio para aclararme en Valencia.

Te veo pronto, un abrazo pre-navideño de
Moncho

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yaserías Paseo de las Delicias s/n Madrid

Valencia, 3 de mayo, 1969

Querida Begoña:

He estado esta mañana con tu hermano Guillermo, que venía de visitarte en Yaserías, y él me ha dicho que ahora sí te podía escribir.

No te pregunto cómo estás, ni yo te voy a decir cómo estoy. Sólo voy a contarte un cuento fantástico.

Hace once meses apareció en esta ciudad Antonio José Maenza, un chico de unos 20 años que venía de Zaragoza aunque es de Teruel, un sitio de donde no vienen personajes de cuento de hadas sino amantes desgraciados, pero qué se le va a hacer, así es, turolense.

Apareció de repente en el cine-club del Colegio de Farmacéuticos una tarde que hacían *El árbol del ahorcado* de Delmer Daves, en un ciclo sobre *El Oeste: los antihéroes*, y Maenza, que es como Antonio José se llama a sí mismo y quiere que se le llame, porque, según él, «los apellidos no tienen género, o lo tienen cambiado, como el mío, Maenza, que parece mujer y es hombre», como te decía, Maenza interrumpió la sesión gritando «¡El cine no es esto! ¡Fuera los Mercaderes de la Unica Iglesia creíble del siglo XX!», en una escena en que Gary Cooper le cura los ojos a la cursi de Maria Schell, que se merece estar ciega por lo llorona que es. Con esos gritos, Maenza consiguió que todos nos levantáramos de los asientos y el proyccionista cortara la proyección, y cuando se encendieron las luces del Salón de Actos descubrimos al cristo que nos echaba del Templo. No muy alto, pelo negro en greñas, bigote y patillas de pistolero mejicano, gafas de concha, un jersey de alpinista sin camisa debajo, pantalón de pana. Hubo gente que le insultó y le quiso hasta pegar, pero él hablaba de un modo tan diferente, tan agresivo y suave, tan sensible, que consiguió que los unos se fueran del Salón de la calle Conde de Montornés resignados ya a no ver la película, y los otros (pocos), como yo, Eduardo «Nuez» y Jaime Parra, a éste creo que no le conoces, le acompañáramos a un bar a tomarse un Cola-Cao con leche y coñac, que él llamaba el «Cóctel de Calanda» en homenaje a Buñuel, con el que estuvo la Semana Santa del año pasado. Una vez en el bar, Maenza apenas abrió la boca, aunque le dio a «Nuez» un papel escrito a mano allí mismo y que decía esto que te copio:

LAS CIUDADES QUE YA NO QUEREMOS AMAR HAN MUERTO. MIRAD ALREDEDOR DE VOSOTROS; NO QUEDAN MAS QUE EL CIELO Y LOS GRANDES TERRENOS MOVEDIZOS QUE ACABAREMOS POR DETESTAR. TOCAMOS CON EL DEDO LAS TIERNAS ESTRELLAS QUE PUEBLAN NUESTROS SUEÑOS. ALLA A LO LEJOS SE NOS DIJO QUE HABÍA TIERRAS PRODIGIOSAS: CABALGADAS PERDIDAS PARA SIEMPRE EN ESE FAR-WEST TAN ABURRIDO COMO UN CINE.

No sé qué pensó «Nuez», pero ai leer eso me sentí enseguida llamada por él, sigo con k palabrería católica, aunque al despedirnos esa noche Maenza ya no me parecía Cristo sino un Príncipe Encantador, un Príncipe pequeño, sudado y chillón como un sapito.

Desde aquel día no he dejado de verle un solo día, y la pequeña corte también la forman

conmigo «Nuez» y Jaime, al que ya ha contratado gratis para que sea el protagonista de su segunda película.

Maenza es director, pero él mismo advierte que tomar el papel de cineasta y desaparecer del mundo del cine es como

tomar el mundo del cine y desaparecer del papel de cineasta

A mí también quiere contratarme para la película. Como «maquilladora de palabras».

Besos.

Francis

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yserías Paseo de las Delicias, s/n Madrid

Valencia, 20 de mayo, 1969

Querida Begoña:

«ME SUBLEVO, POR TANTO, ME RAMIFICO»

Sigo con mi cuento fantástico de Maenza, aunque te hago antes un *flash-back* sobre mí misma para ponerte en antecedentes. El verano pasado, cuando ya no se sabía nada de ti, dirigí una película corta con un chico de quien te hablé en el «capítulo» anterior, Jaime Parra. Es de Castellón, aunque vive en Valencia, estudia Económicas y ha hecho cursos de dirección en una escuela de Londres. Aparte de cine hacemos otras cosas juntos.

Maenza seguramente nos influyó a los dos, pero en esa película nuestra no tuvo él que ver, casi todo el verano se lo pasó fuera de Valencia, viajando con «Nuez» y escribiendo los dos un guión, el de *Orfeo*, que luego te cuento. Jaime y yo rodamos *Mujeres: mudas* en Súper 8, y trata de tres chicas (eran tres amigas de la facul sin experiencia previa de actrices, aunque una lo quiere ser cuando acabe Semíticas) mirando a la cámara en plano fijo sin hablar, y entre los tres planos largos de ellas, de 3 minutos cada uno, se intercalaban unos informes escritos que describían los efectos fisiológicos y la duración de su último Mes. La película termina con otro plano de 3 minutos en el que yo misma, con una bata blanca de farmacéutica, miro fijamente al objetivo de la cámara sosteniendo en la mano una caja de pildoras antio— vulatorias. Mérida, que es de las tres la futura actriz, hizo su papel a cara descubierta, pero las otras dos, como les daba corte, salían con una venda en los ojos. No pudimos rodar la segunda parte, que tendría que haberse llamado *Mudas: mujeres*, y eran las mismas tres chicas cambiándose de ropa íntegramente, pero no mudas limpias, sino ya usadas, y contando a la cámara con su voz esas mismas experiencias del último Mes que habían tenido. Ninguna de las tres quiso.

Yo pensaba después escribir un guión que llevo en la cabeza, *Squatting*, sobre cosas de mi verano en Londres, pero llegó otra vez Maenza en septiembre a Valencia y nos raptó a Jaime y a mí como «obreros con conciencia de clase VIP» para el *Orfeo en el campo de batalla*, su segunda película. La primera que ha rodado, en Zaragoza, es una obra maestra, un largo que se llama *El lobby contra el cordero*, ¿no te parece genial ya el título? Cuando la proyectó aquí una tarde, el día de Todos los Santos del año pasado, en el sótano de la librería Viridiana, no sabes la que se organizó. Tres o cuatro se fueron a mitad, otros dijeron al acabar que era una chorrada, pero a Jaime, Eduardo «Nuez», Maite, Rafagé y a mí nos entusiasmó. Y no somos los únicos. En *Nuestro cine* han hablado muy bien de *El lobby en* un número doble que salió en enero, reconociendo que era el único ejemplo claramente político del cine independiente español, aunque yo no estoy nada de acuerdo con lo que el crítico, Molina-Foix (según «Nuez», que lo conoce personalmente, es «un formalista que no ha leído el Formalismo **Ruto**»), decía sobre las influencias godardianas en la fragmentación del relato, el uso de carteles, maquetas y citas y la espiral del relato que se hace a sí mismo. Maenza conoce bien el cine de Godard, pero Molina-Foix ignora que su inspiración está en Vertov y otros cineastas soviéticos del Agit-Prop, mezclándolos, y ahí se ve su originalidad, con los directores del *underground* de Nueva York.

El lobby contra el cordero empieza contando la historia real del rodaje de la propia película y de cómo un constructor de Zaragoza que está forrado la financia con tal de que se vea muy bien en las imágenes una máquina excavadora nueva, la «Yumbo», comprada por su empresa. A cambio de eso el «magnate» sólo dio 10.000 pesetas. La película entera se hizo con 20.000, una miseria. Lo

interesante es que más o menos hacia la mitad *El lobby* da un giro de 180 grados y se convierte en un relato meta-ficticio sobre la persecución que el propio director y su equipo sufren por parte de Ciertas Personas y Entidades Oficiales, que es lo que pasó en la realidad en Zaragoza. Otros detalles sobre el follón con una parte del material rodado que fue «decomisado» no te los puedo contar aquí, pero sí te cuento lo de Buñuel. Maenza y tres de su equipo se fueron en un viejo Seiscientos a Calanda, el pueblo donde nació Buñuel, al saber que éste iba a estar el Jueves Santo en el famoso ficstón de la Tamborrada, para entrevistarle. Lo que pasa es que Maenza tuvo un altercado con una pandilla de tipejos del pueblo que le acusaron de marica por llevar el pelo largo, y como es muy nervioso, se puso a gritar debajo del balcón de la casa de Buñuel, diciendo frases sólo para epatar: «Mao Tse Tung me va a enviar armas para armar la gorda, Checoslovaquia me apoya, el camarada Buñuel está conmigo.» Maenza pasó la noche en el calabozo del ayuntamiento, pero le soltaron por la mañana, sin problemas. El cuenta que el propio Buñuel intervino ante el alcalde de Calanda, y le ofreció, si volvía a tener problemas, pasaporte mexicano, pero eso ya me suena a trola de Maenza.

Ahora estamos metidos todo el grupo en el rodaje de *Orfeo filmado en el campo de batalla*, el título es de «Nuez», que también ha escrito la mayor parte del guión. Los más protagonistas son Jaime y Rafagé, éste además le ha prestado a Maenza su cámara de 16 mm, una Bolex Paillard de cuerda, una antigualla heredada de su padre pero que funciona. Yo hago varios papeles, delante y detrás de la cámara, y mañana tenemos un día fuerte, porque rodamos en el Studio Store con un grupo en vivo, Música Dispersa, y «muchos» figurantes, quince chicos bailando. Antes, por la mañana, me iré con Jaime en su coche y con Maenza y «Nuez» a localizar en el Perelló unas escenas de playa que haremos el lunes de madrugada, para que no haya gente.

Te seguiré contando.

Besos de Fráncis

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yaserías Paseo de las Delicias s/n Madrid

Valencia, 31 de mayo, 1969

Querida Begoña:

Ayer fue un día importante para la película y para mí, para mi comedura de coco con Maenza, que no se parece a nadie que yo haya conocido antes en mi vida, y nunca creo que volveré a encontrarme con alguien como él. A veces es un tirano con la gente, se lava poco, si te descuidas te despluma la cartera, pero yo siento por él una atracción grandísima. Su manera de hablar, que te pone contra las cuerdas y así te estimula, su cultura, lo sabe todo y lo ha leído todo, muchos autores antiguos y modernos que yo ni conocía de nombre. No le gustan las chicas, y lo dice así de claro. «Nuez» y él deben tener un rollo, pero a Maenza el que le gusta es Jaime, y le alabo el gusto, porque Jaime, ya lo conocerás cuando salgas, está más bueno que un pan, de cara se parece a Jim Morrison, el líder guapísimo de The Doors. ¿Has oído sus discos?; es el grupo de rock que ahora me chifla. Maenza quiere acostarse con Jaime conmigo delante, pero a Jaime le da corte. A mí no me importaría. Maenza me llama Diotima, y él y Jaime son Pausanias y Agatón, todos personajes del diálogo de Platón *El Banquete*, que ha quedado en prestarme en francés.

Por la mañana, a las 7, rodamos en el Perelló, y qué frío que hacía en la playa a esa hora. Salió el día nublado, y había mucho oleaje, pero eso le gustó a Maenza. Mientras preparábamos el plano

recitaba todo el rato unos versos de Góngora:

Yugo aquel día, y yugo bien suave, del fiero mar a la sañuda frente imponiéndole estaba, si no al viento dulcísimas coyundas, mi instrumento.

(No te había contado que Maenza, además del cine y sus lecturas, no para de leer, escribe también narrativa y poesía. Lleva doscientos folios de una novela que no nos quiere dejar aún, pero los poemas sí me los va pasando. Como está muy conectado con gente de Barcelona y Madrid le habían seleccionado para salir en una antología de poetas jóvenes llamada *Los Nueve Novísimos*, pero al final él mismo renunció a la propuesta de Josep M. Castellet, el crítico que hace la antología, y en lugar de él van a meter, fijate qué casualidad, a ese Molina-Foix que le alabó tanto en su largo artículo de *Nuestro cine*. A los Novísimos, dice Maenza, les gusta García Lorca y Aleixandre, las copas falsas y la calavera de los teatros, se analizan con el Dr. Freud y se despiertan con la Concha Piquer, y él, por el contrario, sólo pisa la Tierra Baldía, está Loco de Verdad como Nerval, Roussel y Ingebor Bachmann, toma para no-curarse la medicina del Dr. Faustroll de Jarry, y escucha los lamentos musicales del único gran asesino melódico que ha habido, el Príncipe Gesualdo de Venosa.

Aunque yo no he leído demasiada poesía, creo que Maenza es un poeta magnífico no sé si novísimo pero sí estupendísimo. Mira esto que me dejó el otro día:

es tan grande el deseo de no tener persona que tartamudeo para tener pendiente al mundo y así le incito a que me espere.

Yo le espero.)

Cierro el paréntesis de la literatura y sigo con el *Orfeo*. La película ya está prácticamente acabada con el rodaje de ayer, la gran carrera por la playa de Jaime, Rafa y yo, los tres Completely Naked, y el «ménage-à-trois» que hicimos por la tarde en el piso de Maite, mientras su madre estaba en la parroquia con la salve, el rosario o lo que fuera, del Mes de Mayo. No sé cómo quedará cuando acabe el montaje y le ponga la música del *Orfeo* de Monteverdi, pero hay escenas que nunca se han visto en cine. Parece que cuando rodó en Zaragoza *El lobby contra el cordero* Maenza provocaba a los actores para sacar de ellos reacciones inesperadas ante la cámara. Al protagonista le tiró en medio de un plano una bolsa llena de sangre de cerdo, y el chico se mosqueó mucho, como te puedes imaginar. La que hacía de madre moría aspirada por un secador de pelo, y parece que la actriz, una profesora ayudante de la facultad, casi se electrocuta. Esos sustos y peloterías los aprovechaba Maenza como «material artístico». A nosotros simplemente «nos despoja de lo Innecesario», citando a Bresson, que es católico pero hace un cine, según Maenza, de una desnudez formal concupiscente. La verdadera religión del cine, para Maenza, la predicán en la pantalla, con su cristianismo voluptuoso, Dreyer, Hitchcock, Rose— Ilini y Bergman, «los Cuatro Jinetes de la Sicalipsis».

Con quien sí es cruel es con Eduardo «Nuez». Hace unos días, después de una pelotera entre ellos dos por un aria del *Orfeo* de Monteverdi metida en la banda sonora de la película, «Nuez», a quien Maenza siempre llama, él dice que cariñosamente, «La Nuez», empezó a llorar de repente cuando íbamos por la calle Barcas. Y Maenza, sin darse cuenta, o dándosela, de que la pobre Nuez lloraba porque está enamorado de él, aún se puso más borde, acusándole de que no tenía oído para la música: «Menos Barcas y más

Calderones.» Eduardo entonces salió corriendo, a lágrima viva, y Maenza le siguió por el centro de la calle gritándole: «Basta seguir el consejo de Fred Astaire: Let Yourself Go!»

Lo único que queda por rodar del *Orfeo en el campo de batalla* es un plano de «metáfora en astracán» con Luis G. Berlanga. Maenza y Rafagé le vieron la semana pasada cuando Berlanga estuvo por Valencia localizando exteriores para una escena de playa de su nueva película, *¡Vivan los novios!*, y le convencieron para filmarle, cuando vuelva aquí en agosto, montado en una bicicleta por la calle del Mar y la Plaza de la Virgen, como sinécdoque del cine español culto que sólo hace equilibrios pactistas con tal de mantenerse en pie. Berlanga, que por lo visto es un «vi— valavirgen» y un cachondo, les dijo que sí, pero yo creo que se olió la tostada y al final no querrá prestarse a la encerrona.

Te manda un beso órfico

Fráncis

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yeserías Paseo de las Delicias s/n Madrid

Valencia, 11 de junio, 1969

Querida Begoña:

Maenza se fue a Barcelona, y yo y Jaime estamos preparando nuestro verano en París. Jaime quiere que rodemos allí otra película en Súper 8, pero yo no estoy segura de querer. Ahora todos en Valencia van a hacer cine independiente, Rafagé, Luis Fernández, Seguí, Narciso, y otros que no conoces. Pero a mí me tiene como paralizada lo que Maenza nos dijo el día antes de irse, «el cine independiente español ha nacido ya postumo, está a 20.000 leguas de ser actual, respira la imposibilidad de la Fiesta y ejerce la maldad de su escritura». Después de *El lobby* y el *Orfeo en el campo de batalla*, después de tratar a Maenza y leerle, me da miedo hacer nosotros algo que sea no sólo un tostón sino un cine pijo. Prefiero estudiar algún curso de realización y montaje cinematográfico, o meterme día y noche en la Cinemateca, y leer por lo menos a la mitad de los autores que Maenza me ha escrito en una lista de Imprescindibles. ¿Leíste tú en tus días parisinos al Barón Corvo, a Debord, a Perec, a Julien Gracq, a Daumal, a Blanchot, a Firbank? ¿Sabes lo que es OULIPO? Qué ignorantes somos.

A Barcelona Maenza ha ido a conseguir el dinero que le falta para terminar la sonorización del *Orfeo*; al final, como yo suponía, Berlanga no quiso subirse a la bicicleta. Pero también tiene otro proyecto de largometraje, *Hortensia*, su «Potemkin Situacionista», y un progre rico que se lo paga. Te confieso que yo estaría dispuesta a robar en casa o pedirle a mi padre una hipoteca para ayudarle, algo que no haría por mis propios Superochos.

Maenza, que ahora me llama siempre Diotima, la sacerdotisa de Mantinea, pero el muy egoísta no me presta *El Banquete* de Platón, me ha enviado desde que está en Barcelona dos postales. Una, un San Jaime coloreado por él y con su propia cara, de una foto de carnet, pegada en la cabeza del Dragón, decía por detrás: «Barcelona es cruel como el servicio militar y los campesinos de la estepa.» La otra era de un edificio modernista maravilloso que parecía de Gaudí pero era de otro arquitecto, Jujol, desconocido para mí, y tenía escritas estas tres frases únicamente:

La teoría estalla espontáneamente en la cama como

[en la calle.

Tener por mujer a la realidad práctica.

Un plano me resucita, un empalme me mata.

En el mismo sobre pero por fuera, seguro que porque se le ocurrió cuando ya lo había cerrado y en una letra microscópica para que nadie más que yo la descifrara, este slogan:

«el que entiende de política no entiende de cine y el que entiende de cine no entiende de política, ¿Cuándo se podrá hacer en España un cine para entendernos de cine y de política?».

Las dos las firma como Pausanias Platónico. Un beso de

Fráncis

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yeserías Paseo de las Delicias s/n Madrid

Valencia 22 de junio de 1969

Querida Bego:

Por fin nos vamos el miércoles a París Jaime y yo, pasando por Barcelona un día a ver a Maenza. Es increíble, no sólo le pagan *Hortensia* los dueños de los yogurts Da— none sino que ya ha empezado el rodaje en un chalet por la parte alta, cerca del Tibidabo. Debe tener bastante pasta, porque después de hablar por teléfono un rato, y llamaba él, me mandó esto en telegrama:

Cuando lleguemos a París te escribiré contándote el rodaje y todo lo que vea por allí. Un beso,

Fráncis-Diotima

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yeserías Paseo de las Delicias s/n Madrid

París, 6 de julio, 1969

Querida Begoña:

Llevo unos días en París y aún estamos sin dirección fija. Creo que la semana que viene nos cambiamos a una habitación ya para todo el tiempo, en la Rué du Bac... Luego le tengo que buscar algo a Moncho. Se interesó mucho por ti desde Basilea, donde ahora vive, al enterarse de tu «tropezón», me llamó más de una vez a Valencia, y quedamos en vernos aquí, cuando él pase a fin de mes hacia Londres. Si no le encuentro nada tendrán que dormir, él y su acompañante, en el suelo.

Desde que llegamos aquí he salido poquísimo. Sigo con la cabeza en Barcelona y en Maenza. La nueva película va a ser la... bueno, iba a decir otra cosa, pero pondré que va a ser im-pre-sio-nan-te. El día que llegamos hubo

un follón nada más llegar. Maenza quiso darle un beso en la boca a su Agatón, pero Jaime no se dejó, y entonces Maenza se volvió hacia mí y me dijo: «Y tú, Diotima, ¿por qué no cumples tu misión? Recuerda que eres la intermediaria entre Lo Mortal y Lo Inmortal, y este imbécil de Agatón no quiere que Pausanias le divinice.» La discusión era tan tonta que a mí ni me apetecía intervenir, y al final Jaime aceptó que Maenza le besara «un minuto y medio, hasta alcanzar al menos la mitad de la *parousía*». Pero por lo visto la cosa no se quedó ahí, Maenza mientras le besaba (con lengua) le quiso sacar el pito a Jaime, y Jaime apartó a Maenza de un empujón llamándole «maricón», lo que me pareció de un machismo asqueroso y me puse del lado de Maenza. Así que en las 48 horas en Barcelona Jaime desapareció, y sólo nos encontramos en la Estación de Francia para coger el tren a París. Ahora ya nos hablamos.

Maenza le ha quitado a Jaime el nombre platónico de Agatón, y ahora le llama siempre el *Lomo*

En esos dos días conocí, aparte de meterme a fondo en el rodaje, a gente bastante interesante: Carmen Artal, la prota de *Hortensia*, que ahora ya no se va a llamar así, sino *Béance* (por la teoría de la Gran Quiebra lingüística de La— can, que he empezado a leer estos días en París), dos escritores de allí, Enrique Vila-Matas y Félix de Azúa, que salen de actores, Cadena, otro que también hace cine, y el director de fotografía Manuel Esteban, que está trabajando con una película de alta sensibilidad creo que mangada de la televisión y con la que, usando la poca luminotecnia que tienen pero rebotándola muy bien, consigue una estética de blancos y negros que es lo que Maenza quiere para «una película de rostros pálidos y Mal de Aurora»; esto último es un juego de palabras muy maenziano, sobre Mal-Doror, *Los cantos de Maldoror*, el libro del Conde de Lautréamont, que lo van a sacar en Seix Barral pero yo ya me lo he comprado aquí en francés. También conocí a Pedro Portabella, productor de *Béance* y dueño de los Danone, aunque él mismo es interesante como director, dice Maenza.

Estuve, medio de ayudante, medio de curiosa, en dos escenas de la película. Una, pensada para el final, era el acto falico del objetivo de la cámara tomando posesión de Carmen, la protagonista, que estaba tumbada en el suelo, sobre los raíles del tróveling, *with no clothes*. La otra resultaba de lo más original, pues consistía en que ese Félix de Azúa, un tío alto, rubio y con un perfil que más que griego es una greca (según Maenza, que le llama siempre Pó— lux de Azúa), cantaba las *Variaciones Goldberg* de Bach, una por una. Lo fabuloso es que la obra, yo no la he oído nunca pero Maenza dice que es lo Más Minimal del Máximo Genio Johan Sebastian, no es música vocal, sino de piano, y Azúa tenía que ir cantando sobre la melodía original puesta en un tocadiscos, con letras que Maenza le iba diciendo en voz alta, improvisando, aunque el propio Félix/Pólux añadía palabras suyas. Mientras cantaba, Azúa se quitaba el jersey de cuello de cisne, él no quiso enseñar más, ni quedarse en calzoncillos, al contrario que Carmen y la otra prora, Emma Cohén, que se lo quitaron todo, y la secuencia acababa con la última de las *Variaciones*, que hubo que repetirla tres veces porque Azúa se reía cada vez de la frase de Maenza, o se la decía de coña en catalán, y al final Maenza le dejó que metiera de letra otra cosa, unos versos del mismo Azúa, que Félix leía, y muy bien, de un libro suyo. Aún me acuerdo de cómo empezaba: «Estás triste, los desnudos no te afectan, y sus caricias resbalan por tu dorada piel.»

Por la noche, al acabar el rodaje, no sabes el lío tremendo que se montó, porque cuando la gente ya estaba saliendo del piso en la zona del Ensanche donde se rodaba (grande, vacío, de techos de escayola, acojonante como decorado), dos del equipo, Enrique Vila-Matas y otro, dijeron que les habían robado. Enrique, que había estado rodando su papel con un chaquetón largo afgano chulísimo por cierto, no encontraba el chaleco con cuatro bolsillos de seda bordados encima que se había quitado por el calor, dejándolo encima de una banqueta. Al otro, que se encargaba de los focos, le había desaparecido la cartera con dinero que llevaba dentro de una bolsa de tela con es— pejitos, de esas en bandolera estilo Hindú. Parece que no era la primera vez que desaparecían cosas, y yo nada más decirlo ellos supe quién estaba detrás de la «usucapión», palabra maenziana para el usufructo. Entre todos obligaron a Maenza a abrir el maletín de «médico rural» que lleva siempre, ya lo tenía aquí en Valencia cuando vino la primera vez, y allí estaban el chaleco de Vila-Matas y la cartera. Maenza se quedó tan fresco, y les dijo: «¿Es que no habéis leído a Cervantes? O habréis leído sólo el Quijote, que es lo peor que escribió. Leed el *Viaje del Parnaso*, su obra más "mallarmeana", y ahí está la explicación.» Entonces recitó unos versos, y la gente se reía, sin acabar de creerse que aquello era de Cervantes. Pólux de Azúa fue el único que desafió a Maenza. «Esta noche voy a

leerme entero el *Viaje del Parnaso*, y si no están los versos, que no estarán, me devuelves el libro de Valéry que me birlaste la semana pasada, ¿o crees que no me di cuenta? Si están te lo puedes quedar.» Al día siguiente vino Pólux al mediodía al chalet cerca del Tibidabo donde Maenza vive y yo me quedé a dormir los dos días, se acercó a Maenza, le dio un abrazo y un regalo: el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein en una traducción española de Revista de Occidente, manoseadísimo. «Los dos son para ti, Antonio

José, el Valéry y el Wittgenstein. Nadie los entenderá como tú.» Y mientras Maenza, sin darle importancia a su triunfo, seguía tomando notas para el rodaje de esa noche, Azúa me enseñó los versos que sí que encontré y él mismo había subrayado en su ejemplar de *Viaje del Parnaso*. Después los recitó varias veces, la última cantándolos, como si fueran las *Variaciones Goldberg* de Cervantes:

Son hechos los poetas de una masa dulce, suave, correosa y tierna y amiga del hogar de ajena casa.

Carmen, la prota de *Béance*, estaba que no se lo podía creer, yo sí, porque Maenza lleva un año asombrándome y ya nunca más me asombrará: lo natural de Maenza es maravillar, arrebatar. No sabes lo bien que yo me sentía en esa casa, y con esa gente, y en el rodaje, pero tenía que irme ya a la Estación de Francia, para coger el tren de Portbou y París. Estuve tentada de quedarme, quedarme a hablar de Macedonio Fernández, John Donne y Pessoa con Cástor Vila-Matas y Pólux de Azúa, los Dioscuros Inalcanzables, los llama Maenza, perder el billete y dejar colgado al burro de Jaime. No lo hice. Creo sin embargo que Maenza me leyó en el pensamiento esa duda, ese apoyo o entrega sin condiciones que yo le habría dado sólo con que él me lo hubiera pedido con una palabra, con una mirada. Mirando a los de su «equipo», a Azúa, a Carmen, a Emma, a Otero, a Gustavo, a Quique Murillo y al dueño del chalet, Xavier Miserachs, dijo entonces Maenza: «En este rodaje se supone que hay muchos poetas y chamanes, pero Diotima es la única que entiende mi De—mon», y me dio un largo beso de despedida en la boca, mientras me bajaba los tirantitos del vestido de verano

que yo llevaba, acariciándome los hombros y el pecho. La única vez que me había besado desde que nos conocimos. «La única mujer a la que he tocado en mi vida con *kubri— ciudad*», dijo Maenza. Besos,

Diotima Platónica

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yererías Paseo de las Delicias s/n Madrid

París, 26 de julio, 1969

Querida Bego:

Sigo en París pero estoy en Barcelona. No puedo escaparme de todo lo que viví en esos dos días. Maenza ha acabado ya una primera parte del rodaje de *Hortensia/Béance* (aún no ha decidido el título), que se reanudará en septiembre, y ahora me escribe a menudo, un día tres veces. Sus cartas me hacen reír, me inquietan, me dan trabajo. Se habrá enfadado con algunos del equipo de rodaje, porque en las cartas no para de sacarles motes, de insultarlos o burlarse de ellos. Y así Quique Murillo, que se conocen desde Zaragoza y a mí misma me contó Maenza lo mucho que le ayudó en *El lobby contra el cordero*, ahora ha pasado a ser el «Murillo de las Pu[t]ísimas Concepciones». Su juego favorito es inventarle a la gente nombres distintos cambiando el orden de las letras del nombre

de pila y los apellidos, en plan de retruécano o «pun joyciano». A los que más les hace estos juegos es a sus Dioscuros *Pólux de Ass-Sua* y *Castor Abil Mata*, estoy segura que por lo mucho que los dos le gustan físicamente, tan altos, tan guapos, tan señoritos, y mosqueado Maenza por no habérselos podido tirar. De Félix me decía en una carta que en él viven dos ángeles caídos, **LE FIX** y **FLEXI**, y aunque el segundo le ha servido mejor a él en el rodaje, aceptando el reto del *détournement* Situacionista de cantar «a capelo» las *Variaciones Goldberg*, Maenza prefiere al otro, al intelectualmente inflexible **LE FIX**.

Con Vila-Matas parece obsesionado. El día del rodaje que estuve yo, cuando el robo de su chaleco, Maenza había intentado afeitarse el bigotito que lleva Enrique, y que le queda bien, porque no parece bigote sino la pelusa de un efebo. Vila-Matas no quiso afeitarse, y allí mismo, fingiendo que estaba muy enfadado con él, por lo orgulloso, Maenza le soltó «¡**MISS LATA, VA!**!», que nadie entendió al principio, ni Vila-Matas, hasta que yo, que ya estoy acostumbrada a esos juegos, les expliqué que era un anagrama con las letras de los dos apellidos de Enrique. Cuando éste se presentó para rodar con un abrigo afgano de piel de vaca y cuello forrado de lana, el que saca en la película, y debajo el chaleco «usucapionado» de seda entre hindú y oriental, Maenza le dijo, pronunciando como un chino: **SIVA MA-TAL**. Por la noche, cuando lo del robo se arregló y nos fuimos todos de copas, como Enrique bebe cantidu—vi, le decía «Enrique, ten cuidado, que **LIVAS MATA; TILA VA MÁS**». Y recibí una postal en la que Maenza sólo hablaba de Vila-Matas sin llamarle nunca por su nombre auténtico, todo con los juegos de palabras al lado de una caricatura de la boca de Enrique: **AMAT LAVIS**; de Enrique garabateado con el abrigo afgano y una copa en la mano: **SIVA MALTA**; de Enrique más esbelto todavía de lo que es y más tieso: **TV AMAS LA I**; o, ya en plan cabrón, vengativo y tal, dibujándole hecho un asquito, con el abrigo afgano todo roto, barbudo, gordo y viejo, y debajo: **MALA VITAS**.

También me manda Maenza papelitos recortados de algunas páginas tachadas de su guión, dentro de sobres con membretes siempre diferentes: Editorial Seix Barral, Edicions 62, Compañía de Tabacos de Filipinas, Hotel Majestic. Cada papelito lleva un nombre: **LEZAMA LIMA. DERIVA. HERMANN BROCH. LOCUS SOLUS. KAREN ñ 1,1— XEN. ROBERT ROSSEN**.

Aún me quiere dar más tarea.

Leo sobre todo, y apenas voy al cine, Jaime sí va. Ayer quiso convencerme de que fuéramos a la Cinemateca de la Rué D'Ulm a ver la película que dirigió Marión Brando, *El rostro impenetrable*, sin los cortes que le impusieron los productores, pero yo me acordé de Maenza:

«Los films industriales actuales son la lengua de los sordomudos.»

Y me quedé leyendo *Los pies en el plato*, una novela buenísima de René Crevel, «el único marica tolerado por los Surrealistas», según Maenza.

Mañana llega Moncho con una alemana.

Diotima

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yeserías Paseo de las Delicias s/n Madrid

París, 29 de septiembre, 1969

Querida Bego:

Jaime se ha vuelto a Valencia, y yo me he quedado aquí. Me siento azul, desnuda, vaciada, y más que escribir yo prefiero mandarte una fotocopia de esta carta que recibí ayer, enviada desde el pueblo de Caspe. Puro Maenza.

Cuchilla lo que sufro en Caspe. Por ti y por todos me escaspo de inmediato jodo resarcido pues el humo envuelve. Cómo se agota el vino.

Monto Béance y ya está. Un poco harto tantos apuros para hacer al fin un finfilma—nifiesto.

Y los eumolpos me pssodomizann O sabes lo que me sabe mal lo poco que entendéis a veces y lo poco que tú supiste entenderme Joyce tried brr Joyce tried, but one must, must, be able... to do better.. than Adolfo Arrieta

Todos esos chicos que hacéis cine independiente pero que no hay por dónde cogerlo un cine tan presuntuoso un cine que un poco si que me recuerda al Dúo Dinámico

Esa carta en la que me llamas Mandorla ya me llamaban otros antes Mandorla ahora lo que me dicen es Marcusenza fijate qué horror

Seguramente te regalo algo

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yserías Paseo de las Delicias, s/n Madrid

París, 2 de noviembre, 1969 O sol clandestino, compra mis tinieblas.

Begoña Peiró Cholbi Prisión de Mujeres de Yserías Paseo de las Delicias, s/n Madrid

París, 9 de enero, 1970

Ya he conseguido no ser Yo, sino Otro. Si tuviera dinero, filmaría las caras de los folios, por lo escrito, de mi novela «El suicidio de Sebag». Como no lo tengo, esta película ya me ha filmado, y el film está acabado tu amigo, Maenza

Nora la traviesa

Sra. Doña Setefiila Romero Sanahuja *el* o Radio Intercontinental Madrid Espagne

El Yadida, Marruecos, 9 de septiembre de 1976 Querida Setefiila:

Veinte años después, y a tientas, pero es que nuestra correspondencia empezó a ciegas, ¿no te acuerdas? Ciega, enfadada y a saltos. Nuestras primeras cartas se encontraron por casualidad, quién sabe si por destino, y las últimas confiaban en el azar, aunque hay que decir en honor a la Dictadura franquista que todas llegaron intactas, a mí las tuyas al pueblo de Montijo en Badajoz (que le dio su nombre a la Emperatriz Eugenia, pero parece que ésta no quiso llevarse nada más de él), y a ti la única que te escribí desde allí. Fui yo quien interrumpió la correspondencia bruscamente, y ha pasado tanto tiempo que no voy a emplear más aún disculpándome. Imagínate tres razones, y seguro que acertarás con la primera.

Esta, si te llega (y ahora el riesgo de pérdida es mayor, pues aunque no existe la censura de Franco, ni siquiera Franco existe, la echo al correo desde un país que ha estado marchando en color verde contra España y a una dirección incierta), será mi única excusa y mi tarjeta de visita. Suponiendo que te llegue, que la leas, que quieras reanudar nuestro diálogo escrito. Y que estés viva, lo cual a nuestras edades ya va siendo un mérito. Ayer cumplí 68 años en este tranquilo pueblo de la costa atlántica de Marruecos. Tú eras más o menos de mi quinta, si no recuerdo mal un poco mayor, así que ya rondarás los setenta. Te deseo salud y, dentro de lo posible en nosotros dos, felicidad. Yo me encuentro razonablemente bien, y en vez de tomar el camino de la muerte, a estas alturas de la vida tan transitado, he resucitado gracias al buen humor.

Cuando dos amigos, y curiosamente tú y yo, que empezamos como rivales encarnizados, lo somos —espero que todavía—, cuando dos amigos se reencuentran al cabo de muchos años, lo normal es pasar por alto lo mayores, feos y estropeados que se encuentran mutuamente y ponerse al día en las batallas ganadas a la vida. Nosotros no podremos hacer lo primero, de momento, pues esto sólo es verbal, y de lo segundo... Mi parte de victorias está casi vacío.

Renuncio a contarte en este mensaje sin recibo asegurado el porqué me hallo en un lugar tan exótico. No estoy de vacaciones, ni te escribo como turista. Tampoco soy un exiliado, aunque en cierta forma lo fui, en otra década, la siguiente a la de nuestra amistad y la anterior a ésta, la única que ahora tiene Realidad.

Mientras te escribo, oigo pasar por la avenida próxima al mar carros con melones y sandías tirados por mu— las, y niños que vuelven de la escuela dando voces. Estoy en el Hotel de la Plage, el único decente, comparable a una humilde fonda española, de este precioso pueblo que fue portugués bajo el nombre de Mazagán. La playa no se ve desde mi balcón, el más lucido de la primera planta, con dos graciosas columnas incongruentemente dóricas enmarcándolo, pero sí se distingue un retal de océano entre los árboles y una edificación municipal cubierta de azulejos verdes. Y el olor marino llega a todas horas hasta mi habitación. Por la noche dejo la puerta del balcón entornada, y lo que me despierta es el aireci— llo salobre más que la luz o los perros del barrio ladrando. Para un castellano cerrado como yo, que toda su vida vivió sin preocuparse del mar, el espectáculo de las olas altas y las mareas tan cambiantes de este Atlántico es absorbente. Hay

tardes que me tiro mis buenas dos horas mirando el repliegue de las aguas desde la arena. Agua que huye, como yo, pero ella vuelve regularmente a su lugar en la playa, y yo no.

Se me ha ocurrido que voy a hacerte una mala pasada, jugando con las mismas armas de intriga melodramática que tú empleaste para vencer mi resistencia epistolar en el año 1955. Si estás viva y me lees y me contestas, te contaré en la siguiente carta, dejándolo ahora en «suspense», el misterioso motivo mitad dérmico mitad cómico por el que me he acordado de ti.

Abrazos y besos de vejez de

Alfonso

(Te pongo en el remite las señas, que son como ves las de la Lista de Correos.)

Monsieur Alfonso Enríquez Limia

Poste Restante

El Yadida

Marruecos

Madrid 2.X. 1976

Queridísimo Alfonso:

Estoy tan feliz de saber de ti que te perdono la impertinencia de haberme pensado fallecida con sólo, tu recuerdo es exacto, 70 años cumplidos, y me dicen, perdona la coquetería, que muy bien llevados, pese a una pequeña artritis en la mano izquierda y dos operaciones de varices, que ésas sí me tienen, como a todas las mujeres de mi familia, «crucificá».

No es un tópico, me he acordado mucho de ti durante estos veinte años trascurridos desde que, si mis informes para-policiales no me engañaron, pusiste tierra por medio con nuestro país al acabar el destierro de Mon—tijo; también me figuro las razones por las que pudiste disponer de pasaporte pese a tu extensa ficha, que un día por cierto me leí enterita. Pensaba en ti tan a menudo que a veces tenía la impresión de que nuestra conversación no estaba interrumpida; yo hablaba contigo sin decir nada, sin oírte, pero con la secreta confianza de que todo cuanto yo te dedicara en mi pensamiento te llegaba a través de algún correo secreto y tú lo escuchabas, lo comprendías.

Me has dado la primera gran alegría de mi séptima década.

Hiciste bien en mandarme la carta a la Radio, me llegó sin apenas retraso, aunque ya no trabajo con ellos, y no por jubilada. Dejé mis labores radiofónicas en 1967, por cansancio, por enfado con un cambio de equipo en la emisora, en la que Serrano Suñer, que era, como recordarás, mi protector (y el tuyo), ya sólo desempeña un papel simbólico. Desde entonces, de hecho ya lo hacía antes a ratos, me dedico a tiempo completo a la literatura infantil, y por favor, no te rías de mí ni te entren malos pensamientos porque esta solterona estafalaria y de vida amorosa tan poco recomendable se haya convertido en una autora recomendada en las escuelas y hasta en un ídolo de los niños entre los 6 y los 12 años, que son las edades de mis lectores más fieles. A un intelectual tan exquisito como tú le parecerá seguramente una cursilada saber que mis dos últimos títulos publicados son *Noray la oveja miope* y *La pata mala de Nora*.

Porque el personaje principal de mis libros, el que pirra a los niños y me ha dado cierta fama,

es una niña muy trasto pero absolutamente arrebatadora que se llama Nora.

¿Sabes por qué?

Esa pregunta te indicará que en el terreno de los dra— mones radiofónicos, que hoy ya no existen, superados por los que da la televisión, tienes difícil el competir conmigo. Contéstame y sabrás la respuesta, así como una curiosidad que tal vez te deje atónito: sé más de Mazagán y de Marruecos de lo que te piensas.

Un beso alborozado de una anciana oficial.

Setefiila

Setefiila Romero

Clara del Rey 12, 3.º izquierda

Madrid 2

Espagne

El Yadida, 13 de octubre de 1976

Querida Setefiila:

Quiero leer tus libros. ¿Qué editorial los publica? Si eres tan famosa, quizá hayan llegado a Tánger, donde hay una magnífica librería, la Librairie Des Colonnes, regentada por dos simpáticas hermanas que reciben muchos libros españoles y franceses, desde allí me los mandarían por correo. Me interesan por tres motivos. Primero por ser tuyos, con la curiosidad malévola añadida de saber cómo escribes «puerilmente»; tu magnífico estilo adulto ya lo veo. En segundo lugar porque la pedagogía infantil me interesa profesional— mente, y no te digo más: misterio por misterio. En tercer pero no último lugar, por el homenaje. La traviesa Nora. Tengo la buena memoria del empollón de fechas y nombres, imprescindibles para hacer carrera en la Historia del Arte, y estoy seguro de que a tu heroína le has puesto ese nombre, también veinte años después, porque Nora, la Nora Helmer de *Casa de muñecas* de Ibsen, era el último papel que Manuela representó en el teatro antes de su fuga. ¿O no?

También yo estoy muy contento de que los de la Radio, aunque no trabajas para ellos, te hayan hecho llegar mi carta. De saber de ti. De recuperarte después de haberte perdido por mi exclusiva culpa. Esta vez no nos escaparemos el uno del otro, ¿verdad que no? Aunque ahora sea más difícil quedar en un restaurante de moda o pasear juntos por las salas del Prado. No tengo entre mis previsiones futuras volver a España.

Pero ¿y tú? Si ese vínculo marroquí que me insinúas sibilinamente es auténtico y no un mero señuelo, podrías hacerme aquí una visita. El pueblo es delicioso, tiene incluso sus monumentos, y yo te cedería mi habitación, que es la mejor del Hotel de la Plage, libre desde luego de mí y de cualquier otro parásito capaz de producir comezón... ¿Que a qué me refiero? La respuesta en el próximo capítulo, querida Setefiila.

Ósculos moriscos de

Alfonso

Monsieur Alfonso Enríquez Poste Restante El Yadida Marruecos

Madrid 30.X.1976

Querido Alfonso:

¡ Chapeau por lo de Nora! La memoria manda en nuestra cabeza, y no al revés. Te sorprendería saber las cosas, algunas absolutamente insignificantes y hasta ridículas, que yo recuerdo de Manuela, de aquellos años con ella. Perdóname por haberte menospreciado.

Y como penitencia que me impongo a mí misma, me salto un capítulo de mi serial y te adelanto la intriga de mi conexión marroquí. Es algo que tiene que ver con el pasado de mi familia, y yo misma tardé en saberlo.

Yo no conocí a mi padre, el huidizo Sargento Romero, que sólo me dio antes de perderse al poco de nacer yo su apellido y sus labios gruesos, que heredé y aún ahora me hacen la boca un poco africana. Para la niña Seta que iba creciendo en Granada sin padre, un Sargento sonaba a lo mismo que un General, y como había aceptado el limbo sobre mi padre que mi madre me impuso, no me preocupé en saber de qué era sargento o incluso qué era ser un sargento. Mi madre, honrada a su modo, nunca me dijo que él estuviera muerto, ni mucho menos inventó una de esas piadosas fantasías familiares sobre un heroico soldado caído en defensa de su patria. «Tu padre era un desgraciao», decía ella, lo cual hasta los siete u ocho años me parecía suficiente, y hasta romántico. A los 9, mi primo Rafael Sanahuja, el amigo de escuela de García Lorca del que te hablé creo, diez años mayor que yo, me dio un soplo en Granada: «Tu padre era un mercenario», lo cual me dejó completamente *in albis* en ese momento, aunque la frase no se me fue de la cabeza. Busqué «mercenario» en una enciclopedia y empecé a preguntar en casa, pero mi madre, que sólo vivía la pobre para cuidar sus varices, no soltó nunca prenda, y el Sargento Romero se me fue borrando, hasta llegar un momento en que su falta fue menos importante en mi vida que otras carencias.

Sin embargo, hace relativamente poco (el tiempo de un septuagenario se mide de otra forma, empezarás a comprobarlo dentro de unos meses), en el año 1965, me llegó a la emisora, donde llevaba una sección de libros, novelas y poesía sobre todo, una publicación histórica de aspecto plomizo que, por algún misterioso presentimiento, abrí y ojeé. El libro no era nada pesado, y recuerdo haberlo devorado como un relato de aventuras. Narraba el desastre de nuestras tropas africanas en Annual, en el año 1921, pero desde el punto de vista de los soldados españoles destacados en el Rif, incluyendo fragmentos de cartas enviadas por ellos a sus familiares. Al final había un largo apéndice documental en el que la autora recogía no sólo imágenes oficiales de la expedición, el sitio y la matanza de los casi diez mil soldados españoles, sino algunas fotografías de grupo de los militares, recuerdos de sus correrías o excursiones por ciudades del norte y el sur de Marruecos, Larache, Villa Cisneros, El Aaiún, etc. Una foto me llamó especialmente la atención; tres soldaditos del ejército español y tres árabes con chilabas y turbante delante los seis de una iglesia católica en la ciudad de Mazagán. La misma iglesia y la misma ciudad, con el nombre «Mazagán» escrito a mano junto a la cruz de la fachada, de la foto, él solo de cuerpo entero con uniforme de la Legión, del Sargento Romero, que descubrí un día, ya con quince o dieciséis años, metida en un cajón del ropero y guardé, conservándola hasta hoy. Desgraciadamente, en 1965 mi madre ya había muerto, y nada pude preguntarle sobre la fecha o las circunstancias de la foto.

No estaría mal viajar a tus tierras marroquinas y buscar la huella de mi padre, que quizá se volvió musulmán y vive ahora rodeado de concubinas y niños, medio hermanitos míos, en un harén de Casablanca, o se hizo Guardia Moro de Franco en la guerra, o murió de un balazo de Abd el-Krim en

el Monte Arruit con el general Silvestre y está en la nada. Y verte a ti y a los demás monumentos visitables de El Yadida, y dormir en la habitación principal del Hotel de la Plage sin sábanas infestadas de bichitos chupadores de sangre, ¿o no va por ahí ese acertijo de la comezón, muy facilito, con el que acababas tu carta? Sí que me gustaría, de verdad. Pero recuerda mi edad, y mis varices, que me limitan un poco los movimientos. Háblame tú de Mazagán y de su iglesia católica, si continúa en pie, que lo dudo, y yo veré a través de tus palabras a mi padre, quien, al no pasar nunca para mí de apuesto sargento legionario, sigue estando en su única foto más joven de lo que tú y yo lo fuimos jamás, incluso al conocernos.

Besos cariñosos de

Setefilla

P.D. Mis libros para niños los empezó a publicar Ana— ya, pero luego me pasé, al dejar Anaya la directora de la colección, y buena amiga, Cinta Cánovas, a la editorial que ella ha creado, Los Libros de la Maroma. De momento, Cinta sólo cuenta con tres autores, un novelista joven de mucho talento, autor de un thriller metafísico, *La llave maestra*, que no le ha abierto las puertas del éxito, ni siquiera las de la crítica, otra escritora joven lesbiana, Rosa Garmendia, profesora de filosofía en Vitoria, de la que ha sacado un ensayo interesante, una relectura del *Capital* de Marx desde la teoría del feminismo, y luego yo, que, sin ánimo de darme pisto, soy la única que aporta plusvalías a la editorial.

He publicado doce novelas ya de la revoltosa Nora, y mis propias favoritas son *El anorak de Nora*, *Nora y la coleta payasa* y, sobre todo, *Nora y el pez anfibio*, la más o la única veladamente atrevida de todas las que he escrito. Pero no las busques con mi nombre. En el mundo de los libros firmo como Salvador Sanahuja.

Llamarme así literariamente ha sido un acierto. A los niños, que su autora favorita se llame Salvador no les resulta raro, quizá porque ya el nombre de Salvador es en sí raro, y tanto la Salvación Eterna como las tres Personas del Verbo son dogmas de lo más confuso, no sólo para la mente infantil. Pero el apellido Sanahuja les llama la atención, lo recuerdan, y cuando en la feria del libro vienen a la caseta con sus papas a que les firme juegan con él, me toman el pelo, o se lían y se ríen: «sana aguja», «sarta aguja», «salta agujas». Yo les sigo la corriente, y en un programa de televisión en el que tengo mi ratito fijo, con el público infantil en el plato, todos los domingos, me invento otras variantes más estrafalarias o descocadas que, no sé si dándose cuenta, a los niños les divierten muchísimo: «sanabrujas», «lagartuja», «barbarruja», «baratuja», «vaya tufa».

Setefilla Romero

Clara del Rey 12, 3.º izquierda

Madrid 2

Espagne

Mazagán, 18 de noviembre de 1976

Querida Setefilla:

Lo nuestro es preocupante: nos leemos el pensamiento como dos enamorados y nos pisamos los talones, alguna vez los pies. La iglesia católica de San Antonio de Padua sigue existiendo, más o menos, en la parte vieja de la ciudad. El interior está ahora habitado por los nativos, y no hay culto,

pero se conserva la torre y una fachada con el nombre en castellano, allí donde debió de fotografiarse tu padre. Respecto a la comezón... Lo que tú supones, efectivamente.

Pero deja que te cuente y te haga reír un poco. Tú has desarrollado varices y, por lo que veo, fama, con la edad. Pues bien. Mi descubrimiento a la vejez, después de vivir más de treinta años cariacontecido como el tétrico ángel de la Melancolía de Durero, es el humor, una pasión que yo ignoraba y si alguna vez tuve perdí, molida por los Males del Siglo. Ahora ha aparecido en mí, y de qué forma. Tengo tantas ganas de disfrutar de él y estoy aquí tan aislado, que más de una vez me muero de risa yo solo. ¿Divertido o chiflado?, te preguntarás. Recuerdo, de cuando sabía algo de pintura, que los Grandes Locos fueron Los Que Más Se Rieron del Mundo: Goya en primerísimo lugar, Hyeroni— mus Bosch, Arcimboldo, Grünewald, Ensor, Dalí. De la mano del más demente de todos ellos, El Bosco, vuelvo a los insectos, que en sus cuadros aparecen con frecuencia, a veces con gorros o volando encima de escobas.

En los años trascurridos desde nuestro único encuentro cara a cara aquel 11 de enero de 1956, también yo te he llevado en mi pensamiento, aunque no lo demostrara con hechos, escribiéndote por ejemplo. Y había siempre algo que flotaba por encima del recuerdo de otras frases o juicios tuyos. El dictamen que hiciste a propósito de mis gestos o tics, y en especial el que más te molestaba, rascarme una y otra vez la sien, que yo te conté, seguramente con una buena dosis de fantasía, que era debido a mis reiteradas convivencias con las chinches. Hace una semana se me instalaron de nuevo, y no te lo creerás, o te parecerá otra irreverencia mía, como la de hablar de nuestra —compartida— cercanía a la edad en que el ser humano adquiere el feo hábito de fallecer. Pero lo cierto, te moleste o no, es que a la primera picadura de las ladillas marroquíes me acordé de ti, viéndote ya el ceño fruncido y la censura en la cara por rascarme yo las sienes «como el pensador de Rodin». Y solté una carcajada que resonó por todo el Atlántico.

A finales del mes pasado conocí aquí en El Yadida a un personaje de lo más estrafalario, como tú dirías. Se trata de un científico francés mayorcísimo, yo le echo los 80, aunque se mueve con una ligereza de mosca y tiene piernas de corredor de fondo, que enseña en todo momento, pues siempre va, en este frío otoño atlántico, con pantalones cortos, y del que, al cabo de un mes de verle a diario, no he logrado averiguar la ciencia específica a la que dedicó su vida. Hay días en que es paleontólogo asociado al Musée de l'Homme de París, otros en que se presenta como experto en la música «gnawa» de los místicos de Essaouira, aunque también resulta ser conservador de arte indostaní del Musée Guimet o simple coleccionista «amateur» de los tejidos tribales subsaharianos. Nos encontramos en uno de los cafés del paseo marítimo, cerca de mi hotel, alabó y, lo que tiene más mérito, entendió mi francés, y al cabo de una hora de conversación me propuso acompañarle en una expedición indeterminada de «recherche» hacia el Sur, un sur que tampoco determinó. Naturalmente le dije que sí.

Dejé todas mis pertenencias, que son muy pocas, en el Hotel de la Plage, donde es difícil que los raros clientes me quiten mi querida habitación número 4, y con un equipo improvisado de aventurero orientalista, botas, pantalones cortos, chaqueta sahariana sin mangas con cientos de bolsillos, le esperé a la mañana siguiente ante los arcos de entrada de la Cité Portugaise, donde mi nuevo amigo había vivido en los días anteriores al viaje «comme un vrai arabe», en una casa sin agua corriente pegada a la Gran Cisterna y en una calle llamada la Rúa Direita, según él porque llevaba «directement» al antiguo edificio de la Inquisición. Bleton, Albert Bleton, que ése es su nombre, en

ningún momento me dijo hacia dónde nos encaminábamos, lo ideal para un hombre sin rumbo como yo, pero desde el momento en que me subí al jeep alquilado tuve la certeza de que él sí tenía claro nuestro itinerario.

En el jeep íbamos cuatro pasajeros, Bleton y yo y nuestros dos guías, o criados, o chóferes, o cocineros, o cualquier otro menester que se te ocurra, Abdul y Zacaria, dos cuarentones muy simpáticos que se dicen hermanos aunque no se parecen en nada. Abdul tiene una piel tirando a oscura, por no decir negroide, mientras que algo en la nariz de Zacaria indica, más acentuadamente que su nombre, un origen judío. Y es que una de las particularidades de El Yadida es su mezcla digamos que «ecuménica». El casco antiguo, que aún llaman allí Ciudad Portuguesa en recuerdo de cuando realmente lo era con el nombre de Mazagán, tiene una mezquita, dos iglesias católicas, una francesa y otra española (la de tu padre), y una antigua sinagoga junto a las murallas de la fortaleza, mientras que las callecitas pintorescas de la propia Cité, en un ejemplo de pacífica convivencia cultural o histórica, conservan aún muchas de ellas los nombres en árabe, en francés y en portugués. Hebreo o no, Zacaria cocina un cous—cous irreprochablemente musulmán.

El primer día acampamos en una playa totalmente virgen a doscientos kilómetros al sur de El Yadida, después de haber recorrido con lentitud la costa, pues Albert, que también es ornitólogo, quiso detenerse a ojear unos flamencos que retozaban en un charco cerca de la carretera y hacer una parada por la tarde en las marismas de Ua—lidía, revelando asimismo su inclinación botánica. La idea de pasar las noches de nuestro viaje en una jaima, durmiendo en el suelo envueltos en kilims y mantas —y eso es lo único que Bleton precisó antes de partir—, te confieso que me atrajo mucho: ¿quién no ha soñado con ser un personaje de *Las mil y una noches*? Esa primera noche nos costó casi dos horas levantar las dos jaimas en las dunas de Cabo Beduza, frente a un viento que amenazaba con llevársenos a nosotros mismos, encima o debajo de la lona, como simbades voladores de pacotilla. Al fin pudimos fijarla en la arena y dormir, yo de un tirón, pese al ronquido espeleológico de Albert Bleton. El segundo día dejamos la costa y nos adentramos en la zona montañosa del Ante Atlas, donde dormimos tres noches en las afueras de pueblos y aldeas antes de llegar a Uarzzat.

Y aquí viene la parte humorística y epidérmica de mi relato viajero. El bueno de Bleton durmió todas las noches de la jaima roncando felizmente, pero yo, que debo tener un poder de seducción irresistible a los parásitos del hombre, no. A partir de la tercera noche, las chinches me colonizaron la piel igual que la legión de tu fugitivo Sargento Romero colonizó el Norte de Africa, dejando ellas tranquilo a mi compañero Bleton, sin embargo mucho más peludo que yo de cuerpo y de piernas y con una barba eminente.

Todos los piojos del mundo se parecen. El galope desde la cabeza al pubis, la picadura, las ronchas rojas que, una vez terminado su banquete, dejaban en mi cuerpo esos bichitos de las montañas del sur de Marruecos eran exactamente iguales a las que me mortificaron en la cárcel de Ocaña y, antes, en el frente. Pero como la memoria es muy caprichosa, yo, después de reírme solo en la jaima en homenaje a ti, me acordé de unos insectos de más abolengo que los míos, las ladillas toledanas que se cebaron con el poeta Rafael Alberti en la famosa Posada de la Sangre (¡qué predestinación!), según me contó, volviendo a Madrid de una de nuestras misiones de «salvamento de cuadros» en el verano del 36, María Teresa León, que también las sufrió, pero menos. A ella la despertó un primer pinchazo en la primera noche que pasaban en la Posada, en plan de escapada de enamorados, después de una visita al Alcázar, antes de la guerra. Pero al primero le siguió el

segundo, y al tercer picotazo, María Teresa, ya despabilada, le dijo a Rafael «me están comiendo las ladillas». Alberti como si nada, seguía a su lado, en la misma cama, sin rascarse ni despertarse. Entonces María Teresa encendió la luz del cuarto y vio que el pecho de su marido lo cruzaba en ese momento un enjambre de piojos afanados en extraer la savia poética de la sangre de Alberti, sin que éste, que seguía durmiendo a pierna suelta, se enterara de la sustracción. Y allí le dejó María Teresa con los bichitos, mientras ella bajó al patio de la Posada a rascarse en solitaria resignación, recordando, más fastidiada que otra cosa, unos versos de Rafael de su libro *Sobre los ángeles*:

Dentro del pecho se abren corredores anchos, largos, que sorben todas las mares.

Acabada precipitadamente la excursión con Bleton, volví a mi Hotel de la Plage, donde no he detectado ninguna plaga. Mi habitación es modesta pero está muy limpia. Aquí he llevado a cabo el trabajoso proceso de desinsectación, haciendo viajes entre el lavabo, el sacrosanto bidé de los árabes, ambos dentro del cuarto, y la ducha, que es comunal y está al fondo del pasillo. Vuelvo a ser, en tu Mazagán paterno, un retirado y risueño sabihondo de pueblo.

Cuéntame cosas de ti, mientras no pueda leer los cuentos de la perversa Nora que mi antiguo y perdonado rival Salvador escribe. Mucho me temo que, siendo tu editorial pequeña por lo que dices, resultará imposible encontrarlos en Tánger.

¿Te has vuelto a enamorar? De tu vida me interesa todo, hasta los chismes.

Abrazos indiscretos de

Alfonso

Monsieur Alfonso Enríquez

Poste Restante

El Yadida

Marruecos

Madrid 1.XII. 1976

Querido Alfonso:

Eres un cotilla y un perezoso redomado, hablando tan poco de ese lugar, que tiene la pinta de ser un pequeño paraíso, dejándome con el azúcar en los labios de tu relato viajero de las chinches (¿por qué tuvo un final precipitado?) y pidiéndome a mí «mis chismes». Aun así te complaceré.

Vivo sola, y así he vivido desde que me conociste. No ha aparecido ninguna mujer en mi vida capaz de sacarme de mis casillas, o yo misma no conseguí atraer a nadie lo suficiente, entrada en una edad que hace de las mujeres —si no son madres— esfinges encima de un aparador o santas mártires a la fuerza. «Vivo sola. Cabra sola / que no quise cabrito en compañía./Y vivo por mi cuenta, cabra sola,/que yo a ningún rebaño pertenezco.» Me sumo a esa declaración en verso de Gloria Fuertes, una poetisa madrileña algo más joven que yo y que admiro.

Cinta Cánovas, mi editora, que también es, como a ella le gusta decir usando el término griego, una *tríbada*, se sintió momentáneamente atraída por mí hace diez años, cuando empecé a publicar con ella en Anaya, pero yo creo que quien le gustaba era la Traviesa Nora, que en mis relatos la verdad es que me queda muy favorecida, muy pizpireta, muy seductora. Tuvimos un mutuo y pasajero

«encaprichamiento» y en eso se quedó todo, acabando, me parece que por los siglos de los siglos, mi vida sentimental. Ella está ahora liada con Rosa, la profesora marxista de la que te hablé, y se están moviendo mucho para fundar una asociación de homosexuales y lesbianas, con la pretensión de hacer el año que viene una gran manifestación nacional en favor de los derechos «gay», como las de Londres o Nueva York. Cinta y Rosa me piden que me asocie también y firme un manifiesto, pero yo, simpatizando con su causa, les digo que ya soy muy mayor para bajar a las barricadas.

No me siento mal como estoy, sola, calmada y un poco melancólica a ratos. Pero tengo a mi lado a la díscola Nora. Escribir las aventuras de esa disparatada, irritante pero irresistible niña me calma y me llena, y en realidad ella es mi gran amor, sin correr yo el peligro de incurrir en la pederastía.

Lo más destacado de mi vida reciente ha sido conocer personalmente a Vicente Aleixandre, mi poeta preferido de siempre, y tú tuviste si no recuerdo mal alguna prueba de esa pasión mía por sus versos. Lo que quizá nunca te dije es que durante la Guerra y algo después yo me escribí con él, pues él tuvo la gentileza inaudita de contestar mi primera carta de «fan», como se dice ahora, siendo yo una completa desconocida, e incluso de interesarse, entre los últimos bombardeos y la desbandada de nuestro ejército, por la figura de mi querido primo Rafa Sanahuja, que murió en la batalla de Teruel sin poder probar el talento literario que indudablemente tenía. Fueron cuatro sus cartas dirigidas a mí, que conservo como un tesoro, las tres últimas centradas en la figura de otro grandísimo poeta, Miguel Hernández, al que Vicente, con mi modesta asistencia en Alicante, trató muy generosamente de ayudar desde Madrid (era peligroso entonces ocuparse de la salud de un «rojo» encarcelado con gravísima condena).

Pese a su conmovedora amabilidad y la cortesía que tuvo en sus cartas hablando de que algún día le gustaría conocerme, yo no quise llamarle o escribirle cuando viví en Madrid en los años 40, entonces Manuela se llevaba exclusivamente todas mis energías y tiempos libres, ni tampoco después al reinstalarme allí en el 56. Aleixandre era entonces un punto de referencia para la gente de izquierdas que había seguido en España tras la Guerra Civil, y un puente con los escritores del exilio, los de su propia generación del 27, Cernuda, Jorge Guillén, tu «chinchoso» amigo Alberti, entre otros, y yo, tú lo sabes, fui a caer, sin abandonar nunca mis convicciones ni traicionarme a mí misma, en un círculo de ex-falangistas, ex-combatientes de la División Azul, ex-altos cargos del Movimiento Nacional, marimachos de la Sección Femenina y millonarios favorables a Franco reconvertidos en liberales. Me daba vergüenza presentarme, siendo una favorecida del régimen franquista, en la casa republicana de la calle de Velintonia.

Pero el pasado mes de mayo ocurrió algo que me hizo cambiar de idea. Un viejo amigo de la emisora ya jubilado, José Santaolalla, al que veo de vez en cuando, me invitó una tarde a un «programa doble teatral», y yo, que no había vuelto al teatro desde aquella *Casa de muñecas* de Buenos Aires terminada con un portazo mucho más fuerte que el imaginado por Ibsen, me animé después de lo que mi amigo me contó del autor, Francisco Nieva, desconocido para mí. No me arrepentí. Las dos obras, *La carroza de plomo candente* y *El combate de Ópalos y Tasia*, eran provocativas, inteligentes y muy bien escritas. Como el montaje era también refinado y elegante y los actores estupendos, casi tan buenos como los argentinos, al llegar el entreacto entre la primera y la segunda yo me encontraba feliz. Y entonces vi a Vicente Aleixandre sentado en el patio de butacas, no muy lejos de nosotros. Santaolalla, que hacía en la Inter la información de cultura y conoce a todo el mundo en Madrid, me dijo que los que le acompañaban eran los poetas Carlos Bousoño y Claudio Rodríguez, éste con su mujer, pero antes de que hubiera acabado el recuento, yo, que aún debo tener

algo de reportera radiofónica, me había levantado de mi asiento y estaba acercándome a Aleixandre. Al llegar a su fila, ya lanzadísi— ma, no me importó interrumpir a Bousoño, que le estaba contando algo divertido, y decirle: «Don Vicente, soy Setefilla, la que le llevaba el Ceregumil a Miguel Hernández en la cárcel de Alicante.» Y esas palabras fueron un abracadabra. Aleixandre interrumpió con un gesto suave a Bousoño, levantó los ojos, se quitó las gafas y me dijo: «La prima del escritor inédito de Fuente Vaqueros, ¿no es eso?»

Gracias a mi abordaje corsario estuve de visita en Ve— lintonia a finales de septiembre, que es cuando él me indicó que le llamara, «a la vuelta del verano, que sigo pasando en mi pueblecito de la Sierra, como en la época en que usted me escribió». Aleixandre me recibió en el salón de su casa de dos plantas con jardín, en una zona muy tranquila y llena de árboles, el Parque Metropolitano, cerca de Reina Victoria (¿aún te acuerdas de las calles de Madrid?), y aunque estuvo cordial y muy dicharachero, diciéndome al cabo de diez minutos que le quitara el «don» y le llamara Vicente a secas, yo me quedé al principio muy cortada, y tuve que hacer un esfuerzo para llamarle Vicente sin más. Menos mal que no me apeó del tuteo.

A lo largo de la visita, que tenía que durar exactamente dos horas, de 7 a 9 de la tarde, según él mismo me había precisado al llamarle por teléfono, Vicente hablaba con sencillez, sin darle la menor relevancia al hecho de que Federico, Miguel o Pablo (ya te imaginas, García Lor— ca, Hernández, Neruda) se habían sentado en su día, hace más de cuarenta años, en el sillón que yo ocupaba esa tarde frente a él, pulcramente vestido con corbata y chaleco de lana inglesa y acomodado en el diván en el que, según me contó después mi amigo Santaolalla, todas las tardes, después de comer, se recuesta y piensa o escribe sus maravillosos poemas; el último libro que ha publicado, *Diálogos del conocimiento*, aún lo sigo leyendo y subrayando. Esas referencias tan naturales que él hacía a sus amigos desaparecidos o exiliados surtieron en mí un efecto inesperado: no teniendo yo tanta diferencia de edad con él, me saca ocho años justitos, el relato de Aleixandre evocando la guerra, la quema de todos sus papeles y sus libros en un bombardeo de los Nacionales, la muerte de «compañeros» tan queridos como Federico y Miguel y la pérdida irreparable de algún otro no menos amado que no nombró, y sobre todo su tono, formal pero muy cálido, me hicieron sentir como una jovencita. En su saloncito acogedor y desprovisto de fotos o reliquias, Vicente resucitaba él solo, con la palabra, aquella España de la República que yo misma viví y luego en parte olvidé por Manuela, por la estancia en la Argentina, por el acomodo a otra realidad y a otra gente que me ayudó y me acogió. Volví de repente a mis veinte años, y me comporté como la estudiante tímida y soñadora que yo era entonces, arrebolada por la poesía de amor y asustada de amar.

A Aleixandre le gusta ser ceremonioso, sin dejar nunca la proximidad a ti y el humor, que debe tener una parte de guasa sevillana y retranca malagueña, pues nació en Sevilla pero a los dos años su familia se instaló en Málaga, donde vivió, en su «Ciudad del Paraíso», hasta los once. Me preguntó por mi nombre, y le recordé que en una de las cartas que nos cruzamos al fin de la guerra él me había dicho que Setefiila no le resultaba desconocido, por un amigo suyo poeta que yo supuse era Luis Cernuda. «Eres muy perspicaz, Setefilla. Luis, en efecto, me habló un día de ese nombre sevillano tan hermoso, y nunca se me olvidó, hasta que volvió en tus cartas. Lo que quizá no sepas es que Luis se lo quería poner al personaje de una obra de teatro que siempre llevaba en la cabeza y, como tantos proyectos literarios de aquel tiempo, la guerra impidió o sepultó. Sí recuerdo el título que había pensado, *El reloj o la familia interrumpida*, un título muy cernudiano. Nunca he vuelto a oír de esa comedia trágica, y que yo sepa tampoco nadie la encontró al morir Luis inédita o incompleta entre sus papeles, como pasó con muchos textos de Federico.» ¿Te haces una idea, Alfonso, de la

impresión que me produjo esa noticia? Yo era un personaje de una obra perdida o imposible de Cernuda, tan maldito en esos avatares de la guerra como mi primo Rafa Sanahuja, que no perdió solamente una obra, sino Todo. Hasta el nombre de escritor.

Vuelvo a Velintonia. Aleixandre no te suelta discursos ni impone sus recuerdos. Al cabo de 40 o 50 minutos de visita, cuando empecé a perder mi parálisis emocional de adolescente y reaccionar a sus estímulos y preguntas como corresponde a una señora de mi edad, mi poeta, que él sí es perspicaz, lo notó, y empezó a hacerme otras preguntas, como si realmente estuviera interesado en saber de mí, humilde maestra y trabajadora radiofónica; preferí silenciar a mi álter ego infantil Salvador Sanahuja, segura de que él lo ignoraba. Sin darme yo apenas cuenta, Aleixandre fue sacándome con una habilidad que surgía de una genuina curiosidad mis episodios de infancia granadina como huérfana del fabuloso Sargento Romero, un conocimiento que compartís en exclusiva tú y Aleixandre, los años en Alicante y el atroz final de la guerra esperando a los barcos en el puerto, el pequeño mundo de los seriales lacrimógenos de la SER, que le hicieron reír a mandíbula batiente, hasta que de repente, y con la misma naturalidad que mostró en toda la visita, me dijo: «¿Tienes marido, o algo por el estilo, Setefiila?» Imagínate la escena, querido Alfonso. Una anciana de 70 años a la que se le encienden las mejillas por una pregunta tan simple, tan previsible.

Dejé pasar un segundo, o quién sabe si un largo minuto, sin contestar, mirándole a sus hermosos ojos azules, que sólo mostraban una simpática curiosidad, aunque yo notaba que esa mirada suya estaba llegando con más rapidez que mis palabras a mi verdad. Y, naturalmente, la señorita atolondrada no quiso ser encima una mentirosilla, algo que ni siquiera la traviesa Nora ha sido en ninguna de sus fechorías.

«Nunca me casé, pero he amado con toda mi alma a alguien que un día, yo creo que sin dejar de amarme, me dejó.»

Y entonces Vicente me preguntó algo inesperado: «¿Fue en España? El amor, el abandono.»

Me da vergüenza decírtelo, querido Alfonso, que ahora has descubierto la protección del humor, pero en ese momento me puse a llorar, tampoco a borbotones, no temas; unas lágrimas en el borde de los ojos que fueron la orden que mi corazón le daba a mi voz para empezar a contarle a Vicente la historia completa de mis amores felices y desgraciados con Manuela.

Sólo dos últimos detalles, antes de que la reproducción de aquellas lágrimas emborrone la tinta de esta carta. Aleixandre, que tan locuaz había estado toda la tarde, se limitó en la buena media hora que duraría mi relato a escucharme, callado, serio, me atrevo a decir que emocionado. Como oyendo algo que él mismo conociera, o supiese.

Entonces llamaron muy discretamente con los nudillos en la puerta del salón. «Vicente. Ha llamado Carlos, pero no te he querido interrumpir. Salía a cenar con Paco Brines y

José Olivio, así que me ha dicho que ya habláis mañana.» Aleixandre y yo nos miramos el reloj, eran las 9 y 25. Aleixandre, y mi amigo Santaolalla me dijo que eso era excepcional, había roto sus normas para darme media hora más de confianza, alargada luego cinco minutos para las despedidas en el hall, donde me presentó a su hermana Conchita, que era quien le había dado el recado a través de la puerta.

Abrazos con pasión de la tierra de

Setefilla

P.D. No eres el único cotilla, descuida. Hay algo que llevo años queriendo preguntarte, y no podía. Ahora lo hago. ¿Abriste por fin el portafolios de Manuela que yo le dejé a tu madre para ti en aquella visita tan violenta al piso de la calle Viriato? Te aseguro que yo no fui como la mujer de Lot y vencí la curiosidad de mirar lo que Manuela te dejaba aquel día de junio de 1948. Aun así la maldición de Sodoma, o quizá en mi caso la de Gomorra, cayó inexorablemente sobre mí, años después.

Setefilla Romero

Clara del Rey 12, 3.º izq.

Madrid 2

Espagne

Mazagán, 23 de noviembre de 1976

Querida Setefilla:

Querría que me vieras en este momento. Son las 8 de la mañana, y te escribo, como Vicente Aleixandre, desde el lecho, en mi caso no un diván de la Generación del 27 sino una otomana del salón del Hotel de la Plage donde estoy tomándome un té a la menta recostado al modo árabe, entre cojines de arabescos y cubierto por un kilim be—reber, pues hace frío.

Las mañanas son las horas del día que prefiero. Dejo siempre, aunque haga frío o llueva, que es aquí poco frecuente, el balcón entornado, y cuando empieza a clarear sigo en la cama, medio despierto, oyendo a los primeros transeúntes de la avenida, que suelen ser los que llevan en unas carretillas más largas que anchas el pescado que han conseguido con sus propias artes y van a vender en los mercados del pueblo. Siempre fui carnívoro, pero aquí me estoy dejando tentar por los peces.

Según la rapidez o el ruido de las carretillas, yo imagino en la cama su carga: hoy, me digo, ha habido rayas, que en este Atlántico son gigantescas y se parecen al cuerpo y la cola de una cometa; hoy, doradas, que luego en la plaza alinean todas seguidas, con sus lomos planchados. Pero no me asomo, sólo fantaseo sobre el pescado que al mediodía, después de la alargadísima ceremonia del té sobre la otomana, me comeré en una de las freidurías ai aire libre del puerto.

¿Quieres saber más de mi excursión al Atlas? Al margen de la lucha con los insectos, para mí acabó el día en que descubrí el verdadero objetivo de Bleton, quien sote—rradamente oficiaba allí de historiador del arte especialista en las fortalezas de adobe que hay en el valle del Draa, ya cerca del desierto del Sáhara. Ahí nos despedimos, brusca pero amigablemente. Le dije que tenía que curarme los piojos y retomar en Mazagán mi «dolce far niente» (traducido por él a «calme, luxe et volupté»), y pareció tragarse esas dos tonterías. Les di unas propinas a los falsos hermanos y me volví aquí en interminables autobuses de línea. Yo ya he prescindido del Arte, incluso del aplicado a la arquitectura del barro.

Así de paso te cuento, ya que te quejas de mis reticencias, cómo llegué a El Yadida, aunque seré más parco que tú en tu maravilloso relato aleixandrino. Cuando salí corriendo de España en el 58, sin ser entonces perseguido, por primera vez en veinte años, tuve suerte y rehíce mi vida académica

en Francia y Suiza hasta que un día me cansé de ser tan estudioso y eché a la basura las 6.500 fichas de una «magna obra» sobre las Mujeres Tiranas de la pintura, mis borradores del libro, ya muy avanzado, y hasta un improvisado *ensamblaje* de arte Pop que adornaba mi pisito de Basilea. Todo, envuelto de cualquier manera en bolsas de plástico, fue a parar a un gran contenedor de «desechos reciclables» de papel que había entre mi apartamento y el edificio de la facultad donde trabajaba, de la que también me despedí bruscamente. Un chico de Valencia, becario muy valioso y amigo mío al final de la estancia en Basilea, trató de convencerme de que en vez de destruirlos yo donase mis escritos a la universidad, pero me negué, señalándole desde la ventana del saloncito de mi piso (y te he de decir, querida Setefiila, que con cierto orgullo por mi valor, tan radical y tan desesperado) el cementerio de todas las vanidades «artísticas» de mi vida.

Haciéndome llamar Señor Limia estuve dos años en una aldea de los Andes dando clases de español a niños recién alfabetizados gracias a un programa de cooperación iberoamericana de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, hasta que me cansé también de Bolivia y de mi lengua y busqué otro lugar menos frío y peligroso para el recuerdo. Elegí en un atlas mural que había en la escuelita boliviana, a ciegas, el primer lugar, y salió Marruecos.

Y aquí sigo, aunque no sé si por mucho tiempo. El viaje con Bleton a las *kasbahs* me desbarató, y estoy pensando echar otra vez a suerte en el mapa del mundo mi próximo destino. Un lugar sin fortalezas.

Besos azarosos y morosos de

Al-Fonso

Ah, respondo a tu curiosidad sobre el portafolios que me dejaste en casa el año 1948. Desapareció antes de que pudiese abrirlo, aunque dudo de que lo hubiera abierto jamás. Hubo un registro en el piso mientras estaba desterrado en Montijo, y entre libros y papeles se tuvieron que llevar la cartera, que yo había dejado en el trastero, aunque mi hermana Solé, presente durante todo el registro, pero no en el del trastero, me insistió en que los policías no se llevaron nada parecido a un portafolios. El portero Cayetano, un asqueroso confidente desde que empezó la guerra, no pudo aclarar nada de esa parte del registro del trastero, en el que él acompañó a un inspector; murió atropellado por un taxi en la calle Arenal una semana antes de que yo llegara a Madrid desde Montijo, terminado mi «confinamiento preventivo». Debía estar saliendo el tal Cayetano de la Dirección General de Seguridad, de denunciar a algún otro vecino de la casa, y el Dios de los Chivatos le castigó.

Monsieur Alfonso Enríquez Poste Restante El Yadida Marruecos

Madrid 18.XII.1976

Querido Al-Fonso Africano:

Más que una carta de contestación, esto es un mensaje urgente; pensé mandártelo como telegrama, pero habría sido muy largo, y mis ingresos como autora infantil no dan para tanto. Por el servicio *expréss* me dicen que te llegará en dos días, y así, además, te adjunto el recorte.

Esta misma mañana, en las páginas de huecograbado del *ABC*, junto a una breve información del Festival Internacional de Teatro de Caracas, había la foto de una representación de *La casa de Bernarda Alba* de Lorca en versión criolla montada por Las Panteras Coloradas, una compañía boliviana compuesta sólo de mujeres indígenas que viven y trabajan en una comuna en medio de la

selva, y que han sido la sensación en Caracas. La foto, como verás, es de grupo y no muy nítida, pero la actriz que ha ganado el gran premio de interpretación del festival haciendo el personaje de la madre (una mujer enjuta de pelo blanco cortito, toda de negro y con un cetro de hechicera en la mano, la única no indígena del elenco) se distingue bastante bien. Yo creo que podría ser Manuela. ¿Nuestra Manuela haciendo de la vieja Bernarda, dirás tú? Aunque te parezca tan inverosímil como a mí, Manuela tendrá ahora, si vive, 62 años.

Me gustaría que tú, la única persona que sabrá mejor que nadie reconocerla, me digas si te parece que es ella o no. Trata en cualquier caso de imaginártela con el pelo cortito, a lo garlón, pues creo, por lo que la propia Manuela me dijo, que tú siempre la conociste con su larga melena. De hecho, yo sólo la vi así una vez en toda nuestra relación, cuando se lo tuvo que cortar para interpretar la Santa Juana de Bernard Shaw. Y ahora recuerdo que un día en Buenos Aires, pocas semanas antes de desaparecer, Manuela me contó que en una ocasión anterior, estando ya contigo, «se lo cortaron a la fuerza», pero tú no te enteraste, pues le había vuelto a crecer para vuestro reencuentro. Extraño, ¿no?

Si crees que la foto es de ella dímelo enseguida, llamándome por teléfono, a cobro revertido, no me importa, al 2256833. Yo, mientras tanto, hice una gestión con los del ABC y me han dado los teléfonos y la dirección postal de la oficina de prensa del Festival, pero aún no he hecho nada. Tampoco sé si me atrevía a hacerlo. Sólo el saber que es ella me tranquilizaría. O no. ¿Y a ti? Estoy confusa, muy nerviosa. Dime algo enseguida, por favor.

Abrazos fuertes y llenos de inquietud de

Setefiila

Monsieur Alfonso Enríquez Poste Restante El Yadida Marruecos

Madrid 1. VI. 1977

Querido Alfonso:

Te escribo sin mucha esperanza, en una última intentona después de que me devolvieran dos tarjetas postales que te envié al Hotel de la Plage y un hombre muy amable pero con peor francés que el mío me dijese, o así lo entendí, que tú «habías quitado» tu «chambre» y «partido» del hotel. Tampoco respondiste a la carta enviada a la Lista de Correos, pero tal vez estabas en el Atlas y ahora has vuelto a El Yadida y recoges ésta.

Si sigues siendo al cabo de estos seis meses de silencio un hombre dado al humor, te hará gracia la coincidencia de la que he sido objeto o he sufrido, no sé muy bien de cuál de las dos formas decirlo. También muy teatral. Por mi enteradísimo amigo José Santaolalla supe hace una semana que la Setefiila de Cernuda, mi Doble, existe, y no se la llevó la guerra. Santaolalla, que cojea del mismo pie amoroso que yo, pero en su rama, claro, va mucho a un pub para hombres de cierta edad y jovencitos dispuestos a consolarlos por una menudencia económica que hay cerca de la Glorieta de Bilbao, en la calle Larra, y se llama, fijate tú, Larra's. No sé que pensaría Don Mariano José, tan desdichado él en sus amores, de esta utilización erótico—crematística de su nombre, aunque lo más gracioso es que el otro pub madrileño también frecuentado por la misma clientela es el Byron's, éste cerca de la Puerta de Alcalá. A Santaolalla el Byron's le gusta menos, porque todos los jóvenes son allí cosmopolitas, quizá, pienso yo, por influjo del titular, y demasiado profesionales, mientras que los chicos de Larra's a veces buscan un papá canoso y se enamoran de verdad del anciano «epéntico»

que les invita a un whisky con Fanta. Lo de epéntico, según mi amigo José, es un adjetivo de camuflaje que usaban para entenderse entre sí los poetas homosexuales antes de la Guerra, y lo inventó García Lorca.

Pues bien, José Santaolalla coincide a menudo en Larra's con Víctor María Cortezo, el también epéntico escenógrafo teatral amigo de Lorca y otros escritores de su generación, y la última vez, hablando hablando, salió a colación Aleixandre. Santaolalla, que es algo chismoso, y de ahí que sepa tantos chismes, le contó lo de mi visita al chalet de la calle Velintonia, y parece que «Vitín», que es como llaman sus amigos a Cortezo, al oír mi nombre de pila dijo de golpe «Ese nombre lo inventó Luis Cernuda», y aunque mi amigo José trató de convencerle de que el nombre es real y la Virgen de la Setefiila existe en Lora del Río, «Vitín» siguió erre que erre, criticando de paso a Aleixandre, «una disimulada», y dando casi una conferencia sobre la personalidad valiente y la incomparable poesía de Cernuda, y todo delante de dos loquitas monísimas («estilo Leif Garrett», ¿ha llegado a Marruecos la música de este ídolo juvenil?) que Santaolalla y Víctor Cortezo habían ligado, y se desentendieron, aburridas de tanto poeta, para ponerse a bailar en la pista del club. En medio de su disertación, «Vitín» le contó a José que él asistió a finales de 1936 o principios de 1937 junto a Alberti y María Teresa León, entre otros amigos, a una lectura completa que Cernuda hizo de su comedia *El relojero* (no *El reloj*) o *La familia interrumpida*, celebrada por cierto en un salón de la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, donde sé, por cosas que me contaba Manuela, que tú tuviste una participación destacada en el primer año de la guerra. ¿Estabas en aquella lectura?

Según Cortezo, el manuscrito de la obra no se perdió, sino que el mismo Cernuda, ya exiliado en México, le dijo a él en una carta que lo debía de tener el poeta Octavio Paz, algo amigo de Cernuda desde que se conocieron, en el verano de 1937, en Valencia, y como «Vitín» insistió en saber más del paradero de *El relojero*, Cernuda le contestó que Paz estaba en la India de diplomático, pero que, además, a él mismo la obra ya no le interesaba; habría surtido efecto quizá estrenada en guerra o inmediatamente después, no ahora, por lo que estaba bien desaparecida. La obra teatral, según «Vitín» Cortezo, era una mezcla de los Hermanos Álvarez Quintero y *Las criadas* de Jean Genet, y aunque no se acordaba de detalles concretos ni de los personajes, sí guardaba el recuerdo de una «mala uva» entre andaluza e inglesa, muy de su autor.

Déjame ahora, para despedirme, que me ponga seria. Como, con dos años menos que yo, eres demasiado joven para haber tenido un achaque fatal de salud, deduzco que tu silencio es adrede. ¿Te hice daño, sin querer, con el envío de aquella foto de Las Panteras Coloradas, removiendo un pasado al que no querías volver? ¿O se trata de lo contrario, y, reconociendo a Manuela entre las actrices, tomaste tú la iniciativa que yo al fin no he tomado? Puestos a malpensar, y perdóname, mi todavía querido Alfonso, por ello, también se me ha ocurrido en estos meses sin respuesta tuya que tal vez aquella misteriosa estancia en Bolivia que me contaste fue en busca de Manuela. ¿En busca sólo? Quizá la encontraste, y algo pasó entre vosotros. Nunca lo sabré, me temo.

Te pido, si ves esto, que me escribas. Pero no lo harás.

Setefiila

La tercera persona

La Coruña, 1978

Como esto no es una carta sino un memorándum, escrito a mano, prescindo del encabezamiento y la fecha precisa, aunque al final, según como quede, soy capaz de enviáosla a los destinatarios. Algunos no sabréis quién soy, y a otros os pareceré un loco. Yo os conozco a todos.

Al ponerme a escribirlo he pensado principalmente en ti, Begoña, a quien podría estar dirigido si supiera tu dirección. Ya no tengo la red de información secreta que tenía antes, ni puedo recurrir a mis compañeros del servicio. Lo único que sé de ti es que saliste de la cárcel en 1976, con la primera Amnistía, pero eso no tiene mérito saberlo: todos salisteis, mientras que yo, que perdí mi empleo con la condena de cárcel provocada por ti, ahora, lejos de ser una víctima de la Dictadura, soy un doble traidor: a los míos y a vosotros.

No sé si mi vida ha sido la de un borinot. La palabra me hizo mucha gracia cuando te la oí en París después de salir juntos de la película *La peau douce*, que yo quise ver por tener el título mi apellido, aunque tú dijiste que era la peor de Truffaut, el director. No sé cómo empezó la cosa, pero al salir del cine tú te empeñaste durante diez minutos en darme contestaciones en valenciano, o catalán, como tú lo llamabas, diciendo que era tu lengua, y la mía el gallego, del que yo sólo sé palabras sueltas. Mi madre era de León, y mi padre, que sí era de aquí, del pueblo donde yo nací, Aiazo, trabajaba de cocinero en un mercante y yo le veía dos veces al año, nunca más de una semana. En casa sólo se hablaba el castellano. A mi padre se le ocurrió, te lo cuento a ti después de llevar media vida rechazándolo, la idea de bautizarme con el nombre de la isla del Mar Caribe donde estaba anclado el barco cuando le dieron por radiotelegrafía la noticia de que yo había nacido. Trinidad me pusieron, que aunque parece de mujer también lo es de hombre, pero feísimo, y peor el de mi hermano, al que por ser mi padre un pelotillero le puso Timoteo, el nombre de pila de su capitán de entonces. Trinidad me ha parecido desde niño una humillación, y nombre de pobre. La gente de la élite se llama Jacinto o Eugenio, Federico, Ernesto, Gonzalo, Alvaro, o tienen nombres compuestos: Julio-Antonio, Luis-María, Juan-Eduardo. Y en la escuela los niños se me subían a las barbas llamándome Mari Trini y cosas parecidas, pues a todos les sonaba, como a mí, de mujer. Borinot quería decir, según tú, tontorrón, y eso sí que lo he sido, a mi modo.

Tengo cerca de donde escribo, en un montón de libros que me traje aquí desde Madrid, tu *Brumario*. Al final ya no me acuerdo si me lo regalaste, por la coña que yo hacía del título, o me lo quedé yo sin que te dieras cuenta. Mi trabajo de policía consistía a menudo en birlar cosas a los sospechosos, buscando pruebas, pero ahora que la Ley de Amnistía del nuevo gobierno de Adolfo Suárez también me inmuniza a mí de esos (presuntos) delitos pasados, puedo decir sin temor que yo me excedí en mis tareas y sustraje cosas que no llegaban a la División ni figuraban en los sumarios. Robaba por instinto de conservación, por teneros a todos guardados y ser como vosotros. Por curiosidad artística he abierto cartas que no debería haber abierto.

El 18 Brumario de Luis Bonaparte, ediciones Ariel, Barcelona, 1964, un libro permitido por la censura a pesar de ser de Carlos Marx, y tú me dijiste que tuvo que ser porque los censores, esos borinots, asociando sólo a Marx con el *Capital* y la *Lucha de Clases*, debieron pensar que tal libro era una novela histórica sobre Napoleón y sus hijos, y la dejaron publicar. Así debió de ser, y nadie

sabe de esto más que yo, habiendo servido casi treinta años a un régimen de ignorantes, de vagos, de retrógrados y de co— bardones.

Begoña, Alfonso, Manuela, Don Eugenio D Ors, Al— biñana, Campillo, Sánchez Dragó, Nucella y tantos otros: a todos, mis perseguidos y odiados, mis envidiados, mis perjudicados, mis perjudicadores, mis encartados, a vosotros os cuento, ahora que ya no sirve, mi verdad, lo poco o nada de Trinidad López Douce que hubo en *Ramiro Fon— seca*, ese espantajo que yo creé, no para sobrevivir trampeando, que es lo que podría parecer, sino para matar al que dentro de mí se odiaba a sí mismo. No espero de ninguno de vosotros perdón ni simpatía, ignorantes todos, los que aún estáis vivos, de mis maquinaciones contra vosotros. Tampoco escribo esta confesión privada para lavarme la cara en la nueva situación política del país. Nada espero de ella ni nada podría obtener, excepto si tú, Begoña, llegases a leerme. Más por mí que por ti, por ser consecuente con mis dudas, por ser una vez digno después de tantas vilezas, me arriesgué a avisarte en aquel mensaje cifrado para que salieras de España antes de que mi propia división te detuviera, y la treta funcionó, pues mis colegas, más bori— nots que nadie, no detectaron el aviso hasta mucho después. Así pudiste vivir unos pocos años más en libertad, hasta que, separado yo del servicio, nada pude hacer por ti y te pillaron y te encarcelaron. Tú eres la única que me debes algo y tal vez ahora, si has prosperado como tantos otros *rojós* de antes y un día de éstos te nombran para un cargo oficial o sales de Procuradora en Cortes, podrías ayudarme. No sé cómo. Lo que yo desearía no es posible, y económicamente no me dejo, a pesar de que vivo más bien pobre, pues, aunque al final me sacaron de la cárcel sin cumplir la condena ni pagar fianza, fui expulsado de «la Social», me degradaron a un trabajo de chupatintas en la comisaría de Ventas, y lo que recibo ahora de jubilación es poco.

¡S-A-L D-E E-S-P-A-Ñ-A!

Si supieras lo que yo odiaba al Conde de Foxá y a toda esa carcundia que glosaba el salero de la fémica española y otras soplapollecés semejantes. Mis falsos poemas fascistas, mi admiración por los escritores del periódico *Arriba* y la revista *Escorial*, el empleo en los informes que yo redactaba para la D.I.S. de palabras como «prez», «acervo», «primorosas», «señeros», «agraz», «augusto caudillo», «la Bella Ea— so», «el ademán enhiesto», «garbo pinturero» y más ejemplos de la rimbombante prosa falangista. Todo era falso en Fonseca, aunque Ramiro es el nombre de pila que me gustaba desde niño, no el mío, de bautismo, tan risible.

Mi alejamiento del Régimen de Franco, después de haber creído y colaborado con él, fue un problema de estilo.

La élite. Esa ha sido toda mi vida mi obsesión, mi fracaso. Cuando era niño ya vivía sin darme cuenta en la élite, pues los del pueblo de Aiazo eran todos unos campesinos beatos y analfabetos, y mi familia, por el lado de mi madre, era atea y librepensadora. Mi hermano Timoteo, siete años mayor que yo, militaba desde los 16 años en las Juventudes Socialistas, y en el pueblo se metían por eso con él, y por él conmigo, aparte el choteo con los nombres, uno «Timo» y el otro «la Trini», nos decían los muy bordes en la escuela. Pero Trini, el muchacho atemorizado que llegó a Madrid en 1931 con un poco de dinero de su abuelo materno, iba a comerse el mundo y, aún más que su hermano, que sólo era mecánico náutico y sindicalista, iba a entrar en la élite y ser un gran artista de la pintura como Castelao o un gran escritor como Don Ramón-María del Valle-Inclán. Tres semanas después de llegar a Madrid se proclamó la República, y eso tenía que serme favorable, creía yo, perdido un poco el temor del pueblerino gallego. Me pasaba el día en la calle, andando y entrando en los cafés de la Puerta del Sol y Cibeles, marchando como un borrego iluso en las manifestaciones

callejeras de jarana que se formaban a la menor ocasión, pero la élite se me resistía. No tenía dinero. No tenía influencias. No tenía un buen físico. Todo lo tenía en contra.

En junio se me habían acabado los dineros, rebajé la categoría de mi pensión sin salir de la calle Atocha, me puse a trabajar de pinche de cocina en el Hotel París, en la Puerta del Sol, pero eso era para sobrevivir, porque lo que hacía realmente a todas horas, hasta con el hollín de los fogones, era pintar, confiadísimo en las dotes de gran dibujante, o caricato, que mi profesor de dibujo en la escuela, Don Deogracias, otro nombrecito que se las trae, había descubierto en mí.

En el mes de febrero de 1932 conocí a mi primera Víctima. Un domingo por la mañana se hacía un «Concierto

Rapsódico» en el Teatro Lara, y aunque al acto no pude llegar, porque a esa hora, las 12 del mediodía, yo estaba aún fregando los últimos servicios del desayuno y quitando los hilos a las judías para la comida, a la 1 y media conseguí escaparme media hora con el consentimiento del cocinero—jefe, a cambio de hacer un turno doble por la tarde, y cuando ya la gente había salido del teatro tuve la osadía de meterme en un saloncito muy bien puesto del teatro, que llamaban el «Ambigú», donde estaban tomando el aperitivo unos señores y unas señoras, los Rapsodas y las Señoritas Arpistas, supongo, todos alrededor de Don Eugenio D'Ors, que era el Timonel de la Singladura Músico-Poética, como decía el cartel. Yo no sabía mucho de él, lo que había leído en *El Sol* de que era un gran escritor y un docto, pero su nombre y su apellido, que me parecían de Artista, y sobre todo que fuese un crítico de arte entendidísimo, me animaron a hacer lo que hice en el Ambigú del Lara: interrumpir a los señores, abrirme paso entre las señoras y enseñarle a Don Eugenio la carpeta de mis dibujos al pastel. Le había preguntado un caballero muy afectado en el momento de mi entrada qué opinaba Don Eugenio de la República Española ahora que se cumplían diez meses de su proclamación, y D'Ors respondió más o menos esto: «Me parece un jolgorio plebeyo en el que una muchedumbre alocada se tragó quince siglos de tradición como quien se traga doce granos de uva.» La respuesta causó sensación en la salita, y a mí, que aún era un republicano, más que a nadie. Pero yo iba a lo que iba, y mientras todos los presentes se restregaban la frente, asentían o daban palmas, seguí mi camino y le plantifiqué mi carpeta. Lo extraordinario es que el gran Xénius, en vez de mandarme a la porra, interrumpió la perorata, apoyó la carpeta, que era pesada, en el regazo de una señorita sentada junto a él, muy joven y peinada como una gitana, aunque con ropa seguramente francesa y una larga boquilla, y, pasando uno a uno los dibujos, se puso a examinarlos con cierto detenimiento, mientras se hacía un silencio total en el Ambigú. «Escuche, joven», me dijo Don Eugenio al cabo de sus buenos cinco minutos, «usted nunca ha estado en Italia, ¿verdad? Se nota demasiado. Vaya, vaya usted un año, o al menos un mes pensionado a Florencia, y a la vuelta me viene a ver.»

Más que la frase de D'Ors, de un elitismo que me expulsaba a mí malamente de la élite, lo que me hirió fue la risita de la señoritinga guapa que fumaba en boquilla. Salí a todo correr del teatro (si no, no había ese día menestra en el hotel), tiré la carpeta sin mirar adonde y mientras bajaba por la Gran Vía hacia Montera fui rompiendo todos mis dibujos. Nunca más pinté ni dibujé. Volví a Galicia, asistí de oyente a dos asignaturas de 1 de Derecho en la Facultad de Leyes de Santiago, rodé de aquí para allá, sufrí lo mío.

En el verano de 1934, de vuelta en Madrid, cambié mi antiguo trabajo en el restaurante del Hotel París por uno peor, el de vigilante nocturno en los nuevos Almacenes Sepu de la Gran Vía, que me permitía tener el día libre para estudiar. Le pedí un préstamo de trescientas púas a mi hermano

Timo y me matriculé en Filosofía y Letras. Por la mañana iba a clase y por la tarde me echaba una siesta de tres horas, dejándome de 7 a 9 para pelar la pava con María Elena, mi «prometida», eso decía ella. Pero en la universidad la élite me asfixió de nuevo, y sobre todo caer bajo la influencia de mi segunda Víctima, Alfonso Enríquez, el gallito de la facultad.

Si estuviese seguro de que tú, maldito y desgraciado Alfonso, me fueras a leer, haría un esfuerzo por desgranar uno a uno los sentimientos de humillación y rencor que me causaste, probablemente sin saberlo, te lo concedo.

Pero como creo que has muerto, alguien me habló de un «final voluntario» en Suiza, muchos años atrás, no lo haré. Ni te contaré lo que pasó en abril de 1947, cuando llevabas dos meses encerrado de nuevo en la cárcel gracias a mis «desvelos». Si te lo contara eras capaz de salir de la tumba y venir a pedirme cuentas. Lo que no podrías pedirme es aquello que yo tengo de tu adorada Manuela, lo que le quité sin que tú llegaras nunca a saberlo. ¿Me excedí en mi crueldad con ella o te hice un favor vejándola, en vista de lo que ella misma haría contigo poco después? Tú has padecido, falso Enrique-Alfonso, más que yo, aunque me da rabia que sólo una parte de ese sufrimiento te lo infligiera yo. Las mujeres, a las que te llevabas de calle por tu guapura y tus conocimientos en la facultad, te hicieron lo que nunca me han hecho a mí: destrozarme. No han podido. No he querido, y esto último entendedlo todos, destinatarios de mi memorándum secreto, como queráis.

En la Alianza de Intelectuales Antifascistas, a la que te seguí, como seguía todos tus pasos, las mujeres que la dominaban también cayeron rendidas a tus pies, y la que más María Teresa León, que a mí me despreciaba desde que un día, asistiéndola en la confección de un programa del grupo Guerrillas del Teatro para anunciar el estreno de *La pulga*, yo escribiera mal el nombre de su autor, un poeta ruso; Ma— llacosqui puse, y parece que era con k y no con q. Vosotros me empujasteis a lo que fui, no mi oportunismo. En marzo del 38 dejé de ser Trinidad López Douce y me convertí en Ramiro Fonseca, servidor del enemigo. Vosotros pasabais a ser ahora mis enemigos. ¿Sabes por qué? Porque ese servicio de inteligencia creado por el primer gobierno de Franco, la llamada con todas sus letras Comisaría General de Investigación y Vigilancia, era, por rastrera que fuese mi misión dentro de él, un cuerpo de élite. El único que me acogió.

A vosotros, los revoltosos y brillantes López Campillo, Rubín, Faustino Orduña, Albiñana, Fernandito Sánchez Dragó, «azote de las gonorreas», Mágica Herzog, Pradera nieta, Julián Marcos, a todos os haría el recuento de lo que os jodí y aprendí, a la vez, de vosotros. Por vosotros y por Don José Ortega dejé yo de ser el que era y me escacharré la vida. La policía no me había quitado el Gusto, la muerte de Ortega me lo restituyó.

En 1956 cambié de estilo. Empecé una Vita Nuova, como diría en italiano el redicho de Don Eugenio D'Ors. Ser un sabueso al servicio de la represión, un delator, un ladrón, un mentiroso y un vil espía me había hasta entonces resultado a mí mismo aceptable por formar parte de esa División de élite cuyo principal objetivo era vigilar a la inteligencia del país. Pero mi decepción, que ya empezó en el primer año de 1938, fue en aumento, hasta hacérseme insoportable. Al principio pensaba que era por la guerra, después por la urgencia de los primeros tiempos de posguerra y boicot internacional, hasta que me di cuenta de que yo nunca podría explayarme ni elevar el nivel de la División. No me dejaban ser un policía con estilo. Mis jefes preferían a los palurdos, y yo empecé a alejarme de tanta vulgaridad. Si sólo me hubieran dejado perseguidos con personalidad.

A partir de 1957 quise volver a mí, aunque eso significase volver a Trinidad. Empecé a ser el ángel de mis víctimas, por mucho que no te lo creas, Alfonso, pero tú, Begoña, tú sí me creerás. Lo que os quité en su día era para protegeros. Es verdad que a más de uno de vosotros os encarté malamente ante el Tribunal de Orden Público, pero también os he tenido encartados durante este tiempo de otra forma. Anotados. Guardados. Protegidos del paso del tiempo. Recordados. Cuando las cosas fueran mejor, os lo devolvería todo, dándoos a cada uno el trozo de vuestro pasado del que yo me había hecho depositario. Aquí los tengo, y todos son restos de vuestro arrojo y vuestra cultura, a la que yo quería pertenecer, sin conseguirlo. La Democracia que tanto os obsesionaba y por la que luchasteis tan empeñados ha revalorizado alguna de mis posesiones, pero quitándoles el misterioso secreto; Rafael Alberti salió de diputado comunista en las Cortes, y le acaban de poner a la calle donde vive el nobel Aleixandre su nombre.

Por cierto, que también conservo copia en microfilm de dos cartas íntimas dirigidas al pintor Gregorio Prieto por su amigo Vicente Aleixandre, con pasajes comprometedores; a Aleixandre le investigamos en la División Social cuando salió de candidato para la Real Academia de la Lengua, pero a pesar de los muchos datos de peligrosidad social y política encontrados le hicieron académico en 1949. Ahora que el poeta tiene el Premio Nobel, su valía económica para vendérselas a la revista *Epoca* u otra publicación de ultras sería alta, si yo pudiera justificar su posesión. Si mando las cartas anónimamente, no me dan nada.

En otro cajón tengo amontonadas planchas originales de muchos panfletos del PCE, el FELIPE, la FUDE y demás grupos contestatarios. Su importancia es el fondo, no la forma, pero al quedármelas yo tenía el presentimiento de una nostalgia. Sabía que algún día me harían compañía, revelándome lo que yo pude ser de no haberme visto obligado a adoptar la persona de Ramiro Fonseca. Ese día es hoy.

En otro momento me entretendré en poner por escrito la lista completa de las cosas que guardo de vosotros. Cosas valiosas algunas, infames otras, que podrían darme dinero si las sacara a la venta, o meterme en un aprieto. Aunque para mí lo más precioso es lo tuyo, Begoña. Tu ejemplar, Begoña, de *El dieciocho brumario de Luis Bona— parte*, con la anotación en la página en blanco del final del libro de unas fechas de las semanas de un mes, que a mi me suena a control de tus faltas en el período. Y otra cosa tuya... el sobre que me enviaste en julio de 1968 desde «algún lugar de los Cárpatos» con matasellos falso (también vosotros hacíais muy bien esas operaciones) y los listillos de la División, que por entonces me tenían calado, no pudieron interceptar los muy ineptos. Ni censurar su contenido. Tú lo mismo ni te acuerdas, aunque de la foto te tienes que acordar. Carta no había, sólo esto escrito en la parte de atrás de la fotografía:

En algún lugar de los Cárpatos, verano del año de My Laí Estimat Ramiro:

Éste es la sonrisa de mi cara menos peligrosa. También soy yo. T'estimo, B.

No te voy a decir, para no ponerme grosero, la de veces que esa foto sacó las castañas del fuego de mis deseos. La fotografía de la parte inferior de una chica desnuda, desde el ombligo hasta las rodillas, solamente con la costura de unas medias que llegaban hasta lo alto del muslo. Todo lo demás al descubierto. Todo. Vuelvo a tu fotografía sin rostro, sin sitio para el corazón, pura carne de terso nácar y suavísimo vello. Y pensar que entonces me decepcionó, Begoña, que te dirigieras a mí llamándome sólo «estimado». Años más tarde, oyendo unas canciones catalanas de Lluís Llach, supe

que «estimar» en tu lengua era querer. «¡Massa tard!» O pudo ser un castigo del Espíritu de la Democracia por las peladillas envenenadas que yo le dirigía a la noble lengua catalana en mis informes, por supuesto hechos sin convicción. Guardo tu foto «pornográfica» dentro del sobre metido entre las páginas del *Dieciocho brumario* de Marx, pero ésa me parece que no tendría ningún valor si me decidiera a ponerla en venta. ¿A quién pertenece?, me dirían. ¿Es acaso un coño famoso?

Muy cerca de tus sensuales labios de Venus y de lo que le arranqué a Manuela Riera de Enríquez, tengo, para contrarrestar, algo muy puro que me dio desinteresadamente una mujer que también me gustó, aunque ella no lo supo. Tiene que ver con otro al que también le hice mucho la puñeta, Eugenio D'Ors, el Elitista Supremo, en cuyo entorno privado logré infiltrarme alguna vez, confundido en el coro de sus hierofantes. A Don Eugenio no le tengo inquina, y de hecho mi visita estrictamente personal al cementerio de Vilafranca del Penedés, un año después de su muerte, era para darme a mí mismo la oportunidad de hacerme perdonar, allá en el cielo donde él, que sí cree, estará, lo mucho que yo traté de fastidiarle en la tierra.

Aquel día de 1955 yo iba más que nada a tener con el alma de Don Eugenio la conversación que nunca él me permitió de tú a tú. La muerte nos ponía ahora al mismo nivel humano. Pero cuando apenas llevaba yo un par de minutos ante su tumba apareció la que yo, en mi Segundo Apéndice al Informe de 10 de noviembre de 1955 (todos mis informes a la División, incluso los menos logrados literariamente, los tengo aquí en copias de mecanografía en papel cebolla), tildé de loca y exhibicionista sin serlo, en un último afán de desacreditar a Don Eugenio post-mortem.

Se trataba indudablemente de una gran señora, y desde luego sin nada que ver con ninguna de las «nucellas», «ivonnes» o «Valerías» que le aguantaban la mecha a D'Ors, que a ésas las tenía a todas yo muy caladas. Esta era una mujer delgada, distinguida, baja de estatura y sólo un poco sofocada por el calor de agosto, que le había corrido algo el colorete; una rubia de más edad que las que le gustaban a

Don Eugenio, pero francamente atractiva. Al principio su presencia me incomodó, pues yo iba a lo que iba, insisto. En el caso de D'Ors por establecer diálogo, no para devolverle nada, como me gustaría devolverte a ti, Alfonso, si vivieras, la carta perfumada de tu esposa Manuela que tengo delante de mis ojos ahora mismo, no lo otro suyo, y a vosotros, los jóvenes «progres» de 1956 y 1968, curaros los moratones de las palizas en la Dirección General de Seguridad, aunque yo era de los que menos pegaban.

Pasados unos minutos, la mujer, que aun estando cercana a la tumba de D'Ors no se inmiscuía en mis propósitos, me atrajo poderosamente por su figura serena y doliente, hermosa a su manera, y me acerqué a ella. ¿Era de por allí?, le pregunté. ¿Sabía de un buen restorán en el pueblo? Ella no parecía dispuesta a hablar, y menos a dejarse invitar (ésa era mi intención) por un hombre poco agraciado como yo. Sin embargo, me sonrió dulcemente, dirigió su mirada al Ángel Orante del sepulcro del filósofo, como pidiéndole la venia, y con una delicadeza que sólo podía ser femenina y propia de alguien de mucha clase, me indicó que la siguiera, cosa que hice sin dudar. A unos cincuenta metros del túmulo de D'Ors, en un nicho bajo de pared, la señora, con unas cañas entrelazadas, unos pequeños listones de madera y flores, muchas flores del campo, no compradas como las mías, honraba modestamente a un muerto, un pequeño muerto, pues el altar lo encabezaba la foto de un niño precioso, serio en la pose y parecido a ella. Cuando la señora estuvo segura de que yo había visto su improvisado monumento fúnebre, tomó un cubito de plástico, de los que los niños usan para hacer castillos de arena en la playa, y empezó a regar las flores silvestres mientras lloraba

sin apartar sus ojos de la foto infantil. Y sus lágrimas caían con tanta fuerza por su hermoso rostro que ahogaban el chorro del agua que ella seguía vertiendo del cubito.

Después de esa emoción ya no quise quedarme más en el cementerio de Vilafranca haciéndole la corte a la bella desconocida, ni reconciliarme con Don Eugenio D'Ors, al que tanto he mixtificado en esta vida. Salí solo, con algo en las manos. Un angelito de cerámica que la señora me regaló sin decirme nada, y que ahora mismo estoy tocando, como si acariciara la piel de un inocente. Lo que yo nunca he sido, o seré sólo en la muerte.

Y ahora que digo piel. Aquí tengo también, Alfonso Enríquez con z, un portafolios tuyo, o para ti, que requisé sin que mi compañero de registro se diera cuenta, del desván de tu casa de la calle Viriato, con la conformidad del portero de tu edificio. Este es el material de más bajeza moral, junto al que no te digo, de todos los que conservo, pero en tu caso, Alfonso, te soy sincero, no siento, como en el de mi ojeriza a D'Ors, remordimientos. En el interior de la cartera de buena piel había dos sobres muy bien pegados con goma arábica y sin ninguna dirección ni nombre. En uno, muy abultado, 4.000 pesetas (de entonces) en billetes, un capitalito. En el otro una breve carta aún hoy perfumada y que dice así:

Madrid jumo de 1948

Querido Alfonso:

Sabes que no me gusta escribir, y me duele que ésta sea la única carta mía que leas. No sé escribir como tú, y tampoco he sabido quererte como tú. Las palabras que me corresponden por lo que voy a hacer son duras, y merecidas. Dímelas todas, aunque yo no pueda oírlas. Saber que me las dices con rabia a lo mejor me alivia esté donde esté.

Quiero que el contenido del otro sobre que acompaña esta carta no lo veas como un regalo ni como una penitencia. Poco importa cómo lo he podido reunir. Saldrás de la prisión de Cuelgamuros, creo que ya pronto, y ese dinero te ayudará. Yo no pensaré en que te lo he dado, ni pienses tú en que viene de mí.

Te he querido y te quiero. Mi amor por ti vivirá más que mi lealtad hacia ti.

Manuela

El dinero de tu mujer me lo fui gastando cuando me redujeron el sueldo despues de mi «castigo», pero la carta sigue a tu disposición, abierta, claro, y como todo lo demás de todos vosotros a buen recaudo. Para ti, Alfonso, si es que de verdad has muerto, es ya ilegible, aunque, de vivir, más que la carta lo que querrías tú recuperar es lo *tangible* que de Manuela conservo.

También guardo, aunque esto no tiene el mismo valor documental ni sentimental o morboso que lo anterior (sobre el valor literario no me pronuncio), un himno épico escrito en el estilo de los cancioneros galaico-portugueses en el que se exalta el nacimiento del Generalísimo Franco, al fin y al cabo El Ferrol está a unos kilómetros de mi pueblo. Lo envié a un tal Jorge Villén (con v, no con g, que en la poesía aún hay clases) para la *Antobgia poética del Alzamiento* que sacó en Cádiz al poco de acabar la guerra, y el muy desgraciado no me lo publicó. En carpeta aparte conservo doce poemas escritos por mí con mi verdadera voz poética, más cercana a Blas de Otero que al Conde de Foxá y los beaturreos de *Garcilaso*, así como sesenta páginas de informes míos que nunca mandé a la jefatura de la División, o que me devolvieron, me rechazaron, me censuraron, me corrigieron o tergiversaron, me tildaron de ridículos y me menospreciaron, causando mi caída en desgracia y mi apartamiento del

empleo de Inspector.

Añado como comentario final a este capítulo de mi confesión —que ya estoy prácticamente decidido a no mandaros— que aquel día de septiembre de 1955 salí del cementerio de Vilafranca como si fuera otro, y desde entonces lucharon dentro de mí la nueva y la vieja persona, Ramiro Fonseca y Trinidad López Douce, hasta que de las dos nació la Tercera Persona, que es quien escribe este informe que nadie leerá, ni mis jefes ni mis víctimas. Y me hace reír que, como en un juego de magia y no como en el dogma, pues ni siquiera hice la Primera Comuni3n y sigo ateo, ahora sea yo la tercera persona de la Trinidad. Nunca logré escaparme del nombre que mi padre me puso en mal día por aquel puerto de una isla del Caribe. «Trini» fui en la escuela de mi pueblo, donde los otros niños me hacían Trinar de lo lindo, y un Trini de más cachondeo aún como adulto, pues en la Social el *Ramiro Fonseca* nunca dejó de ser un mote, para todos era Trinidad, y esos cafres de la policia eran unos bestias sacándome sobrenombres: «¡Trini traga!», «La Santísima», «El Trina— Ranjus», «Hoy Douce está que Trini», y chuminadas así.

No sabéis vosotros, Begoña y Alfonso, y los demás, y menos que nadie el ufano de Don Eugenio D'Ors, alias Xénius, lo mal que se pasa siendo dos en lugar de uno. Vosotros vivisteis, en el dolor, en el abandono, en la persecuci3n, en el reconocimiento y el triunfo, como un solo hombre. Yo nunca fui yo mismo. Y ahora que me he convertido en un viejo, un jubilado feo y pobret3n, sin amigos, un solitario del que todos huyen (aunque solo siempre he estado), tengo que aprender a ser otro: el que nunca cerrará el expediente de vuestra memoria.

Diotima Mouchett

Revista Fotogramas

Ramblas 130

Barcelona

a la atención de Fráncis Aguilar

Teruel 17 de septiembre de 1983

Hola, Diotima

Nunca he escrito una carta a un periódico, y tampoco a *Fotogramas*, donde tu sección «Cartas a una Desconocida» recibe tantas que has tenido que crear sucursal. Sé quién eres, o estoy casi seguro, *Diotima Mouchette* de noche, cuando llevas el consultorio de los cinéfilos más chalados, y Fráncis Aguilar de día, el mejor crítico de cine que hay en este país y no sólo en *Fotogramas*.

Yo la verdad es que escribo a la crítica, no a la del consultorio, pero como tu nombre falso me gusta más, te lo he puesto arriba. No sabes el tiempo que me tiré hasta saber lo que quería decir la segunda palabra de tu apodo. Diotima, que también se las trae, ya me imaginaba yo que era algo filosófico, pues tú, y eres la única en la revista, metes de vez en cuando citas clásicas y de psicología en tus críticas, hasta cuando hablas de *ET*, que tiene más miga de lo que parece, estoy de acuerdo, y del musical de Demy *Una habitación en la ciudad*, ésa la encontré un poco chorra. Un amigo del colegio que ha hecho Magisterio me dijo lo de Diotima, que sale de personaje en los diálogos de Platón. «Mouchette» no había manera, y me daba corte escribirte al consultorio para preguntártelo. Lo que pasa es que sacasteis en *Fotogramas* el mes pasado una noticia del rodaje de *L'argent* de Robert Bresson, con su filmografía, y ahí leí que *Mouchette* es una que hizo en 1967. Yo no he visto nada suyo, ni de muchos de los mejores directores, aquí a Teruel no llega casi nada, pero el nombre de Bresson sí lo conocía bien. Te cuento.

Hace unos meses hacías en *Fotogramas* la crítica de *Demonios en el jardín*, que también a mí me parece «una película en la que la luz de la memoria ilumina la historia de España con sombras de leyenda», aunque no es raro, porque yo suelo estar de acuerdo con tus opiniones, menos con tu defensa de *Annie* de Huston como historia freudiana, que no entendí, la crítica digo, que la peli está chupada de tonta. Y en esa crítica de *Demonios* decías una frase que no me la podía creer: «Gutiérrez Aragón introduce en su cine ciertas premisas no formales sino conceptuales de una vanguardia meta-filmica que en la cinematografía española han representado los malditos Arrieta, Zulueta y Antonio Maenza, el más *subterráneo* de todos».

Has de saber que teniendo yo dieciséis años recién cumplidos, en junio de 1976, un día me crucé por la calle aquí en Teruel, cerca de la catedral, con un tipo bastante raro que llevaba un colchón tres veces más grande que él a la espalda. Estábamos los dos parados en un semáforo y a mí me pareció que se iba a caer redondo al suelo, así que le pregunté si le ayudaba, yo estoy fuerte y mido uno ochenta dos. Entonces el tío sacó la cabeza debajo del colchón, tenía gafas y un poco de barba, y en vez de soltar un taco me sonrió de lo más tranquilo y me dijo que sí, porque así la Carga de la Brigada sería más Ligera, una cita de cine, claro, de la película de Michael Curtiz, que yo

entonces ni me enteré, pues lo de hacerme cinefilo ha sido después. Me cayó simpático y le ayudé a llevar el colchón a una casa particular, y ahí me contó que algunos días le hacía el reparto a su padre, que tenía una colchonería, para sacarse unas pesetas, pues era «pobre como el más cínico de los filósofos del Perro».

Así empezó mi amistad con Antonio Maenza, que era turolense, y duró hasta el 12 de diciembre de 1979, el día que murió, ya sabrás que había muerto. La frase de tu crítica, poniéndolo además al lado de Iván Zulueta, que su *Arrebato* sí la he visto, no aquí, en Barcelona, de milagro, y me impactó mucho, el que citarás a Maenza a su lado, ese Arrieta no sé quién es, me hizo alucinar. Por un lado era el recuerdo de una persona importantísima para mí, y por otro venías a decir que él era un cineasta a tener en cuenta y no un pirado genial como yo pensé en los dos años de verle casi a diario.

¿Te interesaría saber más de él? Si me contestas, aunque sea unas líneas, pero no en la página del consultorio de *Diotima Mouchette*, claro, sino a mi casa (Fuentebuena 5, 3.º, Teruel), te vuelvo a escribir y te lo cuento todo.

Saludos de Tomás

Tomás Sendra

Fuentebuena 5, 3.º [cruel

Barcelona, 21 de septiembre, 1983

Estimado Tomás:

Te contesto enseguida como ves, y a tu domicilio. Maenza fue para mí también, hace quince años, una figura fundamental a la que acabé perdiendo la pista. Supe de sus problemas en el servicio militar, con su padre ahí en Teruel, en los psiquiátricos, y aunque yo estaba en esos años de los «Mid-Seventies» en Italia, un amigo común valenciano, Jenaro Talens, me contó por carta las andanzas de Maenza cuando fue a Valencia creo que en el 74, arrasando como de costumbre (y en una ocasión lo de arrasar parece que fue literal, porque en una tienda de ultramarinos del Barrio del Carmen donde trabajó un mes de dependiente se llevó una noche todas las existencias de latas de anchoas, unas 200, que tenían). También por Jenaro supe lo de su muerte, un misterio que tal vez tú me puedas aclarar.

Encantada de recibir tus cartas, que me puedes mandar a mi dirección particular, Mandri 6, 2.º C, Barcelona, aunque si lo prefieres puedes ponerme en las señas el nombre de Diotima Mouchette, bastante más bonito, lo acepto, que Francis, una mejora anglofila del mío de pila que ya te imaginarás que no pasa de ser el muy común de Paquita. Diotima me lo puso Maenza.

Un saludo cordial, ah, y guarda el secreto de mi doble o triple personalidad. No creas que muchos lectores de *Fotogramas* lo saben.

Fráncis Aguilar

Calle Mandri 16, 2.º C

Barcelona

Teruel 26 de sept. 1983

Diotima:

Para mí es acojonante, y perdona la palabrita, que me hayas contestado tan pronto, y poder escribirte yo, con lo que te admiro, me gustas más como crítica que como «erudita», y saber sabes un huevo de cine, de directores, rodajes y actores, no sé cómo te las arreglas. Pero de momento voy a hablar sólo de Maenza, y algún día, si voy por Barcelona y te puedo conocer en la revista, ya hablaríamos de cine y esas cosas.

El secreto D-M ya está guardado entre tú y yo.

Después del día del colchón tardé un poco en llamarle por teléfono, él me había dado su número, porque no estaba seguro. Yo era un chaval en el último curso del instituto, totalmente pez en cosas de libros y cine, entonces aún tenía la ilusión de hacerme futbolista profesional, ahora ya no, lo dejé en 1980 por una lesión y porque no era tan bueno, ahora trabajo ayudando a mi padre en su negocio, que no es una colchonería, jajá, sino una pequeña constructora que hace chalets por la provincia, soy «listero», el que lleva las listas de los albañiles y paga.

Maenza, y eso que me hizo reír bastante mientras llevábamos el colchón auestas, me daba no miedo sino grima. Al final me animé y le llamé y nadie contestó, un día y otro. Como tres meses después del día del colchón me lo encontré, Teruel es pequeño, en la plaza más céntrica de aquí, la del Torico, él estaba llamando la atención, sentado en un banco hacía como que filmaba a la gente que pasaba por delante, pero sin cámara ni nada, con las dos manos juntas en un cuadrado, que iba moviendo delante de los ojos como si buscara el encuadre de cada plano. Me hizo gracia y me acerqué, y entonces Maenza, que me reconoció enseguida, se levantó y me dijo: «Ha llegado el primer actor de mi película. Vamos a hacer un *tráveling* en plano secuencia desde aquí hasta el río, yo llevaré la cámara a mano como Coutard, te dirigiré sin decirte lo que tienes que hacer, como Godard, y tú, que tienes los labios de Jean-Paul Belmondo, te caes muerto al llegar al Puente Nuevo aunque nadie te dispare.»

El *tráveling* imitando el final de *A bout de souffle*, entonces yo ni idea, no lo rodamos, por supuesto, pero no sabes cómo lo pasé ese día, y a partir de ese día todos, pues nos veíamos mucho, en cafés, en la plaza y alguna vez en mi casa, los domingos, cuando mis padres se iban a la parcela, soy hijo único. Maenza tardó un año casi en decirme que él era o había sido director de cine, y no se lo creí, porque ni se sabe la cantidad de trolas que metía, muchas se le cogían al vuelo. En Teruel para unos era un «facha», para otros un anarquista peligroso, y tenía fama de tronado por las cosas raras que hacía, lo de rodar sin cámara con las manos es sólo una, un par de años antes de conocerle le había pegado a su padre con el palo de una escoba, dicen, y le llevaron internado a un manicomio cerca de Valencia, que él llamaba «mi Shock Corridor», una cita a la película de Samuel Fuller sobre

lavados de cerebro que seguro que conocerás, aquí se llamó *Corredor sin retorno*. Lo que yo no sabía era que también en ese verano del 76, en los días que yo le llamaba y no había nadie, volvieron a internarle un mes casi, esta vez en el Hospital Psiquiátrico Provincial de aquí. En la película de Fuller a los locos les cascaban electroshocks, «menos que a mí, que el Doctor Mabusó me dio en el psiquiátrico siete», decía Maenza. Pero yo cuanto más le veía menos loco me parecía.

En los primeros meses sólo hablaba de libros y ensayos y me leía cuentos suyos o poesías que no entendía pero daba igual porque Maenza le ponía tanto entusiasmo, era tan teatral, que yo que nunca he ido al teatro en mi vida era como estar viendo a Laurence Olivier para mí solo. Una tarde en mi casa Maenza me interpretó el *Hamlet* haciendo todos los papeles, pero la obra se la inventaba él, con palabras nuevas, metidas con las de Shakespeare. Había una escena cojonuda, que es una lástima que yo no tuviera una cámara de Súper 8, de las de verdad, claro, para haberla filmado, porque Maenza hacía una discusión del príncipe Hamlet con uno de los del palacio, Polonius, y Maenza, cuando era Hamlet, bajaba la voz, se movía como una serpiente y se burlaba de Polonius antes de matarlo. Recuerdo una frase del príncipe que decía a cada rato, no la famosa que todo el mundo se sabe del «Ser o no ser» sino otra: «Lo mío es locura, pero metódica.»

Hasta que un día de 1978 Maenza me llevó a su casa, «el salvaje país del que ningún viajero vuelve». Era un primer piso bastante oscuro y manga por hombro, en la calle Goya, y allí Maenza quería no hacerme teatro sino enseñarme su «depósito Langluat», que yo no tenía ni idea de lo que era y era su cinemateca, como la de París, dirigida por ese Langluat. Me enseñó fotos de su «cine arqueológico», unos largometrajes que había hecho en Zaragoza, en Valencia y en Barcelona, y que parecían en serio porque en algunas de las fotos se le veía a él con actores rodando y con una cámara real. También tenía metidas en cajones y en un armario de ropa latas y rollos sueltos de película que había robado de un cine que había aquí hasta que cerró, y con esos trozos robados estaba preparando su nuevo film de «de— tourneman», la palabra me la explicó y la película que quería hacer: usando imágenes manipuladas del NO-DO, de

David Lean y del español Pedro Lazaga, destruiría el último reducto del sentido filmico, porque «no quiero trabajar en el espectáculo del fin del mundo, sino en el fin del mundo del espectáculo».

Luego me pasó «un programa doble» en su cuarto, sin proyector ni película. Eran dos cortometrajes que había «rodado», uno en el Psiquiátrico de Bétera, en Valencia, con dos ingleses que estaban también allí encerrados y no les daba corte salir desnudos todo el rato. La proyección era poner en la pared blanca al lado del ropero una foto de una pareja desnuda, a mí me suena que es la foto de John Lennon y Yoko Ono en pelotas, con las caras retocadas por Maenza, pero él decía que no, que eran los dos ingleses del manicomio de Bétera, y mientras yo tenía que mirar fijamente a la pared él me recitaba la voz en off del corto, un texto que él se sabía de memoria y trataba de animales follando en la selva. «¿Ves lo ordenados que son los ingleses hasta cuando folian?» Yo le decía que sí, sin ver ningún folleteo.

El otro corto aún era más sencillo, se llamaba *Aullidos en favor de Gracián* y la imagen era una pantalla negra, un papel carbón recortado que Maenza se tomó el esfuerzo de pegar en la misma pared del ropero, y unos comentarios suyos con silencios largos, citando frases de *El Criticón*, la novela de Gracián (no la he leído).

Cuando acabó la sesión ya te imaginarás cómo estaba yo de despistado, un chaval que hace deporte y juega al fútbol allí delante de un papel negro oyendo aforismos o silogismos. Y va Maenza

y me pregunta que qué me habían parecido sus dos películas, y le tuve que decir que «difíciles». Y entonces él con dos cojones me larga esta frase: «Ninguna película es más difícil que su época», y me dejó a cuadros.

Maenza estaba organizando el «estreno» de los dos cortos en un salón de actos que iba a alquilar él mismo, y como yo había sido el primer espectador del programa me contó lo que pensaba hacer ese día delante del público que fuera. Él subiría al escenario y diría: «No hay proyección, el cine ha muerto y las películas ya no son posibles. Pasemos, si ustedes quieren, al coloquio.»

Menos mal que le convencí de que no hiciera el pase, porque aquí en Teruel le habrían tirado de cabeza al Turia.

Otro día si quieres te cuento más cosas de él.

¿Qué críticas haces en el número de octubre de *Fotogramas*? Me gustaría que una fuese la de *Entre tinieblas* de Pedro Almodóvar que ya la he visto y querría saber cómo la ves tú. Es la primera suya que veo, ni *Pepi* ni *Laberinto de pasiones* llegaron aquí, y aunque es un cine que a Maenza me parece que le habría repateado a mí me dejó bastante alucinado.

¿Ves muchas veces las películas para hacer la crítica? ¿Tomas notas? ¿Vas sola o acompañada?

Un saludo

Tomás

Tomás Sendra Fuentebuena 5, 3.º Teruel

Barcelona, 12 de octubre, 1983

Estimado Tomás:

Gracias por tu carta, que espero que no sea la última, pues aparte de que me gusta conocerte a través de lo que escribes, en un estilo muy directo, muy vivo, has removido en mi cabeza muchísimas cosas, no sabes cuántas, con tu relato de las historias de Maenza.

Por supuesto que hizo esas películas «reales», con cámara y celuloide, en Zaragoza, Valencia y Barcelona. Yo vi la primera, trabajé en la segunda y estuve en el rodaje de la tercera. Ha pasado el tiempo y las tres, incluyendo la última, que nadie ha visto, te las podría contar de principio a fin. Pero perdona mi egoísmo ahora; prefiero saber de las otras, las que filmó después de que yo dejara de verle, las que te proyectó y te contó, que por lo que me dices se trata de materiales «expropiados» por Maenza no ya de Lean y Lazaga, sino de otro artista de vanguardia aún más radical que él, el francés Guy Debord, la figura central del movimiento Situacionista, que a lo mejor te suena por lo que él pudo haberte dicho. Yo conocí la obra de Debord y el Situacionismo precisamente por Maenza, que cuando en España nadie había oído hablar de ellos ya leía sus manifiestos y sus libros y los recomendaba a *teenagers* como yo. Bueno, yo ya no era *teenager* físicamente hablando, aunque sí de mentalidad, en el 69, cuando conocí a Maenza, tenía casi 23, y así te digo mis años, sin quitarme ninguno: 38, 15 más que tú. En la revista nadie sabe la edad que tengo, y me echan bastantes menos.

Los dos cortos sin imágenes, las frases, los pronunciamientos que citas, todo está tomado de los escritos y las obras de cine de Debord, que por lo que veo Maenza siguió de cerca aun en los años de sus problemas psiquiátricos y destierro en Teruel. Para mí, una vez descubierto gracias a nuestro amigo Antonio José (¿seguía odiando cuando tú le tratabas su nombre de pila?), Guy Debord ha sido

una especie de gurú en mi vida y en las cosas que escribo, que no se limitan a las que publico en *Fotogramas*.

Yo diría que al propio Debord le habrían gustado esas imitaciones o apropiaciones de lo suyo, pues Maenza no hace sino aplicar radicalmente los principios nihilistas del *détournement* debordiano.

Escríbeme, cuéntame más de Maenza y de ti.

Tu amiga

Diotima que va mucho sola al cine, ve algunas películas dos veces (*Sed de mal* de Welles y *Mouchette* las he visto respectivamente seis y cinco veces, y la del yugoslavo Makavejev *Wilhelm Reich. Los misterios del organismo* aún más, ocho creo, pero en este caso por motivos psico-sexuales más que cinematográficos) y nunca toma notas durante la proyección. Tengo buena memoria. Ah, lo mismo te parezco una pedante, pero no es Langluat sino Langlois, Henri Langlois, un tipo genial, grandote y que no se lava, a quien los cinéfilos le debemos un huevo, y perdona la palabrota, por su trabajo al frente de la Cinemathèque de París.

Parece que me lees el pensamiento, pues acertabas en mi crítica de este mes. ¿Estás de acuerdo con lo que yo decía del film de Almodóvar?

Fráncis Aguilar

Calle Mandri 16 2.º C

Barcelona

Teruel 24 de octubre 1983

Estimada Fráncis:

Gracias por lo de Henri Langlois, a mí no me importa que me enseñen, ya te dije que soy muy ignorante, aunque menos de lo que sería sin Maenza. Lo de Almodóvar, te cuento. Me parece bien visto lo que dices de que la ironía y el melodrama no funcionan juntos, y tú citas a Douglas Sirk, un director maravilloso aunque sólo he visto de él, y en televisión, *Imitación a la vida* y *Tiempo de amar, tiempo de morir*. Pero a mí *Entre tinieblas* creo que me gusta más que a ti, y me quedo con las ganas de que hables más de lo bestia que es retratando el mundo de esas monjas que fuman canutos y otras barbaridades que me hicieron soltar el trapo yo te diría que en todas las escenas; en el cine de aquí éramos unos diez y reír sólo me reía yo. De ver películas, mi máximo récord es haber visto tres veces *El imperio de los sentidos*, de Oshima, pero el mismo día, en la sesión continua, al siguiente, cuando quise repetirla, ya la habían quitado.

De Debord supe algo por Maenza, que sí seguía odiando en esos años su nombre porque la verdad es que se negó a decírmelo. Un día me soltaba «Llámame Ismael, aunque tú no seas ballena sino mirlo blanco», otro pretendía ser «Anatole en su tumba», o me pedía que le llamase Pier Paolo y me preguntaba si él se parecía a Pasolini, y cómo iba yo a saberlo si sólo había visto una foto del director y poeta, le habían asesinado meses antes, una foto pequeña en un periódico y ahí de parecido con Maenza sólo tenía las gafas negras. Una tarde del verano de 1978 que yo estaba en su casa oyendo un disco de Vela Bártok que me había puesto en su «pick-up», un vejestorio de aparato, y la aguja más, entró el padre al cuarto y dijo «Antonio quita esas chicharras que me duele la cabeza», pero del nombre completo Antonio José sólo me enteré cuando en el *Diario de Teruel* salió la noticia

de su muerte el 13 de diciembre de 1979. Por cierto que al entierro fue mucha gente, qué cara tiene el personal, cuando él vivía aquí en Teruel todos pasaban olímpicamente de él o se lo tomaban a pitorreo, y luego van con caras largas al cementerio municipal.

Te lo contarían, a Maenza se lo encontraron medio muerto delante de su casa, a finales de noviembre, y nadie supo por qué estaba allí tan grave o qué le había pasado. Yo me enteré del «accidente» cuando ya se lo habían llevado al Hospital de Zaragoza, y de allí no salió vivo. Los rumores que corrieron aquí iban desde acusar al padre de haberlo empujado por la ventana en una de sus broncas hasta un ajuste de cuentas con los golfos que alguna vez le visitaban en casa. También se habló de un suicidio. Lo primero y lo último es prácticamente imposible por lo bajo del piso y porque su cuerpo estaba en la otra acera como a diez metros de su casa. Uno de los pocos amigos que Maenza tenía aquí aparte de mí, Gonzalo, fue a verle al hospital pero no pudo sacar nada en claro, Maenza estaba según los médicos «crítico», aunque Gonzalo nos contó a unos pocos saliendo del cementerio que Maenza abrió los ojos un momento cuando le visitaba y le dijo esto: «Estoy en coma, Gonzalo, pero ya veo el punto final.»

Lo de una pelea por dinero con algún macarra yo la verdad no me lo creo. La muerte a veces no tiene más sentido que desearla.

De los proyectos de cine de Maenza y su cosa con el *détournement* te cuento. Estaba con mucha ilusión de hacer en enero de 1980, y por eso no me creo lo del suicidio, su «opus magnum», no sé si se escribe así, si no tú me lo corriges, que iba a consistir en una «contra-liturgia» de *Vi—ridiana* de Buñuel. En el verano del 79, recién sacado yo mi carnet de conducir le llevé en el coche que me había comprado mi padre, un Dos Caballos, a Belchite, que es donde Maenza quería rodar su película, esta vez con una cámara que le prestaba su antiguo colaborador de Zaragoza Alejo Lorén. En el viaje en mi coche Maenza estaba de lo más contento, haciendo las bromas con palabras y títulos que tanto le gustaban y a mí; aunque muchas no las pescaba, me tenían siempre engatusado.

Belchite, no sé si has oído hablar, es un pueblo de la provincia de Zaragoza, a 150 kilómetros de aquí, que lo destruyeron completamente en la guerra y al acabar ésta lo dejaron tal cual, dicen que porque Franco quería así enseñar la «barbarie Roja». Construyeron otro Belchite nuevo al lado, y el antiguo está entero con sus calles, iglesias y hasta un estanco, pero en ruinas, un decorado de cine que ni Hollywood lo hace mejor. El día que fuimos pegaba el sol, pero en invierno toda esta zona tiene mucha nieve, y la idea de Maenza era rodar cuando hiciera más frío su *Obsidiana*, así se iba a llamar el film, sin actores, empezando con una panorámica de la antigua puerta de entrada al pueblo, que tiene aún los escudos clásicos, luego la cámara seguiría avanzando entre las casas abandonadas, la iglesia parroquial, la más bonita de las cuatro que hay, sin techo por las bombas aunque le queda un ángel encima de una columna, y bueno, todo Belchite nevado, una nieve que «el equipo de decoración», que íbamos a ser yo y Suso, otro amigo suyo de Teruel, haríamos negra con polvillo de carbón, Maenza ya le tenía echado el ojo a una carbonería cerca de su casa. Bajo ese manto negro de Belchite tenía que estar «la tumba para 500.000 soldados», otra exageración suya, ni allí ni en todo el Frente de Teruel murieron tantos ni de lejos. Y creo yo, porque Maenza no tuvo tiempo antes de morir de contarme más cosas de la película, que los republicanos muertos en la batalla final, el pueblo lo reconquistaron los franquistas en 1938, o lo que es lo mismo, el espíritu sin enterrar de sus cadáveres y sus fusiles, sus correajes, sus capotes y sus uniformes podridos, todo ello se representaría en la película, eso sí llegó a explicármelo, con el personaje ausente del Soldado In—nombrado, que cada vez que apareciera en un plano rodado por nosotros, sin cuerpo ni cara, sólo

como una sombra, tendría de contraplano uno de los fotogramas chori— ceados, detournés para entendernos, de Buñuel, por ejemplo el de Fernando Rey subiéndole las medias a Silvia Piñal o el del mendigo sin dientes que se pone el velo de novia. La «apoteosis» era un montaje sincopado, «más Vertov que Eisenstein», decía Maenza, de unas imágenes del NO-DO del desfile de la Victoria con Franco, sus ministros y los militarotes, y en contraplano el grupo de pobres en la sagrada cena del final de *Viridiana*.

¿No te parece que *Obsidiana* podría haber sido la hostia?

Tu amigo Tomás

Tomás Sendra Fuentebuena 5, 3.º Teruel

Barcelona, 11 de noviembre, 83 Querido amigo Tomás:

Antes de entrar en el (apasionante) tema que nos ha puesto en relación, una confidencia. Para el mes de diciembre iba a haber hecho en la revista la crítica del último Rohmer *Paulina en la playa*, pero al final me decidí por *El retorno del Jedi*, la última entrega de la saga de las Galaxias. La escribí pensando en ti. Al margen de otras consideraciones, creo que la de Rohmer es difícil que llegue a Teruel, y el Jedi seguro que se estrena en todas partes, y así puedes verla habiéndome leído. O leerme después de haberla visto. Ya me dirás.

Maenza. No sé si la hostia, pero *Obsidiana* podría haber sido mejor que *Viridiana*, a mí esa película, no se lo digas a nadie, me parece sobrevalorada por el gol que le metieron al gobierno de Franco, por su producción crip— to-comunista y por todo el follón político que se montó en el festival de Cannes; de Buñuel sólo me gustan mucho *La vida criminal de Archibaldo de la Cruz* y *Simón del desierto*, aparte, claro, de *Un perro andaluz* y *La edad de oro*, lo que pasa es que ahora, recién muerto el maestro, no está bien visto criticarle.

De paso te digo algo que nunca he dicho a nadie, ni siquiera a mi ex-marido, que fue actor de Maenza en la película que éste rodó en Barcelona, *Hortensia/Béance*. En 1970, cuando Maenza andaba perdido en la mili o en los hospitales, quise librarme de su influjo. Yo entonces aún quería hacer cine, dirigir, pero cada vez que me ponía ante el papel para escribir un guión se me aparecía como un espectro, «el Espíritu Que Niega», Antonio José envuelto en una sábana, «el único cine inocente es el de las sábanas blancas», decía él, y me paralizaba la inspiración. Le amé y admiré tanto que no ha habido nadie en mi vida más odiado y maldecido que él. Todavía bastante tiempo después, como a mitad de 1980, la revista *Contracampo* iba a dedicarle diez páginas a Maenza en un número sobre «El Cine de los Márgenes», y el responsable del dossier, Julio Pérez Perucha, me pidió una especie de diario comentado del rodaje del *Orfeo filmado en el campo de batalla* y una «ante-crítica imposible» de *Béance*, pero le dije que no. Negué a Maenza y renegué en mi contestación a Perucha de sus películas sin volver a verlas, algo que un crítico nunca debe hacer. Claro que luego le cité, por mala conciencia, y ahí apareciste tú.

Cuando recibí tu carta en *Fotogramas* mi primer impulso fue romperla y no hacerte ni puto caso. ¿Sabes lo que me hizo cambiar de idea? El uso de las palabras, porque en esa manera tuya de escribir tan directa, un estilo sin estilo, yo me vi a mí misma a los veinte años, y entendí que alguien que en Teruel había sido capaz de convertir a un futuro Johan Cruiff (¿lo escribo bien así?) en un admirador de Oshima era un ser extraordinario que valía la pena. Maenza era extraordinario y valía toda la pena —por no decir coñazo— apabullante que causaba.

Por cierto. Ya que te he hecho una confesión y llevamos dos meses de correspondencia, me atrevo a hacerte una pregunta, bueno, dos en realidad. ¿Cómo eres físicamente? Te lo digo no por curiosidad morbosa sino por algo que tiene que ver ¡una vez más! con nuestro Mentor. Maenza era homosexual, seguro que no te descubro nada que no sepas, y tenía, me consta, una debilidad por los chicos altos, esbeltos y muy guapos, aunque el único novio que yo le conocí, un poeta de Valencia al que llamábamos «Nuez», sólo cumplía, y no del todo, el último requisito. Tú me has dicho que eres además deportista, lo que quiere decir que a lo mejor eres un *cachas*. Con todos esos antecedentes, ¿no se te insinuó? Maenza tenía hábitos de monje pero la libido de un Don Juan, aunque en una tarjeta postal que me escribió así de repente en 1972, cuando llevábamos tres años sin contacto y yo en plena operación «olvido de Maenza», ponía sólo una frase enigmática, muy su estilo: «Diotima-Eloísa: estoy hecho un Abelardo».

No sé si estás al tanto, pero Abelardo y Eloísa fueron una célebre pareja de enamorados de la Edad Media, tan legendarios o más que los Amantes de Teruel cuya momia tienes a la vuelta de la esquina. Abelardo era filósofo y hombre de iglesia muy respetado, pero tras escaparse y casarse en secreto con Eloísa se dice que el tío de ella, un canónigo poderoso, no paró de perseguir a Abelardo hasta que le castigó con la castración de sus genitales, acabando ahí, claro, su vida amorosa.

¿No queda ningún resto de *Obsidiana*? La nieve negra se fundiría en la primavera siguiente a la muerte de Maenza, pero ¿no llegó él a tomar fotos o pegar los fotogramas robados de Buñuel? Me acuerdo por cierto de la publicidad que Guy Debord hacía el año 1973 de su película *La société du spectacle*: «Próximamente podréis ver en esta pantalla *La sociedad del espectáculo*, y posteriormente, por doquier y todas partes, su destrucción.»

Tú me has devuelto a Maenza y una parte de mi juventud que había suprimido, y si me quieres acompañar en una aventura cinéfila, podríamos ver juntos aquí en Barcelona su última obra incompleta pero rodada, *Horten—sia/Béance*; el cineasta Pere Portabella, que ahora está más en la política y es senador, creo que guarda todo el material de Maenza, no sólo lo que él le produjo, y yo le conozco un poco y creo que me lo dejaría. Así saldríamos de la duda de si Maenza fue un charlatán sin valor ni originalidad o el genio iconoclasta ante el que tú y yo a nuestros respectivos veinte años caímos rendidos.

Besitos de tu amiga

Fráncis

Ah, no entiendo del todo eso que decías en tu carta, la frase, muy sugerente, «La muerte a veces no tiene más sentido que desearla», referida a la muerte de Maenza.

Fráncis Aguilar

Mandri 16 2° C

Barcelona

Teruel 12 nov. 83

Amiga Fráncis:

Con mi frase me ha pasado algo raro que nunca antes me pasó. Seguro que la escribí, me acuerdo de haber pensado algo parecido, y seguro que tú la citas bien, pero ahora al leerla no la entiendo. ¿Fui yo el que la escribió o me la sopló Maenza desde su tumba?

Después de pensármela casi un día entero, ayer, creo que ya he llegado a comprenderla o comprenderme más al escribirla. Maenza le tenía ganas a la muerte, y alguna vez me dijo que él seguía vivo de regalo, sin merecerlo ni quererlo. Me acuerdo que un día nos encontramos cerca de la tienda de su padre y como tenía mala cara le pregunté «¿Qué tal estás?», y me contestó «Ya ves, ganándome la vida», y estaba claro que no se refería al trabajo de colchonero. Maenza iba de cabeza hacia la muerte, por las pocas cosas que le quedaban de la vida: amigos (tres en Teruel, cuatro contándome a mí), amor («una ausencia tan larga»), dinero (andaba siempre pelado, salía poquísimos de su casa, haciendo una vida monjil o, como él decía, *juan—ramoniana*: «Soy un Cenobita Camprubí»). Y aunque yo creo que le mataron no los macarras sino unos fachas que se movían entonces por Teruel muy matones, él no quería pero le daba morbo la muerte. Y ella vino a verle. Eso para mí no es suicidio, ¿cómo lo ves tú?

Del tal Abelardo no sabía nada. Lo de Maenza homosexual me lo olí el primer día del colchón, porque al llegar a la casa donde había que entregarlo él me tocó las sienes y la espalda, yo sudaba a mares, él no. «Qué natural eres,

Tomás, y qué crédulo, no como el Otro. Tú podrías ser mi Apóstol si te dejaras meter el dedo en la llaga.» Esa fue la única vez que me tocó el cuerpo en todo el tiempo, aunque no te voy a decir que no me soltara piropos al verme, sobre todo en verano, que yo a nada que tome el sol me pongo muy moreno y quedábamos alguna vez cuando volvía de hacer deporte, eso no lo he dejado nunca, con pantalones cortos y la camiseta de tirantes, entonces él me decía que lo mío era ser «icono del peplum», y yo ni idea de lo que era eso.

Una vez habló de los electroshocks en el manicomio: «Esos infames Doctores T. me convirtieron en una "puce—lle" (doncella en francés, lo miré) y así seré aún más dreye—riano y bressoniano.» A veces se tocaba la bragueta y decía: «Soy la Juana del Arco Voltaico.»

Si quieres te mando una foto mía, para que veas lo que se pasaba Maenza con lo del «peplum», ahora ya sé lo que es por supuesto, y no me veo para nada como un gladiador romano sino del montón, aunque alto sí soy, más que esbelto macizo, de cara normalito. La foto te la debo, porque yo te escribo y sí sé cómo eres tú. Es lo que tiene ser famosa, ¿no te acuerdas de la que sacaron en la revista el mes de marzo al hablar de la última fiesta de los «Fotogramas de Plata»? Ahí estabas tú fotografiada entre Nuria Vidal, la otra mujer crítico de la revista, y el director Vicente Aranda, y te vi. Muy guapa, te eché 28, no más.

Sobre lo de *Obsidiana*, me tocas un tema bastante jo—dido que no te había contado. Al morir Maenza yo me quedé hecho una mierda, date cuenta que él era a quien más veía aquí, entonces no tenía ni novia, y muy cabreado por la muerte que tuvo y la reacción tan falsa de la gente. Un día me encontré en el cine, viendo me acuerdo *Apo—calypse Now*, a Suso Navarrete, que con sus dos hermanos sí habían apoyado a Maenza siempre, y me contó que el padre, el colchonero, le llamó y le dijo que se podía llevar si quería todo lo de Maenza, los libros y papeles y demás, pero Suso, que estaba también muy afectado, sólo cogió una carpeta de poemas últimos, y no había podido ni leerlos, entre lo que le dolía y la letra de araña de Maenza.

Entonces me fui una tarde a la tienda, el padre me conocía de sobra, y le dije que yo sí estaba dispuesto a quedarme con lo que él no se quedase de su hijo. «Yo no quiero guardar nada de mi hijo, ni el recuerdo si pudiera», me soltó el tío echando chiribitas, y un domingo quedamos y yo me pasé

como una hora en el dormitorio de Maenza viéndolo todo, al final me llevé mi mochila llena y dos bolsas de plástico grandes, de las de la tienda para envolver el algodón de rellenar almohadas.

Ahí hay fotos tuyas con otros, alguna con la gente en pelotas, unos cuantos discos de los de antes, de pasta negra de vinilo, libros me traje pocos porque la mayoría estaban en francés o italiano, alguno en inglés, pero mi inglés seguro que no da para leerlos, cuadernos, dos carpetas con los folios, lo menos mil, de *Septimental Glande* y *Séptimo medio indisponible*, las novelas que llevaba más de diez años escribiendo, sin acabarlas nunca, y trozos de celuloide sueltos, yo creo que «colas» sólo, y velado casi todo. Aquel domingo estuve por la tarde en mi casa repasándolos, pero si te digo la verdad desde entonces no había tenido el valor de leer los cuadernos ni buscar en los sobres de fotos y demás, y menos oír los vinilos, en mi casa no tengo tocadiscos, sólo radio-casette.

Anteayer, con lo de tu carta, volví a sacar algunas de las cosas, y otra vez me he puesto medio malo de recordar. Pero he descubierto entre el tocho de la novela inacabada, páginas y páginas que me resultan difíciles de entender o seguir, algo acojonante, y te lo envió en fotocopia para que lo leas. Como ves se trata de su propia Necrológica, él lo escribe «Necro-alógica», redactada a máquina desde la oficina del cuartel donde había empezado la mili y con fecha, él que nunca se la ponía a nada: 19 de diciembre de 1969, o sea diez años antes de morir.

NECRO-ALÓGICA

DE A.J. MAENZA POR AJ. MAENZA

SUPONGO POR UN MOMENTO QUE, MUERTO EL AUTOR DE «SEPTIMENTAL GLANDE» ENTRE OTROS PRODUCTOS DE UNA MENTE ENFERMA, FÉLIX DE AZÚA PARA CONMEMORAR SU MUERTE EN LA EDITORIA DE LAS EDITORIAS, POOR-SEX BARRAL, ENCARGA A PEDRO GIMFERRER LA CORRECCIÓN DEL MANUSCRITO CON EL FIN DE PRESENTARLO IN RIGOR MORTIS, EL ÚNICO RIGOR POSIBLE EN ESA EMPRESA, Y POR MEDIO DE PERSONAL CORREO DE AZAR, COMO SE PRESENTÓ EN FELIZ DÍA LA «MEDITACIÓN» BENETIANA, AL CONCURSO DE BELLEZA NOVELADA QUE ELLOS LLAMAN PREMIO LITERARIO BIBLIOTECA BREVE.

PEDRO GIMFERRER DECLARARÁ A CONTINUACIÓN EN VERSOS RIMADOS QUE NO SIN CIERTO ESPANTO HA DESCUBIERTO EL «GARABATO-DIBUJO» DEL GRAN POETA A.J. MAENZA DESEQUILIBRADO, Y SE PREGUNTA SI UNA OBRA COMO ÉSA POR SU AMPLITUD Y SU PODER NO HABÍA SIDO CONCEBIDA PARA ARRUIANAR LAS VERDADES SAGRADAS, Y SI MAENZA NO HABÍA QUERIDO VENGARSE ASÍ DE SU INNATO DESEQUILIBRIO DESTROZANDO EL MUNDO. ALGUNOS ALEJANDRINOS MÁS ADELANTE, PEDRO GIMFERRER RECONOCE QUE EL GENIO DEL POETA MAENZA HABÍA CUMPLIMENTADO AQUÍ UNA OBRA SUB-HUMA-NANA, AUN-

QUE A LA MEDIDA DE LAS COSAS NORMALES QUE EN ELLA SE CANTABAN.

ASÍ LA GLORIA DE MAENZA EUE CRECIENDO Y VARIOS ENSAYOS DE JOSÉ MARÍA CASTELLET, DÁMASO SANTOS Y JOSÉ MONLEÓN LE FUERON DEDICADOS, PERO, NO OBSTANTE, EL RESTO DE LOS ESPAÑOLES SE QUEJABA DE SU LENGUAJE OSCURO Y BABILÓNICO.

ENTONCES, UN ERUDITO DE LA «REVOLUCIÓN» PROPUSO UNA EDICIÓN CORREGIDA PRETEXTANDO QUE MAENZA MUERTO HABÍA SIDO VÍCTIMA DE LOS EDITORES BURGUESES, LOS CUALES HABÍAN ENCARGADO A GIMFER—RRER OSCURECER EL TEXTO Y HACERLO PASAR LA CENSURA RELIGIOSA Y A LA VEZ HACERLO A LA MODA DE LOS DRUGSTORES QUE EN AQUEL MOMENTO ERAN USUALES. PERO EL ERUDITO SE LLAMABA J. A. HORMIGÓN Y ARMADO ESTE POR EL DIABLO DE LA IGNORANCIA PERPETRÓ, ¡SOCORRO!, NO UNA EDICIÓN CORREGIDA SINO RECTIFICADA DEL «SEPTIMENTAL GLANDE».

AL AÑO SIGUIENTE, OTRO ERUDITO, AUGUSTO MARTÍNEZ TORRES, PUBLICÓ LA EDICIÓN «RECTO-FICADA» DONDE ESTABAN COMENTADAS LAS PRINCIPALES

RECRIMINACIONES DEL HORMIGÓN ARMADO Y DONDE NUEVAS RECTIFICACIONES SE ERAN COMETIDAS A LA APRECIACIÓN DEL LECTOR.

SE COMPRENDE ASÍ POR QUÉ LOS ESPAÑOLES PREFIRIERON POR UN MOMENTO AL «TEXTO ORIGINAL» DE MAENZA LA TRADUCCIÓN FRANCESA DE «SEPTIMENTAL GLANDE» PUBLICADA POR LOS DE «TEL QUEL», CON LO QUE EL CUERPO DEL DIFUNTO MAENZA SÓLO CRECIÓ FUERA DEL TIESTO, SOLA PATRIA DEL PARIA.

¿Qué te parece si el mes que viene, aprovechando el puente de la Inmaculada, me paso por Barcelona y *revisamos* a Maenza? Yo te llevaría todo lo que tengo suyo.

Otro beso de Tomás

Al final como ves me decido y te he metido en el sobre la foto, verás que está recortada, pero es la mejor que tengo mía y no me apetecía salir al lado de una chica que era mi novia y ahora ya ni en pintura la quiero.

Gracias por el detalle de *El retorno del Jedi*, aunque si te digo la verdad ninguna de las tres de *La guerra de las galaxias* me han parecido para pegar gritos, y por lo mismo que tú dices, ese lado de «teleñeco» que tienen Jabba el Hutt, los robots y ahora estos Ewoks de la última. Me quedo con Truffaut y Alan Rudolph, y de las últimas me gustó mucho la de Wenders *El hombre de Chinatown* que descubrí gracias a tu crítica.

Tomás Sendra Fuentebuenas 5, 3.º Teruel

Barcelona 28.11.1983

Querido Tomás:

Me parece muy bien que nos veamos aquí, pero tendrá que ser en enero para hacerlo con un poco de tranquilidad. En diciembre, antes de las vacaciones (no en la revista, que no descansa, sino en la Escuela de Cine donde doy clases), tengo prácticas y estaré muy liada, incluido el puente, y al acabar el trimestre iré a Valencia a la toma de posesión como concejal de mi amiga Bego; para el fin de año hago un viajecito con dos amigos a Marruecos, donde nunca he estado.

Pero como enero queda muy lejos, y tampoco podremos escribirnos en las próximas semanas con la regularidad de ahora, hoy me apetece extenderme un poco sobre mí misma, sin abandonar, ¡eso nunca!, el cine que nos une.

Como no has visto, me decías, *Mouchette*, la película de Bresson, no sabrás me imagino de lo que trata. *Mouchette* es una niña de unos catorce o quince años que no tiene ideas ni sueños, ni siquiera talento para cantar en la escuela una canción con sus compañeras; una campesina ignorante y desdichada, hija de un borracho y víctima sexual de un cazador furtivo que, al final de la película, sin perder nunca su infantil y perversa alegría, se suicida en una de las secuencias más atroces y conmovedoras de la historia del cine: dejándose caer rodando por una ladera tres veces, hasta que a la tercera se hunde en el río, donde se ahoga como Ofelia, sin estar loca como Ofelia. Sólo sola. (Bresson, en una típica elisión suya, no nos deja ver el cuerpo ahogado de la niña flotando en las aguas.)

Yo nunca he pensado matarme como *Mouchette* u *Ofelia*, ni he tenido la vocación socrática del dulce y atribulado «Nuez», que abrió la llave del gas cuando Maenza le había cerrado todas las puertas de su relación amorosa. Tampoco esa familiaridad o pulsión amorosa de la Muerte que tenía Maenza y tú resumías tan bien en la frase de tu carta que al principio no entendí o no quise entender. Pero sí pasé lo que llamaría «mis años de piedra», más o menos coincidiendo con el tiempo que viví

en Italia y con lo que allí llamaron entonces «años de plomo»; no tuve nada que ver con el plomo terrorista de las Brigadas Rojas, aunque sí me moví en los círculos de la extrema izquierda en Milán.

De mis casi cuatro años en estado catatónico me sacó, por previsible que te parezca, el cine, y en ese sentido, por mucho que tú me veas, y me halaga, como la crítica más seria y culta, no me distingo de mis exaltados compañeros de la revista, cuya cinefilia adolescente me carga muchas veces, ni de los jovencitos mitómanos que escriben cartas a Diotima-Mouchette en estado de delirio más partisano que el de cualquier terrorismo.

Mi Milagro no fue en Milán sino en Roma, y la película redentora *Mouchette* de Bresson, que vi en un cine del Trastévere que programaba en versión original. No se parecía en nada al cine que yo entonces, sin poder renegar del todo de Maenza, admiraba y quería hacer como autora, una autora en permanente parálisis y desidia; el cine de Straub, Eustache y Carmelo Bene, este último un desconocido en España y el mejor de los tres. Pero la simplicidad doliente de la campesina Mouchette y el modo abrasivo pero frío, sugerido desde la distancia, con que Bresson la refleja, surtieron en mí el efecto de una sacudida misteriosa aunque irresistible, aún hoy no entiendo del todo por qué actué así. El caso es que un mes después dejé el Centro Sperimentale de Cinematografía en el que llevaba dos años languideciendo, sin acabar ningún curso, pasé brevemente por Valencia para celebrar —era el primer año sin Franco— la salida de la cárcel de mi amiga más íntima desde los 15 años, Begoña, me reconcilié con mis padres, que los pobres nunca me habían hecho nada, más que seguir siendo como eran desde que me parieron, me instalé en Barcelona y aquí me casé con un antiguo «maenziano», escritor estupendo más enamorado del mobiliario de su propia cabeza (la verdad que muy bien puesta) que de su mujer, nos separamos a los quince meses y escribí en venganza des-amo— rosa una novela que rompí, trabajé en una librería muy refinada del Paseo de Gracia, y conseguí entrar en *Fotogramas* y luego como profesora de guión en una escuela privada de cine, la Rosebud (¿cazas de dónde sale el nombre?), donde sigo hasta hoy con mis clases, después de mudarme desde la zona alta de Barcelona al Barrio Chino, y aprender —lentamente— a no amargarme, a llevar con resignación un profundo amor al cine no correspondido por El detrás de la cámara sino practicado por mí en solitario delante de la pantalla y la pizarra de clase, en los socorridos paliativos de la espectadora-comentadora y la profesora.

¿Y por qué te he contado todo esto, me preguntarás? Ni idea, querido Tomás, pero ahí tienes por escrito, espero que con un cierto sentido de la elipsis *bressoniana*, la historia de mi vida Post-Maenza.

Eres muy guapo. Fíjate que te encuentro un parecido con mi primer amor, Jaime, Jaime-Agatón, así lo llamaba Maenza, al que Jaime le pirraba; aunque tienes algo, por el pelo y los ángulos de tu cara, de Joe DAlessandro, el despampanante protagonista de la trilogía de Andy Warhol dirigida por Morrissey. D Alessandro, ya ves qué casualidad, vivía en Roma en mis años romanos, y un día casi me atropello con su Vespino. No me habría importado que me llevase en sus brazos, contusionada, hasta el *ospe—dale*. Nunca te imaginé rubio. Con tu foto delante me ha resultado más fácil hacer una de las críticas del mes que viene, *Feliz Navidad, Mr. Lawrence*. Tu pelo es del mismo color que el de David Bowie, y la película es de Oshima, aunque ésta no te recomiendo que la veas tres veces seguidas como viste su *Imperio de los sentidos*.

Besos pre-navideños de

Fráncis

Fráncis Aguilar

Mandri 16, 2.º C

Barcelona

Teruel, 30 dic. 1983

Fráncis-Mouchette:

Qué te parece si quedamos el primer sábado después de Reyes en la primera sesión de los Cines Publi en Paseo de Gracia, pongan la que pongan. Yo llevaré un maletín antiguo de médico, con todo lo de Maenza, y tú no tienes que llevar nada más que a ti misma, aunque ahora que lo pienso mejor si llevas a las tres, Diotima, Mouchette y Fráncis. Para tener donde elegir.

Hasta pronto, ah, y Feliz Año, de

Tomás Sendra

Fuentebuena 5, 3.º

Teruel

Barcelona, 18 de enero 1984

Mi querido Tomás:

Eres mejor de lo que yo pensaba, en todo, pero te pido algo, espero no causarte daño: no me vuelvas a llamar por teléfono. Dejemos pasar un tiempo. Tampoco ahora las cartas servirían de nada.

La explicación a esto no es sencilla, o hay demasiadas razones juntas. Y me jode reconocer que una vez más Maenza es el que ríe el último, con su carcajada demoledora. Ya viste con qué entusiasmo empecé a revolver los papeles, las fotos y demás «memorabilia» suya, y recuerdo lo que me dijiste, que me llegó al corazón: «Fráncis, te has puesto más joven que antes de entrar en el piso.» Pues sí, tenías razón, aquella primera tarde en mi apartamento me sentí muy juguetona a tu lado, muy infantil, y lo pasé de miedo con la sorpresa-bomba del tesoro de Alí Babá de Maenza que traías sin saberlo y oímos juntos: ese disco de vinilo con carátula falsa, *Glenn Gould's Goldberg Varia— tions En Clave Maña*, que no tenían ni una nota de las *Variaciones Goldberg* de Bach ni estaban tocadas por Glenn Gould, sin piano ni clavecín ninguno, sólo la grabación de la voz de Antonio José.

Como te dije mientras lo escuchábamos, lo que Maenza había grabado en ese falso disco de Bach por Gould no pasaban de ser citas de autores de su cabecera, pero recordarás que había una que nos dejó un poco helados a pesar de la botella de vino de aguja que nos habíamos bebido para entonces: la historia contada por Diógenes Laercio, y desconocida para mí, del filósofo cínico griego Eurilocus Solus, que se desnudó y se lanzó al río Alfeo para huir de sus discípulos, prefiriendo ahogarse, pues no sabía nadar, al acoso de esos aprendices que no paraban de hacerle preguntas y pedirle consejos.

El domingo por la mañana, mientras tú dormías como un bendito a mi lado, y te lo tenías muy merecido, yo me desperté angustiada, como al final de una pesadilla. ¿Éramos tú y yo dos de los involuntarios pero tenaces asesinos de Maenza? Sin embargo, en la historia que cuenta Diógenes Laercio en sus *Vidas* (me he tomado la molestia de consultar el libro), Eurilocus, lo de Solus se lo añade Maenza en otro de sus guiños cultistas a un autor que no habrás leído, no se ahoga en el río,

sólo se escabulle de sus discípulos, y por eso me angustió más el disco, cuando lo volví a oír sola en casa, tú ya te habías vuelto a Teruel, con esa frase final que cierra la grabación: «No hay peor atentado al Genio que el terrorismo de las preguntas.»

En la sesión de la película de Truffaut en el Publi, en el restaurante Las Siete Puertas, mi preferido de Barcelona, en los cocktails del Boadas —tenías que probar a la fuerza el combinado más filmico que hay, el Gimlet—, en cada uno de los minutos de las maravillosas 48 horas que pasamos juntos no estuvimos solos. El fantasma de Maenza bailó con nosotros su Danza de la Muerte, mortecino de voz pero partido de la risa de nuestra agobiante fidelidad servil.

Tú te fuiste, mi querido Tomás, y yo me quedé sola con el disco, los cuadernos, los manuscritos, el maletín de médico rural de Maenza y con Maenza. Sí. La primera vez que me llamaste por teléfono, desde la carretera aún, cuando tu autobús de línea hizo la parada en Zaragoza, no te quise decir nada, pero Él estaba allí. Luego telefoneaste desde Teruel, nada más llegar, y esa vez no me quise poner, por miedo a contrariarle, y te dejé grabar el mensaje tan dulce que me dejaste. «Os quiero a las tres, no sé a cuál más.» Esa noche no pude dormir, ni la siguiente. Fui a la Filmoteca porque quería ver un programa de cortos de Agnès Varda, enseñé mi pase, entré en la sala, que estaba aún vacía, y enseguida noté detrás de mí el aliento fantasmagórico de Maenza. Diré la verdad: el mal olor típico de Maenza.

El muy cabrón se queja, como el cínico Eurilocus, de que le aterricemos con nuestras preguntas constantes: ¿que dirías tú de esta película, Maenza?, ¿cómo juzgar, Maenza, la nueva novela de Juan Benet, *Herrumbrosas lanzas?*, ¿hacemos Fráncis y Tomás buena pareja?

Pero ¿y él? ¿Acaso no se resiste Maenza a marcharse de una vez por todas de nuestra vida?

Me he tenido que venir a la redacción de *Fotogramas* para escribirte esto; aquí Maenza no entra, no se dignaría, y así he podido, a estas horas en que sólo queda una secretaria y el crítico de TV terminando de hacer las fichas de las películas programadas para el mes que viene, escribirte tranquila.

Pero sé que está fuera en las Ramblas, esperándome, siempre dispuesto al escarnio. Huyendo de nuestra curiosidad y esperando nuestras preguntas para, en el supremo gesto del Maestro destemplado, no responderlas.

Dejemos, querido Tomás, pasar un tiempo sin cartas ni llamadas. El tiempo que a él le lleve cansarse de nuestra indiferencia o enfurecerse por nuestro olvido.

Un beso muy largo, nostálgico ya de tus labios puestos en mi boca, en

Mis Tres Bocas

FOTOGRAMAS Ramblas 130 Barcelona

PARA la sección «**CARTAS A UNA DESCONOCIDA**»

Teruel, 6.7.1984

Hola, Diotima Mouchette

¿Tiene un cinéfilo muy inculto de provincias que leer a Roland Barthes para entender *Fanny* y

Alexander de Bergman? Es lo que Fráncis Aguilar viene a decir en su crítica del último número de la revista. Me encantó la película, pero, tomándole un poco el pelo a un amigo hoy desaparecido, te digo un refrán de mi tierra:

CON ROLAND NI TE CASES NI TE EMBARTHES.

¿Qué opinas tú?

UN AMANTE DE TERUEL SIN NOVIA

LAS RESPUESTAS DE DIOTIMA MOUCHETTE

FOTOGRAMAS Número 1700. Septiembre 1984

Al **AMANTE DE TERUEL SIN NOVIA**: pierde un poco tu desconfianza en los franceses. Yo soy anglofila, pero puesta a elegir en cine me quedo antes con la estela de Renoir, Vigo, Bresson, Rivette y Godard que con el Free Cinema y todos los Airados o Sáticos británicos, excepto uno gordo y católico llamado Hitchcock, que nació, no lo olvides, al este de Londres.

Por lo demás, consultada Fráncis Aguilar en tu nombre me dice que te diga (ella es menos diplomática que yo, por eso hace crítica y yo sólo respondo preguntas) que afines un poco más en tus «puns» o juegos de palabras. Sobre todo si se tratan de réplicas personales. Ha habido, insiste ella en que te lo trasmita así, extraordinarios creadores de retruécanos en tu tierra, no sólo Baltasar Gracián.

FOTOGRAMAS Ramblas 130 Barcelona

Para la sección «**CARTAS A UNA DESCONOCIDA**»

4.9.84

Hola, Diotima Mouchette. ¿Te ha gustado a ti *Chris—tine*, la película de Carpenter sobre el libro de Stephen King? Lo digo por la crítica de Fráncis Aguilar en *Fotogramas*, que me ha hecho flipar. Primero no me la imaginaba leyendo las novelas de Stephen King, y luego ¿cómo interpretas tú esa defensa que hace del amor del protagonista con su automóvil, que en realidad, y también es así en la novela, más que un cochazo de marca es una fantasía? Yo creía, y siempre la leo, que a ella le cargaban las historias de fantasmas.

UN AMANTE DE TERUEL SIN NOVIA

LAS RESPUESTAS DE DIOTIMA MOUCHETTE FOTOGRAMAS. Número 1701. Octubre 1984

Al **AMANTE DE TERUEL SIN NOVIA** le digo (espero que la directora de la revista no me castigue por ello) que a mí el terror no me gusta como género, por la sencilla razón de que me da miedo. Aunque reconozco que muchas veces los espíritus, los súcubos, los aparecidos y los muertos vivos no son criaturas del Mal y mucho menos monstruos tipo Freddy Kruger, Respecto a la crítica de *Christi—ne* de mi compañera Fráncis Aguilar, ella vio más cosas en la película de las que yo vi, lo cual quiere decir seguramente que Fráncis le ha perdido el miedo a los fantasmas.

Ramblas 130

Barcelona

Para la sección «**CARTAS A UNA DESCONOCIDA**»

Teruel 7.10.1984

Diotima, he visto en el Cine-Club de la 2 *Mouchette*, de Bresson, la encontré un poco fría y lenta. ¿No has pensado nunca cambiarte de nombre para la sección? Hay que renovarse. Yo, que no leía nada, sólo cómics y el *Fotogramas*, ahora leo novelas y algún ensayo de literatura.

En la historia del cine hay nombres de tía maravillosos como Gilda, Ninotchka, Tootsie o la Gelsomina de Fellini. ¿Por qué no te pones Marnie, de *Marnie la ladrona*? Hablas muy bien siempre de Hitchcock en tus comentarios, y la ventaja de Marnie es que con un solo nombre serías dos, pues como sabes la Tippi Hedren de la peli cambia de personalidad para robar y mentir y sólo cuando el tío, Sean Connery, que ahí demostraba lo buen actor que puede ser saliéndose de James Bond, la ayuda a olvidarse de fantasmas y neuras, ella se calma y son felices. Tu nueva sección se podría llamar **MARNIE LA RESPONDONA**. Piénsatelo.

Dos espíritus

Sr. Don Ramón Bonora Brú c/o El PAÍS Calle Miguel Yuste 40 Madrid. Spanien

Berna 19 de octubre de 1991

Hola, Señor

Me llamo Carmen Santos Luján y soy hija de Ángel Santos León, que creo que usted conoció como «Angélico». Parece que usted y él fueron muy amigos durante un tiempo, en 1969, y luego se perdieron de vista. Mi padre volvió a Suiza al año siguiente, pero no a Basilea sino a Ginebra, donde trabajó en un garaje. Una vez fue a verle a su piso de la calle Maiengasse en Basilea y ya no vivía usted allí.

Sé que usted es ahora un catedrático y escritor famoso en España, ayer leí en la biblioteca de la facultad la entrevista que le hacían en el suplemento de artes de *El País* hablando de su libro *Tiranas: poder y erotismo del retrato femenino desde el Renacimiento al Iluminismo*, y por eso le escribo al periódico. No me extraña su fama, porque des-

de que yo recuerdo mi padre hablaba de usted mucho, y siempre decía que su amigo Moncho Bonora era «un genio bueno», «el ángel de verdad, aunque no se llamase Ángel como yo». Guardó toda su vida una tarjeta postal de Picasso de un muchacho desnudo que lleva en la espalda a su hermanito pequeño. Como a mi padre le gustaba mucho hacer dibujos y añadir cosas a las fotografías de las revistas, al desnudo de Picasso le puso vestidos, y una corona de espinas al niño pequeño. De esa pintura nos contaba a mi hermana mayor y a mí, cuando éramos pequeñas, que era el retrato que un pintor malagueño muy famoso había pintado gratis en Basilea de su Hermano Mayor, «vuestro tío Angélico», llevándole a él, «sólo un Angélico», a hombros. Durante muchos años yo me lo creí.

Le digo para que usted lo sepa que en el año 1971 él pudo conseguir un permiso estable de trabajo y traer a Suiza a mi madre y a mi hermana Dolores. Yo nací en Berna al año siguiente, pues mi padre, asociado con un familiar suyo, abrió aquí, en el centro de la ciudad, un bar— restaurante de especialidades andaluzas, el Playa de Aguadulce, que ahora ha cambiado de dueño. Mi padre murió el año pasado de cáncer de pulmón, y lo enterramos en Berna, él lo quiso así. Mi madre, que nunca llegó a sentirse del todo cómoda en el país, y nada cómoda con el alemán, ha vuelto a Almería, aunque me visita de vez en cuando. Mi hermana se casó con un hijo de emigrantes sicilianos, y ahora vive en Milán. Yo me siento suiza y también española, pero seguiré viviendo aquí. Estudio en la universidad filología inglesa. Si esta carta le llega y me contesta usted unas líneas con una dirección suya, me gustaría mucho enviarle, tengo el permiso de mi madre y mi hermana para hacerlo, la tarjeta postal de Picasso que mi padre guardaba en una caja de hojalata. Para que al verla pueda usted tener tan buenos recuerdos de Angélico como yo los tengo a todas horas de mi padre.

Le saluda atentamente,

Carmen Santos Luján

[El español lo hablo pero no lo escribo bien. Por eso esta carta la he escrito con la ayuda de mi novio español Javier, que está aquí estudiando con una Beca Erasmus.]

limo. Sr. Don Ramón Bonora Brú

Rectorado

Universidad Complutense

Madrid

Barcelona 2 de diciembre de 1992

Estimado Señor:

Por una casualidad, no leo prensa ni estoy al tanto de las cosas culturales de este país, vi en la televisión que usted era algo así como un fenómeno, había ganado el Premio Nacional por un libro y al día siguiente le nombraron rector de la Universidad de Madrid, el más joven de España. Los apellidos los reconocí enseguida, pues tu madre, y perdona que pase sin más ni más al tuteo, y la mía fueron muy amigas, y en casa desde que yo era una niña Mercedes Brú de Bonora era como de la familia.

Tú debes ser el hijo que nació cuando mi hermano Ramón se ahogó, bueno, o se fue, que el cuerpo nunca apareció y yo tengo mis teorías. Mi madre le dio mucha importancia, yo era muy niña pero me acuerdo, a que su amiga del alma diera a luz al mismo tiempo que ella perdía a su único hijo varón, el mimado de la casa, y encima te llamaras igual.

Además de amigas, tu madre y la mía creo que tenían inquietudes artísticas, yo no. Después de unos años haciendo el mandra por las Baleares me calmé bastante y abrí hará diez años un hotel en primera línea de playa en Calella, aprovechando los terrenos de una torre con pinada que heredé de mis abuelos. Aquí en el Maresme sobrevivo rodeada de alemanes borrachos, pero no te escribo por eso, ilustrísimo rector. Cuando papá murió de cáncer y sobre todo de viejo hace tres años me tuve que hacer cargo como hija única y única heredera de la hipoteca de liquidar el piso de Muntaner, y entre toda la porquería, mi padre no tiraba nada, encontré en una caja de latón antigua, bastante bonita, una carta de mi madre a la tuya, con la dirección en el sobre y hasta con sello, se ve claro que nunca la mandó. En la caja estuvo la carta cerrada hasta que hace dos días te vi por la tele y fui a la caja, una de las pocas cosas de mi madre, con un vestido de Balen— ciaga auténtico, que no eché a la basura. La carta me dio ganas de abrirla y leerla, pero al final te la mando tal cual, y allá tú, porque no me extrañaría que tuviese algún rollo místico de los que le dieron a mi madre hasta que también ella desapareció en el mar un buen día. Para mí que entró en una secta y se cambió de nombre y de todo, pero eso mi padre ni quería oírlo, le gustaba más contar a sus amigos que «Eulalia siempre tan náutica había encontrado su último reposo en el océano». Lo mismo te hace ilusión recibirla ahora y recordar a tu madre, que debía estar menos chalada que la mía.

Y enhorabuena por ser Rector Magnífico y tan Premiado a los 40 y algo. Yo nací en 1937, tú calcula, y sólo soy la magnífica propietaria de un hotel de mierda que nunca tendrá más premio que estar hasta los topes desde abril a octubre. Saludos

Montse Cornelia Taberner (te pongo los dos apellidos para que me identifiques, pero el Taberner no lo uso).

Sra. Doña Mercedes Brú de Bonora

Conde Altea 12, 3.º A

Valencia

Septiembre 1959

Querida Mercedes:

Te escribo al cabo de un largo tiempo sin saber nada la una de la otra a esta dirección que me ha dado nuestra amiga Cuca. No he muerto, sólo estoy ausente de la vida de antes, pero en absoluto loca, que es lo que cree y querría Ferrán. Esta es la primera carta que escribo desde hace 14 años y tenía que ser para ti, pues a ti te escribí la última desde el sur de Francia.

Tú me hablaste de Eugenio D'Ors antes que nadie, aunque el apellido lo escribías mal en tus cartas, que conservo. Bueno, pues unos años después de aquel funesto 1945 en el que tantas cosas sucedieron, cayó en mis manos un artículo de D'Ors en un periódico y decía esto:

•«Voy a escribirte estas cartas, Amiga Mía, los lunes, cada lunes. Los Angeles han de darles asunto —los Angeles, su existencia, su asistencia y guarda. A estas cartas ni tienes por qué contestar.»

Leí el artículo por casualidad, pero desde las primeras líneas supe que, sin él saberlo, D'Ors me las dirigía a mí.

A alguien como yo. Cada lunes leía esas «Cartas a una soledad» que él me escribía sin conocerme, pero entendiéndome, salvándome. Aunque él decía a menudo, como un aviso pensado para mí, que de esos artículos suyos no había que esperar una dirección espiritual. Yo la tuve.

Eran, semana tras semana, como un manual para el uso de los Ángeles en nuestra vida diaria, y lo que él escribió en la tercera de sus cartas aún me dio más confianza: «Ángel es cuanto en la vida humana puede en modo alguno ser considerado como sueño.»

Yo ahora soy de los sueños, querida Montserrat. Cuando tú tenías tus pesadillas con milicianos y saqueos de conventos, al acabar la guerra, y me las contabas, me parecían capítulos de novelas, más emocionantes que las de Agustí y Girón ella que tú y yo leíamos. Yo vivía tan contenta entonces, tan despreocupada. También tú fuiste la primera en hablarme del agua como de un fantasma, un espíritu bueno, y tampoco te creí: otra fantasía de mi amiga Montse. Pero empecé a aborrecer el mar y a darme miedo las aguas y a separarse de mí o incluso odiarme mi hijo Ramón, y te quiero decir que en mi larga convalecencia de entonces, después de que él se ahogara en la playa, tú aparecías en mi cabeza como una mujer ángel. Luego descubrí a Eugenio.

Lloré con el artículo en que contaba el día en que su propio Ángel de la Guarda se le apareció mientras trabajaba en su despacho de la calle Hermosilla de Madrid, y del valor que desde aquella mañana él le dio a su Guardián. Pues los Ángeles Custodios no sólo velan por los niños; D'Ors me supo hacer ver que a veces son los Niños Angélicos, sus Benditas Almas que están en el Cielo, los que se cuidan de nosotros, los mayores que no supimos cuidarles a ellos.

Me habría gustado conocerle, pero D'Ors murió en 1954, también en el mes de septiembre. Como vivo con un pie fuera de la realidad me enteré por la radio, 24 horas después, de su muerte, y llegué tarde al sepelio. Mejor así, porque la gente que aún estaba saliendo del cementerio del pueblo de Vilafranea cuando el taxi me dejó en la puerta no me gustó: autoridades sin dolor en la cara y unas plañideras de alta costura.

Pero, después de muerto, Eugenio me siguió guiando con sus juegos de ingenio y su burla

respetuosa a la muerte. Él se hizo enterrar en una tumba vacía que ya llevaba un nombre desconocido, Matilde. Yo decidí pasado un mes de su entierro comprar en ese mismo cementerio de Vilafranea un nicho que no tendría nombre ni un cuerpo dentro de un ataúd, sólo una foto. Todos los años voy el 8 de septiembre de visita al cementerio, con dos ramos de flores para las dos tumbas. En ese hueco vacío de la pared está, o podrá estar, mi hijo, protegido por la Sombra de Eugenio D'Ors, y entre los dos me protegen a mí del dolor.

Tu hijo Ramón ya ha cumplido los 14, ¿verdad?

Te debía esta carta, que a lo mejor no contestas. Si lo haces, escíbeme a la dirección que te pongo en el remite, el pisito de soltero de mi hermano Esteban, donde, como él vive ahora en Holanda, yo paso las tardes leyendo o pensando, y me quedo a dormir allí muchas noches. El piso de Muntaner lo piso poco, y está casi abandonado: mi hija Montse voló del nido, y Ferrán vive prácticamente todo el año en la torre de sus padres en Calella, y yo por allí no voy.

Si ahora me invitaras a visitarte en aquel lugar de la playa de Guardamar, que ya no tendréis, iría. El mar dejó de asustarme.

Tu amiga,

Lali

El pelo fantasma

Sra. Doña Setefiila Romero Sanahuja

Residencia Los Almendros

Miraflores de la Sierra (Madrid)

Madrid, 22 de octubre 1999

Querida Setefiila:

Te escribo con un poco de recelo, y al mismo tiempo contenta de ponerme en contacto contigo. Sé que sigues bien, igual de bien por lo menos que el día de tu 90 cumpleaños, luchando valientemente contra las varices y mostrando a raudales tu sentido del humor de siempre, aunque hablastes en el discurso de agradecimiento de las «lagunas que empiezan a aflorar en mi cabeza». La gente piensa que llegar a tu edad en forma es heroico, pero yo, que te conozco tan bien, lo veo como algo natural en ti. Nunca he conocido a nadie con tu energía, y aquel domingo que te visité en la residencia sentí a la vez que alegría por tu buen estado general una lástima inmensa por esas señoras que veían la televisión en la sala, que siendo seguro más jóvenes que tú parecían abuelas tuyas.

El día del homenaje en el Círculo de Bellas Artes hablamos poco, como era normal, entre tanta gente haciéndote los honores, pero para mí fue un privilegio, y la palabra es de verdad, hablar de ti en la mesa (por invitación tuya) y de Nora, que ahora ya no es sólo cosa de niños. ¿Te acuerdas que yo te dije hace muchos años que, a partir de *Nora entre las panteras* y *El pelo al rape de Nora*, tus libros ya no eran juveniles, sino literatura sólo apta para mayores con la cabeza llena de pájaros? El tiempo me ha dado la razón, y tú me diste, por cierto, cuando le vendí a Mondadori los derechos de tu obra para su Biblioteca Salvador Sanahuja, el dinero que me permite seguir adelante con mis humildes Libros de la Maroma en estos tiempos de dura subsistencia de la novela literaria y el ensayo de calidad que nosotros intentamos publicar.

Pero no te escribo para hablar de tus libros, que ya sabes lo mucho que me han gustado siempre, ni de royal— ties. Recordarás que la noche de tu homenaje te presenté ya al final, cuando se te llevaban en volandas, a Edurne, mi «compañera», a lo que tú, con tu desparpajo habitual, dijiste «¿compañera o novia?», aumentando su timidez allí pero luego en casa su admiración por ti, que no le he inculcado yo, sino su madre, lectora tuya desde niña y fan del programa que tenías en la tele. Edurne tiene ahora 25 años (precisamente aquel día de tu homenaje cumplía los 22; nuestra diferencia de edad es de 35 años, ¿qué te parece?) y como buena vasca es muy directa hablando, por lo que eso de «mi compañera», «mi amiga», «mi partner», tampoco le gusta nada.

Descuida, que tampoco ésta es una carta para cantarte los encantos de mi chica. Edurne está haciendo su tesis doctoral en la Universidad de Bilbao sobre los escritores vascos de Falange, y se pasa las horas muertas ante su ordenador personal, un artilugio que yo sólo utilizo en la oficina y para cosas muy contadas, buscando fichas, artículos y demás. Hace unos días, siguiendo la pista de unas cartas inéditas de Jacinto Miquelarena entró en una sección de Internet que se llama «You Buy» y donde se venden cosas de todo tipo por correo electrónico. Allí vio el mensaje de un zumbado, eso le pareció, que ofrecía a la venta objetos personales de escritores conocidos, y por curiosidad lo fue

leyendo hasta que encontró unos nombres que le resultaron familiares, en relación a mí. Así que copió y me mandó ese mensaje por email. Por lo visto, fue «colgado» en Internet hace casi tres años, y desde entonces circula por la Red como la estela de un fantasma.

El nombre de Setefila fue lo que llamó primero su atención y después la mía, asociado además a esa comedia «perdida» de Cernuda que alguna vez me habías comentado. Pero es que luego, leyendo ya con más detenimiento el extraño anuncio, caí en la cuenta de que salían, entre los nombres de escritores célebres, los de Alfonso Enrí— quez y Manuela Riera.

Naturalmente, puede tratarse de la fantasmada de un mitómano, que según Edurne abundan en Internet. De hecho, ella le mandó una respuesta a su dirección de correo, en plan de tanteo, y no obtuvo respuesta. Quizá el tipo estaba bromeando, o lo ha vendido todo, o ha muerto.

Pero también pienso que de tratarse de algo genuino, la cosa, lejos de despertar tu interés, podría desagradarte. De ahí mi primer recelo. El segundo es que mi iniciativa la juzgues entrometida o «estrafalaria».

Contéstame si te apetece seguir adelante, o no lo hagas, y lo entenderé. Caso de que quisieras indagar respecto al último artículo de la lista, yo me ocuparía de hacer averiguaciones y localizar al «vendedor».

Te mando impreso el fichero de «You Buy» que me copió Edurne, y con él y mi carta un beso lleno de cariño

Cinta

De: edurnexpl@terra.es Fecha: Jueves 14 de octubre 1999 13.10 Para: cintacanvas@librosdelamaroma.com

Asunto: Fetichista

AUTÓGRAFOS Y OBJETOS ÍNTIMOS DE CELEBRIDADES

Vendo por necesidad perentoria, hallándome en extrema precariedad económica y muy avanzada edad, una colección de recuerdos auténticos de escritores de solera y personalidades culturales. Obtención directa. Procedencia garantizada. Precios asequibles. Se podría aportar documentación acreditativa caso de ser necesario, aunque es preferible discreción y anonimato en razón del antiguo trabajo del propietario y por seguridad legal. Interesados escribir a la dirección consignada, dirigiéndose sin más a tercerapersona@teleline.es

LISTA DE ARTÍCULOS EN VEN TA

—Originales, en papel y plancha, de panfletos diversos de los grupos anti-franquistas de vanguardia FELIPE y FUDE, extraídos del archivo general de la División de Investigación Social, vulgo «Social». Anónimos todos, en su momento se supo quién los redactó, novelistas y poetas del Realismo Social, pese a lo cual su mayor valor no es el estilístico. Quien los coleccionó sabía que algún día este país tendría nostalgia, y se abriría un mercado para el recordatorio. Ese día es hoy.

Dos fotografías históricas de Federico García Lorca hechas el mismo día. En la primera, rota a cachos en su momento pero recompuesta con pegamento, el poeta está con otro hombre que tiene la cara tachada. La segunda es de grupo, y en ella García Lorca aparece acompañado de cinco personas más. Fue tomada con la cámara de un particular el 20 de abril de 1936 en un restaurante de la calle Botoneras de Madrid, con motivo de un banquete para honrar a Luis Cernuda. Junto a García Lorca posan Pedro Salinas, Pablo Neruda, Manuel Altolaguirre, una mujer apellidada Cortesina y un desconocido que prefiere seguir en el anonimato.

Una bufanda de lana chamuscada en los flecos que el poeta Miguel Hernández, muerto en circunstancias de todos conocidas en la cárcel franquista de Alicante, le regaló en 1939 al dramaturgo Antonio Buero Vallejo. Habían hecho buenas migas en la prisión de Toreno de Madrid, y al ser transferido Hernández a la de Alicante parece que le dijo a su amigo que en aquel clima no la necesitaría. No se trata de una sustracción, sino que Antonio Buero se la dejó al salir de la prisión madrileña, y un guardia de la misma, oriundo del pueblecito gallego de Curtis, me la dio, aunque extrañado de que quisiera yo esa tela mugrienta.

La huella de la mano de Tuan-Ramón Jiménez con jota. No se trata de una moldura de yeso o similar, sino literalmente de la mancha que Don Juan-Ramón dejaba en el papel secante al escribir a pluma sus poesías. El

rastro de tinta mezclada con el sudor no está autenticado, ni podría estarlo, pues aquél murió en el exilio, pero el secante con las formas dactilares visibles procede del registro efectuado en 1947 en el domicilio de un antiguo alumno de la Residencia de Estudiantes de Madrid, que juró haberlo obtenido de la mismísima mujer del poeta Zenobia, quien guardaba o incluso le requería al marido reliquias de esta naturaleza, con el fin de enmarcarlas y ponerlas en los pisos que ella decoraba y alquilaba. De estos alquileres y no de la poesía vivía el matrimonio, aseguraba el dueño original del secante.

—Una hoja suelta de un manuscrito a máquina de Luis Cernuda. que ha cobrado fama últimamente en la poesía. Se trata de la página final de una obrita de teatro que el propio autor leyó en los locales de la Alianza Antifascista de Madrid allá por el otoño de 1937 ante un grupo de amigos y escritores, entre los que me colé pese a la ojeriza que me tenía María Teresa León, que lo había organizado. Al final, entre los aplausos y las felicitaciones, la hoja se le debió caer a Cernuda, y yo, que era el último mono de los voluntarios, me encargué de recoger y apagar las luces del salón, la encontré y me la guardé, negando al día siguiente, cuando Alfonso Enrí— quez y Arturo Serrano Plaja preguntaron, haber encontrado nada. Pertenece a la Escena X del sainete, el que habla es el viejo protagonista Don Ventura, y lo que viene en la hoja dice así:

años. Tengo hambre. ¿Por qué no me traerán el desayuno? Esa Setefilla es una perezosa a quien se le habrán pegado las sábanas, ¡ Si no se levantara a media noche pretendiendo enamorarme! Tendré que llamarla yo, y eso que no quiero acercarme a su habitación, no vaya a figurarse otra cosa. Porque no cabe duda que he despertado en ella cierto interés amoroso. Pero yo, mi mujercita y nada más. ¡Vaya! ¡ Si aún no le he dicho lo de los relojes! Tendré que llamarla. ¡Valeria! ¡Valeria! Nada. Y las otras tampoco aparecen. ¡Gilita! ¡Gilita! ¡Qué contento estoy con mis relojes! ¡ Gracias, Señor, por tus bondades! Pero, ¿dónde estarán esas mujeres? ¡Setefilla! ¡Setefilla! Tampoco responde. No voy a tener más remedio que ir yo a sacarla de la cama. ¡Setefilla! ¡Setefilla! ¿No me oye? ¡Valeria! ¡Valeria! ¡Los relojes marchan todos a un tiempo! ¡Ven! ¡Venid pronto todas! ¡Valeria! ¡Gilita! ¡Setefilla! ¡Valeria! ¡Gilita! ¡Setefilla! (sale dando voces)

—Una correspondencia (cinco cartas) cruzada en los años 40 entre el premio Nobel Vicente Aleixandre y el pintor Gregorio Prieto, que hoy tiene su propio museo en La Mancha. El estilo de Aleixandre (dos misivas breves) es, dentro del desenfado y la picardía, cauteloso. Prieto, al contrario, le escribe al poeta una carta adornada con garabatos de genitales masculinos y palabras obscenas y dos tarjetas postales desde Cádiz, que debieron ir dentro de un sobre, por no llevar franqueo y tener muy a las claras en el reverso dibujos de marineritos en cueros.

—Un lote de las obras completas de Ortega y Gasset obtenido en una rifa muy sonada a poco de morir el filósofo.

—Diversos objetos de escaso valor (mecheros, patillas rotas de gafas, pañuelos, dos incrustaciones dentales en oro macizo, un chambergó parisino) pertenecientes a estudiantes contestatarios y opositores al Régimen de los años 50 (Mágica Herzog, Javier Pradera, F. Sánchez Dragó, Julio Rubín, López Campillo, etc.) hoy convertidos en figuras de la política, el espectáculo y la televisión.

—Un angelito de cerámica parecido al que corona la tumba de Don Eugenio D'Ors en el pueblo de Vilafranca del Penedés. No está firmado pero es obra de una seguidora del maestro. Regalo directo (en mano) de la autora.

—Una prenda íntima de la escritora María Teresa León con manchitas de sangre en el encaje.

—De su marido Rafael Alberti dos pertenencias de distintas épocas: la corbata de lana inglesa que llevaba en Madrid el 20 de abril de 1936 en el almuerzo de homenaje a Luis Cernuda, continuado por un grupo de los asistentes hasta altas horas de la madrugada, y una gorra marítima de cuando el anciano poeta, ya regresado del exilio y diputado, salía a navegar por el Puerto de Santa María.

—Un juego de pequeños tubos cilíndricos de aluminio, de los que contienen puros habanos, que los militantes del Partido Comunista usaban para transportar clandestinamente microfilms y otros menesteres. Interés puramente anecdótico o morboso.

—Una cartera portahojas en piel repujada que perteneció a Alfonso Enríquez Limia, también conocido como AJ— fonso-Enrique, profesor de arte condenado a muerte por Franco, perdonado, exiliado y con publicaciones en el extranjero. Contiene una carta de mucha hondura sentimental que le escribió su esposa Manuela Riera antes de dejarle por otra mujer.

—De la anterior, actriz teatral que fue famosa sobre todo en el Cono Sur de Sudamérica bajo el apelativo de ja Riera, se ofrece algo muy singular. Su pelo negro. Fue cortado en circunstancias vejatorias a esta mujer de sin par belleza y sedosa melena negra. A los pocos meses de haber sido rapada al cero en una dependencia policial madrileña, consta que su marido la pudo ver en la cárcel de Ocaña con la cabellera milagrosa y espléndidamente crecida. ¿Era acaso ja Riera una hechicera? Se halla en perfecta conservación, pues el cabello ha sido, a lo largo de los años transcurridos, lavado, cuidado por manos profesionales y trenzado. Es el artículo menos literario del lote, pero quizá el de mayor contenido humano. Y el único que querría tener a su lado en la cercana hora de la

muerte esta Tercera Persona que lo posee.

[\[1\]](#) Nunca inventamos más que lo verdadero.

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org

22/09/2013

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

22/09/2013